

AMBOS MUNDOS

# Simón Bolívar

Antonio Sáez  
Arance

El Libertador y su mito



## **VISÍTANOS PARA MÁS LIBROS:**

**BLOGGER:** [librosycultura7.blogspot.com](http://librosycultura7.blogspot.com)

**FACEBOOK:**

<https://www.facebook.com/librosycultura7/>

**GOOGLE+:** [google.com/+LibrosyCultura](https://plus.google.com/+LibrosyCultura)

**TWITTER:**

<https://twitter.com/librosycultura7>

# Ambos Mundos

**MARCIAL PONS HISTORIA  
CONSEJO EDITORIAL**

Antonio M. Bernal  
Pablo Fernández Albaladejo  
Eloy Fernández Clemente  
Juan Pablo Fusi  
José Luis García Delgado  
Santos Juliá  
Ramón Parada  
Carlos Pascual del Pino  
Manuel Pérez Ledesma  
Juan Pimentel  
Borja de Riquer  
Pedro Ruiz Torres  
Ramón Villares

SIMÓN BOLÍVAR  
el Libertador y su mito



ANTONIO SÁEZ ARANCE

**SIMÓN BOLÍVAR**  
**el Libertador y su mito**

Marcial Pons Historia

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Antonio Sáez Arance  
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.  
San Sotero, 6 - 28037 Madrid  
☎ 91 304 33 03  
[edicioneshistoria@marcialpons.es](mailto:edicioneshistoria@marcialpons.es)  
ISBN: 978-84-15817-81-9

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
PRÓLOGO .....	9
CAPÍTULO I. AÑOS DE FORMACIÓN: VENEZUELA Y EUROPA. ....	15
Origen familiar, infancia y primera juventud .....	15
La Capitanía General de Venezuela: colonización tardía y política de reformas bajo los Borbones .....	22
Regreso a Europa: nuevas lecturas y experiencias políticas .....	26
Malestar criollo y tentativas insurreccionales: Francisco de Miranda	34
CAPÍTULO II. REVOLUCIÓN .....	39
La vuelta a la realidad caraqueña .....	39
Estallido en la Península y reacción en Caracas.....	42
Negociaciones en Londres.....	50
El fracaso de la Primera República de Venezuela.....	52
CAPÍTULO III. GUERRA A MUERTE.....	59
<i>La campaña admirable</i> .....	60
El Libertador contra Boves.....	65
Reflexión en las Antillas.....	69
CAPÍTULO IV. RECONSTITUCIÓN DEL PROYECTO PATRIOTA. ....	79
El problema de los caudillos.....	79
Cambio de estrategia.....	83
Angostura .....	90
Resultados de la reorganización militar: camino a Boyacá .....	98

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO V. EL PROYECTO DE LA GRAN COLOMBIA.....	103
Esfuerzos de estabilización institucional en el campo patriota .....	103
Crisis en el campo realista: reconocimiento fáctico y armisticio .....	106
La incorporación de la Presidencia de Quito al proyecto grancolombiano .....	109
Manuela Sáenz.....	112
La entrevista de Guayaquil .....	115
Bolívar en el Perú.....	117
 CAPÍTULO VI. LA ORGANIZACIÓN DE LA PAZ.....	 125
La Constitución de Cúcuta .....	125
Las dimensiones sociales de la Independencia .....	127
El laboratorio boliviano .....	133
 CAPÍTULO VII. DEL PROYECTO CONTINENTAL AL FRACASO NACIONAL .....	 143
El Congreso de Panamá.....	143
Los inicios de la descomposición grancolombiana: Bolívar contra Páez.....	146
Bolívar, <i>dictador</i> .....	152
El colapso de la República.....	155
Exilio y muerte.....	163
 CAPÍTULO VIII. BOLÍVAR: LA HISTORIA Y EL MITO .....	 171
Balance biográfico .....	171
El culto bolivariano.....	176
Omnipresencia y manipulación: Chávez y Bolívar.....	188
 NOTAS.....	 191
NOTA BIBLIOGRÁFICA .....	217
BIBLIOGRAFÍA .....	219
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	233

## PRÓLOGO

El 17 de julio de 2010, los canales de televisión de habla hispana sorprendieron a sus espectadores con imágenes más propias de un episodio de la serie *CSI* que de los habituales noticiarios. Un equipo de cincuenta científicos venezolanos acababa de proceder en Caracas a la exhumación de los restos del Libertador, Simón Bolívar, que habían permanecido sepultados en el Panteón de los Héroes desde el 28 de octubre de 1876. La razón principal de la exhumación, según la versión oficial, había sido la necesidad de completar diversos análisis forenses, incluyendo pruebas de ADN, al objeto de aclarar si Bolívar murió de tuberculosis —la causa de defunción supuesta hasta la fecha— o si fue, como sospecha ahora el régimen de Hugo Chávez, envenenado con arsénico. A las pocas horas de la exhumación, y tras haber supervisado personalmente el complejo y costoso operativo, el propio Chávez hacía partícipe al mundo, vía Twitter (@Chavezcandanga), de su exaltado estado de ánimo: «¡Qué momentos tan impresionantes hemos vivido esta noche! Hemos visto los restos del gran Bolívar. Confieso que hemos llorado, hemos jurado. Les digo: tiene que ser Bolívar ese esqueleto glorioso, pues puede sentirse su llamarada».

Observada desde la distancia, la escena contiene desde luego elementos grotescos, pero no por ello deja de ilustrar un estado de cosas muy real. Más en su dimensión ideal que en la corpórea, Simón Bolívar viene demostrando al menos desde finales de la década de 1990 una asombrosa ubicuidad. El Libertador comparece ante todo como *héroe*, un héroe nacional y también un héroe continental. Tras haber dado ya en vida su nombre a un nuevo Estado en América del Sur («Bolivia»), hoy lo hace con su propia patria («República Boliva-

riana de Venezuela») y la Constitución de ésta («Constitución Bolivariana»), con el conjunto del régimen que la gobierna y, por supuesto, también con el movimiento político que lo sustenta. Desde la aparición en escena de Hugo Chávez en 1992 y desde su autoconsagración como albacea del legado histórico del Libertador, la proyección pública de éste se ha incrementado considerablemente. Obviamente, Venezuela no es el único país en el que se constata la omnipresencia tutelar de un *padre de la Patria*; el caso de Bolívar, sin embargo, supera ampliamente el de figuras análogas como Mustafá Kemal Atatürk o José Martí. En Venezuela, Simón Bolívar sirve literalmente para todo. No hablamos sólo de calles, plazas, avenidas y edificios representativos, de todos los cuales existen centenares ya desde mediados del siglo XIX.

En el contexto globalizado del siglo XXI, la presencia nominal del héroe va mucho más allá. Lo encontramos en un satélite de comunicaciones (el «VENESAT-1 *Simón Bolívar*», puesto en órbita, con ayuda china, el 29 de octubre de 2008) y también en una gama de teléfonos móviles y ordenadores personales («celular bolivariano», «computadora bolivariana»), comercializados por la Empresa Venezolana de Industria como alternativa «tecnológicamente *independiente*» a la competencia foránea. El Libertador patrocina también el más exitoso producto cultural de exportación del país, la Orquesta Sinfónica de la Juventud Venezolana «Simón Bolívar» del muy reputado Gustavo Dudamel, e inspira, por supuesto, el principal programa social del Gobierno («Misiones Bolivarianas»). Allá donde se mire, aparece el Libertador erigido en centro indiscutible en la configuración de las referencias identitarias nacionales. Podría sospecharse que buena parte de esta sobreexposición sea atribuible a la coyuntura conmemorativa de los bicentenarios de la Independencia en los diversos países de Hispanoamérica, incluyendo Venezuela, Colombia y Ecuador. No en vano, desde la perspectiva de los Estados concelebrantes, la Independencia es un proceso histórico virtualmente condensado en la persona de Simón Bolívar. Pero en realidad han sido la evolución política venezolana bajo Chávez y su recepción internacional en un entorno de eclosión *multimedia*, las que han llevado esta situación a sus últimas consecuencias.

Tanto la personalidad de Bolívar como sus logros políticos y militares han atraído desde siempre la atención y la admiración de representantes de las más diversas tendencias, tanto en Iberoamérica como en el resto del mundo. Conservadores y liberales, católicos y

laicistas, fascistas y comunistas, nacionalistas e internacionalistas: todos han encontrado algún elemento en la biografía del caraqueño en el que poder anclar sus propias visiones y propuestas políticas. Más allá del combate ideológico, Bolívar ha inspirado novelas, dramas, óperas y películas. Y además: sobre Bolívar se han escrito docenas de biografías. El engrosar ahora las cifras con una más requiere alguna explicación. Aparte de la indudable actualidad del «mito político» bolivariano, desde la investigación histórica europea también cabría aducir argumentos de fondo a favor de una nueva aproximación a la figura del caraqueño.

¿Qué intenta, pues, aportar este libro? Difícilmente podría tratarse de facilitar información factual novedosa acerca de una trayectoria sobradamente documentada incluso en sus aspectos más intrascendentes. El reto principal es, sin duda, más de interpretación que de reconstrucción empírica. Pero tampoco se pretende aquí participar en una dinámica de revisión (y antirrevisión) biográfica a partir de la proyección de las filias y fobias políticas del presente. El contexto, desgraciadamente, no contribuye demasiado a este propósito: los últimos años han estado caracterizados por una visible polarización de la *memoria* bolivariana, de modo muy evidente en Venezuela, pero también en otros países hispanoamericanos, e incluso en España. El motivo es la irrupción, generalmente por vías democráticas, de nuevos actores sociales y políticos en América Latina y la instalación consiguiente de regímenes de orientación nominalmente izquierdista y «popular» y filiación bolivariana más o menos declarada en Venezuela, Bolivia y Ecuador. Este fenómeno, acelerado durante la última década, ha provocado la reacción de los sectores ahora desplazados del poder, que no han escatimado esfuerzos en la deslegitimación de un supuesto «eje bolivariano», generando algún consenso mediático respecto a los riesgos de una deriva «populista», «caudillista» o «indigenista» en los países implicados, y atribuyendo además a ésta el peligro inherente a toda enfermedad altamente contagiosa. Ocurre que tales caracterizaciones, en el fragor de la disputa partidaria, no siempre se hacen con la debida precisión. Se soslayan las peculiaridades de cada caso, y se tiende sobre todo a confundir la retórica de los gobernantes con la realidad social y cultural de los gobernados.

En lo que toca inmediatamente a nuestro tema, parece muy poco asumible que una crítica racional a los excesos propagandísticos de Chávez tenga que conducir necesariamente a la descalificación de los motivos históricos que los inspiran. En todo caso, la presente biogra-

fía parte de la premisa de que es posible aproximarse a la figura del Libertador sin caer en la apología ni tampoco en el libelo. Existe un justo medio entre la exaltación del bolivarianismo de estricta observancia chavista y el ninguneo eurocentrista de cierto «revisionismo» antibolivariano. Ese justo medio se alcanza, en nuestra opinión, haciéndose cargo de unas pocas evidencias. La primera de ellas es la necesidad de distinguir entre la figura histórica y el mito político generado a partir de ésta. Ambas dimensiones merecen la atención del biógrafo, pero ambas exigen también el esfuerzo de un análisis por separado. En segundo lugar, resulta una necesidad imperiosa el contrarrestar la narrativa bolivariana tradicional (y en general la del discurso historiográfico aún dominante respecto a las Independencias) con un esfuerzo máximo de *desnacionalización* de la perspectiva. Simón Bolívar operó toda su vida en el marco de un sistema político y cultural aún muy fluido, que él mismo contribuyó a modernizar, y en el que todavía no eran tan visibles los signos de la desintegración y la rivalidad interregional generados con la formación de los nuevos Estados hispanoamericanos. Por tanto, desnacionalizar significa aquí también *matizar*, y en alguna medida *complicar*, es decir, admitir la pluralidad de líneas de conflicto (políticas, sociales, étnicas) y subrayar la inutilidad de cualquier retroproyección esencialista de identidades nacionales surgidas en el curso del proceso independentista, y en ningún caso previas a él. El lector informado, a poco que conozca los metarrelatos patrióticos de las respectivas «historias oficiales» hispanoamericanas, convendrá seguramente en que se trata de un objetivo ambicioso, pero no por ello menos necesario.

El contenido de este libro se ha beneficiado del diálogo, a veces desconcertante, pero siempre fructífero, con mis alumnas y alumnos de Estudios Latinoamericanos (RWL/RSL) en la Universidad de Colonia. Aprovecho la ocasión para dar las gracias a todos mis compañeros del Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana por la posibilidad de intercambiar experiencias y puntos de vista; a Barbara Potthast, por su tolerancia y generosidad, y a Michael Zeuske, por su disposición a compartir treinta años de *expertise* bolivariano. Además, he presentado algunos capítulos en seminarios del Instituto Iberoamericano de la Universidad Carolina de Praga y del Departamento de Antropología e Historia de América de la Universidad de Barcelona. Agradezco a Josef Opatrný y a Javier Laviña su cálida acogida y sus siempre valiosos comentarios. El trabajo de documentación pudo realizarse con el apoyo de la Fundación Carolina y de la

Deutsche Forschungsgemeinschaft (DFG) y resultó enormemente facilitado por la existencia de una biblioteca tan insustituible como la del Iberoamerikanisches Institut en Berlín. Juan Pimentel promovió el proyecto y demostró infinita paciencia con mis tardanzas. Rebekka Spellmeyer me ayudó en la preparación final del manuscrito. Y Basia y Jan soportaron mejores y peores épocas durante su redacción. Gracias a todos.

Colonia-Berlín, verano de 2011.



## Capítulo I

### AÑOS DE FORMACIÓN: VENEZUELA Y EUROPA

#### **Origen familiar, infancia y primera juventud**

Simón José Antonio de la Trinidad Bolívar y Palacios nació el 24 de julio de 1783 en Caracas, sede y ciudad principal de la Capitanía General de Venezuela. Era el cuarto hijo de Juan Vicente Bolívar y Ponte y de María de la Concepción Palacios y Blanco. Los Bolívar formaban parte de la élite caraqueña y podían acreditar un largo arraigo en la sociedad colonial. El primer ancestro del Libertador establecido en las Indias, llamado Simón como él («Bolívar el Viejo», 1532-1612), había hecho fortuna a mediados del siglo XVI en Santo Domingo y se había instalado en Tierra Firme el año 1589 como acompañante del gobernador. Bolívar el Viejo, un hidalgo procedente de la localidad vizcaína de Bolibar, ubicada entonces en la merindad de Marquina (y hoy parte del municipio de Cenarruzapuebla de Bolívar), fue uno de los primeros pobladores de Caracas capaces de consolidar una posición relevante en la oligarquía local, a partir sobre todo de sus éxitos económicos en el sector del cacao y de sus afortunadas gestiones como procurador general y regidor perpetuo de la futura capital venezolana. Tales gestiones habían redundado claramente en beneficio de sus pares criollos, lo que permitió que su hijo, «Simón el Mozo», el primer Bolívar americano (había nacido en Santo Domingo en 1569), pudiese inaugurar con las mejores credenciales la dinastía en Caracas.

La mentalidad de la familia, orgullosa desde el principio de su origen y fortalecida por los éxitos económicos en Venezuela, impulsó a sus miembros a luchar por aquello que todo criollo ansiaba como cul-

minación de su ascenso social: la entrada formal en la nobleza castellana mediante la adquisición de un título. Sin embargo, ni el apetecido marquesado de San Luis, ni el condado de Casa Palacios pudieron llegar a ser ostentados por los Bolívar, y ello a pesar de los larguísimos pleitos emprendidos por la familia durante todo el siglo XVIII. El principal motivo fue el considerable escándalo provocado por la revelación de antecedentes familiares socialmente poco presentables, en concreto la existencia de una tatarabuela del Libertador, María Petronila de Ponte, cuya madre habría sido a su vez engendrada por la unión ilegítima entre un criollo y una esclava de origen africano <sup>1</sup>.

La boda de los padres de Simón, celebrada en 1773, dio lugar a todo tipo de rumores y habladurías. No en vano existía una considerable diferencia de edad entre ambos cónyuges. Juan Vicente Bolívar y Ponte (1726-1786) tenía cuarenta y seis años; su prometida, María de la Concepción Palacios y Blanco (1758-1792), sólo quince. Con todo, el acordar casamientos entre las principales familias de la oligarquía caraqueña era una práctica bastante frecuente, y podía implicar perfectamente uniones muy desiguales en edad. María de la Concepción Palacios daría a luz cinco hijos: dos varones, Juan Vicente Bolívar Palacios (nacido el 30 de mayo de 1781) y el propio Simón Bolívar, y las dos hermanas mayores de éstos, María Antonia Bolívar Palacios (nacida el 1 de noviembre de 1777) y Juana Bolívar Palacios (nacida el 16 de mayo de 1779). Una tercera hija moriría poco después de nacer.

Simón y sus hermanos quedaron huérfanos a muy corta edad. Juan Vicente Bolívar y Ponte falleció en 1786, con cincuenta y nueve años, dejando una gran fortuna a su viuda y a los cuatro hijos. María Concepción Palacios moriría seis años después, debilitada por la tuberculosis y los partos, cuando Simón tenía tan sólo nueve. La muy prematura orfandad marcó decisivamente su etapa de formación. De hecho, cabe hablar de una vida familiar prácticamente truncada tanto por la desaparición de los padres como por el muy temprano matrimonio de sus dos hermanas mayores <sup>2</sup>. La ausencia de su padre en la primera infancia y de su madre a partir de los nueve años de edad bien pudieron ser ocasión de fantasías, mitos y leyendas de carácter compensatorio, cultivadas sobre todo en el seno de su familia materna, que fue la que se hizo cargo de la educación del muchacho. Y en el contexto social de la élite caraqueña es evidente que el tema de la gloria individual y el prestigio familiar desempeñaron forzosamente un papel relevante en su proceso de socialización, influyendo

a largo plazo en su temperamento. Como apunta uno de los mayores conocedores (y críticos) de la mitología bolivariana, «el deseo de gloria es en Bolívar una idea fija, una inclinación constante de su personalidad, el vector eterno de sus actos históricos»<sup>3</sup>. Con todo, el desarrollo individual de la personalidad de Bolívar, muy frecuentemente tratado en la literatura biográfica y especialmente idóneo para constituirse en apoyatura de narrativas apologéticas, no es suficiente para hacerse una idea completa del medio en el que Bolívar creció<sup>4</sup>. Resulta necesario referirse también a los fundamentos materiales de su existencia y de la de su familia.

Bolívar vio la luz en una casa señorial conservada hasta hoy y denominada «Casa Natal del Libertador». El ambiente en el que discurren los primeros años de su vida puede calificarse de típico de la clase alta caraqueña. Desde la perspectiva de 1780, más de dos siglos después de la llegada a la provincia del fundador de la estirpe, los Bolívar se habían convertido ciertamente en una de las más adineradas y poderosas familias de Venezuela. Los antepasados de Simón se habían destacado durante todo este tiempo por sus vínculos de lealtad con la Corona, participando en la fundación de ciudades, colaborando económicamente en las tareas de fortificación de La Guaira (principal acceso al mar y centro naval de Venezuela en la época colonial) y asumiendo diversos oficios municipales. Así, el abuelo paterno de Simón, don Juan de Bolívar y Martínez de Villegas, fue uno de los pocos criollos que, si bien de forma sólo interina, ocuparon el cargo de gobernador y capitán general de Venezuela. Su padre, nacido en 1726, se significó durante su juventud en la defensa de las costas venezolanas frente a los ataques piratas, y llegó a pasar cinco años en la Corte. Su altísima lealtad a la Corona parece haber sufrido una cierta erosión a partir de la década de 1770, pero en todo caso no están documentadas discordias sustanciales con el poder colonial español<sup>5</sup>. Las referencias por parte materna también eran inmejorables. Los padres de María de la Concepción, los Palacios de Aguirre y Ariztía, de aún mayor alcurnia, estaban emparentados con uno de los fundadores de la ciudad y habían provisto a ésta durante varias generaciones de síndicos, alcaldes y regidores.

De modo análogo a lo sucedido con el resto de los linajes caraqueños, eran las *haciendas*, las grandes explotaciones agropecuarias, las que constituían el fundamento social y territorial de su poder. Los Bolívar desconocían las penalidades materiales, poseían esclavos, privilegios y cuantiosas rentas. El trasfondo familiar, típicamente criollo,

se había completado en las siguientes generaciones mediante el establecimiento de lazos de parentesco con familias de ascendencia tanto navarra como andaluza, y cristalizó materialmente en la concesión de una encomienda en San Mateo, que se constituyó en la base de la fortuna de los Bolívar durante dos siglos. La familia participaba de los usos sociales propios de su clase, los *mantuanos*, la oligarquía criolla de Caracas <sup>6</sup>. Vivían a un paso de la plaza principal, contaban con una numerosa servidumbre encargada de atender todas sus necesidades, ocupaban un lugar principal en las festividades tanto religiosas como cívicas y bautizaban a sus hijos y sepultaban a sus difuntos en una capilla privada de la catedral. Incluso las damas de la familia se movían por la ciudad acompañadas por su séquito de esclavas.

Desde su nacimiento, Simón tuvo contacto directo con las estructuras socioeconómicas que hacían posible en última instancia el bienestar familiar. Dos mujeres esclavas le tuvieron a su cuidado: primero, un ama de cría, Hipólita, adscrita a la hacienda familiar de San Mateo; después un aya, de nombre Matea. Bolívar se encontró a edad muy temprana con una considerable fortuna, para cuya consecución no había movido personalmente un dedo. Como heredero de un primo de segundo grado, Juan Félix de Aristeguieta y Bolívar (1732-1785), miembro del clero regular, Simón accedió en plena adolescencia al mayorazgo de La Concepción. Como segundo hijo varón, heredó también partes menores del patrimonio familiar, así como algunas propiedades de su abuelo materno, el regidor Feliciano Palacios (1730-1793). Pero sólo la desaparición de su hermano mayor, ocurrida en pleno proceso independentista, acabaría por proporcionarle el grueso de la herencia, compuesta sobre todo por el mayorazgo de San Mateo y las minas de cobre del valle de Aroa <sup>7</sup>.

Para evaluar la fortuna del posterior Libertador (muy considerable, dando igual si se aplican los criterios actuales o los de su propia época) basta con echar un vistazo a la primera de sus propiedades, el Mayorazgo de la Concepción, en el cual trabajaban varias decenas de esclavos <sup>8</sup>. Al margen de cuál fuese su evolución ideológica posterior, Bolívar perteneció durante toda su vida al reducido grupo de privilegiados que conformaban la oligarquía caraqueña, y siguió comportándose en muchos aspectos durante toda su vida igual que el resto de sus miembros. No obstante, la evolución de los acontecimientos desde 1808 (y especialmente a partir de su estancia en Haití, en 1816) supuso un cierto cambio en su conducta: Bolívar dejó de explotar personalmente a sus esclavos y perdió, al menos externa-

mente, cualquier interés por los rendimientos de su patrimonio (lo cual en ningún caso es generalizable al resto de su familia, y en especial a sus hermanas). De hecho, dada su condición de rebelde frente al poder español, Bolívar sufrió temporalmente la pérdida de sus propiedades y de las rentas producidas por las mismas. Durante la fase final del proceso independentista, Bolívar acabaría cediendo la administración a sus parientes <sup>9</sup>.

La desgraciada ruptura del marco familiar condicionó el carácter relativamente desorganizado y muy cambiante de sus años de formación. Aun cuando sus recuerdos de la infancia pudiesen haberse endulzado algo con el paso del tiempo, lo cierto es que el niño Bolívar, claramente privilegiado en lo social, hubo de sufrir privaciones afectivas que marcaron su carácter para el futuro. Tras la muerte de doña María Concepción, Bolívar fue a vivir a casa de su abuelo, quedando su educación en manos de los tíos. Don Esteban Palacios y Blanco (1767-1830) se encontraba a menudo en España, ocupado en gestionar —con poco éxito— el acceso de la familia a un título nobiliario. De modo que fue el hermano de éste, Carlos Palacios, el que asumió efectivamente la tutela del huérfano. La relación entre ambos debió ser complicada, como se deduce del hecho de que el niño terminase odiando tanto a su tutor como sobre todo las labores escolares a las que éste lo obligaba.

Los primeros pasos en la educación del Libertador constituyen otro de los elementos clásicos de la mitología bolivariana, especialmente tratándose de su relación con el ilustrado venezolano Simón Rodríguez (1769-1854), cuya influencia sobre el muchacho ha venido siendo exagerada por los historiadores y hagiógrafos hasta hoy <sup>10</sup>. En realidad, Simón Rodríguez no habría sido otra cosa que maestro de primeras letras del Libertador, y ello en el contexto poco espectacular, pero típico en la Caracas de esta época, de una suerte de escolarización doméstica para criollos financiada por los Bolívar y organizada en su propia casa. Estos primeros estudios tuvieron continuidad, también de la mano de Rodríguez, en la Escuela Pública de Caracas, en la que Simón fue matriculado el año 1793. Es de suponer que el paso por una institución educativa formal, materialmente destaralada y pedagógicamente muy rudimentaria, no le agradó especialmente, como se deduce de la fuga de la casa de su tutor el 23 de julio de 1795. La escapada del muchacho provocó un conflicto familiar en toda regla, en el que se enfrentaron el rigor (y probablemente el interés pecuniario) de don Carlos y la mayor condescendencia de María

Antonia, la hermana mayor de Simón, que se mostró dispuesta a acogerlo provisionalmente. Los deseos del tutor acabaron imponiéndose y, dos semanas después, el niño fue obligado a regresar a la escuela y a la casa del maestro Simón Rodríguez. Bolívar volvería a fugarse poco más tarde y, frente a la alternativa, propuesta por María Antonia, de ser enviado al Colegio Seminario de Caracas, acabaría instalándose de nuevo, aun muy a regañadientes, en casa de los Palacios <sup>11</sup>.

La idealización de la relación de Bolívar con Simón Rodríguez, que sirve incluso para proyectar sobre la biografía del Libertador estereotipos literarios como el *Emilio* rousseauiano, no se compadece en absoluto con el estado de información disponible sobre la infancia de Simón. Lo único documentado con seguridad es que su primer contacto en Caracas fue breve y escasamente armónico, y que el comportamiento rebelde del muchacho no sólo habría tenido como objeto contrariar a su tío, sino también librarse en lo posible de la presión de su educador. Rodríguez terminó abandonando Caracas poco después y sólo el reencuentro bastante posterior entre ambos, verificado en circunstancias muy distintas, explica la importancia que realmente pudo tener para la vida de Bolívar. Sus ideales pedagógicos, forjados en la recepción de la literatura ilustrada, carecían en la Caracas de 1795 de cualquier aplicabilidad práctica, más aún teniendo en cuenta el marco material en el que se les proporcionaba educación a los jóvenes mantuanos. Otro de los maestros del joven Bolívar fue Andrés Bello (1781-1865), sólo veinte meses mayor que él, que le dio clases de geografía y literatura. Más tarde, Bello relataría cómo Bolívar era inquieto y poco aplicado como alumno, pero sin duda talentoso <sup>12</sup>.

Más importante para la formación bolivariana que los contenidos filosóficos o morales que le hubiesen podido aportar sus maestros y preceptores resultó su admisión como cadete en el Regimiento de Milicias de Blancos de los Valles de Aragua, una unidad que había sido fundada por su abuelo y comandada por su padre y que constituía una instancia especialmente prestigiosa desde el punto de vista de la élite criolla. En julio de 1798 alcanzó el grado de subteniente, adscrito a la sexta compañía del batallón. Cumplidos quince años, y con esta actividad, entre representativa y premilitar, el joven Simón estaba cubriendo una de las etapas necesarias en la socialización de un joven mantuano. La misma lógica inspiró la decisión de Carlos Palacios de enviarlo a España, a fin de completar los estudios que se suponían adecuados para un representante de su clase. Allí podría vivir con sus

tíos Esteban y Pedro Palacios y, al menos ésa era la esperanza de su desconfiado tutor, someterse a la disciplina de algún colegio.

El 31 de mayo de 1799, y después de pasar por Veracruz, Ciudad de México y La Habana, y arribar al puerto de Santoña, el adolescente Bolívar llegaba a Madrid. La Villa y Corte del cambio de siglo, si bien acogía una riquísima vida social y cultural, seguramente impresionante para el recién llegado muchacho caraqueño, reflejaba ya en sus contradicciones y conflictos el panorama de una Monarquía sumida en una profunda crisis económica y carente de perspectivas en cuanto a su reforma política. El régimen de Manuel Godoy había empujado al país a una guerra desastrosa contra Francia, y se precipitaba ahora, aliado con ésta, a una catástrofe similar frente a la Gran Bretaña. La vida cortesana, en cuyos niveles inferiores se movían los Palacios, exigía una liquidez de la que la familia no disponía, y ello los llevó a buscar nuevos contactos y, en el mejor de los casos, un patrón estable para el joven Simón. Era en él en quien, una vez fracasadas las gestiones de su tío, se concentraban todas las expectativas familiares de ascenso social.

El primer recurso escogido fue relacionarse con los paisanos instalados ya en la Corte. Éste era el caso de don Jerónimo de Ustáriz y Tovar, segundo marqués de Ustáriz, un venezolano de origen navarro, que desde posiciones afines al reformismo ilustrado, especialmente en el ámbito de la política agraria, había hecho carrera en España, ostentando diversas intendencias durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, hasta llegar a ser nombrado en 1795 ministro del Supremo Consejo de Guerra <sup>13</sup>. Con este motivo, Ustáriz había fijado su residencia en Madrid, y fue en su casa, en la calle de Atocha, donde se hospedaría Bolívar a partir del otoño de 1799-1800. Allí tuvo Simón por primera vez acceso a una biblioteca bien surtida, en la que poder perfeccionar sus conocimientos históricos, filosóficos y, sobre todo, lingüísticos. Pero la influencia de Ustáriz sobre su huésped no se limitó al plano intelectual, sino que incluyó además el ámbito de las relaciones sociales. En casa de Ustáriz conoció Bolívar a la que sería su esposa, María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza, una joven dos años mayor que él, de padre venezolano y madre española, y que, más allá de cualquier romanticismo, era un excelente partido, considerando la necesidad imperiosa de un casamiento para poder hacer efectivo el mayorazgo que le había dejado en herencia el cura Aristeguieta <sup>14</sup>. Así pues, la pareja se comprometió formalmente en agosto de 1800. Encauzada de esta manera su vida sentimental, y

dado que Ustáriz había sido designado a comienzos de 1801 por el rey Carlos IV para una comisión de minas en Teruel y abandonado consiguientemente Madrid, la capital perdió para el joven Bolívar buena parte de su atractivo. Por ello, en la primavera de 1801 se desplazó a Bilbao a visitar a su prometida, y a finales de año emprendió el que sería su primer viaje a París.

En abril de 1802 regresó a España y, una vez recibida del rey Carlos IV la licencia correspondiente, contrajo matrimonio con María Teresa. La ceremonia se celebró el 26 de mayo en la antigua parroquia de San José, situada en pleno centro de Madrid. Tras la boda, la joven pareja se dirigió sin dilación a La Coruña a bordo del navío *San Ildefonso*. El 12 de julio llegaron a La Guaira y partieron hacia Caracas, donde se establecieron primeramente, ocupando la llamada Casa de la Esquina de las Gradillas. El 16 de diciembre Bolívar ascendía al grado de teniente. La situación personal y social del joven caraqueño se presentaba más que prometedora. Bolívar decidió trasladarse junto a su esposa a la hacienda de San Mateo, la principal propiedad familiar. Allí, la alegría del regreso a la patria venezolana se tornó rápidamente en tragedia: María Teresa contrajo la fiebre amarilla, y el 22 de enero de 1803, menos de seis meses después de su llegada, falleció. La pérdida supuso una tremenda cesura en la vida de Bolívar, no sólo desde el punto de vista emocional, tanto más considerando que se trataba de una experiencia ya conocida para él, sino sobre todo porque forzó un cambio radical de rumbo en sus planes. La falta de perspectivas personales y los conflictos familiares con su tío Carlos Palacios lo convencieron de que la mejor solución era volver a marcharse de Venezuela. El 14 de octubre de 1803 concedió un poder general a su hermano Juan Vicente Bolívar, y el 22 del mismo mes solicitó una licencia al rey para viajar a España por dos años. El 23 de octubre Bolívar embarcó de nuevo en La Guaira, y a fines de diciembre llegó a Cádiz.

### **La Capitanía General de Venezuela: colonización tardía y política de reformas bajo los Borbones**

Pese a su muy temprano «descubrimiento» (la desembocadura del Orinoco había sido avistada ya durante el tercer viaje de Cristóbal Colón), Venezuela permaneció en una situación marcadamente periférica en la primera fase de la conquista. A falta del atractivo tangible que hubiesen podido suponer los inexistentes metales pre-

ciosos, la penetración europea en el territorio se produjo de modo lento y concentrado en un número limitado de centros en el litoral, que irían dando lugar, entre 1500 y 1650, a las principales ciudades del país. A partir de finales del siglo XVII, y aún más intensamente en el XVIII, se produjo un proceso de reorientación de las actividades económicas hacia el eje Caracas-La Guaira-Valencia, el cual empezó a canalizar también la totalidad de las relaciones de Venezuela con el resto del espacio atlántico y con Europa. Caracas reclamó ya desde 1670 el primer puesto entre las ciudades venezolanas. Residían en ella los representantes más conspicuos del sector del cacao y los «mantuanos», una élite urbana orgullosa de su poder. Las zonas marginales de este núcleo de colonización —y con ello en la práctica también su «frontera»— quedaron a cargo de misioneros. En términos generales, la lentitud de la ocupación y colonización del territorio determinaron una situación claramente diversa a la de otras regiones.

Esta constelación cambió por completo durante el siglo XVIII, cuando las medidas de reforma impulsadas por los Borbones sentaron las bases para la plena integración de Venezuela en el imperio español. El deseo de la Corona de extraer el máximo beneficio posible del vínculo colonial se tradujo en el caso venezolano en un notable crecimiento, muy centrado en la economía de plantación y especialmente en el monocultivo del cacao, y con un potente instrumento rector de éste, como fue la Real Compañía de Guipúzcoa. La fundación de esta organización, denominada también Compañía Vasca o Compañía de Caracas, en 1728, contribuyó a cementar la preeminencia de Caracas en el sistema económico venezolano. Sus principales beneficiarios, aparte de la Corona y algunos comerciantes vascos, fueron una serie de familias (los «grandes cacaos») instaladas en los núcleos urbanos de la costa, en la propia Caracas, en el valle del Tuy, Coro o Cumaná. Esta situación de semimonopolio funcionó relativamente bien hasta mediados de siglo, cuando empezó a ponerse de manifiesto que la Compañía no estaba en disposición ni de abastecer debidamente al país ni de soportar la competencia de ingleses, portugueses, holandeses, daneses y, sobre todo, de los numerosos contrabandistas activos en la región. Tan evidente disfuncionalidad acabó provocando sublevaciones de hacendados, como la de Juan Francisco de León (1749-1751), que se rebelaron contra una baja de precios del cacao. En cualquier caso, el juicio sobre la Real Compañía ha de ser ambivalente, lo que en cierto modo es muy representativo de las reformas borbónicas en

su conjunto: por un lado, su existencia favoreció ciertamente una mejor incardinación de la región en las estructuras económicas del imperio. Por otro, los fallos en el funcionamiento de la compañía y el insuficiente reconocimiento de los intereses locales implicados se hicieron ostensibles en la larga resistencia de la Corona a fundar un consulado, como había hecho en Veracruz, Cartagena o Lima.

La separación de Nueva Granada y la adquisición de competencias propias en el marco de una nueva Capitanía General (1777) incrementaron la autoconciencia política de las élites criollas, lo que a su vez fue motivo de diversos conflictos con el poder colonial. Si bien es cierto que éste, al menos programáticamente, se estaba moviendo desde posiciones proclives al consenso a otras de abierta confrontación con sus súbditos americanos, las disputas surgidas pueden verse también desde otra perspectiva. En general, las estructuras del sistema colonial siguieron disfrutando durante todo el siglo XVIII de una notable aceptación. Sus crisis se asociaron mucho más a aspectos de eficiencia que a cuestiones de principio. Problemas prácticos como la creciente exposición a los ataques de los enemigos exteriores de la Monarquía o las dificultades en el abastecimiento y las comunicaciones parecieron entrar en mejores vías de solución con la gran ola de reformas iniciada en 1770<sup>15</sup>. En el curso de tres décadas se fundaron la Intendencia (1770), la Capitanía General (1777), la Audiencia (1786), el Consulado y el Arzobispado de Caracas (ambos en 1804). Todas estas medidas conformaron el andamiaje político del territorio que acabaría convirtiéndose en el Estado de Venezuela. Las nuevas instituciones, al generar sus correspondientes aparatos burocráticos, proporcionaron a los mantuanos los instrumentos necesarios para convertir en realidad lo que ya llevaban reclamando desde hacía ya tiempo: el derecho a hablar en nombre de todas las provincias de Tierra Firme en todo lo referido a las relaciones económicas y comerciales.

Caracas se convirtió a finales del siglo XVIII en una de las ciudades más grandes del imperio. Con casi 40.000 habitantes, en toda la América hispana sólo era superada en población por México y Lima. Sus usos sociales estaban caracterizados, muy especialmente en el período que vio crecer a Simón Bolívar, por la extraordinaria importancia que se concedía al color de la piel. Los Bolívar se hallaban en la misma cúspide de la sociedad de *castas*, en ese pequeño segmento de blancos *criollos* que estaban tan orgullosos de su rancio abolengo hispano como de su contribución activa, por generaciones, al esplendor de la colonia. Sin embargo, los *criollos* consti-

tuían solamente una parte de los *blancos*, entendidos éstos como la minoría étnica políticamente dominante. Entre los *blancos* se contaban también los *peninsulares* (funcionarios reales, militares, eclesiásticos, comerciantes vascos, etc.), los *canarios* (incluyendo los nacidos en el archipiélago y también sus descendientes) y, de modo más genérico, los *blancos de orilla*, es decir, los artesanos, comerciantes y asalariados originariamente europeos, pero situados en la zona baja de la escala social. En ésta se ubicaba también el grueso de los afrodescendientes, el grupo socio-étnico más numeroso, igualmente heterogéneo en su estatus jurídico (esclavos o libertos) o en su grado de cercanía fenotípica y afinidad sociocultural a la población de origen europeo (*mulatos, pardos, negros*).

A comienzos del siglo XIX, Venezuela estaba dominada cuantitativamente por los *pardos* y los *blancos de orilla*, que sumaban en conjunto unas tres cuartas partes de la población total. La cuarta parte restante la completaban negros e indígenas, junto a un reducido porcentaje (entre el 1 y el 2 por 100) de blancos. Los indígenas venezolanos, diezmados en las primeras décadas de la colonia, carecían de cualquier visibilidad en los núcleos urbanos. Su presencia se reducía a las áreas marginales del territorio, cuyo control, generalmente en manos de misioneros, resultaba más que precario. La heterogeneidad socio-étnica se tradujo también en una considerable diferenciación regional: en la costa se encontraba la mayoría de los centros urbanos; la actividad económica estaba concentrada en las plantaciones cacaoteras. Los llanos estaban (poco) poblados por mestizos y *pardos*, y se dedicaban fundamentalmente a la actividad ganadera. El interior, finalmente, con las cuencas de los grandes ríos y zonas casi inexploradas de selva, albergaba las comunidades indígenas y las misiones <sup>16</sup>.

Los mantuanos o «grandes cacao», que controlaban la producción agraria exportable y ocupaban un lugar preeminente en la cúspide de la pirámide social venezolana, vivían con gran boato y estaban casi siempre al corriente de las últimas novedades procedentes del Viejo Mundo. El dinamismo de la sociedad urbana, especialmente de la caraqueña, se derivaba de ser Venezuela la colonia más próxima a la metrópoli y por ende a Europa. Los venezolanos no tenían imprenta propia, pero eran los primeros en recibir las noticias procedentes de Europa, y viajaban más que, por poner un ejemplo próximo, sus vecinos de Santafé de Bogotá. Miquel Izard ha podido documentar cómo una cincuentena de propietarios monopolizaba ya a la altura de 1745 casi la mitad del total de la propiedad cacao-

tera, una circunstancia que se ampliaba obviamente a los *hatos* y tierras dedicadas a otros cultivos <sup>17</sup>. Esta expansión territorial del grupo, aparejada a una considerable concentración propietaria, se había verificado durante el siglo XVIII mediante simple ocupación, compra de bienes de realengo y expropiación de tierras indígenas, y a finales de siglo empezó a afectar incluso a regiones considerablemente alejadas del norte costero.

La base material del bienestar mantuano era la economía esclavista de las plantaciones, lo que explica muy bien el impacto literalmente terrorífico de la revolución francesa y, sobre todo, de la haitiana, en la mentalidad de los grupos privilegiados <sup>18</sup>. La sublevación de los esclavos y negros libres que estalló en Santo Domingo en la última década del siglo (1791-1803) tuvo un efecto inmediato sobre una estructura social que acumulaba, bajo el manto superficial del control por parte de la élite, gran cantidad de conflictos larvados, violencia y desigualdades. Los sucesos revolucionarios en las Antillas causaron la huida de los hacendados de las islas, muchos de los cuales se establecieron en Venezuela, pero también, sobre todo, la dispersión por el Caribe de numerosos esclavos fugitivos <sup>19</sup>.

### **Regreso a Europa: nuevas lecturas y experiencias políticas**

Las semanas inmediatamente posteriores al fallecimiento de María Teresa habían estado marcadas para Bolívar por la tristeza y la frustración. Su prematura viudez le había impedido emprender, según sus deseos, una existencia autónoma en el marco de las convenciones de la sociedad caraqueña. Muy al contrario, se volvían a reproducir ahora las querellas familiares de su juventud, y Bolívar no se veía con la fuerza y las ganas necesarias para afrontar en solitario los sinsabores de una vida de hacendado muy lejana a sus expectativas. Por todas estas razones, decidió que la mejor solución era marcharse de nuevo a Europa. Muchos años después procedería a racionalizar esta decisión, afirmando una relación causal entre su tragedia personal y el giro político en su biografía. Si no hubiera muerto su esposa, argumentaba el Libertador, las cosas habrían sido distintas:

«Miren Ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado, quizá mi vida habría sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Ma-

teo... Volví de Europa para Caracas el año de 1801 [en realidad 1802, A.S.A] con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena de los vapores del más violento amor y no de ideas políticas, porque éstas no habían todavía tocado mi imaginación; [...] sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creer que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que me vinieron en mis viajes, y en América no hubiera logrado la experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera... La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política»<sup>20</sup>.

Sea como fuere, lo cierto es que Bolívar, una vez resueltos sus asuntos económicos más urgentes, embarcó de nuevo hacia España en octubre de 1803. Tras arribar a Cádiz a finales de año, pasó relativamente poco tiempo en la Corte, sólo el justo para encontrarse con su desconsolado suegro, al que entregó algunos recuerdos de su hija. Pero España no era ahora su destino principal, sino sólo estación en el camino hacia Francia. Diversos testimonios indican que, a pesar del dolor que tan enfáticamente había expresado inmediatamente después de perder a María Teresa, Bolívar encontró pronto consuelo en los brazos de damas bien conocidas en la vida social de París y, muy especialmente, en la relación con Fanny du Villars [1775-1845(?)], quien se convertiría en su amante y confidente durante dos años. Fanny, casada con un alto oficial de Napoleón, y mucho mayor que él, introdujo a Bolívar en su salón, uno de los más liberales del momento<sup>21</sup>. Fue también en este contexto, mitad mundano, mitad intelectual, en el que Bolívar pudo entablar contacto con personajes como el prusiano Alexander von Humboldt. Si bien es amplísima la mitología sobre las relaciones entre ambos, cabe pensar en cualquier caso que se reducirían por esta época a un mero intercambio de opiniones sobre la situación hispanoamericana. Humboldt conocía no sólo la patria de Bolívar, que había visitado en 1799-1800 en ausencia de éste, sino también Nueva España, Nueva Granada, Perú y el Caribe. Poseía, por tanto, una información de primera mano sobre la realidad social y política del conjunto del imperio, y podía calibrar con cierto fundamento cuáles eran las posibilidades reales de una sublevación contra el poder español. Nada apunta, sin embargo, a que hubiese podido vislumbrar en la persona del joven venezolano un potencial liderazgo al respecto<sup>22</sup>.

El joven Simón no dedicaba su tiempo exclusivamente a la vida social, sino que, desde una atalaya tan privilegiada como la capital

francesa, era también testigo de acontecimientos de vital importancia para la política europea. La debilidad de la Monarquía Hispánica, cuyas consecuencias internas había podido percibir directamente durante su periplo madrileño de 1800, se traducían ahora en el plano exterior en una manifiesta impotencia para hacer frente al poder marítimo británico y a la política hegemónica de Napoleón en el continente. La figura del corso fue adquiriendo un perfil cada vez más diferenciado en la percepción del joven caraqueño. Bolívar se encontraba en París el día de la autocoronación imperial de Notre Dame (2 de diciembre de 1804). El acontecimiento enturbió en cierta medida la opinión inicialmente muy positiva que tenía sobre Bonaparte, y le hizo ver en él no sólo el héroe republicano que ya conocía, sino también el potencial tirano y enemigo de la libertad que vendría después.

Un suceso decisivo para la evolución intelectual de Bolívar durante estos años fue su reencuentro con Simón Rodríguez, el antiguo preceptor y maestro, que había salido de Venezuela en la década de 1790, y que ahora, en circunstancias radicalmente distintas a las de su infancia caraqueña, sí pudo ejercer una verdadera influencia sobre Simón, en el sentido de apoyarlo en su interés por las Luces e inculcarle el cultivo de un pensamiento verdaderamente independiente. El primer pilar de esta fase formativa genuinamente ilustrada fue la diversificación de sus lecturas, sobre la base de los primeros pasos que había dado en España bajo las directrices de Ustáriz. El segundo, muy acorde con las prácticas culturales dominantes en su entorno, fue el viaje a Italia que Simón emprendió en abril de 1805 junto a Rodríguez y a Fernando Rodríguez del Toro, otro amigo venezolano, hijo del marqués del Toro <sup>23</sup>. La cultura decididamente urbana y el ambiente preñado de referencias históricas del país transalpino ejercieron una particular fascinación sobre los aún jóvenes viajeros. A esto se añade que pudieron ser testigos, en Milán y en Castiglione, de la entrada triunfal del flamante emperador francés, presto ahora a ser coronado como Rey de Romanos. El punto culminante del viaje, que transcurrió por Venecia, Verona, Padua y Florencia, fue sin duda su estancia en Roma. La Ciudad Eterna reunía reminiscencias clásicas —las de la austeridad republicana, pero también las de la gloria imperial— y cristianas, capaces de excitar la fantasía de jóvenes exaltados y muy predispuestos por sus conocimientos librescos. Así, no es en absoluto casual que fuese en Roma, concretamente en el Monte Sacro, donde el 15 de agosto de 1805 se produjo uno de los acontecimientos de referencia obligada en la mitología bolivariana. Precisamente en el escenario histórico de la

*secessio plebis* por antonomasia, de la rebelión de los plebeyos contra su opresión por los patricios, Simón pronunció, en presencia de sus dos compañeros de viaje, el juramento solemne de romper un día las cadenas que ataban América a España:

«Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por mi patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!»<sup>24</sup>.

El recuerdo del «Juramento del Monte Sacro», con toda su carga de retórica y autoestilización, permanecería indeleble en la memoria del Libertador, como demuestran referencias epistolares posteriores. Pero, significativamente, este acto de gran contenido simbólico no se tradujo de momento en ningún paso práctico de distanciamiento de la Corona de España. De hecho, Bolívar se relacionó por aquellos días con el embajador español en Roma, junto al cual fue recibido en audiencia por Pío VII. Tras visitar Nápoles, Bolívar emprendió el viaje de regreso a París. Después de sus experiencias en Francia e Italia, estaba decidido a volver a Venezuela e implicarse activamente en proyectos insurreccionales contra España. Había madurado personal y políticamente, y además había acumulado conocimientos e información acerca de los mecanismos de la política internacional que le podrían servir en el futuro.

A la hora de valorar estos años formativos en su conjunto, es posible caracterizar a Bolívar como un autodidacta que necesitó algún tiempo para poder liberarse (al menos parcialmente) de las restricciones culturales derivadas de su origen. La educación primaria recibida en Caracas, al margen de los diversos conflictos familiares que la rodearon, no pasó ciertamente de lo puramente convencional, y es evidente que el interés de sus parientes se concentró bastante más en el ingreso de Simón en la milicia caraqueña que en la posibilidad, por ejemplo, de que emprendiese estudios universitarios. A partir de 1799, su estancia en Madrid le proporcionó las estructuras básicas para poder seguir desarrollando una personalidad propia. En especial el aprendizaje del francés le sería de gran utilidad en lo sucesivo. Pero la mayoría de las lecturas centrales para su evolución intelectual las completó en su etapa parisiense<sup>25</sup>. Las preferencias filosófico-literarias de Bolívar reflejan fielmente la coyuntura cultural en la que le tocó desenvolverse en torno al cambio de siglo. El testimonio de

O'Leary, que enumera a los autores que lo impresionaron especialmente, permite hacerse una idea bastante fiel del universo intelectual bolivariano. El elenco de sus favoritos por esta época era básicamente ilustrado, con un cierto equilibrio entre autores franceses e ingleses, y llamaba desde luego la atención la práctica ausencia de referencias religiosas.

Con todo, no es posible establecer un vínculo causal claro y unívoco entre los contenidos cultivados por el caraqueño y sus opciones concretas en el contexto político de la Independencia. Así, por un lado, Bolívar profesaba un amor especial a la historia de la antigüedad clásica, a la que dedicaba buena parte de su tiempo y a la que consideraba su disciplina preferida <sup>26</sup>. Por otro, era notablemente ecléctico en la elección de los motivos, combinando elementos atenienses, espartanos y romanos, y subrayando explícitamente la imposibilidad de aplicarlos sin más a la realidad contemporánea. Como ha podido verse en el episodio del Monte Sacro, en su caso se trataba más de una filiación icónica que de una reproducción intencional de determinados hechos o procesos históricos. Lo mismo cabe decir sobre los procesos revolucionarios contemporáneos, ya fuese el francés o el estadounidense. John Lynch ha llamado la atención sobre el hecho de que Bolívar no fue en ningún caso esclavo de ejemplos europeos o estadounidenses. Sus ideas y sus políticas las desarrolló no tanto a partir de modelos ajenos, sino de la determinación de las necesidades propias <sup>27</sup>.

Más allá de la reflexión filosófica, Bolívar se interesaba sobre todo por la política práctica. De hecho, el pensamiento independentista que empezaba a incubarse no traducían solamente *ideas* predeterminadas, sino más bien respondía a *intereses* americanos que, en su opinión, venían siendo sistemáticamente desatendidos, cuando no directamente lesionados por el poder colonial español al menos desde mediados del siglo XVIII. El momento ideológico propiamente dicho vino después, y tiene una cierta componente de racionalización y legitimación *a posteriori*. Habiendo tenido conocimiento directo de las consecuencias de ambas, se identificaba mucho más con la Revolución americana que con la Revolución francesa, y en ese punto no se apartaba en absoluto de la opinión de Francisco de Miranda y de otros muchos ilustrados españoles de ambos hemisferios. Bolívar era consciente de la preponderancia que estaba adquiriendo Gran Bretaña por esos días, y de cómo ésta se fundaba en el desarrollo de las relaciones comerciales más allá de cualquier frontera política. De-

bido precisamente a sus propias experiencias como propietario, sabía de las dificultades y las trabas que ponía el régimen monopolístico colonial a la comercialización de sus productos y también de la indefensión en que estaba quedando su patria frente a las amenazas exteriores. Desde este punto de vista, el objetivo de la independencia se revelaba mucho más como necesidad práctica que como visión filosófico-política.

Yendo algo más allá de la génesis de un ideario bolivariano a nivel estrictamente individual, se plantea aquí, con carácter ejemplar, la cuestión más amplia de las raíces intelectuales de la Independencia. ¿Cabe considerar a la Ilustración como una de sus causas? Y, de ser así, ¿qué caracteres específicamente hispanoamericanos llevaron acaso a consecuencias distintas a las que tuvo el movimiento ilustrado en la propia España? La respuesta exige un cierto esfuerzo de contextualización, tanto dentro del marco geográfico hispanoamericano como fuera de él<sup>28</sup>. En comparación con las colonias británicas al norte del continente, Hispanoamérica se caracterizaba no sólo por la falta de libertad de prensa en sentido formal, sino, además, también por la ausencia de una tradición de libre intercambio de ideas entre sus élites letradas. Estas carencias eran por cierto correlativas a un déficit de cultura política participativa, derivado de la inexistencia de tradiciones asamblearias similares a las norteamericanas (excepto quizás, significativamente, en el plano municipal). Tanto Bolívar como muchos de sus parientes y amigos, miembros de la oligarquía criolla, eran conocedores de las doctrinas ilustradas, en especial de las teorías acerca de la existencia de derechos naturales y de la idea del contrato social. Les eran familiares conceptos como «libertad» e «igualdad», y ni siquiera la fuerte impronta católica de la sociedad colonial pudo impedir por completo que se apercibiesen del surgimiento de voces críticas frente a los privilegios de la Iglesia y su imposición de tradiciones ajenas a la Razón. El propio Bolívar acabaría también impregnado por el escepticismo religioso de su tiempo, y llegaría a identificar a la Iglesia, a partir de sus propias experiencias, como un agente político más del Antiguo Régimen. El principal cambio, con todo, estaba llamado a ser una nueva percepción del poder político y de la legitimidad de éste. Se consideraba propósito fundamental de todo Gobierno la consecución de la máxima felicidad para sus súbditos. Y esta felicidad, obviamente, no se medía ya con criterios morales, sino básicamente en términos de progreso material y participación colectiva en el desarrollo de las potencialidades de la

comunidad. Si algo decisivo había aportado la política de reformas emprendida por los Borbones a mediados de siglo, ello fue una conciencia mucho más clara y empíricamente fundada de las élites respecto al grado en que las colonias americanas ofrecían posibilidades casi ilimitadas de explotación económica, y de cómo las trabas asociadas al vínculo colonial restaban continuidad y eficiencia a ésta <sup>29</sup>.

La receptividad de las élites venezolanas frente a las corrientes intelectuales europeas, si bien superior a la constatable en otras regiones americanas, tampoco ha de ser sobrevalorada. Tanto las fluidas relaciones de los «grandes cacahos» con el viejo continente como la relativa proximidad de Norteamérica y el Caribe facilitaron ciertamente el conocimiento de las figuras señeras de la Ilustración europea: Voltaire (1694-1778), Montesquieu (1689-1755), Rousseau (1712-1778) y los *philosophes*, pero también autores de anterior data como Hobbes (1588-1679), Locke (1632-1704) y Spinoza (1632-1677). Directa o indirectamente, todos ellos acabarían dejando su impronta en el discurso de la Independencia. Con todo, la historiografía también ha venido insistiendo en la importancia de tradiciones constitucionales autóctonas que habrían operado, en la coyuntura crítica del Imperio español, como factores endógenos de movilización política. El pensamiento neotomista de Francisco Suárez (1548-1617), y más concretamente la doctrina de la reversibilidad del poder en caso de tiranía o abandono por parte del gobernante, que implicaba el postulado de una suerte de «soberanía popular» análoga a la del contrato social rousseauiano, habría proporcionado, según esta interpretación, un marco doctrinal adecuado (y altamente institucionalizado en el ámbito universitario) para la reformulación de los vínculos entre España y sus colonias americanas <sup>30</sup>. No obstante, por mucho que la propia Universidad de Caracas participase de esta matriz doctrinal, su reflejo en el pensamiento de Simón Bolívar parece haber sido prácticamente nulo. No es éste el caso de otras tradiciones de pensamiento, como la del republicanismo clásico, que sí impregnaron fuertemente los posicionamientos del Libertador desde su más temprana juventud <sup>31</sup>.

Los conocimientos de Bolívar sobre la antigüedad clásica estaban ciertamente filtrados por la lectura de autores franceses, y respondían a menudo más a la búsqueda retórica de brillantes referencias o citas que al análisis sistemático de las instituciones grecorromanas <sup>32</sup>. Este acercamiento pragmático a los textos caracteriza en general el perfil intelectual de Bolívar, pendiente sobre todo de la aplicabilidad real que podían tener los postulados teóricos ilustrados a las circuns-

tancias concretas de la sociedad colonial americana. El tema nuclear de su pensamiento político era, sin duda, el de la «Libertad», si bien entendida ésta no sólo en abstracto o exclusivamente en clave individual, sino siempre en combinación con un afán emancipador genuinamente anticolonial. La experiencia hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XVIII mostraba que la libertad como fin en sí misma podía incluso ser postulada en el contexto de un programa político absolutista-ilustrado y servir indirectamente como elemento de justificación de un imperialismo reformado. A la vez, el cosmopolitismo normativo de los principales autores ilustrados se topaba con la realidad de discursos identitarios protonacionales, firmemente instalados entre las élites, pero aún no lo suficientemente fuertes como para poder llegar a vertebrar una ruptura revolucionaria del vínculo colonial. Ni la idea de emancipación anticolonial ni menos aún la noción de «guerra de independencia» encontraron acomodo en doctrinas centradas en el despliegue individual de la Razón, y dependientes para su puesta en práctica del favor de gobernantes que operaban todavía con categorías básicamente dinásticas. Ni siquiera la teórica defensa de la libertad abstracta frente al despotismo monárquico por parte de Rousseau había implicado en absoluto que se alinease frente a las prácticas coloniales de su tiempo.

En general, el desinterés ilustrado por la cuestión de la legitimidad del dominio europeo sobre territorios ultramarinos es patente, si acaso con la excepción parcial de Alexander von Humboldt, que al menos en privado se mostró extremadamente crítico con la política española en América<sup>33</sup>. Sólo el estallido de movimientos verdaderamente revolucionarios en el espacio atlántico, especialmente en los Estados Unidos a partir de 1776, daría lugar a formulaciones más explícitas. La reivindicación política de las colonias británicas supuso también una radicalización de aquellos ideales, hasta entonces abstractos, de emancipación, que, aplicados a las colonias propias, adquirirían un significado completamente diverso. Es el caso de Jeremy Bentham (1748-1832), con su denuncia de las contradicciones internas del liberalismo británico (y, de paso, también del español)<sup>34</sup>, o el de Thomas Paine (1737-1809), con su firme apoyo a las reivindicaciones del movimiento independentista norteamericano. Al generalizarse el descontento de las colonias, Paine había emprendido una auténtica cruzada publicística a favor de las ideas racionales llamadas por él del «sentido común», criticando como injustos y económicamente erróneos los excesivos impuestos decretados por el Gobierno britá-

nico, los cuales, a su juicio, favorecían el contrabando y la corrupción. El mismo argumento lo aplicó también a la prohibición de comerciar con otras naciones, causante de la pérdida de fortunas materiales, y a la falta de representantes norteamericanos en el Parlamento británico. Paine sostuvo que la solución última a todos esos problemas era la consecución de la independencia, y divulgó esta postura en el más famoso de sus escritos, *Common sense* (1776)<sup>35</sup>. En Hispanoamérica, el texto de Paine alcanzó una cierta difusión entre la élite criolla y ejerció una influencia documentable sobre tratados independentistas posteriores como la *Carta dirigida a los Españoles Americanos* del Abate Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1748-1798), publicada poco después de la muerte de éste<sup>36</sup>. La doctrina del «*common sense*» marcaría un hito en la historia del pensamiento político, al propugnar decisiones políticas basadas no en la historia, la religión, la nación o el honor, sino exclusivamente en criterios avalados por la experiencia de los seres humanos y en el uso autónomo de la razón.

### **Malestar criollo y tentativas insurreccionales: Francisco de Miranda**

En un contexto hispanoamericano relativamente deficitario en su receptividad a los contenidos ilustrados, Venezuela constituía una cierta excepción. Su apertura a las influencias atlánticas facilitó la difusión de innovaciones, plasmada en traducciones o ediciones de autores de cariz «contestatorio». Así, al socaire de la conspiración de Manuel Gual (1759-1800) y José María España (1761-1799), se difundió una traducción de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre (en su versión más radical de 1793). Gual y España habían llegado a preparar un plan para derribar el gobierno colonial y sustituirlo por una república de inspiración revolucionaria francesa. En una suerte de conspiración transatlántica y con participación de representantes de otros grupos socio-étnicos, celebraron en secreto varias reuniones hasta que fueron descubiertos y obligados a exiliarse. Gual permaneció en Trinidad, mientras que España repitió el intento, fracasó de nuevo y terminó colgado y descuartizado en Caracas<sup>37</sup>. También en Venezuela se realizó, ya antes de 1810, una traducción de *El Contrato Social* de Rousseau. En conjunto, los planteamientos iusnaturalistas, liberales y republicanos parecen haber alcanzado en Venezuela un grado mayor de difusión que en otras regiones hispanoamericanas. Ello explica en parte el entusiasmo del joven Bolívar por

las nuevas lecturas a las que había tenido acceso en París. Pero mientras sus planes insurreccionales seguían moviéndose en un plano más bien ideal y sobre todo retórico, era otro caraqueño residente en Europa, Francisco de Miranda, quien estaba procesando por la misma época sus experiencias con resultados bien distintos.

Sebastián Francisco de Miranda Rodríguez (1750-1816), militar y revolucionario, ocupa como «Precursor» y padre fundador de la República un lugar preeminente en la narrativa maestra de la historia nacional venezolana, si bien siempre a la sombra del Libertador Simón Bolívar<sup>38</sup>. El apelativo de Precursor remite concretamente a su principal gesta como insurgente, el intento de invasión de Venezuela en 1806. No obstante, la prelación histórica debería ser considerada más allá de lo puramente cronológico: Francisco de Miranda no sólo precedió a Bolívar en su militancia independentista, sino que se convirtió también en modelo y en fuente generadora de ideas y mitos políticos, especialmente en lo relativo a la dimensión continental de la empresa emancipadora. Nacido en el seno de una familia de origen canario. Miranda había servido como oficial del ejército español, con destacada presencia en campañas norteafricanas (por ejemplo la de Melilla en 1774), y había sido testigo directo, tras su participación en la expedición contra Pensacola (1781), de los primeros pasos de los Estados Unidos en el camino hacia la independencia del dominio británico.

A lo largo de sus numerosos viajes por América y Europa (Austria, Prusia y Rusia), había establecido multitud de contactos, que intentó luego traducir en apoyos al incipiente movimiento anticolonial. En los salones de Moscú, Viena y Potsdam, Miranda había comenzado a pronunciarse a favor de la «liberación» de la América Hispana. Se trataba de ideas aún poco concretas, que fueron adquiriendo contornos más precisos en el contexto del intercambio cultural con europeos de condición y origen muy diversos. Estratégicamente, su meta principal era lograr el apoyo de Gran Bretaña para sus planes libertadores. En medio de este empeño de carácter más bien diplomático, Miranda se vio involucrado en la dinámica revolucionaria, incorporándose al ejército francés en septiembre de 1792. Su cualificación militar le permitió completar una llamativa carrera como general de la Convención, participando en la batalla de Valmy y en la ocupación de Bélgica<sup>39</sup>. Al mismo tiempo, Miranda tomó contacto con el incipiente liberalismo de la cultura militar europea y con su concepción del servicio de armas como vehículo de ciudadanía, una idea que

—cierto que ejecutada por otros— estaba llamada a adquirir enorme importancia en el proceso independentista hispanoamericano.

El sistema político que propugnaba Miranda era el de una monarquía electiva a cuyo frente se situaría un «inca». Este Estado pretendidamente unitario habría de abarcar, con el nombre de «Colombia», la totalidad de los territorios americanos dominados por España <sup>40</sup>. La aparente desmesura del programa puede desviar la atención respecto de su trasfondo lógico: la única forma de subvertir un imperio centralista que se extendía de Tierra del Fuego a Canadá tenía que ser precisamente una estrategia revolucionaria de alcance continental. A partir de 1795 Miranda se implicó a fondo ante las autoridades de Londres a fin de conseguir financiación y apoyo logístico para una expedición armada contra el poder colonial español. Sus esfuerzos se concentraron en la persona del *premier* William Pitt (1759-1806), el cual, aun siendo reacio al riesgo, sí permitió que el venezolano pudiese ejercer una cierta influencia desde las vecinas posesiones británicas en el Caribe. No obstante, Miranda tuvo que esperar hasta 1805 la autorización definitiva de la diplomacia británica para un intento de desembarco en Tierra Firme <sup>41</sup>.

El programa «libertador» de Miranda, basado en el convencimiento voluntarista de la inminencia de una ruptura del imperio, y cuya aplicación se confiaba a la estrategia de una invasión exterior apoyada por los ingleses, no fructificó. Los criollos venezolanos eran absolutamente contrarios a un proyecto de esta naturaleza, y el propio Miranda tampoco estaba particularmente predispuesto a enredarse en negociaciones con movimientos locales de resistencia o rebelión, ya fuese con *cimarrones* (esclavos fugitivos) o, en el contexto regional caribeño, con rebeldes haitianos. Miranda, repudiado como «monstruo abominable» por la oligarquía venezolana, tuvo que ver cómo dos intentos sucesivos de desembarco, el 27 de abril y el 3 de agosto de 1806, acababan en una derrota completa y en el aplastamiento de los rebeldes con el concurso militar y financiero de los poderes locales <sup>42</sup>. La expedición, compuesta por aventureros franceses vinculados a la masonería y contrabandistas tanto norteamericanos como caribeños, sólo llegó a controlar por algún tiempo las ciudades de Coro y La Vela. La trascendencia simbólica de la acción acabaría superando con mucho su importancia real.

La noticia del fiasco de la expedición de Miranda parece no haber sorprendido excesivamente a Bolívar, pero sí podría muy bien haberlo reforzado en su deseo de regresar a Venezuela e implicarse en

la política local. Después de tomar prestado algo de dinero para el viaje, y dado que tanto España como Francia se encontraban en guerra contra los ingleses, Bolívar se desplazó a Hamburgo, desde donde partió hacia América, si bien no con rumbo directo a Venezuela, sino pasando primero por los Estados Unidos. Es muy poco lo que sabemos sobre la estancia del Libertador en la joven república norteamericana. Tras arribar a Charleston, al parecer en un estado de salud bastante deficiente, permaneció en Norteamérica el tiempo justo para visitar Nueva York y Boston, y partió desde Filadelfia de regreso a La Guaira, donde llegó en junio de 1807. En todo caso, su actitud esencialmente positiva respecto a los Estados Unidos queda bien resumida en el recuerdo, muy posterior, de haber experimentado allí, por primera vez en su vida, lo que es «libertad racional»<sup>43</sup>.

La falta de informaciones fidedignas sobre las actividades de Bolívar en el período 1804-1807 ha alimentado la tendencia, visible ya desde el siglo XIX, a rellenar los huecos con leyendas de todo tipo: sus amoríos parisienses, su supuesta amistad con Humboldt, sus posibles contactos con los Estados Unidos, etc. Tomada en su conjunto esta fase de la biografía de Bolívar es la de una doble cristalización: la de sus propios intereses y preferencias intelectuales, pero también la de realidades objetivas de crisis en el imperio colonial español. La principal interrogante es si este diagnóstico de crisis puede ser ampliado en el sentido de dar por sentada, o al menos sugerir, la inevitabilidad de una sublevación de las colonias contra España. Buena parte de la historiografía latinoamericana sobre la Independencia viene presentando las cosas en esos términos: el proyecto de la independencia habría estado, por así decir, en plena maduración, esperando solamente al líder capaz de ponerlo en práctica. Sin embargo, la mayoría de las fuentes disponibles sobre el primer lustro del siglo XIX apuntan en otra dirección. El grado de lealtad de las élites coloniales respecto a la metrópoli se mantuvo relativamente alto y las intentonas insurreccionales hallaron por lo general poco eco entre la población americana. Limitando la perspectiva a la capitanía general de Venezuela, cabe decir que a la altura de 1800 prácticamente nada apuntaba la mera posibilidad de una defección de las élites criollas, y menos aún por supuesto a que uno de sus hijos pudiese erigirse en líder del movimiento a escala continental. Y sin embargo, eran varias las líneas de conflicto que acabarían confluyendo, en la coyuntura crítica de 1808-1810, en el colapso del sistema político colonial y su sustitución por un nuevo orden republicano.

Una de las razones que movían a las élites venezolanas y especialmente a las caraqueñas era la imperiosa necesidad de competir con vecinos caribeños, que estaban introduciendo con notable éxito nuevas y lucrativas formas de producción esclavista. En este sentido, la Corona no sólo no prestaba ayuda efectiva, sino que se constituía incluso en obstáculo. Especialmente el *leitmotif* del comercio libre consiguió aglutinar las posiciones de buena parte de los mantuanos capitalinos. No obstante, ya antes de la ruptura con España, se planteaba la cuestión de la rivalidad entre Caracas y el resto de las ciudades coloniales (especialmente Coro y Maracaíbo) renuentes a sustituir un yugo, el español, por otro, el de la «tiranía de Caracas». Sólo en este contexto de autoafirmación política y competición interregional de las élites cabe ubicar la paulatina recepción y el procesado de ideas revolucionarias procedentes de Norteamérica y Francia. «Libertad» e «igualdad» poseían, desde la óptica de los «criollos principales» venezolanos, connotaciones absolutamente propias y en buena medida ajenas a los modelos originales. Resulta muy significativo que los pocos intentos de imponer una interpretación más radical de los principios revolucionarios se saldasen con un estrepitoso fracaso. Ése fue el caso de la invasión protagonizada por Francisco de Miranda. El igualitarismo de los mantuanos se limitaba a su reivindicación de ser copartícipes del gobierno político de la colonia, preferentemente en el marco de una Constitución escrita. Su liberalismo era básicamente mercantil y aparentemente compatible, en términos generales, con un patente conservadurismo en materia moral y religiosa y una actitud profundamente reaccionaria y excluyente respecto a las clases populares, los *pardos* y los esclavos. La verdadera piedra de toque del liberalismo, tanto en su variante más conservadora como en su versión insurgente-radical, estaba llamada a ser la cuestión de la integración y participación política de la población de color y, aún más perentoriamente, la de cómo habían de conjugarse los ideales revolucionarios de libertad e igualdad con la persistencia de la esclavitud como fundamento de la estructura socioeconómica del país.

## Capítulo II REVOLUCIÓN

### **La vuelta a la realidad caraqueña**

El regreso de Bolívar a su patria en junio de 1807 se diferenció sustancialmente del que él mismo había protagonizado cinco años antes, tras su boda en Madrid. Las experiencias reunidas en Europa lo habían moldeado tanto en el plano personal como en el político. Había establecido nuevos contactos y entablado amistades intelectuales que lo marcarían de por vida. Nuevas lecturas y conversaciones le habían permitido ampliar sus conocimientos teóricos. La percepción directa de los acontecimientos europeos y su propio conocimiento de la realidad hispanoamericana lo reafirmaban en la convicción de que una ruptura con el poder colonial español resultaba tan necesaria como históricamente inevitable. El mayor problema seguía siendo, no obstante, que esta opinión no era compartida en absoluto por la mayoría de los venezolanos. Al margen de los agravios que se hubieran podido ir acumulando durante décadas, eran pocos los compatriotas de Bolívar que hubiesen experimentado tan directamente como él la descomposición interna de la Monarquía, y menos aún los que tuviesen conocimientos de primera mano sobre los avatares de la política internacional y sus implicaciones para la colonia. Paradójicamente, aquello que cualificaba especialmente al caraqueño para mayores empresas políticas también era lo que lo obligaba, en la coyuntura precisa de 1807-1808, a mostrar prudencia y mantener una cierta pasividad. La mejor receta para ello era confundirse con los de su clase, retomar sus actividades de terrateniente *mantuano* y esperar tiempos mejores.

Sus plantaciones, como las de otros miembros de la oligarquía, se hallaban inmersas en un período de adaptación a las nuevas circunstancias económicas, especialmente respecto a los mercados europeos, lo que en la práctica significaba una cierta diversificación de los cultivos. A la producción de cacao, tradicionalmente dominante en Venezuela, se unían ahora las de algodón, café, azúcar y añil, siempre sobre la base del recurso a mano de obra esclava <sup>1</sup>. Las plantaciones eran rentables, y Bolívar se implicaba a fondo en su explotación. De hecho, su mayor preocupación en estos años fue el desagradable pleito con Antonio Nicolás Briceño, uno de sus vecinos en Yare, en el Valle del Tuy, por una cuestión de lindes que a su vez tenía que ver con el intento de mejorar los accesos a una plantación de añil. El enfrentamiento con Briceño, que estuvo a punto de degenerar en violencia, obligó a Bolívar a hacer valer sus derechos ante la administración española <sup>2</sup>.

Al margen de estos sobresaltos domésticos, Bolívar aprovechó esta etapa de parcial retiro para seguir cultivando sus intereses intelectuales y participando en discusiones políticas, especialmente con su hermano Juan Vicente, pero también con uno de sus antiguos maestros, Andrés Bello, que se encontraba por esta época al servicio de la administración colonial <sup>3</sup>. La actitud del intelectual Bello en estos años es verdaderamente paradigmática dentro de la élite criolla: hacía lo que se le solicitaba y mantenía sus opiniones políticas como asunto privado. La expedición de Miranda en 1806 y sus secuelas muestran lo muy alejados que se encontraban los criollos de cualquier forma de fervor revolucionario. Y, ciertamente, había buenas razones para ello. Las plantaciones del joven terrateniente Bolívar no eran sino un microcosmos de la sociedad venezolana, en la cual los blancos —criollos o peninsulares— se encontraban claramente en minoría frente a negros y *pardos*, y en cuyo entorno geográfico inmediato se acumulaban los motivos para que creciese el temor de las élites. En los dominios coloniales franceses de Santo Domingo, Martinica y Guadalupe, los esclavos habían protagonizado el primer y único triunfo de una revolución esclava en la historia universal <sup>4</sup>. Y no faltaban experiencias análogas en la propia Venezuela: en Coro, los esclavos, aliados con indígenas y negros libertos, se habían levantado ya en 1795 y proclamado «la ley de los Franceses» <sup>5</sup>. Lo peor del caso, desde la perspectiva de la oligarquía, era que la Corona, lejos de garantizar creíblemente el mantenimiento de la ley, el orden y las jerarquías tradicionales, estaba contribuyendo con sus medidas a erosionar su confianza y su lealtad.

Contrariamente a lo que podría sugerir su nombre, la sociedad de *castas* americana toleraba un grado muy significativo de movilidad, y los intentos de las élites «blancas» de distinguirse funcional y simbólicamente de las llamadas «castas mixtas» resultaron eficazmente contrarrestados por normativas gubernamentales (Reales Decretos de febrero de 1794 y agosto de 1801) que concedían a los *pardos*, previo pago a la Real Hacienda, el reconocimiento de un estatus racial superior o la posibilidad de ejercer oficios (médico, abogado) tradicionalmente reservados a los *blancos*. La reacción de las élites frente a esta política gubernamental consistió en retomar pautas tradicionales de distinción, como el discurso de la «limpieza de sangre» o el disciplinamiento social en temas suntuarios, sin olvidar por cierto el *lobbyismo* en la Corte, no sólo para facilitar el acceso de sus miembros a títulos nobiliarios (recuérdese el caso de la propia familia Bolívar), sino también para influir positivamente sobre la legislación colonial. La conflictividad social derivada de estos fenómenos de descastamiento y/o difuminación de los límites entre *castas* se escenificaba sobre todo en los ámbitos urbanos y tomaba muy diferentes formas: desde los más pacíficos experimentos comunitarios en el ámbito cívico (cabildos y gremios de pardos), religioso (cofradías) y militar (milicias de pardos), hasta la criminalidad o, directamente, el estallido de motines y revueltas contra el orden oligárquico. Fuera de las ciudades, en los Llanos y en los Ríos, las posibilidades de control por parte de la élite se reducían drásticamente, lo que contribuyó a que cristalizaran durante la segunda mitad del siglo XVIII notables divergencias interregionales, que a su vez tendrían serias consecuencias sobre el acontecer político posterior.

Las contradicciones estructurales del sistema social, el hecho de que éste se sostuviese sobre el fundamento de la violencia y de la más extrema desigualdad, hacían de estos conflictos un problema verdaderamente insoluble en el marco político existente <sup>6</sup>. Un tratamiento «conservador», que evitase al menos el estallido cruento de los mismos, solamente era viable en un contexto de bonanza económica y relativa seguridad exterior. Una vez comprometido seriamente éste, como fue el caso en la década de 1800, la situación del país se presentaba hartamente precaria. Tras el triunfo de la Revolución en Haití, cundió entre muchos criollos de las ciudades costeras venezolanas el pánico a un contagio que, en el peor de los casos, pudiese desembocar en la temida *pardocracia*. Si a esto se añade el impacto psicológico de las derrotas militares de los españoles, con la consecuencia de am-

putaciones territoriales en el mismo umbral de la Capitanía General (ocupación británica de Trinidad en febrero de 1797) y trabas sensibles en las comunicación y el abastecimiento (pérdida de la flota atlántica en Trafalgar, en 1805), las perspectivas no podían ser precisamente alentadoras.

El conjunto de problemas no resueltos que atenazaba tanto el futuro económico como la estabilidad social de Venezuela aparentaba ser más manejable, a pesar de todo, permaneciendo en el seno del imperio que saliéndose fuera de él. La política arancelaria y fiscal de la Corona, aun siendo bastante errática y cortoplacista, no preocupaba tanto a la élite criolla como el riesgo palpable de que entrase en erupción el «volcán» de la violencia racial<sup>7</sup>. De hecho, la quiebra decisiva en las relaciones entre colonia y metrópoli no vendría dada por el descontento americano, sino por la actitud divergente de unos y otros frente a una cadena de acontecimientos completamente ajenos a la realidad colonial. Al menos como hipótesis cabe considerar, sin embargo, la existencia de un potencial de «insurrección preventiva» entre las élites criollas, condicionado por la creciente impotencia de la Monarquía para defender sus intereses<sup>8</sup>.

### **Estallido en la Península y reacción en Caracas**

En la segunda mitad de 1807, Napoleón había decidido ocupar la Península Ibérica al objeto de llevar a la práctica su idea de un «bloqueo continental» contra Gran Bretaña. Este movimiento estratégico francés respondía a la imperiosa necesidad de hacerse con el control de Portugal, fiel aliado de los británicos. El paso de las tropas francesas por territorio español se vio facilitado por la lucha por el poder desatada en el mismo centro de la Monarquía Hispánica. Tras el Motín de Aranjuez (17 de marzo de 1808), Carlos IV destituyó a Manuel Godoy, favorito de la reina y primer ministro desde 1792, y abdicó en su hijo, que fue proclamado rey como Fernando VII. El 10 de abril de 1808, Fernando VII, presionado por Napoleón, abandonó Madrid con destino a la frontera francesa, dejando en la Corte un consejo de gobierno presidido por su hermano, el infante don Antonio. El 10 de mayo de 1808, en la ciudad de Bayona, Fernando era obligado por Napoleón a renunciar a la corona en beneficio de José Bonaparte, uno de los hermanos del emperador. Entretanto, la ocupación militar y la ola de represión desencadenada en Madrid el 2 de mayo habían dado

lugar a un movimiento popular de resistencia, de contenido político en principio difuso, pero paulatinamente centrado en el objetivo de restablecer un poder político legítimo por vía constitucional <sup>9</sup>.

Caracas fue el lugar de Hispanoamérica en el que antes se tuvo conocimiento de los acontecimientos españoles. Las primeras informaciones sobre los sucesos de Aranjuez habían sido recibidas a comienzos de mayo de 1808, sin tener efecto inmediato alguno sobre los mecanismos institucionales de la Capitanía General. A principios de julio, y a través del gobernador británico en Trinidad, llegaron a Caracas dos ediciones del *Times* londinense (31 de mayo y 1 de junio) en las que se informaba de la abdicación de Fernando VII. La incredulidad de las autoridades locales se puso de manifiesto en la actitud de Andrés Bello, el oficial mayor encargado por el capitán general Juan de Casas de traducir los periódicos al castellano. Bello quedó completamente estupefacto tras su lectura y llegó a pensar que se trataba de una estratagema de los ingleses. Tanto él como Casas, al que había transmitido inmediatamente el contenido de la publicación, entendieron rápidamente que la noticia implicaba consecuencias políticas muy serias para el país.

Dos semanas después, cuando los funcionarios españoles todavía no se habían acabado de recuperar de su sorpresa, dos naves atracaban en La Guaira. La primera, un bergantín francés, transportaba al teniente Paul de Lamanon, con la misión de comunicar oficialmente la toma del poder por parte de José I. La presencia del militar francés en Caracas causó una explosión de protesta que sorprendió a todos, empezando por Casas, y obligó a las autoridades españolas a facilitar protección a Lamanon en su apresurada huida. Casas, presionado por la oligarquía local, tuvo que convocar una reunión del Cabildo, cuyo principal resultado fue una encendida proclamación de lealtad a Fernando VII. La segunda nave llegada a La Guaira era el *Acasta*, una fragata británica que también traía un emisario, el capitán Philip Beaver, con sus propias noticias e instrucciones. Según informó el inglés a las autoridades locales, el levantamiento espontáneo del pueblo español contra el usurpador Bonaparte convertía ahora a Gran Bretaña en aliada de la Monarquía, por lo que Su Graciosa Majestad ofrecía protección a las colonias americanas en el hipotético caso de un ataque francés. Gracias a Beaver, los caraqueños se enteraron también de un importante detalle político: la creación de una Junta Provisional en Sevilla. Ésta, si bien reconocía su equivalencia con las demás juntas peninsulares que fueron surgiendo en España durante los

primeros meses de la ocupación, se atribuía en todo caso la primacía sobre los asuntos americanos <sup>10</sup>.

El cúmulo de noticias aparentemente contradictorias, recibidas además en el curso de unas pocas horas, no pudo sino generar la mayor perplejidad en la población caraqueña, máxime cuando no hacía ni tres días que se había recibido la Real Cédula de Fernando VII instando a celebrar su proclamación como nuevo rey. Los hechos referidos por ambos emisarios eran gravísimos: dos monarcas depuestos sucesivamente, el trono usurpado por una dinastía extranjera y carente de cualquier legitimidad histórica, el país casi completamente ocupado y los poderes locales de la Península inmersos en un levantamiento de consecuencias más que inciertas. Con todo, pese a la comprensible confusión inicial, las adhesiones y proclamaciones de lealtad al monarca español fueron inequívocas, no tanto así los procesos institucionales encaminados a buscar soluciones factibles en la nueva constelación. La difusión de las novedades llegadas de la metrópoli generó en Caracas una serie de movimientos y reacciones del Cabildo que se toparon con una actitud bastante indecisa del capitán general. En respuesta a la inquietud de los criollos, Casas convocó, para el 17 de julio, una reunión de todas las autoridades españolas, durante la cual se pusieron de manifiesto posiciones encontradas respecto al procedimiento a seguir en esta situación de emergencia. La mayoría de los criollos asistentes interpretaban que la medida más adecuada era la constitución de una junta en Venezuela, mientras que una minoría, apoyada por las autoridades coloniales, si bien se negaba a reconocer y publicar las abdicaciones de Bayona, optaba por posponer la discusión de fondo sobre la cuestión de la soberanía, y se limitaba, guiada por el objetivo de evitar cualquier alteración en el gobierno de la provincia, a garantizar la continuidad institucional. Se trataba por parte del capitán general de que no se violentasen las leyes del reino en materia de sucesión y, a la vez, se respetaba la voluntad del pueblo, manifestada en los incidentes capitalinos, de mantenerse fiel a Fernando VII.

El desenlace de los hechos transcurriría aquí de modo diferente que en España. Ni se respondió a las directrices de Madrid, bajo control del invasor, ni se adelantó iniciativa alguna a favor de la constitución de una junta propia. Los poderes tradicionales no se disolvieron y respondieron, además, a las expectativas de los vasallos de sostener al monarca legítimo frente al invasor. Sin embargo, la habilidad desplegada por autoridades y élites para controlar la situación no mermaba

en absoluto la gravedad objetiva de los hechos ocurridos en España. El debate que éstos inevitablemente generaron, tanto en la Península Ibérica como en Ultramar, acabaría focalizándose en temas de entidad política mayor. ¿Quién ha de ejercer la autoridad en ausencia del rey? ¿Sobre quién recae la soberanía? ¿Han de sostenerse las autoridades constituidas previamente a las abdicaciones, o deben éstas, al contrario, ser sustituidas por otras? El planteamiento de estas cuestiones terminaría desembocando, tal como ya había sucedido en España, en la propuesta o constitución de Juntas Supremas. En Caracas, el capitán general interino, sintiendo la necesidad de controlar la difusión de rumores en la población, optó por pasar a la actividad y ordenó la adquisición de una imprenta. Con ella habría de publicarse la *Gazeta de Caracas*, con Andrés Bello al frente como redactor y traductor de materiales foráneos, especialmente ingleses, los cuales iban informando sobre la actualidad española, europea y también de las Antillas británicas, con las que se estaban estrechando lazos por esta época <sup>11</sup>.

¿Qué hacía Bolívar entretanto? Los acontecimientos estaban empezando a darle la razón respecto a las perspectivas teóricas de una liberación del yugo colonial, pero él prefería mantenerse en un prudente segundo plano, poniendo su casa a disposición de sus amigos tanto para tertulias literarias como también para reuniones políticas de los criollos más críticos con la situación colonial, aunque sin arriesgarse a un arresto por parte de Casas, extremadamente inquieto por los acontecimientos de julio. El temor a una conspiración republicana provocó incluso algunas detenciones en el entorno inmediato de Bolívar, pero éste supo evitar riesgos permaneciendo la mayor parte del tiempo lejos de Caracas. La radicalidad de sus posiciones políticas, fraguadas como hemos visto en el contexto europeo, las hacía ir claramente más allá que las de la élite caraqueña, y Bolívar era perfectamente consciente de las dificultades que podía entrañar su puesta en práctica a corto plazo. No obstante, debió de asistir con interés al creciente activismo de los «criollos principales» que, el 22 de noviembre, presentaron una petición solicitando la elección de una Junta Suprema. La propuesta, firmada, según se decía, por «la mayor parte de los caballeros de esta ciudad», generó una rápida respuesta de las autoridades: los signatarios fueron encarcelados y sometidos a juicio <sup>12</sup>. El incidente, que ha pasado a la Historia como la «Conjura de los Mantuanos» es presentado a menudo por la historiografía nacional venezolana como prólogo del proceso independentista propiamente dicho. Sin embargo, la petición, lejos de cons-

tituir un acto revolucionario, ha de ser interpretada más bien como la última demostración de lealtad a la Monarquía por parte de las élites caraqueñas<sup>13</sup>. El lenguaje utilizado en la petición se movía claramente aún en los parámetros tradicionales, y es muy significativo que entre sus principales impulsores se encontrasen aristócratas nacidos tanto en Venezuela como en España.

Bolívar, por su parte, no quiso tener nada que ver con este movimiento juntista, cuyo recorrido político se le antojaba demasiado corto. Sin embargo, contrariamente a la percepción del Libertador, y prefigurando una dinámica que se repetiría varias veces en los años sucesivos, la respuesta de la Capitanía General, si bien tuvo una intención mucho más disuasoria que punitiva, sí que contribuyó involuntariamente a fraguar una cierta conciencia grupal entre los criollos. Especialmente significativo es que Casas se sirviese precisamente de la Milicia de Pardos para asegurarse el control de la situación. Introducía así en la discusión el factor étnico, logrando el efecto desmovilizador deseado. En todo caso, el conflicto acabó solventándose con la sustitución del capitán general. A Casas lo sucedió Vicente de Emparán y Orbe (1747-1820), que había ejercido como gobernador en Cumaná y se había caracterizado en su ejercicio por una relación fluida con los poderes locales y una actitud más que receptiva respecto a sus demandas, especialmente en el terreno mercantil. El afable militar guipuzcoano, conocido de Fernando del Toro, antiguo amigo de Simón Bolívar, se caracterizaba por una actitud extremadamente ambigua y contemporizadora frente a los criollos, en general, y los juntistas, en particular, hasta el punto de frecuentar el trato personal con elementos que, como el mismo Bolívar, representaban opciones más extremas que la de los conjurados de noviembre de 1808.

El año 1809 transcurrió en una tensa calma, condicionada por la desconfianza, tanto de realistas como de juntistas, hacia Emparán y por los intentos de unos y otros de presionar a la Junta Central para que dispusiese su cese. La crisis final vendría precipitada por los acontecimientos en España. A comienzos de 1810, las tropas de Napoleón habían conseguido ocupar la práctica totalidad de la Península. En febrero, la Junta Central se había visto obligada a autodisolverse, cediendo el poder a un Consejo de Regencia que seguía actuando en nombre del depuesto Fernando VII. La principal novedad, sin embargo, era la convocatoria a elegir diputados en Cortes, a celebrar en Cádiz, el último reducto de resistencia española, una invitación a par-

ticipar políticamente que se hacía extensiva a los españoles de ambos hemisferios. El hecho de que desde el principio se evitase organizar la representación de los americanos en condiciones de verdadera equidad respecto a los europeos enfrió seriamente los ánimos en Caracas<sup>14</sup>. El paso de la Junta Central a la Regencia volvía a poner sobre la mesa todas las cuestiones que habían quedado sin resolver entre julio y noviembre de 1808. Una vez que Emparán continuaba negándose a aceptar la creación de una Junta Suprema autónoma, serían esta vez elementos más radicales los que tomaran la iniciativa.

Entre los sucesos madrileños de mayo de 1808 y el golpe de timón protagonizado por las élites caraqueñas casi dos años después se produjo una radicalización extrema de las posiciones políticas que acabaría teniendo consecuencias decisivas sobre la definición de los bandos en el ulterior proceso independentista. Los desgraciados acontecimientos militares que, al menos desde el punto de vista español, jalonaron los primeros meses de 1810 facilitaron y acabaron precipitando la creación de nuevas autoridades políticas legitimadas en la propia tradición hispana, a través de cabildos abiertos y juntas de gobierno que se reclamaban depositarias de la soberanía. Las juntas nacían al amparo del derecho de insurrección y resistencia al invasor que otorgaban al pueblo español sus Leyes Fundamentales, y ello en una situación claramente extraordinaria como era la de la ocupación virtualmente completa del territorio metropolitano y el cautiverio del monarca legítimo. Los mismos argumentos que se podían aducir desde España por parte de Melchor de Jovellanos para legitimar el proceso institucional así abierto encontraban también perfecto acomodo en los escritos de juristas americanos como Juan Germán Roscío y otros<sup>15</sup>. Sin embargo, el recurso a estas pautas de argumentación no implicaba necesariamente, al menos en el caso caraqueño, la completa sumisión al discurso legitimista de proveniencia peninsular. Al contrario: en las circunstancias específicas de una sociedad venezolana acuciada por la incertidumbre de no poder afrontar eficazmente sus propios problemas estructurales (inequidad y violencia, mutuamente condicionadas), se estaba empezando a incubarse un cambio profundo en la lógica de las relaciones políticas. La ruptura del vínculo colonial se fundamentaba ahora cada vez más, especialmente por parte de una generación joven, familiarizada con planteamientos republicanos y nuevas pautas de comunicación política procedentes de Europa, en la idea de consolidar una «libertad interior» ajena al consentimiento de las instituciones tradicionales<sup>16</sup>.

El 19 de abril de 1810, los criollos de Caracas forzaron la destitución del gobernador español. A iniciativa de los sublevados, y siguiendo el ejemplo peninsular, el cabildo local fue transformado en germen de un nuevo Gobierno venezolano que, bajo el nombre oficial de «Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII», se constituyó en portavoz del monarca ausente, sustrayéndose explícitamente al control tanto de la Junta Central como de la Regencia<sup>17</sup>. El 11 de mayo la Junta establecía con meridiana claridad que «la nación española, después de dos años de una guerra sangrienta y arrebatada para defender su libertad e independencia, está próxima a caer bajo el yugo tiránico de sus conquistadores franceses. Venezuela se ha declarado independiente no de la madre patria, no del soberano, sino de la Regencia, cuya legitimidad está en cuestión»<sup>18</sup>. A partir de este momento, la mayoría de los funcionarios reales fue cesada y relevada por representantes de la élite local. Un hecho especialmente significativo es que la Junta, al imponer su derecho al autogobierno y a la formación de instituciones representativas propias, estaba actuando en perfecta consonancia con la afirmación de la Junta Central en enero de 1809 de que los territorios americanos eran parte integral de la Monarquía y no meras colonias o «factorías» de España<sup>19</sup>.

La labor legislativa de la Junta se orientó desde un principio en una dirección altamente favorable a los intereses de la oligarquía caraqueña, liberalizando el comercio con el extranjero y aboliendo tanto el tributo obligatorio de la población indígena como la trata de esclavos (que no, desde luego, la esclavitud). Los aristócratas *mantuanos* que controlaban el Cabildo temían para Venezuela, como ocurría en todo el Caribe, una exacerbación de las tensiones sociales que abriese la puerta a la *pardocracia* o, aún peor, a la pesadilla de una revolución similar a la de Haití<sup>20</sup>. Consecuentemente, sus primeras medidas fueron la abolición de los impuestos sobre el consumo que gravaban productos básicos, la rebaja de los aranceles y la apertura del mercado a las manufacturas inglesas. Las medidas tomadas frente a la trata de esclavos, lejos de reflejar cualquier atisbo de mentalidad abolicionista, respondían más bien a la necesidad de contentar a Gran Bretaña y prevenir, de paso, un aumento descontrolado de la población de color. La jurisdicción colonial, institucionalizada en la Real Audiencia, fue sustituida por un Tribunal de Apelación (Tribunal de Apelaciones, Alzadas y Recursos), a cuyo frente se colocó a Antonio Fernández de León (1750-1826), marqués de Casa León.

La Junta, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos más de tres décadas atrás, convocó un Congreso Nacional, cuyos miembros, elegidos por sufragio censitario, pertenecían mayoritariamente a la oligarquía de latifundistas y grandes comerciantes de Caracas. Treinta y un diputados procedentes de siete provincias (Caracas, Cumaná, Barinas, Barcelona, Margarita, Mérida y Trujillo) se reunieron por primera vez el 2 de marzo de 1811. La posición política dominante era en un principio la de un moderado autonomismo centrado en la defensa de la legitimidad de Fernando VII. Sin embargo, la aceleración de la dinámica política, incluyendo las cada vez mayores demandas de participación por parte de las clases medias y bajas (*pardos*), así como la creciente presión de voces favorables a la abolición completa de la esclavitud, condujeron a una polarización máxima de la sociedad venezolana, con graves consecuencias a medio y largo plazo <sup>21</sup>.

Entre los mantuanos de edad más proveya, y también entre sus amigos y familiares, Bolívar topaba con un notable rechazo debido a su radicalismo político, pero también por la fama que le precedía de ser un hombre excesivamente alegre y entregado a los placeres mundanos. Dejando aparte obvias diferencias generacionales, parecía poco prudente encomendar tareas políticas de importancia a un personaje voluble y envuelto con demasiada frecuencia en querellas privadas. Cabe especular que fuese éste el motivo por el que Bolívar no participó directamente en los acontecimientos del 19 de abril de 1810. Si por algo se había hecho notar durante los dos años anteriores había sido por su pleito con Antonio Nicolás Briceño y por sus escasos reparos en ventilarlo, no sin cierto estrépito, en el marco de las instituciones coloniales. Sin embargo, la apremiante situación económica y política del nuevo Gobierno venezolano lo obligarían a recabar el apoyo de los propietarios más pudientes, y Bolívar supo aprovechar la oportunidad para posicionarse mejor en la coyuntura política caraqueña.

El motivo concreto fue el envío de una misión diplomática a Londres, integrada por Andrés Bello, Luis López Méndez (1758-1831) y él mismo, con el objetivo de asegurarse el apoyo del Gobierno inglés a la causa de los juntistas venezolanos. Bolívar, por sus conocimientos, experiencias y contactos, estaba destinado a desempeñar un papel importante en las conversaciones. Pero el factor verdaderamente decisivo fue que ofreciese a sufragar de su propio bolsillo los gastos de la misión, lo que le dio la posibilidad de presidirla formalmente y presentarse frente a sus interlocutores londinenses como delegado

oficial del nuevo Gobierno. Aparejado al nombramiento para la misión londinense, la Junta dispuso el ascenso de Bolívar de capitán a teniente coronel de la infantería de milicias. Teniendo en cuenta que su hermano Juan Vicente Bolívar también fue cooptado como cabeza de una segunda misión diplomática enviada a los Estados Unidos, no es descabellado pensar que estos movimientos respondiesen a una estrategia política diseñada en el seno de la familia.

Fue en el contexto de la misión londinense donde Bolívar escenificó por primera vez su desacuerdo de fondo —y también su independencia de forma— respecto a la Junta de Caracas. Pese a haber recibido instrucciones bastante precisas en sentido contrario, Bolívar concertó un encuentro con Francisco de Miranda, exiliado en Londres tras su fracaso de 1806. Precisamente porque desconfiaba de los miembros de la Junta, renunció a cualquier tipo de disimulación durante su estancia en la capital inglesa. En cierto modo, el momento de su llegada a Portsmouth, el 10 de julio de 1810, puede ser considerado como el inicio de su carrera política personal <sup>22</sup>.

## Negociaciones en Londres

El ambiente intelectual de la capital británica, en la medida en que hubiese podido estar interesado en los acontecimientos americanos, tenía a Francisco de Miranda como referencia principal. Se recordaba su fallida intentona de 1806 y se le consideraba un elemento radical, cuyos vínculos de amistad con publicistas ingleses como James Mill (1773-1836) y Jeremy Bentham (1748-1832), entre otros, contribuían a su fama de «jacobino». Desde el punto de vista de la causa independentista, perentoriamente necesitada de apoyo británico, esta asociación era muy poco conveniente. Así, la postura oficial de Londres era extremadamente escéptica, por mucho que, ya desde 1809, había ido fermentando una cierta presión pública a favor de la emancipación hispanoamericana. James Mill había publicado ya un artículo en la *Edinburgh Review*, pronunciándose por una independencia en clave monárquica, que se apoyase en las instituciones del gobierno municipal, los cabildos, que habían sido los protagonistas de la ruptura política, si no con España, sí al menos con el actual Gobierno de la metrópoli <sup>23</sup>. Mientras tanto, el exiliado español José María Blanco White (1775-1841), pese a su empatía con la causa patriota, y aun reconociendo la ceguera del poder colonial respecto a la

realidad americana, reclamaba prudencia a fin de no comprometer el éxito de la resistencia contra las tropas napoleónicas <sup>24</sup>.

El 17 de julio de 1810, Bolívar y sus compatriotas eran recibidos en audiencia por Richard Wellesley, marqués de Wellesley (1760-1842), a la sazón secretario de exteriores británico. Con él mantendrían hasta el mes de septiembre un total de cuatro encuentros, en una atmósfera distendida, pero estrictamente diplomática. La situación de los anfitriones no era precisamente cómoda. Por un lado, teniendo en cuenta la importancia de sus intereses comerciales en la región, la inclinación natural de los ingleses era básicamente favorable a la independencia de Hispanoamérica. De hecho, las autoridades británicas en el Caribe llevaban ya algún tiempo reconociendo a la Junta de Caracas como poder *de facto*. Por otro lado, se trataba de no comprometer la alianza con España en el conflicto europeo contra Napoleón. El ministro británico se tuvo que limitar, por tanto, a dejar una puerta abierta a la cooperación, a lo que Bolívar reaccionó con un apasionado alegato antimonárquico, haciéndole partícipe de sus «deseos y esperanzas de una independencia absoluta» <sup>25</sup>. Wellesley reaccionó recordándole cuáles eran sus credenciales: Bolívar no dejaba de ser el representante de una Junta que decía defender los derechos de Fernando VII.

Andrés Bello, que acompañaba a Bolívar y actuaba como intérprete, era partidario de una amplia autonomía en el marco del imperio español, una postura mucho más moderada y compatible tanto con los intereses británicos como con las instrucciones de Caracas <sup>26</sup>. El objetivo principal de Bolívar en las negociaciones, el reconocimiento formal de la independencia de Venezuela, no pudo ser alcanzado, pese a su creciente insistencia frente a Wellesley. Por lo demás, los resultados tangibles de la reunión fueron poco espectaculares. Los británicos se negaban en redondo a proporcionar armas a los venezolanos, pero se comprometían no sólo a defender el país frente a un ataque (harto improbable) de Napoleón, sino también a mediar ante el Consejo de Regencia en España. La postura de Wellesley no satisfizo ni a los españoles ni a los venezolanos, que se enteraron a comienzos de septiembre de que el Consejo de Regencia declaraba la Capitanía General de Venezuela en estado de rebelión y ordenaba un bloqueo naval contra ella. En esta tesitura, la delegación decidió que Bolívar debía regresar inmediatamente a Caracas, mientras que sus acompañantes permanecerían en Londres al objeto de continuar los contactos con el Gobierno británico y promover la causa de Venezuela ante la opinión pública local.

Para Bolívar, la experiencia de este tercer viaje a Europa, el más breve, fue extraordinariamente valiosa, porque durante él aprendió a formular de modo más claro y concreto sus opiniones políticas e incrementó su prestigio frente a otros criollos, hasta ahora muy desconfiados hacia su persona. Como dice John Lynch: «He returned to Venezuela as a leader in waiting»<sup>27</sup>. Por su parte, la Junta caraqueña apenas había logrado progresos, ya que no controlaba el territorio de la provincia, y la nueva administración no acababa de echar a andar. En este contexto, para los sectores más descontentos de la oligarquía *mantuana*, la llegada de Miranda y Bolívar desde Londres pudo muy bien actuar como catalizador y puente ideal con las experiencias revolucionarias contemporáneas, como las que ambos habían tenido la fortuna de vivir en Estados Unidos y Francia.

El principal dilema que se les planteaba a los emisarios de la Junta era la actitud a tomar frente al Precursor, Miranda. Parecía ser el momento más propicio para su retorno a Venezuela, ahora que la Junta de Caracas había adoptado una postura de rechazo del poder colonial español. Sin embargo, los muchos resentimientos y las sospechas respecto a la fracasada invasión de 1806 seguían pesando y hacían las cosas bastante complicadas. Los criollos consideraban a Miranda un extranjero, un peligroso oportunista y, en el mejor de los casos, un idealista poco indicado para asumir responsabilidades de gobierno. Además, Miranda tenía ya sesenta años, y difícilmente podía ser percibido como un líder a largo plazo. Los británicos, por su parte, también ponían trabas. Aunque Miranda pretendía viajar junto a Bolívar, su salida de Inglaterra tuvo que aguardar a la autorización de Wellesley, que se demoró durante semanas. El Gobierno inglés no tenía ningún interés en incomodar a los españoles y en que éstos lo acusasen de «exportar» a sus colonias un elemento notoriamente subversivo. A la postre, gracias a las recomendaciones de Bello y Bolívar, que insistieron en los buenos consejos y contactos que les había proporcionado en Londres, Miranda fue moderadamente bien recibido cuando arribó a Caracas en diciembre de 1810.

### **El fracaso de la Primera República de Venezuela**

A su llegada, Bolívar intentó poner en práctica desde un principio las experiencias que había acumulado en Inglaterra. Para ello se sirvió de las nuevas formas de sociabilidad y comunicación política

que habían ido surgiendo en el contexto de la crisis de 1808-1810<sup>28</sup>. Así, por ejemplo, utilizó el espacio de la Sociedad Patriótica de Agricultura y Comercio, fundada el 14 de agosto de 1810 y que, si bien respondía a un modelo asociativo nacido en la España del siglo XVIII, comenzó a agrupar precisamente a aquellas fuerzas políticas representadas más precariamente en la Junta, un ámbito generacionalmente distinto, caracterizado por un mayor extremismo y entusiasmo revolucionario. La peculiar y muy heterogénea concurrencia de la Sociedad Patriótica supuso un escándalo para muchos caraqueños; se permitía en ella la participación no sólo de todas las *castas*, sino también de las mujeres. El estilo y la retórica, copiados en buena medida de los clubes de la revolución francesa, recibieron también la influencia de «William Burke», un irlandés muy próximo a Francisco de Miranda que introdujo en la discusión caraqueña conceptos tan avanzados como la tolerancia religiosa y la libertad de conciencia<sup>29</sup>.

En noviembre y diciembre de 1810, Bolívar aprovechó los salones de la sociedad para explicar la conveniencia de contar con Francisco de Miranda. También aprendió a servirse de una incipiente prensa, concretamente de la *Gazeta de Caracas*, para difundir sus propios mensajes. La Sociedad Patriótica se alejó cada vez más del concepto fundacional, convirtiéndose en un club de debate político y, también, en un grupo de presión criollo y pro-independentista, funcionalizado por Bolívar y sus correligionarios como órgano paralelo al Congreso en el que no se sentaban. En estos meses Bolívar, con sus apasionadas intervenciones en la Sociedad, y muy especialmente con su discurso ante el Congreso, el 4 de julio de 1811, contribuyó decisivamente a la construcción retórica del mito emancipador, una «gran narración» fundamentada en la denuncia de una opresión histórica por parte de los españoles, superable únicamente mediante la separación total y definitiva de España:

«No es que hay dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad; unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso Nacional lo que debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos

resultados a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse con calma! Trescientos años de calma ¿no basta? La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana: vacilar es perdersos... Que una comisión del seno de este cuerpo lleve al soberano Congreso estos sentimientos»<sup>30</sup>.

Se sentaban así las bases de lo que la mitología nacional acabaría logrando décadas más tarde, es decir, la unión *a posteriori* de hechos muy diferentes y separados en el tiempo: el establecimiento de Juntas y la proclamación de la independencia respecto a España<sup>31</sup>. En la práctica, fueron muchas las ciudades que, poco después de ser promulgada la Constitución, empezaron a separarse del proyecto unitario e intentaron constituirse en Estados independientes, rebelándose contra la dependencia de Caracas. Los representantes de otras ciudades y provincias (especialmente Guayana, Maracaibo y Coro) se pronunciaron muy pronto contra el predominio de la élite capitalina<sup>32</sup>. El apelativo «caraqueño» adquirió a partir de este momento connotaciones peyorativas que ponían de manifiesto una profunda desconfianza o directamente rechazo de todo lo que representaba la capital, sentimientos por lo demás muy anteriores al proceso independentista. Desde la óptica «periférica» del mundo rural o las localidades más pequeñas, por mucho que el poder hubiese cambiado de manos, las viejas estructuras de la colonia aparentaban mantenerse.

Mientras que al principio del proceso fueron los más moderados los que estaban en mayoría, las posiciones radicales fueron ganando terreno poco a poco gracias a la influencia de los argumentos republicanos del veterano Miranda y al ímpetu patriótico del joven Bolívar. La Regencia declaró a la Junta fuera de la ley y llamó a las tropas leales al rey a combatir a los «traidores». Esta creciente polarización llevó a la élite criolla a una verdadera huida hacia adelante cuando, a falta de otra opción viable, declaró la independencia de España y la proclamó formalmente el 5 de julio de 1811 en el Congreso de Caracas. A la Confederación de Venezuela se adhirieron siete provincias: Caracas, Barcelona, Barinas, Cumaná, Margarita, Trujillo y Mérida. La Constitución del nuevo Estado, promulgada el 21 de diciembre de 1811, contemplaba una república organizada según principios federales, con división de poderes y un sufragio es-

calonado (es decir, no universal). El texto estaba muy fuertemente influido por el ejemplo estadounidense de 1787. Aun cuando sus redactores, Juan Germán Roscio (1763-1821) y el piemontés Francisco Isnardi (1750-1820), se esforzaron en reconocer la complejidad jurídico-política del país, concediendo diversos grados de autonomía a sus partes, ello no bastó para tranquilizar los ánimos de los poderes provinciales, muchos de los cuales ni siquiera se avinieron a integrarse en el nuevo sistema. La puesta en práctica del nuevo modelo resultó extraordinariamente dificultosa, no sólo por la situación militar desfavorable respecto a los realistas, sino también por las querellas internas en el bando de los «patriotas». Junto a las oligarquías regionales de territorios que se consideraban marginados por los mantuanos, tampoco los *pardos*, los negros o los canarios se sintieron mínimamente identificados con el proyecto republicano.

El hecho de que las tropas españolas pudiesen contar en esta ocasión con un comandante militarmente capaz y políticamente hábil, como Domingo de Monteverde y Ribas (1773-1832), permitió agrupar en torno a la causa realista elementos socialmente dispares pero hermanados por el sentimiento anticaraqueño. Desde Coro, convertida en centro estratégico de la Contrarrevolución, Monteverde pudo erigirse en una suerte de protocaudillo realista y torpedear eficazmente los esfuerzos de organización militar patriota emprendidos por independentistas como Miranda o el propio Bolívar. Mientras Monteverde se las arreglaba para poner en marcha una suerte de movimiento de amplia base social, para la causa patriota resultó a la postre un serio inconveniente que Miranda plantease la guerra desde parámetros característicamente europeos.

Las insuficiencias del ejército reclutado por el Congreso y puesto a las órdenes del Precursor (elevado al rango de «Generalísimo») se hicieron rápidamente patentes con ocasión del estallido, en la ciudad de Valencia, de un motín de *pardos* aliados con españoles, los cuales, lanzando gritos contra la independencia, estaban en realidad rebelándose contra la odiada preeminencia de los caraqueños. La victoria inicial, lograda con un significativo protagonismo del propio Bolívar (asalto a la Colina del Morro) no fue aprovechada para organizar un ataque contra Coro o contra Maracaibo, lo que permitió a los realistas mejorar su posición de partida. Sin embargo, sería a la postre una catástrofe natural la que precipitó la derrota del bando independentista. El 26 de marzo de 1812, Jueves Santo, un fuerte terremoto sacudió las ciudades de Caracas, La Guaira, San Felipe, Mérida y Barqui-

simeto, causando un gran número de muertos entre sus habitantes, muchos de ellos concentrados en las iglesias para la ocasión. A la primera ola sísmica se añadieron en las siguientes semanas numerosas réplicas, que contribuyeron a extender un clima de pánico y desazón generalizada, hábilmente manejado por el clero local, que no dudó en interpretar el acontecimiento como señal divina contra los peligros «revolucionarios» del momento <sup>33</sup>.

El éxito de la manipulación clerical encendió aún más si cabe la ira de los patriotas venezolanos. Los acontecimientos estaban empezando a dar la razón a aquellas voces críticas que, como Blanco White desde Londres, habían avisado del peligro de una explosión de violencia en Caracas, y la reacción de los independentistas documentaba una tozudez que al final resultaría contraproducente. Así, por ejemplo, es legendaria la actitud de Bolívar cuando, ante el aturdimiento general causado por el terremoto, se subió a las ruinas del caraqueño monasterio de San Jacinto y anunció: «si la naturaleza se opone lucharemos contra ella, y haremos que nos obedezca» <sup>34</sup>. En realidad, el movimiento republicano, afectado de suyo por contradicciones de todo tipo, experimentó en los meses de abril y mayo de 1812 un severísimo retroceso. Partiendo de Coro, Monteverde pudo hacerse sin grandes dificultades con el control de Barquisimeto, San Carlos y Valencia, y avanzar hacia Caracas. Bolívar, al que se había encomendado la defensa de Puerto Cabello, también se vio sobrepasado por los acontecimientos y acabó cediendo la plaza, si bien ciertamente resentido por lo que interpretó inacción del mando patriota al no enviarle refuerzos <sup>35</sup>. El revés militar de Puerto Cabello hirió gravemente el orgullo de Bolívar, que además de intuir el inminente fracaso de la Primera República, tuvo que enfrentar lo sucedido como una humillación personal de la que acusó veladamente a Miranda, echándole en cara haberlo abandonado a su suerte:

«Después de haber agotado todas mis fuerzas físicas y morales ¿con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a Ud. habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón se halla destrozado con este golpe aún más que el de la provincia... Mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me hallo en ánimo de mandar un solo soldado; pues mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y el ardiente celo por la patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así ruego a Ud., o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al per-

der a Puerto Cabello; a esto se añade el estado físico de mi salud, que después de trece noches de insomnio, de tareas y de cuidados gravísimos, me hallo en una especie de enajenamiento mortal ... Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiese quedado, con ése habría combatido al enemigo, si me abandonaron no fue por mi culpa»<sup>36</sup>.

La capitulación firmada por Miranda el 25 de julio, en condiciones poco favorables a los intereses patriotas, fue interpretada por varios oficiales venezolanos, entre ellos Bolívar, como un acto de traición, por lo que éstos aprovecharon la oportunidad para entregar al Precursor a las tropas españolas, el 31 de julio, en un hecho de muy controvertida interpretación hasta el día de hoy<sup>37</sup>. Miranda moriría casi cinco años más tarde en una mazmorra de la prisión de Cádiz. Al margen del indudable componente de resentimiento implícito en una actitud tan poco honrosa, Bolívar pretendía sobrevivir el hundimiento de la Primera República, asegurándose frente a los españoles una posibilidad de escapar de Venezuela. Efectivamente, Monteverde le concedió un salvoconducto, entre otras razones por el «servicio hecho al rey con la prisión de Miranda». El 12 de agosto de 1812, Bolívar embarcaba hacia Curaçao. El balance de los últimos dos años no podía ser más desolador: a las derrotas personales se añadía la constatación de no haber podido articular un proyecto político coherente frente a España.

Tomados en su conjunto, los criollos habían actuado fundamentalmente en pos de la conservación de su supremacía social y económica; los *pardos* y negros, con los que los patriotas no quisieron contar, habían luchado por su propia liberación y, a su vez, las ciudades venezolanas habían intentado incrementar su autonomía, primero respecto a España, y después frente a Caracas. Cada uno de estos movimientos tomado individualmente implicaba por sí mismo un notable potencial de conflicto. Al estallar todos ellos simultáneamente se alimentaron unos a otros, precipitando el rápido colapso del nuevo sistema político que se intentaba instaurar. La piedra de toque del régimen establecido por la Constitución fue la de la aplicación concreta de los principios de «libertad, igualdad, propiedad y seguridad» en ella contenidos. Si bien quedaron abolidos los fuegos y otras formas de dominación socio-racial, en la práctica, para la mayoría de los *pardos*, la idea de igualdad se reducía a una mera ilusión. Y, además, la esclavitud seguía siendo una componente estructural del sistema.

Las condiciones en las que se verificó la fundación republicana en Venezuela contribuyeron a crear una concepción altamente peculiar de la ciudadanía, marcada por el principio de utilidad como factor discriminatorio en el ejercicio de derechos, y con el tiempo también por la singular importancia del momento militar en la definición del ciudadano <sup>38</sup>. La *patria boba*, como vino a ser llamada la Primera República, acabó siendo víctima de la estructura social de la colonia. Sin duda, la amplísima brecha abierta entre las expectativas de 1810 y la frustración de 1812 convertían a Bolívar en el principal derrotado del proceso, pero tampoco es fácil identificar a algún ganador o beneficiario del mismo. Los *pardos* no obtuvieron ninguna recompensa por su apoyo a la causa realista. Los españoles se vieron de nuevo indefensos y poco apoyados en el terreno económico. El gobierno colonial no supo administrar la victoria y acabaría consiguendo con su política represiva precisamente aquello que los ideales independentistas de 1810 no habían logrado: forjar una identidad de intereses entre venezolanos de muy diverso origen social o regional.

Desde el punto de vista de Bolívar, a la derrota general se unieron varias derrotas personales. La pérdida de Puerto Cabello, independientemente de que fuese culpa suya o no, puso de manifiesto sus limitaciones como estrategia y afectó seriamente a su moral y a la de sus partidarios. Es probable que su actitud hostil hacia Miranda, muy controvertida hasta hoy, se alimentase de una dificultad psicológica de digerir los propios errores <sup>39</sup>. Con todo, el muy escaso heroísmo atribuible a esta primera fase de su actividad político-militar posee a estas alturas de su biografía una significación bastante menor que la del contexto sociopolítico en el que el caraqueño se vio forzado a operar. Por permanecer en el mismo campo semántico: no fueron las carencias de valor individual las que precipitaron el fracaso de julio de 1812, sino más bien la falta de madurez colectiva necesaria para que cristalizase aquello que Karl Marx, refiriéndose a la revolución francesa, denominó la «ilusión heroica», es decir, aplicado al caso venezolano, la consecución de una identidad creíble entre los intereses de clase de la oligarquía mantuana y un proyecto revolucionario de carácter nacional, que abarcase la totalidad del territorio del país <sup>40</sup>.

### Capítulo III

## GUERRA A MUERTE

Simón Bolívar llegó a Curaçao como refugiado y en una situación económica nada boyante. Después de unas semanas decidió tomar prestado algo de dinero para marchar a Cartagena de Indias, cosa que hizo a finales de octubre. Mientras en Venezuela se instalaba la contrarrevolución, Bolívar se propuso iniciar desde la ciudad porteña la reconquista del país. La elección de Cartagena como punto de partida no era casual. Tanto por la estructura social como por los conflictos planteados entre el centro (Santafé de Bogotá) y las provincias, las similitudes entre Venezuela y Nueva Granada eran obvias. El desarrollo de los acontecimientos en Nueva Granada hasta 1812 también había sido parecido al de Venezuela: primero, la formación de juntas en principio leales a Fernando VII; después, el progresivo distanciamiento de la posición oficial de la metrópoli; finalmente, la división de los independentistas en una facción centralista y otra federalista. Como en Venezuela, la independencia aparentaba conducir a la desunión, y la desunión a la derrota del proyecto independentista. Sin embargo, la ciudad de Cartagena intentó mantenerse al margen de esta dinámica, en buena medida debido a su antiguo deseo de acceder a estructuras de libre comercio. Además, el ímpetu revolucionario, plasmado en la proclamación de la independencia en noviembre de 1811 y la promulgación de una constitución republicana, supo aparejarse en Cartagena a la creación de una base social más amplia que la de Caracas, incluyendo por cierto a los *pardos* <sup>1</sup>.

### ***La campaña admirable***

En esta ocasión, Bolívar se esforzó en planear concienzudamente sus pasos. Si bien tras el fiasco de Puerto Cabello sentía necesidad de restituir su buen nombre en el terreno militar, esta vez el entusiasmo bélico fue precedido por la reflexión. Un análisis parcialmente auto-crítico de lo sucedido en Venezuela mostraba que el principal problema no había sido el terror creado por el terremoto, sino más bien la incapacidad de los independentistas para desarrollar una plataforma política que convenciese y lograra movilizar a la mayoría de la población <sup>2</sup>. Fue ésta la razón de que Bolívar dedicase bastante tiempo a formular algunos de sus puntos de vista, primero en una carta dirigida al Congreso de Nueva Granada (noviembre de 1812), y después (diciembre de 1812) en su primer gran texto político, el llamado *Manifiesto de Cartagena*. En él enumeraba una vez más cuáles habían sido, a su juicio, las causas del fracaso de la Primera República: la promulgación de una Constitución poco adaptada al carácter del pueblo venezolano, la excesiva generosidad y tolerancia respecto a los enemigos realistas, la falta de profesionalidad e indisciplina de los ejércitos independentistas, la disolución de la unidad debido a disensiones territoriales, el fanatismo religioso puesto de manifiesto especialmente con motivo del desastre natural del terremoto y, ante todo, el faccionalismo político, que habría sido a la postre la causa principal de la derrota frente a los españoles. Es en este momento cuando cristaliza en Bolívar una de las convicciones que lo acompañarán durante toda su carrera: la imperiosa necesidad de la unidad y la centralización como única posibilidad de vencer a los españoles. Considerada esta evolución, cabe colegir que el rechazo de Bolívar a las posiciones federalistas no era doctrinario (en el sentido, por ejemplo, de una afinidad jacobina), sino característicamente empírico <sup>3</sup>.

El nuevo plan contenía también una dimensión continental desconocida hasta entonces. Mientras su actuación política se había desarrollado hasta ahora exclusivamente en el marco de la antigua Capitanía General de Venezuela, ahora, recogiendo algunas ideas centrales del Precursor Miranda, Bolívar reclamaba una colaboración neogranadina que, aun teniendo como objetivo inmediato la recuperación del poder en Caracas, debía conducir a largo plazo a la libertad e independencia de toda América del Sur. A fin de convencer a sus potenciales aliados, Bolívar desarrolló un razonamiento altamente per-

suasivo: igual que el particularismo de Coro había acabado con el proyecto independentista en toda Venezuela, el de Venezuela podía hacer lo propio con la liberación de todo el continente:

«Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela, y redimir a ésta de la que padece, son los objetos que me he propuesto en esta Memoria. Dignaos, oh mis conciudadanos, de aceptarla con indulgencia en obsequio de miras tan laudables. Yo soy, granadino, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas, y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos estados... El honor de la Nueva Granada exige imperiosamente escarmentar a esos osados invasores, persiguiéndolos hasta los últimos atrincheramientos, como su gloria depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela, a libertar la cuna de la independencia colombiana, sus mártires, y aquel benemérito pueblo caraqueño, cuyos clamores sólo se dirigen a sus amados compatriotas los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impaciencia, como a sus redentores. Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros; no burléis su confianza; no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos. Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos»<sup>4</sup>.

El *Manifiesto de Cartagena*, si bien apelaba a una coyuntura muy concreta, esto es, a la necesidad de aprovechar la momentánea debilidad de España para atacarla, también contenía consideraciones de un calado político mucho mayor, que venían a matizar, cuando no desechaban por completo, algunos de los principios que lo habían inspirado desde sus años formativos. Bolívar se había percatado de que una sociedad, a fin de poder sobrevivir en condiciones políticas y militarmente adversas, precisa sobre todo de instituciones eficientes. Y la eficiencia de las instituciones suele derivarse del realismo con el que éstas se constituyen. En este sentido, la constitución republicana de 1811, de influencia marcadamente estadounidense, con su carácter individualista y federalista, se mostraba altamente disfuncional respecto a la realidad concreta de la sociedad venezolana. La resultante era una «República Aérea» escasamente viable en las condiciones concretas de su lugar y su tiempo<sup>5</sup>. Las nuevas instituciones, destinadas a llenar el vacío dejado por los españoles, tenían que adap-

tarse a las circunstancias de América del Sur y no limitarse a reproducir modelos importados de Europa o de los Estados Unidos.

A la hora de pasar de la programática a la acción, las posibilidades reales de Bolívar en la Nueva Granada no eran en absoluto tan claras como en Venezuela. De hecho, tras su llegada a Cartagena, pasó a ser uno más dentro de un grupo de oficiales venezolanos entre los que se encontraban José Félix Ribas (1775-1815), Antonio Nicolás Briceño (su antiguo vecino y rival, 1782-1813), Fernando Carabáño (1780-1816) y otros. El Gobierno de Cartagena puso a Bolívar al mando de una brigada estacionada en la ciudad de Barranca, a orillas del río Magdalena. No era en absoluto un destino brillante, y además tenía que someterse a las órdenes de un oficial mercenario francés, Pierre Labatut (1776-1849). A pesar de todo, Bolívar no desaprovechó la oportunidad de volver a entrar en acción y procedió a atacar a los españoles acuartelados en Tenerife, abriendo así a los patriotas el acceso al río. Las escaramuzas en las que se vio envuelto las supo rodear en todo momento de una cierta mística de la liberación que se plasmó en discursos, juramentos públicos y otras escenificaciones <sup>6</sup>. Siguiendo el curso del río, Bolívar ocupó Mompós y El Banco, y derrotó a los españoles en Chiriguáná. Con estas victorias consiguió abrir el camino hacia el interior de Nueva Granada. El Gobierno de Cartagena estaba entusiasmado, a pesar de que las acciones militares de Bolívar se habían iniciado objetivamente con una insubordinación en toda regla frente a Labatut. A partir de este momento, Bolívar operó con el beneplácito de las autoridades neogranadinas y, si bien sus éxitos en el campo de batalla le granjearon la envidia de los jefes militares rivales, el caraqueño había ido adquiriendo suficiente experiencia como para poder contrarrestar las críticas con buenos argumentos.

En marzo de 1813, con su entrada en la localidad de San Antonio, puso pie por primera vez en territorio venezolano. En los meses de abril y mayo consiguió persuadir a los neogranadinos de la necesidad de invadir el país vecino con todas las consecuencias. Los primeros objetivos serían las ciudades de Mérida y Trujillo. Partiendo de Cúcuta en mayo de 1813, logró ocupar rápidamente ambas ciudades y, contraviniendo una vez más las instrucciones recibidas, continuó la ofensiva hacia el Este, en dirección a Barquisimeto, Valencia y Caracas. La guerra contra los españoles desarrolló en tierra venezolana un grado de crueldad desconocido hasta la fecha. Las atrocidades se sucedieron por parte de ambos bandos. Oficiales realistas como el sanguinario Antonio Zuazola protagonizaron diversas masacres

contra la población civil. Por parte de los independentistas, Briceño fue el primero que planteó la posibilidad de proceder a la ejecución de todos los españoles, en un plan que primeramente fue desestimado por Bolívar, al menos en su literalidad. La espiral de violencia y contraviolencia degeneró en una verdadera guerra de exterminio, que incluía la ejecución sistemática de los prisioneros, el acoso a la población civil y la destrucción de sus bienes. La cesura definitiva a este respecto sería la declaración oficial de la llamada «Guerra a Muerte», mediante un decreto promulgado por Bolívar en Trujillo, el 15 de junio de 1813:

«Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, y castigado como traidor a la patria y, por consecuencia, será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas o sin ellas; a los que presten sus auxilios a los buenos ciudadanos que se están esforzando por sacudir el yugo de la tiranía. Se conservarán en sus empleos y destinos a los oficiales de guerra, y magistrados civiles que proclamen el Gobierno de Venezuela, y se unan a nosotros; en una palabra, los españoles que hagan señalados servicios al Estado, serán reputados y tratados como americanos... Españoles y Canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables»<sup>7</sup>.

La controvertida decisión de Bolívar respondía sin duda al mayor sentido de la realidad que venía demostrando desde su derrota en Puerto Cabello. Lo que estaba ocurriendo en Venezuela desde 1810 era una guerra civil en toda regla, en la que los «americanos» luchaban tanto en un bando como en el contrario<sup>8</sup>. Se optaba, consiguientemente, por forzar la construcción discursiva de una alteridad aparentemente imprescindible para la definición de la propia nación. La falta de una línea clara de división identitaria, constatada como déficit por parte del Libertador, había propiciado el fracaso de la Primera República. Se trataba ahora de plantear el conflicto en otros términos: ellos contra nosotros, españoles contra americanos. La dimensión *performativa* del discurso resultaba obvia. El ejercicio de prácticas extremadamente violentas ayudaba a ratificar en la realidad la existencia de líneas divisorias puramente imaginarias. Se pretendía aterrorizar al enemigo, ahora más «español» que nunca, y motivar a

los criollos indecisos a posicionarse con claridad a favor de la causa patriota. A su vez, la «guerra a muerte» facilitaba la eliminación o al menos la canalización institucional de otras formas de violencia social, integradas desde este momento en el marco de un conflicto estrictamente militar con motivaciones y objetivos claramente definidos<sup>9</sup>. Las numerosas deserciones producidas en el ejército realista dieron la razón a Bolívar. Su ataque continuado a lo largo de la ruta de Caracas, sin dar respiro a las tropas de Monteverde, sembró el pánico entre los españoles, que cedieron rápidamente terreno. Valencia cayó el 2 de agosto, Caracas sólo tres días más tarde. Se cerraba así la que sería llamada «campana admirable». En exactamente un año, Bolívar había pasado del destierro al triunfo militar, había sido celebrado en las calles de su ciudad natal y, sobre todo, había adquirido muy valiosos conocimientos tanto sobre la estrategia militar como sobre la peculiar geografía de su propio país<sup>10</sup>.

Bolívar no era el único que estaba plantando cara a los realistas en Venezuela. En el Oriente, Santiago Mariño (1788-1854), miembro como él de la élite criolla, estaba obteniendo victorias militares contra las tropas de Monteverde y había conquistado, al mando de un ejército numéricamente inferior, Maturín, Cumaná y Barcelona. Sin embargo, la coordinación con Bolívar, que hubiese debido conducir a una estabilización de todo lo logrado frente a los españoles durante el primer semestre de 1813, presentaba serias dificultades. Mariño no sólo era un posible aliado, sino también un potencial competidor del caraqueño en la lucha por el poder en Venezuela. Tras su entrada en la capital, que seguía sufriendo las consecuencias del terremoto del año anterior, el ahora oficialmente Libertador iba a ser investido con poderes virtualmente dictatoriales. Mariño, por su parte, intentaba institucionalizar su poder en el Oriente venezolano, creando una entidad política propia y separada de Caracas. Bolívar seguía siendo fiel a sus planes de una independencia continental que incluyese no sólo la totalidad del territorio venezolano, sino también Nueva Granada. Aparte del desafío implícito de Mariño, las ciudades de Coro y Maracaibo y la Guayana permanecían aún en manos realistas. Bolívar y sus correligionarios, que se habían ido cualificando mediante sus experiencias en el campo de batalla, intentaron aplicar nuevas pautas de actuación también en el terreno político. Los poderes dictatoriales no hacían tanto de Bolívar un caudillo al uso, como los que estaban surgiendo en esta época por todo el continente, cuanto más bien un gobernante autoritario empeñado en optimizar la institucionaliza-

ción de sus competencias ejecutivas. Se trataba de responder a una situación de emergencia, como era la guerra contra los españoles, y los principios básicos para ello eran la consideración del interés general, por encima de los de clase, y la restauración de la ley y el orden. Tampoco temía enfrentarse con los pilares del poder tradicional, por ejemplo con la Iglesia. Mientras tanto, la crudeza de la represión antirrealista supuso una radicalización de la «guerra a muerte»: se trataba de restablecer el equilibrio político mediante el terror. Con todo, lo peor estaba aún por llegar.

### El Libertador contra Boves

El 14 de octubre de 1813, el Cabildo de Caracas, reunido en sesión solemne, concedió a Simón Bolívar el rango de capitán general y le otorgó el título de «Libertador de Venezuela»<sup>11</sup>. La distinción, de carácter único, acabaría siendo el núcleo de identidad de Bolívar hasta el final de sus días. Al margen del reconocimiento que suponía, tanto más considerando los tortuosos antecedentes en la relación entre la sociedad caraqueña y su más famoso vástago, el honor concedido añadía legitimidad al nuevo marco institucional que Bolívar se estaba esforzando en consolidar. En todo caso, estos actos simbólicos, si bien pudieron contribuir a amortiguar por un tiempo los conflictos internos dentro de la élite y a prevenir las rivalidades personales que tan pésimas consecuencias habían tenido durante la *patria boba*, no consiguieron alterar el hecho fundamental de la continuada falta de una base social suficientemente amplia para el proyecto republicano. De hecho, en enero de 1814 esta base se limitaba espacialmente a la mitad del territorio venezolano. Pero, además, a una mitad amenazada por la violencia étnica de negros y *pardos*. A las sangrientas experiencias de las rebeliones de esclavos durante la Primera República venía a añadirse ahora un nuevo peligro, el de los *llaneros*, un grupo socio-étnico surgido de la convivencia de indígenas, blancos y negros y muy bien adaptado a las exigencias de un medio geográfico extraordinariamente hostil, como eran las sabanas del *hinterland* venezolano. La sensible diferencia es que los *llaneros*, al contrario que negros y *pardos*, sí consiguieron organizarse en torno a un líder carismático, José Tomás Boves (1782-1814)<sup>12</sup>.

Este asturiano, unos meses mayor que Bolívar, iba a crearle enormes dificultades y a contribuir decisivamente a la destrucción de la

Segunda República. Boves había llegado muy joven a Venezuela, como marino, y había hecho carrera en los Llanos, comerciando legalmente, y también haciendo contrabando, con la población local. Durante el proceso independentista Boves se convirtió en un poderoso caudillo regional. Al frente de una variopinta tropa de mestizos, mulatos, indígenas y esclavos fugitivos, pasó de dedicarse al bandillaje a ser un factor decisivo en la política venezolana. Su rápida consecución del liderazgo *llanero* se debió no sólo a la fuerza del resentimiento anticriollo, incubado durante su propio cautiverio en 1812 (se lo acusaba de haber opuesto resistencia a una leva de los patriotas), sino sobre todo a su carisma y a su gran habilidad para movilizar eficientemente elementos sociales muy dispares. Boves prometía a sus seguidores el botín que capturasen frente a los realistas. Tal promesa no era en absoluto rara en estos tiempos; de hecho, Bolívar había actuado varias veces de igual modo, a fin de poder financiar la continuación de la guerra. La diferencia estribaba en que en el caso de los seguidores de Boves, negros y *pardos*, se apelaba simultáneamente a un antagonismo socio-racial de fondo, que las primeras experiencias republicanas de 1811-1812, lejos de haber corregido o compensado, más bien habían contribuido a agudizar <sup>13</sup>.

En efecto, la oligarquía criolla había propiciado la privatización de bienes comunales en los Llanos, con el consiguiente incremento de la concentración propietaria y el deterioro de las condiciones de vida de las clases populares. Boves, por el contrario, ofrecía a los *llaneros* una perspectiva inmediata de ascenso social. Su proclamación o «decreto» de Guayabal (1 de noviembre de 1813) venía a ser un trasunto del de Bolívar, sólo que en este caso se trataba de una «guerra a muerte contra los blancos» <sup>14</sup>. El resultado fue el estallido de una inusitada violencia, la emigración de buena parte de los criollos a zonas más seguras y la devastación de numerosas propiedades, ciudades y pueblos. El carácter incontrolable de Boves y su negativa a someterse al control español acabaron complicando aún más las cosas. El nuevo capitán general de Venezuela, Manuel Cagigal y Niño (1757-1823), que había tenido que sustituir a Domingo de Monteverde tras ser éste herido en combate, tuvo también enormes dificultades para canalizar la energía destructiva del asturiano en beneficio de la causa realista. Al final, esta situación llevaría al veterano general a renunciar a su mando y regresar, tras la llegada de Pablo Morillo a finales de 1815, a la Península.

Entretanto, la posición de Bolívar era cada vez más precaria. Pese a haber resistido el embate de las tropas de Cagigal en Araure (5 de di-

ciembre de 1813), el Libertador se veía carente de recursos materiales y humanos para garantizar la seguridad de la República frente a Boves, el cual amenazaba ya ciudades como Valencia y la propia Caracas. Al Este, su autoridad seguía siendo contestada por Mariño, que sólo estaba dispuesto a colaborar a condición de que se le reconociese su estatus de caudillo regional. La primera mitad de 1814 fue una sucesión de escaramuzas entre los patriotas y Boves, las cuales desgastaron muy considerablemente la credibilidad de Bolívar como líder militar y político, tanto más cuando estuvieron acompañadas, en la mayoría de los casos, por terribles represalias contra la población civil. El levantamiento de los esclavos del Valle de Barlovento, con el reguero de muerte y destrucción que dejaron a su paso de camino a Caracas, precipitaría el colapso final del bando patriota. El 28 de mayo, las fuerzas combinadas de Bolívar y Mariño se enfrentaron a Boves en Carabobo, pero su éxito parcial no se tradujo en un debilitamiento de los *llaneros*, que continuaron acosándolos hasta el punto de forzar la evacuación de Caracas en dirección a Barcelona y Cumaná. El caudillo asturiano siguió el mismo camino, sellando el final de la Segunda República de Venezuela, entre renovadas disputas internas en el campo independentista. Sin embargo, el propio Boves hallaría también la muerte en uno de estos combates, en Urica, a manos de un lancero patriota <sup>15</sup>.

Las victorias de las tropas de Boves obligaron a Bolívar a embarcarse en Cumaná en una pequeña flota republicana donde guardaba dinero y oro requisado a las iglesias de Caracas, destinados a adquirir armamento para poder continuar la guerra. Pero el capitán de la flotilla, el italiano Giuseppe Bianchi, se fugó con el tesoro, y Bolívar y Mariño tuvieron serias dificultades para recuperarlo. Ribas y Manuel Piar, un oficial de Mariño convertido en caudillo local, se habían quedado en tierra y acusaron a Bolívar y sus acompañantes de haber intentado huir con los bienes del bando patriota, sometiéndolos además al deshonor de tratarlos como fugitivos y desposeerlos temporalmente de su rango militar. Bolívar reaccionó encolerizado a esta afrenta, que jamás olvidaría. El malentendido pudo aclararse gracias a la mediación (generosamente remunerada) del marino italiano, pero quedó clara la posición de debilidad de Bolívar frente a Piar y Ribas, quienes exigieron la inmediata salida de Venezuela de los dos jefes militares rivales. Este tipo de situaciones, que anunciaban lo que poco después sería la gran explosión del fenómeno caudillista en Sudamérica, deprimieron profundamente al Libertador. En el llamado *Manifiesto de Carúpano*, redactado y difundido en sep-

tiembre de 1814, muy poco antes de abandonar Venezuela, Bolívar daba rienda suelta a su decepción:

«Así, parece que el cielo para nuestra humillación y nuestra gloria ha permitido que nuestros vencedores sean nuestros hermanos y que nuestros hermanos únicamente triunfen de nosotros. El Ejército Libertador exterminó las bandas enemigas, pero no ha podido exterminar unos pueblos por cuya dicha ha lidiado en centenares de combates. No es justo destruir los hombres que no quieren ser libres, ni es libertad la que se goza bajo el imperio de las armas contra la opinión de seres fanáticos cuya depravación de espíritu les hace amar las cadenas como los vínculos sociales. No os lamentéis, pues, sino de vuestros compatriotas que instigados por los furores de la discordia os han sumergido en ese piélago de calamidades, cuyo aspecto solo hace estremecer a la naturaleza, y que sería tan horroroso como imposible pintarlos. Vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro seno, derramando vuestra sangre, incendiando vuestros hogares, y os han condenado a la expatriación. Vuestros clamores deben dirigirse contra esos ciegos esclavos que pretenden ligaros a las cadenas que ellos mismos arrastran; y no os indignéis contra los mártires que fervorosos defensores de vuestra libertad han prodigado su sangre en todos los campos, han arrostrado todos los peligros, y se han olvidado de sí mismos para salvaros de la muerte o de la ignominia. Sed justos en vuestro dolor, como es justa la causa que lo produce»<sup>16</sup>.

Además de las dificultades propias, Bolívar tuvo que afrontar el surgimiento de una considerable propaganda en contra suya. Especialmente desde Nueva Granada se criticaba su ambición personal, su ansia de acumular poder y, sobre todo, su urgencia en unir la suerte del reino neogranadino a la de Venezuela, con todos los riesgos que eso implicaba. Cuando llegó a Cartagena, Bolívar pudo percibir esta hostilidad en el ambiente. No se daban desde luego las condiciones óptimas para iniciar una contraofensiva similar a la «campana admirable» de 1812-1812. Y por mucho que se afaná en exponer sus puntos de vista ante el Congreso en Tunja, comenzaban a pasarle factura sus decisiones políticas del pasado inmediato. Sobre todo el Decreto de Guerra a Muerte era criticado ahora por «bárbaro e impolítico»<sup>17</sup>. Aunque el Congreso de Tunja siguió aceptando sus planteamientos continentalistas, la visible desconfianza de varios de sus líderes le hizo renunciar a su cargo de jefe de las Fuerzas Federales y emprender de nuevo el camino del exilio. Una vez perdida toda esperanza de poder

conciliar razonablemente los intereses de las élites neogranadinas con su propio proyecto de recomposición de las fuerzas patriotas, Bolívar optó por zarpar hacia Jamaica. Su marcha coincidía con la llegada a los puertos americanos del mayor contingente militar español en toda la historia de la colonia: cerca de quince mil hombres, al mando del teniente general Pablo Morillo (1775-1837), y cuya misión era la pacificación de Tierra Firme<sup>18</sup>. Muy rápidamente, tanto Venezuela como Nueva Granada quedaron sometidas por las tropas realistas. Mientras Morillo dominaba los puntos estratégicos de la costa de Tierra Firme, se iniciaba una nueva etapa en la biografía de Bolívar en la que la acción forzosamente dio paso durante un tiempo a la reflexión. Bolívar había abandonado Nueva Granada plenamente convencido de que su derrota no se la habían infligido los españoles, sino sus propios compatriotas americanos. Los conflictos de intereses entre unos y otros segmentos de la oligarquía criolla, las querellas entre los caudillos y la creciente brutalidad de la guerra con el consiguiente perjuicio para la población civil habían vuelto a destruir un proyecto en sí mismo valioso y seguramente realizable. Se imponía ahora reflexionar acerca de las condiciones necesarias para su relanzamiento.

### Reflexión en las Antillas

La historiografía discute desde hace décadas sobre si la «etapa antillana» abierta en mayo de 1815 supuso o no una cesura definitiva en la biografía política bolivariana, tanto en sus aspectos más teóricos como en los prácticos<sup>19</sup>. Para contestar adecuadamente esta pregunta disponemos no sólo de la abundante producción epistolar del Libertador durante estos años, sino también de algunos textos de intencionalidad programática, como su famosa *Carta de Jamaica*, en la que, en busca de explicaciones convincentes para la desaparición de la Segunda República de Venezuela, volvía a pasar revista al curso de los acontecimientos hasta entonces. La *Carta*, firmada por Bolívar el 6 de septiembre de 1815 como «Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta Isla», iba bastante más allá del carácter puramente coyuntural de otras misivas bolivarianas de la misma época<sup>20</sup>. No se trataba aquí tan sólo de reclamar apoyo económico o de reivindicar la propia actuación frente a las críticas que arreciaban desde el continente. Muy al contrario, en este texto Bolívar volvía a tratar detalladamente el tema de la independencia y sus causas, pero

experimentaba un muy significativo giro a la hora de plantear la estrategia a seguir en lo sucesivo. Las condiciones marco también habían cambiado considerablemente. Fernando VII, a su regreso del cautiverio francés, y en consonancia con los vientos de restauración dominantes en Europa, se había propuesto recomponer el absolutismo tal y como éste había sido en 1807-1808. Napoleón acababa de ser vencido definitivamente en Waterloo y el Gobierno español se había sentido lo suficientemente seguro como para enviar un potente ejército a sus colonias americanas.

En estas circunstancias, y afrontando críticamente sus fracasos recientes, Bolívar se mostró consciente de la perentoria necesidad de apoyar su acción revolucionaria sobre bases sociales más amplias. La experiencia venezolana mostraba cómo la población indígena y los *pardos*, tras apoyar tímidamente en principio el movimiento juntista de 1810-1811, no habían tardado en levantarse contra la poco consistente institucionalidad del nuevo régimen republicano. Tal actitud, como se había podido comprobar aún más claramente durante las sangrientas luchas contra los *llaneros* de Boves, no respondía a una particular simpatía monárquica de estos grupos, sino más bien a la oportunidad que les proporcionaba la situación para dar salida al considerable potencial de violencia socio-racial acumulado durante décadas. En pura teoría, y éste era el punto de partida de la reorientación estratégica bolivariana, si estos grupos habían rechazado una vez el republicanismo, ¿por qué no esperar que rechazasen ahora, por idénticas razones, la restauración monárquica?

Las amargas vivencias del último lustro habían llevado a Bolívar a perder buena parte de la confianza en los de su propia clase. Los criollos habían actuado a veces con oportunismo, a veces con doblez respecto al programa independentista y, a la postre, buena parte de ellos había recibido con alivio la restauración colonial española, atemorizados por el peligro real de que resultasen destruidos los fundamentos de su posición social. En Jamaica, Bolívar evolucionó hacia planteamientos cada vez más inclusivos, al darse cuenta de que sólo un levantamiento de las masas populares podía volver a encender la mecha de la insurgencia anticolonial. El planteamiento, por tanto, era parcialmente populista, pero Bolívar delineaba a su vez un esquema de actuación política que ayudase a canalizar la protesta de las masas en la construcción de un orden social estable <sup>21</sup>.

Es precisamente en este momento, probablemente el peor desde 1808, en el que Bolívar, desde la experiencia inmediata de una de-

rrota aparentemente total, esboza en el texto de su *Carta* un diagnóstico certero y, a la vez, un pronóstico de la victoria final para su causa. Desde luego, los últimos acontecimientos convertían sus profecías en algo escasamente creíble, y una de las razones coyunturales para escribir la *Carta* era también reiterar la petición de apoyo a otras naciones americanas y europeas (y muy especialmente a Gran Bretaña). Más allá de esto, la *Carta* contenía un análisis extenso del pasado, presente y futuro del continente, un recorrido plagado de momentos visionarios que ha llevado a muchos historiadores y hagiógrafos bolivarianos a situar en el momento de su redacción la definitiva consagración de Bolívar como campeón de la soberanía hispanoamericana frente al absolutismo fernandino. Pero sobre todo, al margen de la extensión geográfica de sus consideraciones y de la certeza de sus predicciones, la *Carta* documentaba más bien una lenta despedida del modelo de republicanismo revolucionario continental propugnado por Francisco de Miranda, en beneficio de una concepción políticamente mucho más realista y de alcance geográfico más reducido. Lo que queda de Miranda es «Colombia», el nombre de la entidad política anhelada por el movimiento independentista, pero, más allá de la denominación, Bolívar se hace cargo de la imposibilidad de combinar tradiciones y culturas políticas tan dispares y materialmente distantes entre sí como las de los diversos reinos y provincias del subcontinente sudamericano. La energía política que despide la *Carta* se deriva no sólo de la voluntad bolivariana de continuar un combate aparentemente abocado al fracaso, sino, más concretamente, de perseverar en el proyecto unitario neogranadino-venezolano que ya había defendido por las armas durante la «campana admirable».

Precisamente las distintas experiencias acumuladas en el trato con venezolanos y neogranadinos lo llevaban necesariamente a alejarse del discurso teórico propiamente dicho, para adentrarse en la senda del diseño concreto: ¿cuáles eran las perspectivas reales de articulación política que se abrían en la coyuntura crítica de 1815 a los partidarios de la emancipación? La legitimidad de su movimiento se daba por supuesta a partir de las crueles experiencias del pasado inmediato, pero ahora se aportaban argumentos históricos adicionales, que Bolívar remontaba al siglo XVIII. El andamiaje que sustenta las nuevas propuestas bolivarianas es un repaso crítico a la historia del movimiento independentista y sus causas, una suerte de anamnesia política que lo remonta a la política borbónica y a sus consecuencias para los dominios americanos de la Monarquía. Había sido pre-

cisamente la opresiva política de supuestas reformas iniciada por los Borbones la que había cercenado los lazos entre España y América. Ahora se trataba de hacer valer los derechos naturales de dieciséis millones de americanos, salvaguardados durante dos siglos y medio por una suerte de contrato colonial, un contrato cuyas condiciones habían sido repetidamente violadas por el poder español. La afinidad y lealtad iniciales, cuya base se situaba en la religión y la cultura compartidas, habían dado progresivamente paso a la desconfianza y el extrañamiento mutuos. Los ejemplos de discriminación y ofensa aportados por Bolívar afectaban tanto al ámbito de la participación política (acceso a oficios y cargos administrativos) como a la posición de las colonias en el sistema económico. Según Bolívar, ésta se reducía entretanto a la de productores de materias primas y consumidores de productos europeos, siempre bajo el yugo del monopolio comercial español. En este sentido, Bolívar, más que ofrecer una «teoría de la emancipación»<sup>22</sup>, lo que estaba haciendo era constatar que habían sido las reformas borbónicas las que habían supuesto el inicio de una explotación colonial en sentido estricto:

«Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más el de simples consumidores; y aún esta parte coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan, ni negocien; en fin, ¿quiere Vd. saber cuál es nuestro destino?, los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta».

En su afán por subrayar el estado de «infancia permanente» al que los españoles habían condenado a los americanos, Bolívar cargaba las tintas sobre el tema de la exclusión criolla de los cargos públicos, exagerando ciertamente respecto a la situación real. Hoy sabemos que los americanos tuvieron un amplio acceso a los puestos administrativos de la colonia, pero ciertamente Bolívar tenía razón en diagnosticar un retroceso que había afectado de modo principal a la genera-

ción de sus padres y a la suya propia <sup>23</sup>. Los agravios que refería aquí Bolívar trascendían sin duda la ya conocida reclamación del derecho de prelación de los criollos para los oficios americanos. Lo verdaderamente decisivo era la constatación de que habían sido excluidos de la participación política, «expulsados de la ciudad» en su sentido político y limitados por tanto en su autorrealización social a la actividad económica en minas, plantaciones o haciendas, que si bien podía ser lucrativa (extraordinariamente lucrativa incluso, como demostraba el caso del propio Bolívar), se alejaba del espíritu del pacto originario alcanzado en tiempos de la conquista. Además, el punto crucial en su argumentación trascendía la problemática contemporánea, en tanto insistía en el carácter natural, más aún, «constitucional», de los derechos políticos de los americanos, y los derivaba de un acuerdo de Carlos V con los «descubridores, conquistadores y pobladores» de América, una suerte de «contrato social», que venía siendo incumplido, primero por los últimos Borbones y después, tras 1808, por los Gobiernos de la Regencia, cuya hostilidad hacia América no había hecho sino agravar el conflicto:

«Cuando las águilas francesas sólo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz, y con su vuelo arrollaron los frágiles gobiernos de la Península, entonces quedamos en la orfandad. Ya antes habíamos sido entregados a la merced de un usurpador extranjero; después, lisonjeados con la justicia que se nos debía y con esperanzas halagüeñas siempre burladas; por último, inciertos sobre nuestro destino futuro, y amenazados por la anarquía, a causa de la falta de un gobierno legítimo, justo y liberal, nos precipitamos en el caos de la revolución. En el primer momento sólo se cuidó de proveer a la seguridad interior, contra los enemigos que encerraba nuestro seno. Luego se extendió a la seguridad exterior; se establecieron autoridades que sustituimos a las que acabábamos de deponer, encargadas de dirigir el curso de nuestra revolución y de aprovechar la coyuntura feliz en que nos fuese posible fundar un gobierno constitucional, digno del presente siglo y adecuado a nuestra situación».

El panorama histórico que ofrecía Bolívar en su carta perseguía el objetivo de legitimar una vez más la lucha de los independentistas y sistematizar sus demandas políticas. Pero a la vez se planteaba la cuestión esencial de cómo distinguir a la población criolla, principal sustento social del movimiento, de la «nación» y el «pueblo» de España. Precisamente esta disyuntiva identitaria, que ya había te-

nido gran importancia para su justificación de la «guerra a muerte» en 1813, volvía a ocupar ahora a Bolívar. Si algo caracteriza el texto de la *Carta* es su empeño en presentar a América como «patria» y «nación» de los «americanos». La gran dificultad era precisamente la identificación de ese *americano*. Dado que las premisas republicanas del razonamiento bolivariano implicaban que la nación tenía que componerse de hombres libres y, más aún, de ciudadanos activos, en el sentido de «buenos repúblicos», resultaba especialmente necesario apelar a aquellos que reuniesen tales atributos o, en su defecto, contribuir a su formación republicana mediante la educación política y el influjo de la opinión pública. Así eran las cosas, al menos en teoría. El «drama bolivariano» era, en este caso, que en América faltaba precisamente esa «mínima masa crítica de ciudadanía»<sup>24</sup> que hiciese posible la Roma americana, esa materia prima republicana que es la conciencia cívica. En el contexto de la crisis del imperio colonial español, los pueblos americanos estaban en una situación precaria en lo político y ambigua en lo identitario:

«... no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado».

Los americanos estaban obligados a afrontar el hecho de no ser originariamente nativos. Al mismo tiempo, tenían que articularse políticamente en su país natal contra el poder político del país conquistador. Encajonados socioculturalmente entre indígenas y *pardos*, por un lado, y españoles reacios a compartir o ceder su poder, por otro, todo era extranjero para el individuo de la adscripción social y étnica de Bolívar<sup>25</sup>. Por mucho que éste argumentase con una notable dosis de polémica o incluso con intenciones propagandísticas, el hecho objetivo de la exclusión política de los criollos redimensionaba antiguas discusiones sobre el ser americano, en la medida en que el posible déficit civilizatorio de los habitantes del Nuevo Mundo encontraba una explicación plausible en la tiranía de los peninsulares y su traición al contrato social expreso alcanzado en los albores de la colonia<sup>26</sup>.

A la altura de 1815, Bolívar había acumulado suficiente experiencia política como para entender que no era posible aplicar arbitraria-

mente a la realidad hispanoamericana modelos de cambio político revolucionario provenientes de Francia o Estados Unidos. La organización genuinamente democrática y federal derivada del razonamiento ilustrado se había revelado incompatible con la concurrencia de intereses casi irreconciliables tan característica de la realidad social venezolana o neogranadina:

«Los acontecimientos de la tierra firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas. En Caracas el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas y elecciones populares; y estos partidos nos tornaron a la esclavitud. Y así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el más claro ejemplo de la ineficacia de la forma demócrata y federal para nuestros nacientes Estados. En Nueva Granada las excesivas facultades de los gobiernos provinciales y la falta de centralización en el general han conducido aquel precioso país al estado a que se ve reducido en el día. Por esta razón sus débiles enemigos se han conservado contra todas las probabilidades. En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina. Desgraciadamente, estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros en el grado que se requiere; y por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española que sólo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia».

Partiendo de un sano empirismo político, y diferenciando cuidadosamente las diversas realidades regionales del proceso independentista, Bolívar, por una parte, esbozaba una suerte de diagnóstico sobre el carácter más o menos auspicioso de los acontecimientos en el Río de la Plata, en Chile o en el Perú <sup>27</sup>; y, por otra, volvía finalmente a formular su ferviente deseo, ahora desde el reconocimiento expreso de la diversidad, de poder articular algún día una verdadera unión americana:

«Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos,

caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo».

La importancia de la *Carta de Jamaica* no radica en su eco inmediato, imposible en la situación americana de 1815, ni tampoco en el acierto mayor o menor de alguna de sus predicciones, sino sobre todo en su carácter programático respecto a documentos y, sobre todo, acciones políticas posteriores. El texto no fue publicado en inglés hasta 1818, y la primera versión en castellano apareció tras la muerte del Libertador, en 1833. Sin embargo, por su naturaleza autorreflexiva, el contenido de la *Carta*, del cual Bolívar reprodujo una y otra vez aspectos en discursos y escritos posteriores, acabaría siendo identificado con la propia independencia y convirtiéndose el columna vertebral del relato tanto de ésta como de la biografía política de su autor<sup>28</sup>.

Bolívar había concluido el texto de la *Carta* apelando a la necesidad de hacer de la necesidad virtud, y reemprender, por pocos que fuesen los medios disponibles, la lucha contra el poder colonial español. Ahora tocaba pasar de la autorreflexión a la acción:

«La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones; aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida por la España, que posee más elementos para la guerra que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir».

Consecuentemente, desde su momentáneo exilio jamaicano Bolívar no cesó de trabajar en el acopio de apoyos humanos y materiales. Especialmente importante resultó ser la amistad que estableció con Felipe Luis Brión (1782-1821), un marino y comerciante natural de Curaçao, que también había amasado parte de su fortuna con el contrabando. Brión consideró la empresa bolivariana lo suficientemente atractiva como para invertir en la compra de armas destinadas a equipar una fuerza expedicionaria patriota. Ésta empezó a formarse en Haití a comienzos de 1816. Haití tendría una importancia fundamental en esta fase de la biografía de Bolívar, tanto en el plano militar como en el político. Durante enero de 1816, Bolívar se entrevistó

en varias ocasiones con el presidente haitiano, Alexandre Pétion. Bolívar podía ofrecer a los haitianos ventajas comerciales en el supuesto de una nueva independencia de Venezuela. La contrapartida principal de un apoyo haitiano sería, sin embargo, un cambio de actitud respecto a la cuestión de la esclavitud. En todo caso, el contacto establecido entre Bolívar y el Gobierno de Puerto Príncipe hizo saltar las alarmas de las autoridades españolas que, informadas vía Londres de los acuerdos existentes, no tardaron en reforzar las defensas costeras en Venezuela. El fantasma haitiano seguía actuando, por mucho que Pétion proclamase oficialmente su neutralidad en el conflicto. Avisados los españoles, las perspectivas de éxito para desembarco planeado en Margarita y Guayana quedaban seriamente comprometidas. Pero el Libertador no estaba dispuesto a renunciar a sus planes.



## Capítulo IV

# RECONSTITUCIÓN DEL PROYECTO PATRIOTA

### El problema de los caudillos

Desde la perspectiva de los partidarios de la independencia hispanoamericana, 1816 estaba siendo un verdadero *annus horribilis*. La fuerza expedicionaria comandada por Morillo había conquistado una por una las principales ciudades de Venezuela y Nueva Granada, y se había iniciado, especialmente en este último reino, un período de terror sin precedentes en la historia colonial. En Santafé de Bogotá se multiplicaron las ejecuciones de patriotas, presentadas cínicamente por las autoridades como parte de una necesaria «pacificación», y lo mismo ocurrió en Cartagena y en las zonas rurales colindantes, donde el rigor contrarrevolucionario de Morillo alcanzó, en forma de fusilamientos, confiscaciones y deportaciones de campesinos, a prácticamente todos los sectores sociales, y donde esta ciega política de intransigencia contribuyó decisivamente a fortalecer, más que a debilitar, la conciencia política y la orientación antiespañola de los neogranadinos. Los secuestros de propiedades pertenecientes a los cabecillas rebeldes, condicionados en parte por las necesidades fiscales de la Corona, no contribuyeron precisamente a crear un clima de reconciliación con la élite criolla, si bien en este punto los paisanos venezolanos de Bolívar se mostraron mucho más acomodaticios que los habitantes de Nueva Granada. De hecho, tras un lustro de convulsiones políticas y sociales, a partir de 1816 todas las ciudades importantes del país se mantendrían en manos españolas casi hasta el final del proceso independentista (Caracas hasta 1821, Maracaibo y Coro —con interrupciones— y Puerto Cabello hasta 1823).

Mientras Bolívar aprovechaba su estancia en Haití, recabando apoyos materiales y financiación para el movimiento independentista, los acontecimientos del continente se desarrollaban en una dirección nada favorable a sus designios. Cualesquiera fuesen las posibilidades reales de poner en práctica las estrategias militares y los programas políticos que había elaborado desde su exilio jamaicano, el Libertador se veía ahora enfrentado a una dificultad añadida: el cuestionamiento de su liderazgo debido a la proliferación de caudillos regionales y locales en la periferia venezolana <sup>1</sup>. La desbandada general en la que se tradujo el fracaso de la Segunda República de Venezuela no sólo había forzado el segundo exilio caribeño de Bolívar y sus seguidores, sino que había creado también condiciones óptimas para el surgimiento de guerrillas y *montoneras* de implantación espacial limitada y actuación predominantemente autónoma, que servían de refugio a todos aquellos patriotas deseosos, no tanto de continuar la lucha contra España, sino, más inmediatamente, de preservar su integridad física ante la represión desatada por las tropas del Ejército Pacificador de Tierra Firme, al mando de Pablo Morillo y de Salvador de Moxó, el nuevo capitán general. Al frente de estas guerrillas se situaban personajes como Juan Bautista Arismendi (1775-1841) en Margarita, Manuel Cedeño (1780-1821) en Caicara, José Tadeo Monagas (1784-1868) en Cumaná o Pedro Zaraza (1775-1825) y José Antonio Páez (1790-1873) en los Llanos. Se trataba en todos los casos de jefes militares dotados de un cierto ascendiente personal, cuyo poder emanaba básicamente del acceso a propiedades agrarias y de la disponibilidad de tropas a las que les unía un vínculo de naturaleza clientelar. Se anunciaba aquí el tipo social del caudillo latinoamericano, una figura que habría de alcanzar su forma más clásica y definitiva en el marco del proceso de construcción nacional posterior a la independencia, pero cuya ambivalencia estructural planteó serias dificultades al bando patriota ya antes de iniciarse aquél <sup>2</sup>.

Así, por una parte, las guerrillas constituían un medio altamente eficaz de hostigamiento de las tropas españolas, por su incardinación en la sociedad local y también por su mejor adaptación al medio físico (por ejemplo en los Llanos) <sup>3</sup>. La guerra de guerrillas, al margen de su mayor o menor eficacia militar, desarrollaba también una dimensión eminentemente política en la medida en que la movilización armada, al fundamentarse en la equivalencia ideal del «pueblo» y el ejército, venía a resolver, al menos por un tiempo, el peliagudo problema de la representación política <sup>4</sup>. Sin embargo, su gran des-

ventaja estribaba en que las guerrillas no se limitaban a combatir a los realistas, sino que luchaban también unas contra otras, lo que implicaba un obstáculo casi insalvable para la consolidación de un proyecto emancipador consistente y viable a medio plazo.

Bolívar, a pesar de tener un indudable carisma y de poseer también suficiente experiencia militar, no puede ser calificado a estas alturas de «caudillo» en sentido estricto. Más bien puede decirse que se veía forzado a participar en una lucha por el liderazgo, en una competencia cuyas reglas le venían impuestas por las circunstancias. Al contrario de lo que ocurría con Píar o Páez, el Libertador no era proclive a fundamentar su posición en una fortaleza puramente personal, sino que aspiraba a lograr una institucionalización duradera del movimiento independentista. Además, su entorno social originario seguía siendo el de Caracas y el centro-norte costero, las regiones de las que procedían también sus principales oficiales [José Félix Ribas o el más joven Rafael Urdaneta (1784-1845)], con los cuales compartía socialización, hábitos y mentalidades políticas (nacionales y centralistas, básicamente). Pero la cruda realidad era que este ámbito geográfico se encontraba ocupado por los españoles y claramente fuera del ámbito de influencia bolivariano. Los caudillos regionales venezolanos, por su parte, o bien carecían de proyecto político propio o, caso de poseerlo, optaban por modelos preferentemente federales y ampliamente descentralizados. A este respecto resultaba poco decisivo el reconocimiento formal de la supremacía política de Bolívar, tal y como fue acordado durante los preparativos de una nueva invasión a comienzos de 1816. En teoría, Píar, Páez y Mariño, que seguía dominando parte del Oriente, se comprometían a respetar la autoridad suprema de Bolívar, pero el acuerdo significaba en la práctica la aceptación plena de las guerrillas como núcleo principal de organización de la resistencia patriota. En este contexto, la única posibilidad de Bolívar de incrementar su base de legitimación pasaba por conseguir personalmente éxitos en el campo de batalla, y esto lo colocaba bajo una considerable presión a la hora de definir sus objetivos y planear sus estrategias.

El 31 de marzo de 1816, Bolívar salió de los Cayos de Haití con seis goletas armadas por Pétion <sup>5</sup>. Las autoridades españolas estaban informadas de los preparativos y suponían, con fundamento, que el desembarco de los independentistas se llevaría a cabo en Isla Margarita y Guayana. En Margarita, Bolívar podía contar con el apoyo de Juan Bautista Arismendi, el caudillo local. A partir de Carúpano, Bo-

lívlar se internó en el continente y ocupó algunas poblaciones, procediendo en ellas a proclamar la liberación de los esclavos, tal y como había acordado con Pétion. Además, anunciaba el final de la «guerra a muerte» y ofrecía el perdón a los realistas que se rindiesen. En realidad, en las circunstancias del momento, ambas medidas tenían un significado más simbólico que real, pero ponían de manifiesto, en cualquier caso, que Bolívar había tenido que replantearse a fondo la cuestión de cuál había de ser la base social del movimiento independentista. Y, de hecho, el nuevo fracaso de las operaciones militares acabaría confirmando esta necesidad de reorientación estratégica. El intento de establecer una cabeza de puente permanente en Tierra Firme fracasó en julio de 1816, en parte por la incompetencia de los oficiales al mando de Bolívar, en parte por la incapacidad de éste para imponer sus propios criterios. El Libertador se había visto forzado, una vez más a lo largo de su carrera, a emprender una huida bastante ignominiosa, para la que no bastaron por cierto explicaciones malintencionadas y acusaciones de que la apresurada marcha de sus tropas había sido debida a la distracción del caraqueño con Josefina Machado, una de sus amantes. La precipitada y nada gloriosa salida de Ocumare mermó seriamente el prestigio del Libertador y precipitó el enfrentamiento con sus competidores, especialmente con Mariño y Bermúdez, que llegaron incluso a intentar su captura y lo forzaron a una nueva huida hacia Haití.

El resultado de la primera expedición desde Haití fue militarmente nulo y políticamente muy gravoso para Bolívar, públicamente humillado y puesto en cuestión como comandante. Las circunstancias estratégicas habían cambiado radicalmente desde la «campana admirable», y Bolívar tenía que adaptarse ahora a un contexto completamente distinto. El Libertador tuvo que despedirse definitivamente de la idea de una liberación nacional centrada en su Caracas natal. No sólo porque ésta era la región mejor defendida del país, sino también por ser un entorno social nada predispuesto a apoyar sus propuestas para una Venezuela independiente <sup>6</sup>. La repetición de los éxitos de antaño se reveló imposible, no sólo por la pérdida de confianza entre Bolívar y los caudillos regionales, sino también por la constatación de los efectos que la guerra contra Boves había tenido sobre la población criolla. Las localidades costeras, ante el peligro de que se tambaleasen las bases de su paz social, tendían a buscar la protección de las guarniciones realistas más próximas. De la desgraciada tentativa de invasión, Bolívar extrajo al menos una ense-

ñanza importante: dada la relación de fuerzas, cualquier ataque sobre la costa venezolana significaba en la práctica una suerte de suicidio militar. Venezuela podía ser liberada únicamente desde los territorios surorientales de la región del Orinoco y de Guayana, apenas controlados por los realistas. Sólo desde allí era factible la formación y organización de un ejército eficaz, que pudiese operar conjuntamente con los núcleos guerrilleros existentes.

### **Cambio de estrategia**

El hecho de que fuese posible mantener algunos focos de resistencia independentista, precarios pero más o menos afines [victorias del oficial escocés Gregor MacGregor (1786-1845) en El Juncal, de Páez en el Apure y de Arismendi en Isla Margarita], permitió a Bolívar organizar una segunda expedición desde Haití. De hecho, el incremento de la presión de las tropas de Morillo sobre los diversos caudillos regionales favoreció el que éstos olvidasen rápidamente el desafortunado incidente de Ocumare y se aviniesen a aceptar de nuevo su mando, si bien limitándolo al ámbito puramente militar. La segunda expedición desde Haití, lanzada el 4 de diciembre de 1816, comenzó, por tanto, bajo augurios algo más favorables, con el renovado apoyo material de Pétion y la esperanza de poder conseguir por fin una consolidación de las posiciones republicanas. Nada más producirse el desembarco en el continente, Bolívar comunicó oficialmente a todos los jefes militares venezolanos la llegada de «Su Excelencia el General en Jefe» y la disponibilidad de armas y medios para continuar la lucha. El anuncio tenía el doble sentido de subrayar las aspiraciones de mando del Libertador y movilizar un potencial insurgente francamente debilitado desde 1815. La Venezuela libre del control español continuaba dividida al menos entre tres caudillos que controlaban áreas estratégicas: Mariño en Güiría, Piar en la Guayana y Páez en el Apure.

En esa tesitura, la prioridad había de ser la creación de condiciones adecuadas para la realización de un «gran proyecto de reunión»<sup>7</sup>. Obviamente, la sola apelación de Bolívar no bastó para modificar la situación: los caudillos seguían persiguiendo en primer lugar objetivos personales, y la creación de un gran ejército conjunto que pudiese marchar hacia Caracas se reveló una vez más como esperanza vana. Carente de tropas propias y de una base social similar a la de los caudillos que competían con él, Bolívar se vio definitivamente obligado

a revisar sus preferencias estratégicas (o, lo que es lo mismo, a renunciar a la conquista de Caracas) y a modificar sustancialmente el modo de organizar los contingentes militares de que disponía. Una primera novedad, en absoluto anecdótica, fue la creciente participación de oficiales extranjeros, curtidos en las guerras napoleónicas, que pasaron a instruir y formar a las tropas patriotas, y con los que Bolívar, por socialización y talante, podía desarrollar un vínculo de confianza en ocasiones mayor del que tenía con los líderes militares locales. Entre la nueva oficialidad se encontraban ingleses como Gustav Hipsley, Belford Wilson y William Ferguson o irlandeses como James Rooke, Francis Burdett O'Connor y, especialmente, Daniel Florence O'Leary, que acabaría siendo su edecán y colaborador más directo.

En segundo lugar, la experiencia de estos años antillanos, marcados por la colaboración constante con Pétion y otros elementos significados del crisol socio-étnico del Caribe, condujo a un replanteamiento general de la cuestión de las *castas* y de su inserción en el proyecto independentista. La experiencia del levantamiento de los *llaneros* al mando de Boves, que había acabado con la Segunda República, tuvo también mucho que ver con que Bolívar adoptase una actitud bastante más consecuente respecto a los temidos *pardos*, avanzando así poco a poco hacía la que sería su máxima con posterioridad: «la igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física»<sup>8</sup>. Este principio, en apariencia sencillo, pero de implicaciones harto complejas para el futuro de las sociedades latinoamericanas, se convertiría a partir de aquí en esencia programática de la causa patriota. En lugar de la pura afeción personal a un jefe militar o la expectativa inmediata de enriquecimiento por vía del saqueo de las propiedades criollas, era ahora la perspectiva de una integración plena en la emergente sociedad republicana, a través del ascenso social en las filas del Ejército Libertador, lo que podía facilitar el ganar a los *pardos* para la causa independentista. Otro sector al que Bolívar deseaba atraer era el de los *llaneros*. Igual que habían sido leales a José Boves, lo eran ahora a Páez. Precisamente por eso, era urgente entenderse con éste, independientemente de cuál fuera su actitud respecto a las posiciones concretas del caraqueño. El hecho es que los esfuerzos por incluir poco a poco en la causa revolucionaria a sectores sociales subalternos acabaría obteniendo ciertos resultados. Así lo atestigua la incorporación, a partir de 1817, de un número significativo de *pardos* a las tropas patriotas<sup>9</sup>.

Cuestión bien distinta era la de la esclavitud. Los decretos del 3 de junio y el 6 de julio de 1816, que proclamaban la libertad de todos los esclavos que se uniesen a la causa republicana, abren muchos más interrogantes de los que resuelven a la hora de sopesar la sinceridad emancipadora del Libertador. En su ámbito social más inmediato, Bolívar se había beneficiado plenamente de la institución esclavista, y sólo consideraciones tácticas, en el sentido de no presentar grietas en su credibilidad y dar ejemplo a otros mantuanos, lo habían llevado a liberar a sus propios esclavos. El eco fue escaso: muy pocos propietarios estaban dispuestos a poner en peligro el fundamento de su bienestar económico. Además, los mismos esclavos tampoco demostraron un gran interés por la medida, llevando a Bolívar a lamentarse de la pasividad del grupo, cuyos miembros, decía, «han perdido hasta el deseo de ser libres»<sup>10</sup>.

Mediado 1816, el caudillo venezolano más exitoso era sin duda Manuel Piar (1774-1817), el cual, al igual que Boves, había ascendido socialmente por méritos propios a partir de unos orígenes humildes como hijo de un comerciante canario y una mulata holandesa de Curaçao<sup>11</sup>. Piar dominaba como nadie la comunicación con las clases populares y se había asegurado, de este modo, el apoyo de diversos grupos guerrilleros del Oriente. Tras doblegar la resistencia realista, las milicias de Piar habían conseguido ocupar Angostura, Santo Tomé de Guayana y las misiones situadas en el río Caroní (Carnachi y Upata), especialmente valiosas por sus recursos agropecuarios. Dados estos antecedentes, era lógico el interés de Bolívar en establecer una alianza con Piar, pero no lo era menos el temor de este último a perder con ello buena parte de su libertad de acción en aras de una causa que sólo muy limitadamente consideraba propia. Las hagiografías bolivarianas y la historiografía nacional venezolana tienden a obviar los sobrados motivos que podían tener líderes regionales como Piar o Santiago Mariño para desconfiar de una estrategia político-militar de tintes casi obsesivos, especialmente en lo tocante a la tantas veces fracasada toma de Caracas. De hecho, la línea de actuación de Bolívar hasta la fecha se había traducido no sólo en una serie prolongada de derrotas, sino también en el sacrificio de miles de vidas, tanto de militares como de civiles. Por esta razón, su decisión de adentrarse en la Guayana implicaba un cambio sustancial, al buscar un *hinterland* propicio a largo plazo que le garantizase no tener que volver al exilio tras pocas semanas<sup>12</sup>.

La ocupación de la Guayana tenía también un sentido estratégico en tanto proporcionaba al bando patriota una cantidad ingente de

recursos materiales <sup>13</sup>. La travesía del Orinoco por Bolívar, el 30 de abril de 1817, y su reunión con Piar poco después abrían una fase esperanzadora pero, al mismo tiempo, ponían de nuevo sobre la mesa la cuestión de la autoridad en el campo independentista. Surgieron conflictos en relación con la política represiva frente a los españoles, en especial a raíz de la matanza de los misioneros del Caroní, de la que se acusaron mutuamente las tropas de unos y otros, y aunque los propios misioneros confirmaron que Bolívar no había tenido responsabilidad en el asunto, se puso muy claramente de manifiesto la precariedad de su posición respecto a los caudillos que competían con él. En el Oriente, Bermúdez y Valdés se negaban a reconocer la autoridad de su antiguo jefe, Mariño. Mariño, a su vez, no reconocía la de Bolívar. Y Bolívar, por último, seguía enfrentado a Piar. La gota que colmó el vaso fue el intento de Mariño de convocar un congreso en Cariaco (8-9 de mayo de 1817) a fin de hacerse formalmente con el poder y fundar una especie de república federativa alejada de las veleidades centralistas de Bolívar y, sobre todo, de la influencia de las élites caraqueñas. En su proclamación, Mariño ya no se presentaba como caudillo, sino como héroe nacional. Este giro le hizo perder la confianza de algunos de sus mejores oficiales, como Rafael Urdaneta y Antonio José de Sucre (1795-1830), reacios a admitir una autoridad política distinta a la del Libertador. Las ambiciones de Mariño desembocaron así, paradójicamente, en una victoria para Bolívar, que pudo contar a partir de entonces con un grupo de militares capaces, fieles a su persona y dispuestos a apoyarlo en su lucha por la dirección del movimiento independentista. La presión que las tropas de Morillo ejercían en la región de Cumaná terminó por agotar a Mariño, que tras perder Carúpano, Güiría y Cariaco, se vio obligado a batirse en retirada <sup>14</sup>.

Pero aún quedaba otro rival: Manuel Piar. Bolívar se tomó su tiempo para enfrentarse a él, pero encontró un posible camino en la división de su ejército en dos: el de la Guayana, que había de permanecer bajo la dirección de Piar, y el de Angostura, al mando de un oficial leal: José Francisco Bermúdez (1782-1831). Piar aceptó la decisión de mala gana, y comenzó a actuar de modo cada vez más autónomo y peligroso, no sólo para Bolívar, sino sobre todo para la estabilidad de la base social del independentismo, que tanto esfuerzo le había costado formar. Poco a poco, de la mera disidencia se fue desarrollando una rebelión en toda regla, a base de azuzar el odio entre las *castas* e ignorar los llamamientos al orden del Libertador. En junio de 1817, Bolívar se

decidió a actuar con contundencia contra el rebelde, poniéndolo ante la disyuntiva de exiliarse o exponerse a un juicio sumarísimo. Piar fue capturado, sentenciado por desertión, rebelión y traición, y finalmente ejecutado en Angostura el 16 de octubre de 1817.

Al fundamentar el proceso, Bolívar se esforzó en destacar cómo Piar había incitado a la guerra civil y la «guerra de razas», propiciando una situación de anarquía absolutamente incompatible con los objetivos independentistas. Ciertamente, Piar había intentado movilizar contra Bolívar a *pardos*, negros, indígenas y *llaneros*, acusando repetidamente al caraqueño de erigirse subrepticamente en monarca, al mismo tiempo que simulaba combatir las monarquías. Sus prácticas, más o menos inconscientemente social-revolucionarias, se oponían al afán bolivariano de institucionalizar la independencia en la forma de un Estado liberal, una característica que lo distinguía claramente del resto de los caudillos venezolanos. En todo caso, y comparando los casos de Mariño y Piar, ambos competidores renitentes del Libertador, y ambos protagonistas de episodios concretos de indisciplina frente a éste, llama ciertamente la atención el trato diferencial de la disidencia según fuesen sus líderes *pardos* o criollos <sup>15</sup>.

La eliminación de Piar significaba sobre todo conjurar provisionalmente el peligro que venía cerniéndose sobre los patriotas desde 1810: la *pardocracia*. El control efectivo de las fuerzas independentistas permitía ahora a Bolívar aplicar un programa gradual de reformas que, aun manteniendo la supremacía criolla, pudiese traducirse a medio plazo en una ampliación de la base social del movimiento y, por ende, en una posición ventajosa frente a los españoles. Fue en este contexto en el que el Libertador desplegó por primera vez su talento político con resultados plenamente convincentes. Activando a un tiempo su propio carisma y las redes de poder que controlaba, Bolívar logró apaciguar e integrar en la causa patriota a buena parte de los *pardos* y los *llaneros*. La compensación material fueron los bienes confiscados a los realistas (españoles o criollos); la inmateral, todavía más retórica que efectiva, fue la supresión de la esclavitud. Deshaciéndose de Piar, Bolívar se libraba de paso de la tutela del Gobierno haitiano, la cual, además de suponer un lastre político, también había sido el argumento más insistentemente aducido por los jefes realistas a la hora de solicitar refuerzos a Madrid. Las guerrillas, que seguían operando autónomamente, aprendieron del «caso Piar» que su única posibilidad de supervivencia era asumir los objetivos políticos fijados por Bolívar. Los españoles, una vez que Mori-

llo había impuesto una línea intransigente frente a cualquier forma de milicia irregular, hacía ya tiempo que habían dejado de ser una alternativa atractiva para *llaneros* y *pardos*.

Mientras se normalizaba la situación respecto a los caudillos regionales, Bolívar consiguió, en julio de 1817, conquistar la ciudad de Angostura y afianzarse en la región del Orinoco. Desde un punto de vista estratégico, esta victoria le proporcionaba el control de una región clave en la intersección del litoral con el interior venezolano. Seguía faltándole el apoyo de las principales ciudades costeras, pero así y todo aprovechó la coyuntura favorable para escenificar una refundación en toda regla. La Tercera República de Venezuela nació oficialmente por decreto presidencial el 20 de noviembre de 1818, «un estado de contrabandistas, capitanes de milicias, caudillos, sabios tozudos, esclavos fugitivos y jefes *llaneros*»<sup>16</sup>, una construcción política en suma, cuya debilidad era patente a ojos tanto de Bolívar como de sus pares criollos en Caracas, de Morillo o de las autoridades de Bogotá y Madrid, pero que, al contrario que en ensayos republicanos anteriores, ofrecía una cierta coherencia interna y, sobre todo, una riqueza suficiente como para emprender la formación de un ejército nacional que mereciese ese nombre.

La solución a la cuestión racial se presentaba especialmente ardua respecto a los esclavos. Mientras que los *pardos* podían obtener sin duda más ventajas de apoyar la causa republicana que a la realista, en el caso de los esclavos no estaba nada claro que tuviesen algo que ganar con un cambio de bando. Desde la perspectiva de Bolívar, el asunto se enmarcaba en una lógica militar de naturaleza pragmática: se necesitaban reclutas para la lucha contra España, y aquellos esclavos que decidiesen alistarse podrían obtener la libertad:

«Esta porción desgraciada de nuestros hermanos que han gemido bajo las miserias de la esclavitud, ya es libre. La naturaleza, la justicia y la política piden la emancipación de los esclavos: de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres, todos serán ciudadanos»<sup>17</sup>.

La respuesta a los decretos del 2 de junio y el 6 de julio de 1816, que establecían la liberación de los esclavos, no fue, sin embargo, especialmente alentadora. Ni los grandes hacendados estaban dispuestos a prescindir de lo que consideraban parte de su patrimonio, ni los propios esclavos reaccionaron con entusiasmo a la oferta bolivariana, que los obligaba, visto desde su propia perspectiva, a implicarse en

una cruenta guerra entre blancos. Con todo, gracias a los decretos se incrementó la estabilidad de la base social patriota, y los independentistas pudieron beneficiarse en lo sucesivo de la casi total ausencia de rebeliones de esclavos, que tanto daño habían hecho a la causa republicana en los años 1812-1814. El hecho de que, por el lado realista, Morillo no lograra articular una respuesta análoga a la cuestión racial, contribuyó a que la población afrodescendiente empezara a percibir de forma cada vez más clara que sí existían serias diferencias entre los dos bandos en conflicto.

La desagradable experiencia de Bolívar con Piar acabó de convencerlo de que el mejor método para poner freno a las tendencias caudillistas en el bando patriota era la profesionalización de oficialidad y tropa, superando el hasta entonces vigente modelo de la milicia tradicional. Ésta, si bien era un referente cultural aceptable para la mayoría de los criollos, se adecuaba muy poco en la práctica a una situación de guerra abierta, como la que libraban los bolivarianos contra la fuerza expedicionaria de Morillo. En una serie de decretos promulgados entre octubre y noviembre de 1817, Bolívar sentó las bases de un nuevo ejército, al introducir la coordinación obligatoria de medios y esfuerzos entre los diversos jefes regionales. Evidentemente, a pesar de su experiencia europea y de sus conocimientos teóricos sobre táctica y estrategia militares, Bolívar se vio obligado a arreglarse con aquello que tenía a su disposición y, sobre todo, a improvisar, adaptándose a un contexto geográfico y logístico extraordinariamente adverso en muchas ocasiones.

Pero, por otro lado, las apelaciones a la unidad de acción empezaban por fin a superar el umbral de lo meramente retórico y a traducirse en una incipiente institucionalización de las estructuras de mando (creación de un estado mayor) y de la organización del ejército en general (establecimiento de una jurisdicción militar, regulación de las prácticas de confiscación, etc.). Se asignaban ahora tareas concretas a los jefes locales y regionales, en el entendimiento de que el Ejército Libertador en su conjunto había de constituirse en instancia forjadora de una identidad nacional venezolana<sup>18</sup>. El mismo principio inspirador de estas reformas militares guiaría también las medidas tomadas en el ámbito constitucional. Los elementos carismáticos de la nueva legitimidad republicana encarnada en la persona del Libertador tenían que complementarse en lo sucesivo con instituciones eficientes, aunque fuese a título provisional. Así, se fundaron también un Consejo de Estado y un Consejo de Gobierno con com-

petencias legislativas y ejecutivas, respectivamente, en los que se integró funcionalmente la élite de la oficialidad patriota.

Al principio, los resultados de esta política de reducción e integración política de los caudillos regionales no llegaron a ser plenamente satisfactorios. En el Este, Mariño se resistió hasta bien entrado 1818 a renunciar a cualquier bandería y aceptar, en tanto que general en jefe de su región, la autoridad de Bolívar como jefe supremo. Pero el mayor desafío que se le empezaba a plantear a Bolívar venía ahora del Oeste y reproducía de modo muy inquietante algunas de las pautas de la movilización llanera protagonizada pocos años antes por José Boves. El nuevo líder de la región de los Llanos, José Antonio Páez, dirigía desde 1816 la resistencia patriota en el valle del Apure, reivindicando además un mando total y autónomo sobre sus tropas. Si bien reconocía a Bolívar como jefe supremo de la República, su forma de combatir a los españoles respondía más a un modelo de guerrilla o *montonera* que a una estrategia coordinada con el resto del movimiento independentista. Páez disponía de una flota de *bongos* (embarcaciones ligeras fabricadas de madera y cuero) y de una fuerza auxiliar de trescientos arqueros indígenas, además de unos mil jinetes y más de trescientos guerreros a pie. Desde esta posición de fortaleza militar se subordinó formalmente a Bolívar en la medida en que esta alianza podía favorecer coyunturalmente sus intereses. Pero nunca estuvo realmente convencido de que las estrategias «napoleónicas» de Bolívar, que se estrellaban repetidamente con el muro de una imposible conquista de Caracas (el último intento en la Campaña del Centro también fracasó estrepitosamente en 1818) fuesen superiores a las tradicionales tácticas guerrilleras de las gentes de los Llanos <sup>19</sup>.

## Angostura

Para Bolívar, la situación del proyecto independentista se presentaba a finales de 1818 complicada, pero con ciertos motivos para el optimismo. Por un lado, la Tercera República de Venezuela, proclamada oficialmente el 20 de noviembre de 1818, no dejaba de ser una construcción precaria y, sobre todo, periférica, más asimilable a lo que hoy llamaríamos el campo de acción de un *warlord* que a una estructura plenamente estatal <sup>20</sup>. El núcleo del poder bolivariano seguía hallándose, muy a pesar del Libertador, físicamente lejos de los principales centros urbanos del país y culturalmente aún más lejos de

las élites criollas que los habitaban. Por otro lado, también es cierto que la dinámica político-militar permitía ahora a Bolívar proclamar solemnemente que la República de Venezuela se consideraba un Estado independiente, libre y soberano <sup>21</sup>. Así lo veían desde luego los españoles, con Morillo a la cabeza. Si bien el desafío de Bolívar sólo era una pieza más en un mosaico de dificultades a escala continental, los realistas sabían muy bien que, a la larga, su ubicación geográfica, la disponibilidad de cuantiosos recursos naturales y la progresiva consolidación de una amplia base social jugaban a favor del caraqueño, imposibilitando la extirpación rápida y efectiva de la resistencia que las autoridades coloniales hubiesen deseado. La guerra contra los españoles se encontraba en una situación de *impasse*, pero de *impasse* con perspectivas.

Los otros dos grandes problemas de Bolívar, el caudillismo y la cuestión racial, estaban en vías de solución, especialmente después del golpe de timón de Bolívar tras la traición de Piar. Los principales esfuerzos tenían que dirigirse ahora al perfeccionamiento funcional del ejército y, sobre todo, a la búsqueda de una nueva legitimidad para el «estado ambulante» momentáneamente instalado en la Guayana. Fue éste también el momento en el que Bolívar se planteó la posibilidad de rebautizar este Estado. Consciente de que la denominación «Venezuela» evocaba especialmente las regiones (y los grupos sociales) que seguían fuera de su control, y decidido igualmente a romper con la nomenclatura administrativa de la colonia (ejemplificada en denominaciones como «Nueva Granada»), Bolívar empezó a acariciar la idea de retomar, en versión reducida, el proyecto del precursor Francisco de Miranda, y fundar una *Colombia* que abarcara todos los territorios del antiguo virreinato.

De momento, el Libertador estuvo ocupado buena parte de 1818 en diseñar una estrategia político-militar con la que enfrentar a las tropas del general Morillo y conseguir avances sustantivos en la consolidación del proyecto republicano. El mayor desafío seguía siendo la integración de las guerrillas de Páez en una suerte de plan maestro contra los realistas. El líder *llanero* había cosechado éxitos indiscutibles en el campo de batalla, gracias sobre todo a la ventaja que le proporcionaba disponer de una caballería experimentada y perfectamente adaptada a las peculiaridades del terreno. Sin embargo, su apuesta era en principio fundamentalmente personal y muy limitada en el espacio. La colaboración con Bolívar podía llevarlo a ser algo más que un simple caudillo regional, pero a la vez también implicaba

una cierta cesión de poder, que tendría consecuencias a medio y, sobre todo, largo plazo. En lo tocante a las decisiones militares inmediatas, la fortuna tampoco acompañaba en demasía al caraqueño, que volvió a estrellarse con la imposibilidad de controlar la región centro-norte de Venezuela y aproximarse al ansiado objetivo de su ciudad natal. Habían sido sus propias imprudencias tácticas las que lo pusieron dos veces en peligro extremo frente a Morillo. Tanto en el paso de El Semen como en la batalla de La Puerta (marzo de 1818), Bolívar tuvo que reconocer la imposibilidad de rentabilizar la ventaja lograda en los Llanos e impulsar una conquista de Caracas desde el Sur <sup>22</sup>. Por mucho que lo desease, estaba claro que Páez no iba a secundarlo por ese camino, así que era más razonable regresar a Angostura e intentar consolidar los objetivos ya alcanzados.

Llegaba el momento de la política, tanto en el sentido de la creación de una institucionalidad republicana como en el de una mayor difusión del programa emancipador a escala nacional. Por ello, Bolívar se implicó personalmente en la creación de un órgano de prensa de los patriotas, *El Correo del Orinoco*, el cual, dirigido por un antiguo correligionario como Juan Germán Roscio y por el neogranadino Francisco Antonio Zea (1766-1822), tenía la misión de contrarrestar el predominio publicístico que estaba alcanzando la *Gazeta de Caracas*, convertida ahora, bajo la responsabilidad de José Domingo Díaz (1772-1834), en principal altavoz de la causa realista. Se trataba, como resume John Lynch, de la «preparación intelectual de su siguiente ofensiva» <sup>23</sup>, y llevaba a cabo ésta con extraordinario celo y conciencia del significado de sus siguientes pasos:

«[Y]o me apresuro a proponer al Consejo de Estado la convocación del Congreso de Venezuela. Y aunque el momento no ha llegado en que nuestra afligida Patria goce de la tranquilidad que se requiere para deliberar con inteligencia y acierto, podemos, sin embargo, anticipar todos los pasos que aceleren la marcha de la restauración de nuestras instituciones republicanas. Por ardua que parezca esta empresa, no deben detenernos los obstáculos: otros infinitamente mayores hemos superado; y nada parece imposible para hombres que lo han sacrificado todo por conseguir la Libertad. En tanto que nuestros guerreros combaten, que nuestros ciudadanos pacíficos ejerzan las augustas funciones de la soberanía. Todos debemos ocuparnos en la salud de la República; como debemos desear que todos a la vez la consigamos. No basta que nuestros ejércitos sean victoriosos: no basta que los enemigos desaparezcan de nuestro territorio, ni que el mundo

entero reconozca nuestra Independencia; necesitamos aún más, ser libres bajo los auspicios de leyes liberales, emanadas de la fuente más sagrada, que es, la voluntad del pueblo»<sup>24</sup>.

La institucionalización de la nueva legalidad republicana pasaba, por tanto, por la celebración de elecciones en los territorios liberados y por la convocatoria de un Congreso Nacional que debía reunirse el mes de febrero en Angostura, la nueva capital. Bolívar interrumpió sus actividades militares y se centró por unas semanas en la organización política del campo patriota. Durante su viaje desde el cuartel general de San Juan de Payará a Angostura concluyó la redacción de su discurso inaugural, el llamado *Manifiesto de Angostura*, que estaba llamado a convertirse en la pieza probablemente más lograda de la retórica independentista en Hispanoamérica. Bolívar se dirigía a los veintiséis delegados del Congreso, procedentes de Margarita, Guayana, Cumaná, Barcelona, Caracas y Barinas, con ánimo de recapitular lo logrado hasta la fecha y, a la vez, de abrir nuevas perspectivas al proyecto republicano:

«Echando una ojeada sobre lo pasado, veremos cuál es la base de la República de Venezuela:

Al desprenderse la América de la Monarquía Española, se ha encontrado semejante al Imperio Romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una nación independiente conforme a su situación o a sus intereses; pero con la diferencia de que aquellos miembros volvían a restablecer sus primeras asociaciones. Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo; no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. Todavía hay más; nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la Libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la Libertad, sino también la tiranía activa y doméstica... Por el contrario, la América todo lo recibía de España que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía activa, no permitiéndose sus funciones en nuestros asuntos domésticos y administración interior. Esta abnegación nos había puesto en la

imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos; tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud, y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones. Lo diré de una vez, estábamos abstraídos, ausentes del universo en cuanto era relativo a la ciencia del Gobierno»<sup>25</sup>.

Bolívar retomaba aquí, y hacía públicos por primera vez, algunos de los argumentos ya esbozados en la *Carta de Jamaica*: la indefinición identitaria de lo americano estaba inextricablemente unida al hecho colonial; sólo la superación de éste podía facilitar el que los hasta entonces objetos pasivos del poder español asumiesen un papel político activo y comenzasen a decidir sobre sus propias vidas:

«Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido y los ejemplos que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción; la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil; adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia. Semejante a un robusto ciego que, instigado por el sentimiento de su fuerza, marcha con la seguridad del hombre más perspicaz, y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos. Un pueblo pervertido si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud; que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más inflexibles, y todo debe someterse a su benéfico rigor; que las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad. Así, legisladores, vuestra empresa es tanto más ímproba cuanto que tenéis que constituir a hombres pervertidos por las ilusiones del error y por incentivos nocivos. La libertad, dice Rousseau, es un alimento succulento pero de difícil digestión. Nuestros débiles conciudadanos tendrán que enrobustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad. Entumidos sus miembros por las cadenas, debilitada su vista en las sombras de las mazmorras, y aniquilados por las pestilencias serviles, ¿serán capaces de marchar con pasos firmes hacia el augusto Templo de la Libertad? ¿Serán capaces

de admirar de cerca sus espléndidos rayos y respirar sin opresión el éter puro que allí reina?».

Básicamente, Bolívar seguía operando sobre la base del pragmatismo que había propugnado ya en la *Carta de Jamaica*: «No adoptes el mejor sistema de gobierno, sino aquel que tenga más posibilidades de funcionar». Frente a la tentación, de la que él mismo no siempre había podido sustraerse en el pasado, de mimetizar modelos políticos foráneos, se imponía una suerte de empirismo político: las Constituciones, argumentaba Bolívar, tenían que adecuarse al medio en que surgían y se aplicaban. Y lo cierto es que en el caso venezolano, los grandes logros en materia de independencia, libertad, igualdad y soberanía nacional no garantizaban por sí mismos la supervivencia del proyecto patriota en su conjunto. En especial las tendencias centrífugas inherentes al federalismo se constituían en innecesario riesgo. En ese sentido, a Bolívar le parecía imprescindible, y no sólo por motivos retóricos, volver a hurgar en la herida del fracaso de la primera Constitución venezolana, la cual, por cierto, desde un punto de vista estrictamente legal, seguía estando en vigor<sup>26</sup>. Desgraciadamente, la realidad sociopolítica del país se había mostrado incompatible con principios de articulación constitucional procedentes de otras latitudes:

«Cuanto más admiro la excelencia de la Constitución Federal de Venezuela, tanto más me persuado de la imposibilidad de su aplicación a nuestro estado. Y según mi modo de ver, es un prodigio que su modelo en el Norte de América subsista tan prósperamente y no se trastorne al aspecto del primer embarazo o peligro. A pesar de que aquel pueblo es un modelo singular de virtudes políticas y de ilustración moral; no obstante que la libertad ha sido su cuna, se ha criado en la libertad y se alimenta de pura libertad; lo diré todo, aunque bajo de muchos respectos, este pueblo es único en la historia del género humano, es un prodigio, repito, que un sistema tan débil y complicado como el federal haya podido regirlo en circunstancias tan difíciles y delicadas como las pasadas. Pero sea lo que fuere de este Gobierno con respecto a la Nación Americana, debo decir que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de los estados tan distintos como el Inglés Americano y el Americano Español. ¿No sería muy difícil aplicar a España el código de libertad política, civil y religiosa de la Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice El Espíritu de las Le-

yes que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos; referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!».

Aquello que en los Estados Unidos podía funcionar brillantemente no tenía necesariamente que ser también idóneo para una realidad distinta y distante como la venezolana. Tanto la enorme heterogeneidad socio-étnica de Hispanoamérica como la falta de una masa crítica de civilidad (en el sentido de educación y cultura política participativa) obligaban a buscar soluciones originales a problemas propios. Respecto a la composición de la sociedad, Bolívar se manifestaba abiertamente partidario de medidas igualitarias:

«Los ciudadanos de Venezuela gozan todos por la Constitución, intérprete de la naturaleza, de una perfecta igualdad política. Cuando esta igualdad no hubiese sido un dogma en Atenas, en Francia y en América, deberíamos nosotros consagrarlo para corregir la diferencia que aparentemente existe. Mi opinión es, legisladores, que el principio fundamental de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela. Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos; pues todos deben practicar la virtud y no todos lo practican; todos deben ser valerosos y todos no lo son; todos deben poseer talentos y todos no los poseen. De aquí viene la distinción efectiva que se observa entre los individuos de la sociedad más liberalmente establecida. Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales, en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social. Es una inspiración eminentemente benéfica la reunión de todas las clases en un estado, en que la diversidad se multiplicaba en razón de la propagación de la especie. Por este solo paso se ha arrancado de raíz la cruel discordia. ¡Cuántos celos, rivalidades y odios se han evitado!»<sup>27</sup>.

Para garantizar que las instituciones republicanas se guiasen por este principio igualitario, era preciso activar mecanismos de equilibrio entre la voluntad popular y la autoridad gubernamental, mecanismos que Bolívar intuía más operativos en la Constitución de Inglaterra que en la de Francia o la de los Estados Unidos, por lo cual tomaba del modelo británico algunos elementos como el bicameralismo (Bolívar apoyaba incluso la existencia de un Senado hereditario)<sup>28</sup> y diseñaba un ejecutivo de tintes pseudomonárquicos y un poder judicial independiente llamado a garantizar los derechos fundamentales de libertad civil, conciencia y prensa. A los tres poderes clásicos Bolívar les añadía un cuarto, el «poder moral», de contornos imprecisos, pero que se supone había de asumir la labor de insuflar a la ciudadanía en la virtud política:

«Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra República una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana. Constituyamos este Areópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la República; que acuse la ingratitude, el egoísmo, la frialdad del amor a la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos; que juzgue de los principios de corrupción, de los ejemplos perniciosos; debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas afflictivas, y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, sino lo que las debilita; no solamente lo que viola la constitución, sino lo que viola el respeto público. La jurisdicción de este tribunal verdaderamente santo, deberá ser efectiva con respecto a la educación y a la instrucción, y de opinión solamente en las penas y castigos. Pero sus anales, o registros donde se consignen sus actas y deliberaciones, los principios morales y las acciones de los ciudadanos, serán los libros de la virtud y del vicio. Libros que consultará el pueblo para sus elecciones, los magistrados para sus resoluciones y los jueces para sus juicios. Una institución semejante, por más que parezca quimérica, es infinitamente más realizable que otras que algunos legisladores antiguos y modernos han establecido con menos utilidad del género humano»<sup>29</sup>.

El Congreso de Angostura aprobó una Constitución que incluía muchas de las propuestas de Bolívar, aunque no todas<sup>30</sup>. Ni el Senado hereditario ni el cuarto poder moral llegaron a convencer plenamente a los delegados. Independientemente de sus intenciones mo-

ralizantes, el Senado hereditario que proponía Bolívar, una especie de *House of Lords* a la criolla, además de contradecir flagrantemente sus propios principios empiristas, habría supuesto entre otras cosas la compulsa institucional de una estructura social profundamente injusta, en beneficio de la élite de los mantuanos. Sin embargo, lo verdaderamente importante es que en Angostura se fijaron directrices ideológicas que serían decisivas para la posterior historia de Venezuela y de toda América Latina. Bolívar, el líder carismático, se perfilaba como portavoz de un continentalismo que plasmaba los ideales hegemónicos de la élite criolla. A su vez, se buscaba la armonización de los intereses regionales y locales concretos, y se perseguía la integración política de grupos en formación funcionalmente decisivos para el éxito del proyecto («bolivarianos», militares). El propio Simón Bolívar fue elegido presidente de la República, y Francisco Antonio Zea vicepresidente. El Congreso había sido todo un éxito, pero la guerra no estaba ganada aún, y se hacía imprescindible un nuevo rumbo estratégico, que Bolívar no tardó en tomar.

### **Resultados de la reorganización militar: camino a Boyacá**

El verdadero vuelco político-militar vino dado por la apertura de un segundo frente en Nueva Granada, Bolívar, que ya había protagonizado una invasión de Venezuela desde el país vecino en 1813, tenía que recorrer ahora el camino inverso. Su hombre de confianza en la región era el general Francisco de Paula Santander (1792-1840), que dominaba como gobernador, nombrado por Bolívar, el reducto independentista de Casanare. Esta región, pobre en recursos y escasamente poblada, estaba destinada a servir de plataforma para una ofensiva en toda regla. El cálculo del Libertador, confirmado por las informaciones de Santander, era que la debilidad organizativa del ejército realista y la desmoralización de sus tropas, fuesen mucho mayores que en la Venezuela dominada por Morillo. En mayo de 1819, Santander confirmaba a Bolívar el control absoluto del sector de Casanare y su disposición a poner en marcha la invasión<sup>31</sup>. La decisión, no obstante, entrañaba todo tipo de riesgos, y Bolívar se vio obligado a soportar ventajas e inconvenientes. En la propia Venezuela, y a pesar de sus recientes éxitos políticos, Bolívar era muy consciente del estancamiento real de la situación. Solamente Páez se estaba mostrando capaz de incomodar seriamente a Morillo, el cual podía seguir confiando

en la lealtad de la Venezuela costera y urbana. Si quería avanzar en sus objetivos, Bolívar estaba obligado a conseguir victorias militares claras, más allá de pequeñas escaramuzas en la periferia del país.

La renovada confianza del Libertador en las posibilidades patriotas no era en absoluto infundada. Las medidas de reorganización y profesionalización del ejército que había emprendido a finales de 1817 estaban empezando a dar sus frutos. El estruendoso fracaso de la Campaña del Centro en 1818 había mostrado definitivamente que la lógica propia de la guerra irregular no permitía conquistar los espacios más densamente urbanizados de la costa. La consecuencia fue una completa remodelación, *manu militari*, de la geografía institucional venezolana<sup>32</sup>, aparejada a una intensificación de los esfuerzos por dotar a las fuerzas patriotas de los mejores elementos humanos y materiales. El prestigio personal de Bolívar y las buenas artes negociadoras de su delegado en Londres, Luis López Méndez, le proporcionaron en estos años refuerzos y armamento en una cantidad desconocida hasta entonces. Procedentes de Inglaterra e Irlanda, alrededor de 6.000 voluntarios fueron reclutados y embarcados hacia Sudamérica a partir del invierno de 1817-1818<sup>33</sup>. A pesar de las encendidas protestas de la diplomacia española en Londres, que recordó al Gobierno británico su posición oficial de neutralidad, lo cierto es que la situación posbélica en Europa dificultaba sobremanera un control efectivo. Eran demasiados los soldados desmovilizados tras las guerras napoleónicas dispuestos a emprender una aventura americana como mercenarios. Y no menos abundante era la cantidad de armas y munición que circulaban a buen precio a la espera de comerciantes hábiles dispuestos a aprovechar la ocasión. En este contexto, las autoridades británicas optaron por combinar prohibiciones formales (en concreto, la *Foreign Enlistment Act* de 1819) con una cierta laxitud en la aplicación de las mismas<sup>34</sup>. Los miembros de una incipiente *Legión Británica* en Venezuela se mostraron muy poco receptivos a los mensajes disuasorios provenientes tanto del Gobierno de su país como de los representantes del poder colonial español, y ya a mediados de 1818 estaban empezando a conformar una tropa especialmente valiosa para Bolívar.

Tanto López Méndez como otros simpatizantes locales de la causa independentista comenzaron a reclutar voluntarios también fuera de Inglaterra, sobre todo en la vecina Irlanda, pero también en varios Estados alemanes vinculados dinásticamente a la Corona británica (Reino de Hanóver) o aliados de ésta (Hesse, Baden y algunas ciudades hanseáticas, especialmente Hamburgo). El número más proba-

ble de europeos que lucharon en las «legiones» bolivarianas se debió aproximar a los 6.000, más de la mitad de los cuales eran ingleses, seguidos de unos 2.000 irlandeses y de varios contingentes menores de alemanes (unos 300 en total), franceses, italianos y suecos <sup>35</sup>. La campaña de 1819 los convertiría en verdaderamente decisivos, hasta el punto de que Bolívar llegó a decir que el verdadero Libertador no había sido él, sino López Méndez <sup>36</sup>.

Sin ninguna duda, el factor clave para el posible éxito de la ofensiva de Bolívar hacia el Oeste era que ésta se verificase con gran rapidez y sorprendiese a un ejército realista mal pertrechado, desmoralizado y disperso. Las disputas entre los jefes militares españoles [Pablo Morillo, por un lado, y el general Francisco José Montalvo y Ambulodi (1754-1822), que ostentaba desde abril de 1816 el cargo de virrey de Nueva Granada, por el otro] habían impedido que se plantease una estrategia de defensa clara y coherente, y es aquí donde el Libertador confiaba en poder sacar ventaja. Penetrar rápidamente hasta el corazón del poder colonial implicaba atravesar enormes distancias en un medio orográficamente muy complicado y bajo condiciones climatológicas verdaderamente hostiles. La empresa fue planeada y preparada con mayor atención y detenimiento que en ocasiones anteriores, si bien las decisiones finales sobre cuándo y dónde había de verificarse la ofensiva no fueron tomadas y comunicadas por Bolívar hasta el momento inmediatamente previo a su inicio. El anuncio de la invasión no lo realizó hasta el 23 de mayo, en una reunión con sus generales celebrada en la localidad de Setenta, en el Apure, y ello sin revelar aún cuál había de ser la ruta elegida para cruzar los Andes. Todos los presentes eran perfectamente conscientes de las dificultades del proyecto, pero la mayoría de ellos se manifestó dispuesta a apoyar a Bolívar. El único que se mostró reacio a ayudar fue José Antonio Páez.

El 27 de mayo de 1819, Bolívar abandonó el Apure en dirección al Oeste. Pretendía reunir sus tropas con las de Santander, antes de cruzar juntos los Andes. La marcha por las sabanas de Casanare, los numerosos ríos que hubo que vadear y las duras condiciones climatológicas hicieron de estas primeras semanas de ofensiva una verdadera pesadilla para los aproximadamente 2.000 hombres movilizados en Venezuela. Aun así, la fase más trabajosa de la misión todavía estaba por llegar. Una vez unidos a las tropas de Santander, los independentistas iniciaron su aproximación a los Andes, que pretendían pasar por la ruta más corta, la del Páramo de Pista, que era también la más

dura y exigente, con una altura máxima de unos 4.000 metros, lluvias torrenciales, nieve en los altos y desniveles casi imposibles de salvar. Una gran cantidad de caballos y armamento se perdieron por el camino, y las bajas entre los soldados ascendieron a varios centenares. Los neogranadinos al mando de Santander estaban algo más acostumbrados a moverse en un terreno tan desfavorable, pero tanto los *llaneros* como los legionarios británicos sufrían enormemente bajo el *soroche* (mal de altura) y las bajas temperaturas reinantes.

Cuando, el 6 de junio de 1819, los supervivientes alcanzaron Socha, el primer pueblo al otro lado de la cordillera, su aspecto harapiento y enfermo, reflejado por las crónicas contemporáneas, no hacía presagiar nada bueno para los combates que se avecinaban. Sin embargo, la rápida organización de los suministros, en la que desempeñaron un papel importantísimo tanto las *Juanas* que acompañaban al ejército como las mujeres de la propia región, ayudó a superar rápidamente el trance, que en conjunto fraguó una unidad aún más sólida en el campo patriota <sup>37</sup>. No tardó en producirse el primer encuentro con las tropas realistas, el 25 de julio, en el Pantano de Vargas, una batalla que se saldó con la victoria *in extremis* de los independentistas, empañada eso sí por dolorosas pérdidas en la oficialidad, como la del coronel dublinés James Rooke. Pero el uso de la caballería llanera generó un desconcierto tal en las filas realistas que acabó compensando la inferioridad inicial de los expedicionarios.

A partir de este momento, el único obstáculo en el camino hacia Bogotá era la localidad de Tunja, rápidamente ocupada. El puente de Boyacá era el punto estratégico a controlar, a fin de dejar expedito el camino, y esto fue lo que las tropas de Bolívar consiguieron, sin excesivo esfuerzo, el 7 de agosto. Esta pequeña escaramuza, poco espectacular en realidad, pero de dimensiones casi «napoleónicas» en su tratamiento historiográfico posterior, se tradujo en un triunfo rápido y total de los patriotas y en la dispersión del desmoralizado ejército realista <sup>38</sup>. El impacto psicológico fue mucho mayor, por tanto, que el significado material de la batalla. Se había herido irremisiblemente el corazón del enemigo. Los realistas, que habían provocado en buena medida la desafección de la población neogranadina con su política represiva y de exacciones forzosas, veían cómo todos sus esfuerzos militares de los últimos cinco años habían sido en vano <sup>39</sup>. El 10 de agosto de 1819, Bolívar entraba triunfalmente en Bogotá, mientras el grueso de la administración colonial española huía apresuradamente en dirección a Cartagena de Indias.



## Capítulo V

# EL PROYECTO DE LA GRAN COLOMBIA

### **Esfuerzos de estabilización institucional en el campo patriota**

La victoria de Boyacá y, más aún, el pánico que revelaba la reacción española a la misma supusieron una confirmación de la autoridad de Bolívar y certificaron definitivamente el éxito de su estrategia. Las fastuosas celebraciones oficiales de la victoria no llevaron precisamente al Libertador a dormirse en los laureles. Las tropas realistas se habían concentrado en Cúcuta, en la frontera entre Nueva Granada y Venezuela, y Bolívar no podía descartar que Morillo intentase lanzar una contraofensiva. Por otro lado, la puesta en práctica del programa político de la Gran Colombia, aprobado en su día en Angostura, implicaba también el desplazamiento de tropas hacia el suroeste neogranadino, concretamente hacia Popayán, puesto que, conforme a los planes del Libertador, la Presidencia de Quito, en la que permanecían acantonados fuertes contingentes realistas, también tendría algún día que ser liberada. En este contexto de euforia, Bolívar no sólo se reafirmó en el deseo de consolidar la unión de Nueva Granada y Venezuela en el marco de la Gran Colombia, sino que fue algo más allá, anunciando a sus soldados acciones futuras en Quito y Perú <sup>1</sup>. De momento, nombró a Francisco de Paula Santander vicepresidente y lo puso al mando del territorio liberado, mientras se preparaba para partir de nuevo hacia Venezuela <sup>2</sup>.

La confianza depositada en Santander, con el que Bolívar no tenía una relación personal tan estrecha como con otros jefes militares (Sucre, por ejemplo), no tardó en ser defraudada por el neogranadino. Sin tener en cuenta los criterios del Libertador, que había dese-

chado hacía tiempo su antiguo planteamiento de «guerra a muerte», Santander ordenó el 11 de octubre de 1819 la ejecución de 38 prisioneros realistas. Entre ellos se encontraba el coronel José María Barreiro Manjón (1793-1819), comandante de las tropas españolas derrotadas en Boyacá. Las explicaciones aportadas por Santander —los riesgos para la seguridad de las fuerzas patriotas, la demanda popular de venganza por los años de represión realista— no resultaban especialmente convincentes, más aún teniendo en cuenta que Bolívar esperaba poder realizar un canje de prisioneros con Morillo. Sólo el afán de evitar conflictos en Nueva Granada le hizo conformarse con la situación creada, no sin antes advertir al flamante vicepresidente de que su actuación comportaría inevitablemente descrédito en el exterior, y eso era algo que Bolívar pretendía evitar a toda costa en esta fase decisiva del conflicto. El brillante papel de los británicos en el paso de los Andes había demostrado la importancia de poder recabar apoyos entre los poderes neutrales. Pero además, la consolidación política del proyecto colombiano terminaría exigiendo, antes o después, al menos una «regularización» de las hostilidades, y pocas cosas podían ser más contraproducentes para ello que la ejecución masiva de prisioneros de guerra.

Los excesos de Santander no fueron el único problema político que se le planteó a Bolívar tras la toma de Bogotá. La aplicación más o menos automática de los decretos aprobados en el arranque de la República de Angostura (levas masivas, liberación de esclavos) toparon con los recelos de parte de la población local, especialmente de aquellos elementos más directamente afectados en sus intereses, es decir, los terratenientes y los propietarios de minas. Ya durante el Congreso, parte de la élite terrateniente venezolana (representada concretamente por Fernando Peñalver, 1765-1837) había solicitado el examen de toda la legislación extraordinaria generada durante la guerra y relativa al tema de la esclavitud<sup>3</sup>. En realidad, la euforia general desatada tras Boyacá, de la que Bolívar siguió beneficiándose durante las jornadas de septiembre, a su paso por Tunja, Vélez, Socorro, San Gil, Bucaramanga y Pamplona, atenuaba sólo parcialmente su gran preocupación por las tareas aún pendientes y por los problemas irresueltos que había dejado en casa.

La situación política en Angostura se había complicado sensiblemente durante su ausencia. Los caudillos que rivalizaban tradicionalmente con Bolívar, y también entre sí, los Páez, Mariño y Arismendi, habían aprovechado la plena concentración del Libertador

en la campaña neogranadina para desatar de nuevo la más feroz competencia entre sus facciones. Los problemas de entendimiento con José Antonio Páez eran evidentes, y Bolívar tenía razones fundadas para estar irritado con él, dado que en su caso la ignorancia de las órdenes superiores afectaba directamente a la marcha de las operaciones contra Morillo. Su negativa a avanzar sobre Cúcuta había frustrado el plan de bloquear la principal línea de comunicación de los realistas. En cuanto a los otros dos implicados en las disputas, Mariño y Arismendi, se resistían a asumir un papel secundario y, en ausencia de Bolívar, canalizaban su hostilidad hacia el vicepresidente Zea, su legítimo representante en Angostura. Éste, como civil, como neogranadino y como representante de actitudes políticamente moderadas, personificaba un compendio de virtudes escasísimamente apreciadas por los caudillos venezolanos<sup>4</sup>. Absolutamente inmersos en su lucha por el poder, éstos no habían dudado en recurrir a un incipiente discurso nacionalista anticolombiano, que se volvió paradójicamente en su contra en cuanto llegaron las noticias triunfales de Boyacá y Santafé de Bogotá.

Bolívar optó por reaccionar a estos desafíos con prudencia y mano izquierda, restableciendo la normalidad tras su llegada a Angostura en diciembre de 1819, y centrándose en formular claramente un modelo constitucional que apuntalase la legitimidad de la Gran Colombia en todas sus partes. El proyecto de *Ley Fundamental de la República de Colombia*, debatido y aprobado en el Congreso de Angostura el 17 de diciembre de 1819, preveía la formación de un nuevo Estado a partir de la unión de los «departamentos» de Venezuela, Nueva Granada y Quito, este último todavía en manos realistas. El proyecto, cuya misma terminología dejaba entrever las influencias de un modelo político centralizado de impronta francesa, debía ser aprobado aún por las otras dos partes integrantes de la Unión, a ser posible en el marco de un Congreso Constituyente cuya convocatoria se planeaba ya, en la ciudad de Cúcuta, para el 1 de enero de 1821.

Varios eran los motivos que aducía Bolívar en defensa del proyecto gran-colombiano. En su opinión, la consolidación de una identidad verdaderamente nacional había de verificarse en el marco de un gran Estado que tuviese suficiente poder interno y reconocimiento externo, un Estado, por tanto, que superase los límites de la Venezuela colonial que Bolívar, ideal e institucionalmente, pretendía liquidar<sup>5</sup>. La formalización del proyecto lo convertía además en una plataforma desde la que lanzar estrategias continentales que ayudasen a

completar la deseada unión americana. El primer objetivo era culminar la conquista de Venezuela, incluyendo la ansiada ocupación de su ciudad capital, Caracas. En el Norte quedaba la conquista de la costa caribeña y del bajo Magdalena, en el Sur había que abrirse camino hacia Popayán y la frontera con Quito. E incluso en el mar, Brión y Padilla seguían recibiendo instrucciones para garantizar apoyo logístico, suministros o, en el peor de los casos, nuevamente una vía de escape en dirección a las islas del Caribe.

### **Crisis en el campo realista: reconocimiento fáctico y armisticio**

En los primeros meses de 1820, Bolívar se dedicó a preparar la que había de ser la campaña definitiva en la liberación de Venezuela. Sin embargo, un suceso acaecido en la lejana Cádiz daría un giro inesperado al curso de los acontecimientos. El 1 de enero de 1820, el contingente expedicionario español, que estaba presto para embarcar con destino a América, secundó el pronunciamiento liberal del coronel Rafael de Riego en Las Cabezas de San Juan (Sevilla). Los militares sublevados obligaron a Fernando VII a aceptar de nuevo la Constitución de 1812, y permanecieron en la Península. La nueva situación supuso un debilitamiento de la posición de Pablo Morillo, y ello en un doble sentido. No sólo tenía que renunciar a unos refuerzos absolutamente imprescindibles, sino que se veía abocado a tolerar un cuestionamiento en toda regla de su autoridad, al ser obligado a negociar con los patriotas y, por tanto, a reconocer implícitamente a éstos como interlocutores políticos de la Monarquía. El proceso de erosión de la autoridad española que se había iniciado con la derrota de Boyacá se aceleraba ahora en virtud de decisiones políticas tomadas en la misma metrópoli.

La hipótesis de que los patriotas pudieran llegar a aceptar la Constitución de Cádiz resultaba más que improbable. Los antecedentes no eran buenos al respecto, pues la élite criolla sabía bien cómo precisamente el gran tema venezolano y neogranadino, el de las *castas*, había sido instrumentalizado en su día por la mayoría de los liberales peninsulares para marginar políticamente a los diputados americanos en Cádiz <sup>6</sup>. Además, los colombianos tenían poco o nada que ganar y todo que perder con una posible oferta española. Por consiguiente, Bolívar se afanó en diseñar una línea de actuación clara y contundente frente a los cantos de sirena que, en forma de texto ga-

ditano, le llegaban desde España. Había que evitar cualquier conato de negociación paralela con Morillo; los términos del intercambio tenían que ser muy claros: paz por independencia. Bolívar no confiaba del todo en sus subordinados y en especial le preocupaba la posibilidad de un acuerdo por separado entre Páez y Morillo. La mejor estrategia, con todo, era intentar negociar con los realistas desde una posición de fuerza, y en este sentido Bolívar se benefició tanto de sus propios progresos en la región de Cúcuta como del imprevisto cambio de bando de Juan de los Reyes Vargas (1780-1823), el caudillo indígena que había luchado hasta ese momento del lado de los españoles, alcanzando gran notoriedad por su alzamiento antirrepublicano en Siquisique, en marzo de 1812, y que arrastró con él a muchos indígenas y mestizos al bando patriota <sup>7</sup>.

Los contactos previos con Morillo, realizados por medio de emisarios, durante los cuales Bolívar se esforzó en dejar clara su firmeza (envió demostrativamente a los españoles un ejemplar de la Constitución de Angostura), desembocaron en la firma de un armisticio («Tratado de Armisticio y Regularización de la Guerra») el 25 de noviembre de 1820, refrendado dos días después en una reunión de los dos líderes en Santa Ana, cerca de Trujillo. Ambas partes acordaban paralizar provisionalmente todas las acciones ofensivas y atender en lo sucesivo unas mínimas normas humanitarias en el trato del enemigo, incluyendo el respeto a los no combatientes y el canje de prisioneros. El encuentro fue educado y cordial y significó una victoria simbólica adicional para los patriotas, que se veían por fin aceptados como protagonistas de una lucha legítima, homologable a las guerras europeas. El adiós definitivo a la «guerra a muerte» y la regularización de las hostilidades implicaban a estas alturas muchas más ventajas que inconvenientes para la causa independentista. Y desde un punto de vista jurídico, el armisticio implicaba el reconocimiento, si no de la legalidad, sí al menos de la existencia real del nuevo Estado de Colombia. Consecuencia indirecta fue también el relevo del propio Morillo, lo cual, a la vista del menor carisma y talento militar de su sucesor, el general Miguel de la Torre (1786-1843), también favoreció claramente los intereses de los patriotas <sup>8</sup>. Los escasos tres meses en los que estuvo vigente el armisticio dieron un respiro a Bolívar y le permitieron planificar más sosegadamente los siguientes pasos a dar. El avance desde el *hinterland* de Angostura a la estrategia continental era ya irreversible, y el Libertador tenía que empezar a pensar ya tanto o más en los acontecimientos que se estaban produciendo

en el Río de la Plata, Chile o Perú, como en los objetivos domésticos más usuales. El más usual de todos seguía estando pendiente: la reconquista de Caracas.

El armisticio fue roto antes de lo pactado. El 28 de enero de 1821, la ciudad de Maracaibo, tradicionalmente fiel a la Monarquía, se rebeló contra el poder colonial y proclamó su independencia como parte de Colombia. Aun cuando las tropas bolivarianas no hubiesen intervenido originalmente en el levantamiento, el hecho es que la incorporación de Maracaibo a la República significaba el principio de la ofensiva final de los patriotas en pos de la conquista de Venezuela. De la Torre, sustituto ya en ejercicio de Morillo, denunció la entrada de Rafael Urdaneta en la ciudad como una violación del acuerdo de Trujillo, y Bolívar argumentó a su vez su legalidad. En todo caso, al no llegar a un acuerdo sobre Maracaibo, ambos bandos decidieron la reanudación de las hostilidades el 28 de abril. Desde la perspectiva del Libertador, se pretendía lograr que todas las fuerzas republicanas confluyesen, en una maniobra de diversión, en el Valle de Aragua, mientras Bermúdez avanzaba sobre Caracas desde el este. El operativo, ciertamente sofisticado, se podía realizar en condiciones harto favorables gracias a las reformas emprendidas en el ejército en los años anteriores. No sólo se disponía de suficientes tropas, sino sobre todo de fuerzas suficientemente diversificadas, en las que los temibles *llaneros* de Páez desempeñaban un papel esencial.

La batalla final tuvo lugar en Carabobo, el 24 de junio de 1821, y se saldó con graves pérdidas para ambos bandos contendientes (mil realistas, varios cientos de patriotas, incluyendo oficiales como Ce-deño y Plaza). A partir de este momento se sucedieron las rendiciones de las plazas costeras hasta entonces en poder español: Cartagena (1 de octubre), Cumaná (16 de octubre), Puerto Cabello (10 de noviembre) y Santa Marta (11 de noviembre) <sup>9</sup>. Panamá decidiría su independencia y su unión a la República el 28 de noviembre, lo cual fue un hecho de enorme importancia estratégica para Bolívar, puesto que facilitaba el control del istmo y abría la posibilidad de transportar tropas de cara a ulteriores operaciones en Quito y Perú. Pero sin duda el acontecimiento más ansiado por Bolívar fue su entrada en Caracas, tras una ausencia de siete años. Tras visitar su hacienda (donde liberó a los pocos esclavos que habían quedado en ella) y organizar la estructura del nuevo Gobierno [Páez, el héroe de Carabobo, como hombre fuerte, y Carlos Soublette (1789-1870), también militar, como vicepresidente de Venezuela], Bolívar se apresuró a po-

ner en marcha la revolución más allá de las fronteras colombianas. La proclama del Libertador a sus paisanos caraqueños, publicada en el *Correo del Orinoco* a finales de julio, no dejaba lugar a dudas sobre su intención de establecer por fin un régimen político sólido y perdurable en el marco de la Gran Colombia:

«Caraqueños: Una victoria final ha terminado la guerra de Venezuela. Sólo una plaza fuerte nos queda que rendir. Pero la paz, más gloriosa que la victoria, debe ponernos en posesión de las plazas y de los corazones de nuestros enemigos. Todo se ha hecho por adquirir la libertad, la gloria y el reposo; y todo lo tendremos en el curso del año... El Congreso General con su sabiduría os ha dado leyes capaces de hacer vuestra dicha. El ejército libertador con su virtud militar os ha vuelto a la patria. Ya, pues, sois libres. Caraqueños: la unión de Venezuela, Cundinamarca y Quito, ha dado un nuevo realce a vuestra existencia política y cimentado para siempre vuestra estabilidad. No será Caracas la capital de una República; será, sí, la capital de un vasto departamento gobernado de un modo digno de su importancia. El Vice-Presidente de Venezuela goza de las atribuciones que corresponden a un gran Magistrado; y en el centro de la República encontraréis una fuente de justicia siempre derramando la beneficencia por todos los ángulos de la patria.

Caraqueños: tributad vuestra gratitud a los Sacerdotes de la ley, que desde el santuario de la justicia os han enviado un código de igualdad y de libertad. Caraqueños: tributad vuestra admiración a los héroes que han creado a Colombia»<sup>10</sup>.

### **La incorporación de la Presidencia de Quito al proyecto grancolombiano**

La declaración de independencia de Panamá en noviembre de 1821 aceleró los preparativos de Bolívar respecto a la conquista de Quito. Ahora ya no tenía que preocuparse por el control de un territorio de decisiva importancia estratégica. Y, por otro lado, la permanencia de tropas españolas en el flanco sur del territorio neogranadino suponía un riesgo innecesario y eliminable, a la vista de la reciente sucesión de éxitos en el campo de batalla. No obstante, la razón principal de las prisas bolivarianas eran los rápidos progresos que estaba consiguiendo en Perú el ejército libertador comandado por José de San Martín (1778-1850) y que, en el peor de los casos, podían dar al traste con el proyecto de integración territorial de

la antigua Presidencia de Quito en el nuevo edificio republicano. San Martín, que había combatido a Napoleón en España, podía alardear de tantas victorias militares o más que Bolívar. Desde su asunción, en 1814, de la gobernación de Mendoza, había conseguido conjuntar una potente fuerza armada rioplatense-chilena que, tras el paso de los Andes en 1817 y la derrota definitiva de los realistas en Chile al año siguiente, había emprendido en 1820 la invasión del Perú <sup>11</sup>. El problema era que ambos libertadores mantenían posiciones políticas prácticamente incompatibles. Aun tratando de reaccionar al mismo problema, el de las tendencias centrifugas encarnadas en caudillos y *montoneras*, sus respuestas eran claramente divergentes. San Martín favorecía el establecimiento de una monarquía constitucional, mientras que Bolívar era firmemente partidario del régimen republicano, a ser posible en su versión más centralista.

Y también los separaban sin duda litigios mucho más concretos. Especialmente la situación de la rica ciudad portuaria de Guayaquil preocupaba seriamente al Libertador. La élite criolla local se había levantado en octubre de 1820 contra España, proclamando el autogobierno en forma de junta, pero sin pronunciarse en firme sobre su ulterior adhesión a una u otra de las estructuras estatales que se estaban conformando en la región. Desde un punto de vista jurídico-formal, y aplicando el principio *uti possidetis*, estaba clara la pertenencia de Guayaquil al territorio colombiano: la Audiencia de Quito había formado parte del virreinato de la Nueva Granada desde 1740 y su territorio (la «Presidencia» de Quito), pasaba a integrar ahora, por tanto, la nueva República de Colombia. Pero, en la práctica, los notables de Guayaquil, conscientes de sus propias posibilidades económicas (sobre todo en el sector de la construcción naval) y de su privilegiada posición para dominar el comercio en la región, no acababan de decidirse a reconocer el Gobierno bogotano y coqueteaban abiertamente con San Martín en la esperanza de obtener mejores contrapartidas mediante una unión con el Perú. Desde la perspectiva del Libertador, tanto la constitución de una «republicueta» sustraída a la jurisdicción grancolombiana como la anexión directa al Perú resultaban inaceptables y estratégicamente peligrosas.

En estas circunstancias, Bolívar se decidió por enviar a la región, con plenos poderes, al más capaz de sus lugartenientes: Antonio José de Sucre. Sucre partió secundado por la Legión Británica, cruzó la cordillera y tomó con relativa facilidad la ciudad de Popayán. Desde allí, y conforme a las órdenes de Bolívar, continuó su penetración en

territorio quiteño por la costa, ocupando Buenaventura, y con el objetivo de embarcarse rumbo a Guayaquil para cerrar la incorporación formal del puerto a la República. Ésta se hizo efectiva el 15 de mayo de 1821. Entretanto, San Martín había vencido a los realistas en diciembre de 1820, cerca de Pisco, y logrado finalmente la ocupación de Lima, donde proclamó, el 28 de julio de 1821, la independencia del Perú, y fue nombrado protector del país. Pero su legitimidad era precaria, y el éxito militar incompleto, dada la permanencia del grueso de las fuerzas realistas en el Alto Perú. Durante la segunda mitad de 1821, se produjeron constantes escaramuzas entre patriotas y realistas, pero también se fraguó una alianza coyuntural entre Sucre y San Martín, con la consecuencia directa del envío de un contingente peruano (en el que también estaban encuadrados algunos rioplatenses y altoperuanos) en auxilio del primero. Al mando de los 1.200 hombres se encontraba el general Andrés de Santa Cruz (1792-1865). Fue precisamente con ese ejército con el que Sucre inició la toma de Quito. En Pichincha (hoy, Riobamba), el 24 de mayo de 1822, Sucre derrotó al general español Melchor de Aymerich (1754-1836), con lo que se le abrieron las puertas de la capital de la Presidencia. Pero Sucre prefirió esperar a la llegada de Bolívar para ocuparla definitivamente <sup>12</sup>.

El Libertador había partido de Bogotá a mediados de diciembre de 1821 con el objetivo de unir sus tropas a las de Sucre y hacer efectivo definitivamente el control republicano sobre todo el territorio quiteño, incluyendo por supuesto la ciudad de Guayaquil. A pesar de la declaración de independencia panameña, la situación estratégica de los patriotas era desfavorable al menos en un aspecto importante. En contraste con la situación en el Caribe, la superioridad naval realista en el Pacífico era aplastante. Ello obligaba a optar por una ruta terrestre extraordinariamente fatigosa. Para conseguir sus objetivos, Bolívar no tenía otra opción, una vez superado el valle del Cauca, que atravesar de nuevo los Andes y pasar por la provincia de Pasto, un espacio agreste y de base social campesina, realista y ultracatólica, con un porcentaje significativo de indígenas nada proclives a cooperar con un nuevo poder político extraño para ellos <sup>13</sup>. Por el camino, Bolívar se vio obligado a presentar batalla frontal contra los realistas en Cariaco, en el valle de Bomboná (7 de abril de 1822), pero su victoria facilitó la rendición de los españoles en la ciudad de Pasto, que ocupó el 8 de junio. Desde allí sólo necesitó una semana para llegar a Quito y realizar la entrada triunfal que le había reservado Sucre <sup>14</sup>.

## Manuela Sáenz

Bolívar entró en Quito el 16 de junio de 1822. El recibimiento que le dedicó la ciudad se asemejó a los que había ido protagonizando desde hacía más de dos años en la Nueva Granada y Venezuela. La diferencia, el acontecimiento excepcional, fue el encuentro del Libertador con quien, para la mayoría de sus biógrafos, estaba llamada a ser su gran amor: Manuela Sáenz. Bolívar, para el que no sólo las batallas, sino también el baile y las mujeres constituían un tema central en su vida, ya había tenido diversas relaciones más o menos duraderas con jóvenes damas de la buena sociedad criolla. Entre éstas se encontraron tanto la caraqueña Josefina («Pepita») Machado como la bogotana Bernardina Ibáñez Arias. La relación con Manuela Sáenz, que surgió de un modo muy similar (el encuentro galante del baile de la victoria en Quito), adquiriría pronto un carácter bien distinto. A diferencia de sus predecesoras, Manuela poseía conciencia y experiencia política ya antes de conocer al Libertador, y ello explica por qué el vínculo entre ambos, aun surgiendo del mismo impulso pasional que Bolívar había demostrado en otras ocasiones, acabase plasmado en una unión duradera e intensa.

Manuela —Manuelita Sáenz (1797-1856)— era la hija de Simón Sáenz, un comerciante español establecido en Quito, y de María Joaquina de Aizpuru, una dama criolla con la que Sáenz había entablado relaciones extramatrimoniales <sup>15</sup>. Si bien las fuentes son contradictorias a este respecto, parece ser que la madre de Manuelita murió durante el parto o, en todo caso, falleció muy tempranamente, por lo cual la pequeña huérfana fue puesta al cuidado del convento de las monjas conceptas. Tratándose de una hija ilegítima, ésta era una práctica bastante común en la época, y por lo demás no siempre implicaba una ruptura completa con la familia biológica. Así, se sabe que el padre de Manuelita la llevó de vez en cuando a la casa que compartía con su esposa, doña Juana del Campo y Larraondo, si bien no se libró en ningún momento a la niña de un trato discriminatorio que empeza-  
zaba ya por su usual tratamiento como «la ilegítima». Luego de haber completado su educación primaria, pasó al convento de Santa María de Siena, en Quito, para concluir así con la formación que en ese tiempo se impartía a las «señoritas» de las más importantes familias de la ciudad. Allí aprendió a bordar y a preparar dulces, labores ambas que, pasados los años, la ayudarían a mantenerse a flote durante

su exilio peruano. Con todo, la educación conventual no le impidió desarrollar una personalidad abierta y vitalista.

En plena adolescencia, Manuelita fue testigo del comienzo del proceso independentista en Quito, y sus simpatías se decantaron muy pronto por el bando patriota. A los diecisiete años de edad huyó del convento, en un episodio del que se conocen pocos detalles y del cual ella apenas hablaba, pues al parecer había sido seducida y luego abandonada por Fausto D'Elhuyar, un oficial del Ejército Real. Tres años después contrajo matrimonio con James Thorne, un rico comerciante inglés con el que se mudó a Lima por espacio de dos años. Allí, en un contexto social que desconocía las circunstancias «ilegítimas» de su nacimiento, Manuelita fue aceptada plenamente en el ambiente aristocrático de la ciudad virreinal. Manuela hizo gran amistad con Rosa Campuzano (1796-1851), una actriz guayaquileña que gozaba de considerable popularidad en círculos criollos, y que se convertiría poco después en amante y confidente de José de San Martín. A partir de su amistad con Campuzano, Manuela comenzó también a involucrarse en actividades políticas, en medio de una atmósfera de creciente descontento con las autoridades españolas.

Las mujeres de la alta sociedad limeña ejercían una gran influencia en los círculos virreinales a la hora de conseguirles empleos a sus padres, esposos e hijos, y estaban por ello muy bien informadas acerca de los acontecimientos políticos. Ésta es una de las razones que explican su decidida participación en los movimientos revolucionarios, apoyando la causa de San Martín y Bolívar. En este sentido, Manuela contribuyó decididamente al paso del Batallón Numancia, del cual formaba parte su hermanastro José María, a las filas patriotas y su conversión en los llamados «Voltígeros de la Guardia». Por sus actividades proindependentistas, el general José de San Martín, luego de haber tomado Lima con sus tropas y proclamado la independencia peruana el 28 de julio de 1821, le concedería a Manuela, el título de «Caballera del Sol» de la Orden El Sol del Perú. Manuela decidió poco después regresar a Quito, a fin de reclamar su parte de la herencia de su abuelo materno, y viajó con su hermanastro, que había recibido la orden de trasladarse a la capital de la Presidencia y ponerse a las órdenes del general Sucre.

En el baile oficial de junio de 1822, Manuela Sáenz y Simón Bolívar comenzaron una relación sentimental que, contrariamente a lo sucedido con numerosas aventuras amorosas del Libertador, tendría continuidad y resistiría tanto separaciones físicas como conflictos de pa-

reja, llevando a la joven quiteña a incorporarse por derecho propio a la biografía y también, evidentemente, a la mitología bolivariana. Por una parte, la naturaleza eminentemente física de la atracción existente entre ambos fue desde un principio objeto de las habladurías de sus contemporáneos, y después, ciertamente, también de los juicios morales de más de un biógrafo posterior. Además sirvió para confirmar la legendaria virilidad del Libertador, elemento en absoluto secundario de su mito. Por otra, es interesante constatar cómo la conducta socialmente inaceptable de Manuela deja al descubierto los límites y las contradicciones del discurso hagiográfico bolivariano <sup>16</sup>. Bolívar era perfectamente consciente de las desventajas políticas y personales que le podía reportar una relación adúltera, tanto más con una mujer escasamente discreta en sus constantes transgresiones. Por esta razón se planteó varias veces la conveniencia de una ruptura, y así se lo comunicó a su amante. Manuela demostró en cambio una lealtad sin fisuras. Thorne le pidió en varias ocasiones que volviera a su lado, y la respuesta de Sáenz fue contundente: seguiría con Bolívar y daba por finalizado su matrimonio con el inglés. En alguna ocasión, consultada sobre su infidelidad, Manuelita adujo que le resultaba imposible amar a un hombre que «reía sin reír», que «respiraba pero no vivía», y que le generaba la más agria de las repulsiones. Tal comportamiento, claramente «indecente» para una mujer de la época, marcó un antecedente de autonomía femenina en un contexto social que tendía a anular por completo la libertad de elección de esposas e hijas. Esta actitud verdaderamente emancipada, que es sin duda la característica más interesante del personaje histórico, acaso haya sido la consecuencia de una situación específica de quiebra sociopolítica, como fue la del proceso independentista y la guerra que lo acompañó.

Significativamente, la estabilización iniciada a partir de 1825-1826 incrementó la presión sobre Manuela, tanto al interior de su relación con Bolívar como en general por parte de un medio social muy poco proclive a tolerar el descaro privado y las impetuosas intervenciones públicas de la quiteña. Manuela Sáenz fue severísimamente criticada por su actitud extrovertida y provocadora, y muy especialmente por la influencia política que llegó a ejercer. La muerte de Bolívar le afectaría de un modo especialmente cruel, quedando sola, desterrada y privada de una herencia que legítimamente le correspondía. Aún muchas décadas después de su muerte, influyentes representantes del bolivarianismo oficial siguieron omitiendo su papel en la biografía del Libertador, mientras otros lo reducían al estatus de anécdota ro-

mántica, tejiendo una leyenda sexual alrededor de su figura, que sigue teniendo cierto peso en el imaginario popular. Y los rumores en torno a su persona propagados ya en vida acabaron convirtiéndose en verdaderas trampas para los historiadores futuros <sup>17</sup>.

### **La entrevista de Guayaquil**

La continuidad de la amenaza española y las continuas discrepancias tanto dentro del ejército como entre éste y la élite peruana acabaron obligando a San Martín a buscar la colaboración con Bolívar. Éste, por su parte, estaba especialmente interesado en resolver favorablemente el litigio abierto sobre la anexión de Guayaquil. En sucesivas cartas a San Martín, Bolívar se ofreció a llevar sus tropas a Perú y expresó el deseo de mantener una entrevista personal, proponiendo, no sin cierta intención provocadora, que ésta se celebrase en el «suelo colombiano» de Guayaquil <sup>18</sup>. San Martín, pese a su lógica irritación por esta política de hechos consumados, aceptó la oferta, con lo que pudo producirse, entre el 26 y el 28 de julio de 1822, el encuentro entre los dos grandes líderes del movimiento independentista hispanoamericano.

En Guayaquil, San Martín perseguía un triple objetivo. En primer lugar, se trataba de revertir la situación y dejar una puerta abierta a la incorporación de la ciudad a Perú. En segundo lugar, era necesario procurarse el apoyo de las tropas bolivarianas para expulsar a los realistas del virreinato. Y, por último, se planteaba la cuestión de qué sistema político había que establecer una vez lograda la independencia. La propia naturaleza de la invitación vino a zanjar la primera cuestión, en claro perjuicio de San Martín. En cuanto a la segunda, Bolívar se mostró extremadamente cauto, por mucho que en el terreno programático se hubiese declarado repetidamente dispuesto a contribuir a la derrota definitiva del poder colonial. Se trataba, sin embargo, de un claro conflicto entre liderazgos político-militares que habían operado hasta entonces sin ningún tipo de coordinación, y por ello fue el tercer tema, el de la forma de Estado, el que se acabaría convirtiendo en piedra de toque de las relaciones entre ambos.

Las diferencias ideológicas entre los dos libertadores reflejaban talentos, entornos culturales y pautas de socialización bien distantes entre sí. San Martín era, en cierto modo, una personalidad antitética a la de Bolívar: un militar profesional implicado por convicción en

el proyecto emancipador hispanoamericano, pero con una vocación política personal mucho menos acusada que la de su homólogo caraqueño. Del debate entre ambos no existen testimonios directos, sino sólo de segunda mano, como el memorándum redactado por José Gabriel Pérez, por encargo de Bolívar, algunos días después de celebrado el encuentro <sup>19</sup>. Pero sabemos en todo caso que el diálogo se centró en la planificación del futuro inmediato, tanto respecto a las operaciones militares pendientes como al régimen político a instalar una vez que se consiguiese la independencia. San Martín especulaba con la posibilidad de llamar a uno o varios príncipes europeos, que estableciesen regímenes explícitamente no «democráticos», en prevención de alzamientos populares contra las aristocracias americanas. De hecho, San Martín ya había mantenido diversos contactos al respecto con el virrey José de la Serna (1770-1832), incluyendo una reunión en Miraflores, en septiembre de 1820. Aun cuando las posiciones antagónicas de los interlocutores no permitieron una interrupción de las hostilidades en Perú, sí habían quedado claras las simpatías del general rioplatense por un arreglo del conflicto en clave monárquico-constitucional, si bien ciertamente no en la de la Constitución de Cádiz de 1812, como hubiesen deseado los españoles. La actitud de Bolívar frente a los planes monárquicos de San Martín fue de un inequívoco rechazo. En su opinión, la república era la única forma de gobierno capaz de aunar la estabilidad política con la necesaria mejora de las condiciones de vida de la población:

«Aquí no hay un verdadero elemento aristocrático, sino una lamentable caricatura. Por tanto, estimado general, no hay elementos para establecer una monarquía en esta tierra de Dios... la idea de la democracia ha echado raíces firmes aquí durante doce años de lucha gloriosa, llena de ejemplos de abnegación y patriotismo... No podemos detener la marcha del progreso humano con constituciones anticuadas, ajenas al suelo virgen de América» <sup>20</sup>.

Hasta hoy existe una gran disparidad de criterios a la hora de valorar los resultados del encuentro de Guayaquil <sup>21</sup>. Evidentemente, la hagiografía bolivariana más tradicional carga las tintas sobre los planteamientos «retrógrados» de San Martín, que habrían dado al traste con la posibilidad de una cooperación efectiva entre ambos próceres. En todo caso, ya fuese por frustración de sus propias expectativas o por convencimiento de que así hacía un bien a la causa, San Mar-

tín cedió y optó por abandonar Guayaquil, rumbo a Perú, en la mañana del 28 de julio. Su correspondencia, tanto con O'Higgins como con el propio Bolívar, pone de manifiesto su abatimiento personal y su escepticismo respecto al futuro político del continente<sup>22</sup>. De hecho, pocas semanas después, San Martín dimitió de su cargo de «Protector» de Perú y marchó a Chile, y de ahí a Buenos Aires. En 1824 zarpó a Europa, donde permanecería hasta su muerte, el 17 de agosto de 1850, en Boulogne (Francia).

### **Bolívar en el Perú**

Al margen de su interpretación política, controvertida hasta hoy, el desenlace de la Conferencia de Guayaquil, con la ulterior retirada de San Martín de la escena sudamericana, dejó abierta la posibilidad de que Bolívar se implicase exitosamente en la dinámica política peruana. Durante 1823, Bolívar se mantuvo a la espera, entre otras razones por su percepción, cada vez más nítida, de que en el antiguo virreinato no iba a encontrar el mismo grado de apoyo que había estado recibiendo durante sus sucesivas campañas en la década anterior. Bien al contrario: la estructura socio-étnica y las tradiciones políticas peruanas planteaban otras dificultades y exigían estrategias distintas a las acostumbradas. A todo ello se añadía la amenaza de los cerca de 20.000 efectivos realistas que seguían estacionados en el país<sup>23</sup>.

Estando aún en Guayaquil, Bolívar recibió una petición de ayuda del Congreso peruano. El territorio bajo control patriota se reducía, tras las conquistas de San Martín, a la costa, desde Trujillo hasta Lima, pero mientras tanto los españoles habían reunido sus fuerzas en la sierra. La situación militar era mala, pero sobre todo persistían las dudas respecto al respaldo social efectivo con que podían contar los independentistas. En Perú no existía un elemento criollo cohesionado que fuese mayoritariamente partidario de romper amarras con España. Más bien, y Lima resultaba claro ejemplo de ello, la élite era perfectamente consciente de los beneficios que le reportaba el vínculo colonial y lo prefería en todo caso a la hipotética zozobra de un levantamiento indígena, cuya vivencia real, por otra parte, no estaba aún tan lejana (en la sublevación de Tupac Amaru, en 1780). La población de origen europeo, tanto la peninsular como la criolla, se movía por el miedo, y ello explica en parte también por qué los pla-

nes monárquicos de San Martín habían tenido un cierto eco entre los representantes de la élite, especialmente en Lima.

En marzo de 1823, Bolívar accedió a organizar un ejército de 6.000 hombres, y poco después envió a Sucre hacia el Sur con el encargo de tomar contacto con el Gobierno peruano. Lo que halló allí fue un cúmulo de luchas intestinas que facilitaban a su vez la labor de los realistas, dominadores del sur y el este del país. La situación de Bolívar no era nada cómoda, tanto menos cuando se le amontonaban las malas noticias. La agitación clerical llevaba provocando escaramuzas antirrepublicanas en Pasto desde septiembre de 1822. Éstas habían estado protagonizadas primero por el oficial español Benito Boves (sobrino del líder *llanero*), y después por el líder pastuso Agustín Agualongo (1780-1824), un mestizo que llevaba colaborando con los realistas desde el comienzo de las guerras de independencia. A la vez, quedaban por reducir los últimos focos de resistencia realista en Puerto Cabello, y, por si fuese poco, el descontento empezaba a extenderse también a Bogotá, donde muy pocos le veían sentido a una presumiblemente costosa intervención en Perú.

Hasta el 3 de agosto no recibió Bolívar la autorización solicitada al Congreso de Colombia para embarcarse en dirección a Lima, adonde llegó el 1 de septiembre. Casi inmediatamente fue investido como autoridad suprema, tanto militar como civil. Tenía que lidiar con una constelación política extremadamente compleja, con un bando patriota muy segmentado, con dos presidentes —José de la Riva Agüero (1783-1858) y José Bernardo Tagle, marqués de Torre Tagle (1779-1825)— que se reclamaban simultáneamente legítimos, con unas fuerzas armadas de extracción territorial absolutamente heterogénea —peruanos, rioplatenses, chilenos y colombianos, tanto de Nueva Granada como de Venezuela— y una marina de guerra imprevisible en su comportamiento. Y lo más peliagudo era que, desde la perspectiva de la clase dirigente peruana, Bolívar no dejaba de ser un caraqueño, es decir, un extranjero y, por tanto, en cierta medida, un invasor. También es cierto que las malas experiencias de Bolívar con los peruanos llevaron al Libertador a corresponder con creces la antipatía de éstos <sup>24</sup>.

La primera tarea del Libertador en Perú fue reducir a Riva Agüero, presidente *de facto* desde febrero de 1823 y considerado usurpador por el Congreso. Riva Agüero, abandonado progresivamente por sus aliados criollos, se había visto obligado a buscar el apoyo militar de los españoles. Había firmado un armisticio con el virrey La Serna, que de-

jaba las manos libres a éste para combatir a Bolívar en el sector Lima-Callao, el único del país bajo control estable de los patriotas. Una vez agotadas las posibilidades de arreglo pacífico del conflicto intraperuano, el Congreso autorizó a Bolívar a proceder militarmente contra Riva Agüero. Este fue definitivamente reducido el 25 de noviembre de 1823, con lo que Bolívar se convirtió en dueño de la situación, y pudo por fin concentrarse en su objetivo principal de derrotar a los realistas. Entre éstos también habían estallado disputas internas. El giro de los acontecimientos políticos en España, con la liquidación del régimen constitucional tras la invasión del país por tropas de la Santa Alianza (los famosos «cien mil hijos de San Luis», en octubre de 1823), generó diferencias de criterio entre los oficiales constitucionalistas o «liberales» [el virrey De la Serna y el general José de Canterac (1787-1835)] y los absolutistas o «serviles» [Pedro Antonio Olañeta (1770-1825)], pero implicó sobre todo que la atención gubernamental se alejase más aún de los asuntos americanos. Todo ello ocurría además en un contexto diplomático cada vez más favorable al movimiento independentista, tanto por el claro posicionamiento de los Estados Unidos sobre el principio de no-intervención europea (doctrina Monroe), como por el acceso al *Foreign Office* británico de George Canning (1770-1827), un político especialmente interesado en la apertura de los mercados americanos a los productos ingleses <sup>25</sup>.

Las dificultades políticas peruanas y el sentimiento de profunda enemistad que cosechó Bolívar durante aquellos meses incidieron negativamente en su ánimo, pero también en su salud. El año 1824 lo comenzó con una grave afección pulmonar, complicada por cólicos nefríticos, que lo tuvieron postrado durante semanas, y durante algunos días al borde de la muerte <sup>26</sup>. Alojado en la pequeña localidad costera de Pativilca, al norte de Lima, y después en Trujillo, Bolívar asistía impotente a una sucesión de reveses militares y políticos que ponían en cuestión de pronto todo aquello que se había logrado en los últimos años <sup>27</sup>. La pérdida de El Callao, el 5 de febrero, entregado por oficiales rioplatenses amotinados, y la nueva ocupación de Lima por los realistas, el 29 de febrero, con la connivencia del poco fiable Torre Tagle, pusieron contra las cuerdas al Libertador, que seguía esperando en vano la llegada de los refuerzos solicitados al Congreso de Colombia. Se trataba verdaderamente de la «salvación del país», y así lo vieron los diputados peruanos al confirmar los poderes dictatoriales concedidos al caraqueño. Pero la cuestión era si el país quería realmente ser salvado, y el hecho es que en Perú

la élite criolla no se había distinguido hasta el momento por la firmeza que Bolívar hubiese deseado. La ya mencionada xenofobia pudo desempeñar un cierto papel, y también la a menudo aducida preferencia de los peruanos por San Martín <sup>28</sup>. Pero lo que se ponía sobre todo de manifiesto era la fortaleza de sus vínculos sociales, económicos y mentales con el poder español y, muy especialmente, su afinidad a un régimen político que aparentaba poder protegerlos mejor frente al peligro de la anarquía y la potencial subversión de la población indígena y de color.

Pese a todos los reveses, la larga reconvalencia en Pativilca y Trujillo le proporcionó a Bolívar el tiempo suficiente para reflexionar y planificar la que había de ser campaña decisiva contra los realistas. Poco era lo que podía hacer desde la costa. El poder español se concentraba en las sierras, y era perentorio organizar, con los recursos humanos de que se disponía, un nuevo ejército de liberación que le hiciese frente. Para ello podía confiar en la inestimable colaboración de Sucre. Al final también llegaron algunos refuerzos colombianos procedentes de Guayaquil y Panamá (entre ellos se encontraba un contingente irlandés), pero el grueso de las fuerzas patriotas siguió siendo una abigarrada mezcla, con clara preeminencia del arma de caballería, en la que a los experimentados *llaneros* ahora se les unían también los *gauchos* y los *huasos* chilenos del antiguo Ejército de los Andes.

El total de fuerzas de que disponía el Libertador seguía siendo inferior al de los realistas, pero era indudable que acumulaban calidad y experiencia. El movimiento de las tropas se inició escalonadamente a finales de mayo y comienzos de junio de 1824. De nuevo sería preciso atravesar los valles andinos por caminos angostos y peligrosos para los caballos. Al menos en la primera parte del camino, las *montoneras* patriotas controlaban la ruta, de modo que no era previsible un encuentro con los españoles. A comienzos de agosto, las diversas fuerzas se concentraron al pie del Cerro del Paso. Al otro lado, el general español José de Canterac no contaba con que los patriotas intentasen cruzar por ese punto. Sus movimientos facilitaron que Bolívar lograra bloquear su comunicación con el grueso de las tropas realistas, reunidas, bajo el mando de La Serna, en el área de Cuzco. El enfrentamiento entre Canterac y Bolívar, verificado finalmente el 6 de agosto en las llanuras de Junín, se saldó con una victoria de los patriotas, en un combate prácticamente limitado a la caballería, con cargas en grupo y enfrentamientos individua-

les con sables y lanzas. La derrota tuvo un fuerte impacto psicológico entre los realistas, que se pasaron en masa, con armas y bagajes, al bando patriota. La desbandada española facilitó que Bolívar pudiese imponer de modo casi instantáneo el control político sobre los territorios por los que se fue moviendo en las semanas siguientes. Además, la victoria proporcionó al Libertador el control estratégico del valle del Jauja <sup>29</sup>.

El avance triunfal de Bolívar en Perú coincidió paradójicamente con una fase de especial recelo y desconfianza en su relación con las instituciones republicanas de Colombia, y concretamente con el vicepresidente Santander. El origen de los conflictos fue la adopción, en julio de 1824, de una ley reguladora de los poderes extraordinarios del presidente, es decir, exactamente de aquellas prerrogativas que estaba ejerciendo Bolívar. Los liberales doctrinarios miembros del Congreso, que eran precisamente el principal apoyo de Santander, sostenían la tesis de que esos poderes eran legalmente válidos sólo dentro de Colombia, y el vicepresidente había optado por darles la razón. Bolívar, al recibir el despacho que le comunicaba la decisión, se mostró indignado y ofreció su dimisión. En cualquier caso, el mando efectivo sobre las tropas lo había delegado ya en Sucre, pero al Libertador le preocupaba sobre todo que estas maniobras comprometiesen una victoria militar que se anunciaba muy próxima. De hecho, los realistas habían evacuado Lima, con lo que Bolívar pudo volver a entrar en la capital el 6 de diciembre, provocando la huida de Torre Tagle y de la aristocracia limeña hacia El Callao.

Sucre, por su parte, organizaba mientras tanto una estrategia que contrarrestase el posible ataque español. En esta ocasión fueron los realistas los que precipitaron las cosas. Confiados en el tamaño de sus fuerzas, buscaron el encuentro con los patriotas en la altiplanicie de Ayacucho. El 9 de diciembre de 1824 se enfrentaron casi 10.000 soldados realistas, bajo el mando del virrey José de la Serna, a un ejército de 5.800 independentistas, liderados por Sucre. La batalla se decidió prácticamente en el curso de una hora. Sucre había dispuesto hábilmente sus tropas sobre el terreno, compensando la superioridad numérica española. Los mandos realistas fueron hechos prisioneros, pero se beneficiaron de las generosas condiciones de un armisticio ofrecido por el venezolano. Bolívar no esperaba una victoria tan contundente y sobre todo tan rápida <sup>30</sup>. Por eso nombró a Sucre «Gran Mariscal de Ayacucho y Libertador del Perú», al tiempo que le encomendaba la campaña del Alto Perú, destinada a reducir los últimos

focos de resistencia liderados por el absolutista Olañeta. La resistencia organizada de los españoles se limitó a partir de este momento a zonas marginales e insulares y a las fortificaciones del Puerto de El Callao, donde se mantuvo una guarnición española hasta 1826.

El giro definitivo de la guerra a favor del bando patriota, datable con bastante certeza en los meses centrales de 1821, supuso también una cesura en la biografía de Simón Bolívar. La proximidad del triunfo en el campo de batalla colocaba al Libertador en el nivel máximo de su gloria. Pero también había cambiado la naturaleza del combate contra los realistas: ya no se trataba de una «guerra a muerte» con un enemigo reacio a otorgar cualquier reconocimiento, sino de una «guerra santa», cuyo definitivo cierre estaba llamado a iniciar una nueva fase en la historia universal, un período de emancipación continental cuyo custodio y principal garante había de ser el propio Libertador. Las operaciones previas a la victoria de Carabobo habían permitido a Bolívar progresar en la coordinación de los esfuerzos de los distintos jefes militares colombianos (Bermúdez, Páez, Mariño). Además, las reformas emprendidas algunos años atrás empezaban a dar sus frutos, y las tropas patriotas habían alcanzado un altísimo nivel de disciplina y organización. El mismo Libertador describía a su ejército como «el más grande y hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla»<sup>31</sup>. Sin embargo, la satisfacción y el orgullo de Bolívar, muy acrecentados tras la sucesión de victorias militares a partir de 1821, se veían considerablemente atenuados por su percepción, cada vez más nítida, del potencial de conflicto implícito en la irrefrenable militarización de la sociedad colombiana. Los heroicos vencedores de Boyacá también le inspiraban una gran intranquilidad, como expresó con total franqueza en su correspondencia con Pedro Gual:

«No puede Usted formarse una idea exacta del espíritu que anima a los militares. Éstos no son los que Usted conoce, sino los que Usted no conoce: hombres que han combatido un largo tiempo, que se creen muy beneméritos y humillados, y miserables, y sin esperanza de coger el fruto de las adquisiciones de su lanza. Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o parecen mejores. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los trato con una consideración suma y ni aún esta consideración es bastante para inspirarles la franqueza y la confianza que debe reinar entre camaradas y ciudadanos. Persuádase Usted, Gual, que estamos sobre un abismo o más bien sobre un volcán a punto a hacer explosión. Yo temo más

la paz que la guerra, y con esto doy a Usted la idea de todo lo que no digo, ni puede decirse»<sup>32</sup>.

Bolívar tenía muy buenas razones para estar preocupado. Gobernaba, al menos nominalmente, un territorio de casi cinco millones de kilómetros cuadrados; en diez años había cabalgado alrededor de 30.000 kilómetros al frente de sus tropas, pero el reto más difícil lo encaraba ahora: la organización de la paz.



## Capítulo VI

### LA ORGANIZACIÓN DE LA PAZ

#### **La Constitución de Cúcuta**

La optimización del esfuerzo militar a partir de 1818 había deparado al Libertador una impresionante serie de victorias en el campo de batalla, pero no había ido aparejada, desgraciadamente, a una solución convincente del viejo problema de los faccionalismos caudillescos. Bolívar tenía la suficiente experiencia al respecto como para poder pronosticar que esta insuficiencia tendría muy graves efectos sobre la sociedad de la posguerra. Por otra parte, si el principal objetivo era la pacificación de América del Sur, es evidente que no existían alternativas viables a la convivencia política con los caudillos. La cuestión era cómo gestionar esta convivencia sin permitir el menoscabo de la propia posición y sin poner en peligro los logros del movimiento independentista en su conjunto <sup>1</sup>.

En el caso venezolano, que era el que se planteaba con mayor virulencia, el Decreto del 16 de julio de 1821 había supuesto una institucionalización de hecho del caudillismo, al asignar a Páez, Mariño y Bermúdez el control político-militar de las tres regiones en que se dividía el país. Formalmente, las tres circunscripciones se adherían a la República de Colombia en pie de igualdad. Sin embargo, era obvia la preeminencia de Páez, el cual, por su decisiva aportación a los éxitos militares patriotas, pasó muy pronto de ser un mero caudillo regional a convertirse en un verdadero héroe nacional venezolano, con posibilidades de disputar protagonismo incluso al propio Simón Bolívar. La situación creada, con Páez controlando precisamente la región central venezolana que tantísimo esfuerzo le había costado ocupar al

Libertador, era ciertamente cualquier cosa menos satisfactoria. Pero mediado el año 1821 Bolívar tenía en mente otras prioridades. Se trataba, por un lado, de consolidar las estructuras políticas surgidas de la Independencia, impulsando un proceso constituyente en Colombia y, por otro, de prolongar el avance de las tropas patriotas hacia el sur, con la mira puesta en Quito y, finalmente, en Lima, el verdadero corazón del poder realista en América del Sur.

Los preparativos del proceso constituyente se habían iniciado ya con el traslado del Gobierno republicano de Angostura a Cúcuta. Para gestionar la nueva situación política, Bolívar depositó su confianza en Antonio Nariño (1765-1824), el «precursor» neogranadino, un hombre de amplia experiencia en la lucha contra el poder colonial español y firme partidario, como él mismo, de una solución unitaria y centralista para los problemas de articulación política aún no resueltos en la república<sup>2</sup>. Nariño, recién liberado del cautiverio en la Península, fue recibido con los brazos abiertos por el Libertador, que lo designó vicepresidente interino de la recién formada Unión Colombiana con el encargo preciso de gestionar la instalación de un Congreso Constituyente en Cúcuta. Sin embargo, sus enemigos políticos en Nueva Granada lo acusaron de diversos delitos, cuya presunta comisión se remontaba a años y en algún caso a décadas atrás. Incapaz de soportar esta presión, Nariño renunció a su alta magistratura apenas dos meses después de su designación. Entretanto, el mismo Congreso lo eligió en ausencia como senador para las próximas sesiones que se tenían que iniciar en Bogotá a comienzos de 1823, pero esta elección resultó inmediatamente impugnada por sus rivales. El Congreso de Cúcuta acordó mantener la elección, pendiente de la defensa que tendría que hacer el imputado al iniciar las sesiones en la capital. Nariño consiguió zafarse de sus acusadores, pero el asunto, que sólo se resolvería definitivamente con su fallecimiento a finales de 1823, dejó al descubierto las graves diferencias de fondo existentes entre los congresistas y en general entre las élites políticas colombianas, y especialmente neogranadinas.

Los planteamientos federalistas, por ejemplo, seguían teniendo un considerable predicamento, en parte debido a una larga experiencia de descentralización política en época colonial, en parte por comprensible temor a la preponderancia creciente del elemento militar venezolano. El marco legal acordado en Cúcuta podía satisfacer en principio las expectativas del Libertador; al menos le daba la razón en el tema básico de la organización del Estado. Sin embargo, la imposición

de una estructura centralista, con una subdivisión territorial en departamentos a cargo de intendentes, reflejaba bastante más los deseos de Bolívar y sus adeptos que la realidad de las cosas. La discrepancia entre la norma y los hechos se agrandaba considerablemente en el contexto de una creciente diferenciación identitaria entre neogranadinos y venezolanos, tanto más ante la perspectiva inmediata de incorporar a la república nuevos territorios que, como Quito, se caracterizaban precisamente por una composición socio-étnica radicalmente diversa. Por lo demás, y como ya había ocurrido en Angostura, Bolívar no fue capaz de convencer al Congreso cucutano de la bondad de alguna de sus propuestas constitucionales más señeras, especialmente la del Senado hereditario y la de la constitución de un «poder moral». El potencial de desenvolvimiento autoritario del poder ejecutivo permaneció severamente limitado por la existencia de un poder judicial absolutamente independiente. En el plano social, la Constitución dejaba entrever tendencias muy tibiamente reformistas respecto a la población indígena y los esclavos, pero sin ningún tipo de disposición clara y concreta respecto a la perspectiva de una abolición. Además, el procedimiento fijado para la elección de los representantes en el Congreso seguía presentando un carácter netamente oligárquico, con la fijación de un sufragio restringido y censitario <sup>3</sup>.

### **Las dimensiones sociales de la Independencia**

La pregunta central que se planteaba era si este nuevo marco legal, consensuado por las élites en el contexto de un control efectivo del poder por parte de caudillos militares (especialmente en Venezuela, pero no sólo allí), iba a ser capaz de absorber toda la energía acumulada por la conmoción general del orden sociopolítico desde 1808. El transcurso de los acontecimientos había ido generando desde entonces una diversidad de actores nuevos, cada uno con sus propios intereses, a menudo muy difíciles de armonizar unos con otros. Al hecho objetivo de la destrucción y el caos económico creados por la guerra se unían ahora las demandas de aquellos grupos sociales que más se habían implicado en el proceso independentista. Militares y comerciantes, pero también mercenarios o aventureros extranjeros que habían apoyado la causa patriota, reclamaban ahora una recompensa adecuada a sus servicios. Y la propiedad de la tierra había de ser, en una sociedad predominantemente rural, el primer y principal recurso

movilizado para ello. Las confiscaciones de bienes de los realistas, las medidas desamortizadoras del Gobierno y, también, la privatización de tierras comunales, especialmente en los Llanos, dieron lugar a cambios decisivos en la conformación del paisaje agrario y por ende de la estructura social colombiana.

Los principales aspectos de esta transformación fueron, por una parte, la recomposición de las élites coloniales sobre la base de una continuidad, más aún, de una evidente profundización de las desigualdades sociales existentes. Por otra parte, a la creciente concentración de la propiedad agraria se añadió una intensificación del control de los terratenientes sobre la mano de obra. Por mucho que la abolición de la esclavitud hubiese formado parte del programa político de los patriotas, el hecho es que su puesta en práctica resultó un proceso lentísimo y plagado de dificultades. La legislación desarrollada al efecto en la década de 1820 se preocupó mucho más de indemnizar a los propietarios de plantaciones perjudicados por la manumisión de sus esclavos que de garantizar a éstos una mínima seguridad jurídica frente a sus examos. Además, la radicalización de la población afrodescendiente, que desembocó en episodios de rebelión violenta (Venezuela 1824-1827, Ecuador 1825-1826) perjudicó en última instancia a la propia causa abolicionista <sup>4</sup>.

No mucho mejor se presentaba la situación de la población indígena. Si bien la indiferencia había sido la actitud predominante durante el proceso independentista, algunos jefes y caciques llegaron a optar por ponerse al servicio de las tropas realistas. La razón principal para ello era el deseo de seguir manteniendo el estatus de protección que supuestamente les garantizaba la Corona. El triunfo patriota trajo consigo algunas mejoras en lo tocante a la suspensión de las prácticas vejatorias a las que se había sometido tradicionalmente a los pueblos originarios. Sin embargo, en el plano socioeconómico, la introducción de un marco jurídico liberal, que contemplaba al «indio» como un ciudadano más, implicó a medio y largo plazo el colapso de las comunidades indígenas, mientras que la progresiva privatización de las tierras comunales privaba de sustento material a sus miembros, abocándolos a una proletarización altamente destructiva para su identidad cultural.

Tampoco para los *pardos*, mulatos y mestizos supuso la independencia un cambio a mejor. La guerra, especialmente en Venezuela, había incrementado su peso relativo en la demografía de la región, y el protagonismo militar de muchos de ellos creó expectativas de

ascenso social que no fueron correspondidas luego en la práctica. Al contrario, a partir de 1821 la oligarquía criolla encontró fórmulas para bloquear el avance de los *pardos* que se revelaron casi más eficientes que en la época colonial. Si bien un número reducido de altos oficiales bolivarianos pudo tener acceso, vía educación, a posiciones sociales superiores, ello no hizo sino incrementar los prejuicios y resentimientos racistas de las élites criollas. Para los *pardos*, los éxitos individuales no se tradujeron en un verdadero progreso colectivo y, además, la progresiva desmovilización de los ejércitos patriotas puso al descubierto el carácter meramente coyuntural de las concesiones otorgadas por la élite. El nuevo sistema jurídico implicaba el fin de las discriminaciones en el plano formal, pero la regulación del sufragio seguía excluyendo de la plena ciudadanía a amplios sectores de la población.

El temor atávico a la *pardocracia* y la «guerra de razas», compartido como sabemos por el propio Bolívar, lejos de ser conjurado, se agudizó en la fase inicial del régimen republicano. En las ciudades, el creciente malestar de las masas populares, tanto más peligroso en una sociedad habituada a la violencia más extrema, contribuyó a reactivar el viejo fantasma haitiano. En el campo, donde vivía y trabajaba una parte muy importante de la población no criolla, los procesos de concentración propietaria y proletarización de la fuerza de trabajo afectaron de lleno a los *pardos*, empujándolos al peonaje, ínfimamente remunerado, y erosionando de forma irreversible las formas de vida tradicionales de los Llanos <sup>5</sup>.

¿Cuál fue la actitud de Bolívar respecto a estos problemas? ¿Qué soluciones propuso para ellos en el contexto del proyecto político de la independencia? La búsqueda de respuesta a estos interrogantes requiere un somero recordatorio de cuáles habían sido los principios inspiradores del levantamiento contra el poder colonial. El Libertador no consideraba la independencia de España un fin en sí misma. Aun habiendo sido el objetivo central, la emancipación política la veía más bien, en la estela del pensamiento ilustrado y liberal atlántico, como un medio por el que poder alcanzar mayores cotas de bienestar para los habitantes de América. En ese sentido, la virtualidad de los instrumentos políticos, las estructuras e instituciones creadas a lo largo de su carrera, había de medirse en términos de su incidencia sobre las condiciones de vida de las personas. Es éste también el trasfondo del creciente empirismo político bolivariano, de su paulatino alejamiento de los programas maximalistas y las certezas doc-

trinarias, tal y como hemos podido ver en las sucesivas discusiones constitucionales en las que participó, de 1810 en adelante.

Bolívar era un reformista, es decir un político consciente de los límites impuestos por la realidad, pero dispuesto también a modificar gradualmente ésta mediante la sucesiva reformulación de metas de progreso social. La cuestión de cuáles habían de ser estas metas no era para él un objeto de reflexión puramente intelectual, sino que tenía que ver con dimensiones muy inmediatas de su propia experiencia vital. Así, si bien es cierto que el destino de la población indígena no ocupaba un lugar precisamente destacado en sus preocupaciones políticas <sup>6</sup>, el tema de los *pardos* (y, más concretamente, el de la temida *pardocracia*) lo acompañó durante toda su vida. Y lo mismo cabe decir, desde luego, de la cuestión de la esclavitud, la cual conocía de primerísima mano por su origen y socialización.

A la hora de definir las posiciones del Libertador en el terreno social, resulta imprescindible aludir a un sentido primario, acaso «innato» de justicia, que guiaba sus pasos independientemente de la coyuntura política y que fue perfilándose de modo cada vez más nítido y diferenciado conforme el devenir del proceso independentista lo puso en contacto con diversas realidades de pluralidad étnica e inequidad social, primero en el Caribe, después en los Llanos y finalmente en la región andina <sup>7</sup>. Se trataba, sin embargo, en buena parte de una opción puramente personal. Así, por ejemplo, puede decirse que Bolívar era un abolicionista. Pero ello no significó precisamente que hiciese de la abolición un motivo político central o que exigiese consecuentemente a sus partidarios seguir su ejemplo en cuanto a la manumisión de los esclavos propios. Para Bolívar la abolición adquiriría un sentido lógico en el contexto del más amplio proceso de la emancipación americana, y precisamente por ello insistió una y otra vez en la necesidad de aplicar al pie de la letra la legislación en beneficio de los esclavos. Evidentemente, la política de libertad a cambio de prestar servicio militar en las filas patriotas poseía también una dimensión claramente instrumental. No obstante, aún en plenas hostilidades contra la Corona española, en 1820-1821, Bolívar se vio forzado a enfrentarse con propietarios de minas y plantaciones reacios a colaborar, y argumentó no tanto a partir de la necesidad inmediata cuanto con el principio fundamental del derecho a la propia libertad:

«Es, pues, demostrado por las máximas de la política, sacada de los ejemplos de la historia, que todo gobierno libre que comete el ab-

surdo de mantener la esclavitud es castigado por la rebelión y algunas veces por el exterminio, como en Haití... En efecto la ley del Congreso es sabia en todas sus partes... ¿Qué medio más adecuado, ni más legítimo para obtener la libertad que pelear por ella? ¿Será justo que mueran solamente los hombres libres por emancipar a los esclavos? ¿No será útil que éstos adquieran sus derechos en el campo de batalla y que se disminuya su peligroso número por un medio necesario y legítimo? Hemos visto en Venezuela morir la población libre y quedar la cautiva; no se si esto es político; pero se que si en Cundinamarca no empleamos los esclavos, sucederá otro tanto»<sup>8</sup>.

Las resistencias de los propietarios continuaron y se agudizaron con el paso del tiempo, por mucho que el Congreso de Cúcuta aprobase en julio 1821 una Ley de Manumisión, ciertamente insuficiente pero bien clara respecto al objetivo último de poner fin a la esclavitud. Bolívar se esforzó en hacer cumplir la ley, reformando incluso por decreto, en 1827, algunos puntos de su aplicación. Con todo, consciente de las resistencias que despertaba la abolición en la sociedad colombiana, el Libertador acabaría centrando sus esperanzas en una formulación más amplia del derecho a la libertad en un marco normativo superior, al incluir la abolición plena e incondicional de la esclavitud en el articulado de la Constitución de Bolivia que él mismo redactaría<sup>9</sup>.

Con la única excepción de los decretos que urgían a la refundación de las misiones en Venezuela, las medidas de Bolívar en el ámbito de la política indígena estuvieron dirigidas sobre todo a los departamentos de Cundinamarca y Quito, donde el peso demográfico de los pobladores originarios era muy significativo y donde éstos constituían un factor indispensable desde el punto de vista tanto productivo como fiscal. Los decretos dictados por el Libertador en 1820-1821 venían orientados por un ideario básicamente liberal, empeñado en la individualización de la propiedad y la aculturación de los indígenas, entendidas como progreso civilizador y también como vía más rápida para su integración en la nueva sociedad post-colonial<sup>10</sup>. En ese sentido, la aproximación de Bolívar a la problemática indígena, especialmente si se la compara con el tema de los esclavos y los *pardos*, pecaba de teoreticismo y falta de empatía y estaba paradójicamente lastrada, a la vez, por considerables dosis de paternalismo y compasión.

El ejemplo más palmario de la incomprensión bolivariana de la comunidad originaria y de su valor tanto socioeconómico como cultural, fue el fallido intento de conversión del campesinado indígena

en una nueva clase de agricultores independientes, tal y como se plasmó en los diversos decretos promulgados al efecto en 1820-1821, así como finalmente en la Ley del 3 de agosto de 1824, significativamente dirigida, desde su enunciado, «a las tribus indígenas que quieran abandonar su vida errante (!)», y a las que se ofrecía la asignación de tierras baldías con el objetivo de su explotación individual dentro de parámetros «civilizados», sin que el Congreso de Colombia se preocupase lógicamente de arbitrar las medidas de control (respecto al tamaño de las propiedades a repartir, la capitalización y los medios técnicos, etc.) que garantizaran la viabilidad del proyecto <sup>11</sup>. La ejecución de la ley precipitó el colapso de las comunidades indígenas y reforzó, vía endeudamiento y expropiación del campesinado, las ya mencionadas tendencias a la concentración de la propiedad y la proletarianización de la sociedad rural. En el caso del tributo indígena fueron ciertamente argumentos de carácter humanitario los que prevalecieron a la hora de decidir su abolición. Sin embargo, el ejemplo de la Audiencia de Quito muestra cómo las coyunturas fiscales podían influir muy directamente sobre el rigor con el que se aplicaba la medida. Y además, las oligarquías criollas ahora gobernantes nunca lograron entender que el tributo se inscribía en un más amplio sistema tradicional de relaciones sociopolíticas entre los indígenas y sus gobernantes, y que los primeros se resistían por ello a acoger una innovación que se les antojaba lesiva para sus intereses <sup>12</sup>.

Un último aspecto, especialmente significativo, de las preocupaciones sociales de Bolívar, fue el de la remuneración y reinserción social de los veteranos de las guerras de independencia. El Libertador había entendido muy pronto la necesidad de ofrecer incentivos de ascenso social y participación política a aquellos dispuestos a unirse a la causa patriota, y esa línea de actuación encontró continuidad una vez estabilizadas las estructuras republicanas en Angostura. Las propiedades confiscadas a los realistas se utilizaron, especialmente a partir de 1817, para repartir parcelas a los miembros del ejército libertador. El reparto se efectuaba de acuerdo al rango militar, por lo que cualquier avance en la jerarquía se traducían en una mayor posibilidad de acceder a la tierra. El objetivo seguía siendo el de convertir a cada soldado patriota en un ciudadano propietario. Los problemas empeoraron una vez más con la aplicación de la medida, que se verificó en condiciones de flagrante inequidad: los caudillos y los oficiales superiores se beneficiaron desproporcionadamente del reparto, mientras el común de las tropas se iba con las manos vacías.

A la vez que Urdaneta, Soublette, Bermúdez y, sobre todos ellos, José Antonio Páez, acumulaban una gran cantidad de tierras, el objetivo inicial de Bolívar de utilizar la propiedad agraria como puerta de acceso a la ciudadanía fracasó casi por completo. En lugar de organizar una distribución controlada y equitativa de las parcelas, el Congreso optó por conceder «vales», una suerte de bonos, canjeables por tierras en fecha indeterminada, que en su inmensa mayoría acabarían siendo malvendidos a oficiales o especuladores civiles no necesariamente identificados con la causa patriota. Los sucesivos intentos de Bolívar de corregir esta situación toparon con el desinterés, cuando no con la abierta resistencia del Congreso, que desnaturalizó el procedimiento de reparto, ampliando el círculo de beneficiarios a políticos y funcionarios. El resultado final del proceso fue una considerable quiebra de la confianza en el sistema republicano, ante la evidencia de que la recomposición de las élites iniciada tras la independencia se estaba realizando a costa de los intereses de aquellos grupos que más habían contribuido a ganar la guerra contra los realistas <sup>13</sup>.

Desde el punto de vista del Libertador, la situación descrita contradecía todas sus visiones de futuro, no tanto porque hubiese albergado en algún momento el deseo de emprender una reforma agraria en sentido estricto, sino mucho más porque el fraude del reparto de tierras atentaba muy claramente contra sus ideales de justicia. Bolívar había esperado de la generalización de la propiedad agraria no sólo una solución convincente al problema de la remuneración de los servicios prestados contra los realistas, sino sobre todo un medio de prevención de conflictos, al integrar en la muy polarizada sociedad colombiana a un grupo como el de los veteranos de guerra, fuertemente identificado con el proyecto republicano.

### **El laboratorio boliviano**

Tras la victoria lograda por Sucre en Ayacucho aún permanecían pequeños contingentes realistas repartidos por el territorio peruano. No sólo su eliminación definitiva, sino sobre todo la organización política de las regiones liberadas y la consecución de un control completo sobre el vecino Alto Perú ocuparon a Bolívar a lo largo de 1825. Se trataba de regiones de amplia mayoría indígena, que planteaban por tanto desafíos muy distintos a los que había tenido que resolver hasta entonces en Venezuela o Nueva Granada. Desde el punto de

vista político se reproducía, al menos en potencia, el mismo conflicto que había enfrentado a Bolívar y San Martín con motivo de la soberanía sobre Guayaquil. El Alto Perú había formado parte del virreinato peruano, hasta que en 1776 se convirtió en provincia del nuevo virreinato del Río de La Plata. Se trataba de un territorio muy apetecible, entre otras razones por encontrarse en él Potosí, con su legendaria mina argentífera. La posición de las élites altoperuanas también era ambigua, dado que, dejando al margen las precoces tentativas justistas de ciudades como Chuquisaca (1809), lo cierto es que no habían mostrado hasta el momento el más mínimo interés por formar parte del movimiento independentista<sup>14</sup>. Esta pasividad local, y no tanto la inexistente fortaleza del contumaz Olañeta, explicaba la prolongación de la presencia militar española. Una vez constatada la imposibilidad de negociar una rendición, Sucre optó en enero de 1825 por la vía de la fuerza, y puso en marcha una campaña militar que barrió en pocas semanas los restos del ejército realista. A finales de mes entraba en Potosí y, tras algunas escaramuzas menores, sus tropas acababan el 1 de abril, en Tumusla, con la vida del propio Olañeta.

Sucre, preocupado por la situación política de la región, había tomado la decisión de convocar una asamblea que se pronunciase sobre el futuro del territorio. La convocatoria suponía implícitamente abrir el camino a una declaración unilateral de independencia de los altoperuanos, y este paso irritó ostensiblemente a Bolívar, que recordó por escrito a su lugarteniente la vigencia del principio *uti possidetis* y se apresuró, no sin solicitar el correspondiente permiso al Congreso de Colombia, a marchar hacia Alto Perú para resolver la cuestión sobre el terreno. El Libertador salió de Lima el 10 de abril y continuó, vía Arequipa y Cuzco, en dirección a la frontera del virreinato. Durante la travesía, Bolívar cambió repentinamente de criterio respecto a la disputa de fondo. La amenaza de una intervención rioplatense lo hizo abandonar su inicial postura legalista y aceptar la convocatoria de la asamblea, tal y como había propuesto Sucre. La inestabilidad en el Río de la Plata convertía la posibilidad de una anexión a las Provincias Unidas (la opción más correcta desde un punto de vista jurídico) en una pesadilla para el Libertador. La anexión al Perú, que hubiese satisfecho sin duda las aspiraciones de la élite limeña, presentaba obvias dificultades formales, de modo que Bolívar fue congraciándose poco a poco con la posibilidad de una independencia total de la provincia. El mayor atractivo de esta solución era, desde su punto de vista, el poder convertir el Alto Perú en una suerte de laboratorio en

el que experimentar propuestas institucionales y medidas de reforma cuya puesta en práctica le había estado vedada hasta entonces, tanto en Colombia como en Perú.

En Perú, la disponibilidad de poderes extraordinarios a partir de 1823 impulsaría al Libertador a ir algo más allá en sus propuestas sociales, propugnando un verdadero modelo de reforma agraria, que seguía siendo deudor de su ideal de una república de pequeños propietarios (resoluciones del 4 y 5 de julio de 1825) con reminiscencias liberales, pero no sólo: el plan aprovechaba también planteamientos de las Cortes de Cádiz de 1812, y había sido discutido ya en tiempos del virrey Abascal<sup>15</sup>. Durante su estancia en Cuzco, que se había prolongado durante casi un mes, Bolívar había tenido ocasión de familiarizarse con el panorama social del altiplano, en especial con el problema indígena, y había impulsado una serie de medidas de reforma que, al margen de su dudosa efectividad, le valieron la enemistad, cuando no el directo desprecio, de la aristocracia criolla. Bolívar abolió la institución del *cacique*, suprimió los servicios personales y el tributo, y decretó la concesión de títulos de propiedad a los indígenas. Además, impulsó la exención de los indígenas de cualquier forma de servicio personal, y ello en nombre del principio de igualdad<sup>16</sup>.

Mientras esto sucedía, continuaba abierta la cuestión de la soberanía sobre el Alto Perú. El 9 de mayo de 1825, el Congreso Constitucional de Buenos Aires dejaba la decisión en manos de la antigua provincia rioplatense. «Aunque las provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a este Estado, es la voluntad del Congreso general Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y felicidad»<sup>17</sup>. La personalidad y los méritos de Bolívar desempeñaron un papel fundamental en la decisión de los rioplatenses<sup>18</sup>. El camino de la independencia quedaba pues expedito, y sería formalizado en la Asamblea Deliberante iniciada el 10 de julio en Chuquisaca. Tras largos y acalorados debates, se decidió proclamar la independencia el 6 de agosto de 1825, y el 11 del mismo mes se rebautizó al Alto Perú como República Bolívar, en honor al Libertador y por recomendación de Sucre. Considerando los antecedentes más bien conformistas del elemento criollo altoperuano, el resultado final del proceso bien puede ser calificado de transacción: las oligarquías conseguían una provechosa independencia, y se aceptaba a cambio la concesión de poderes ejecutivos supremos a Bolívar, al menos durante el tiempo que permaneciese en territorio altoperuano. La Asamblea solicitó de Bolívar la redacción de una

Constitución, al tiempo que pedía al también homenajead Sucre (la ciudad de Chuquisaca pasó a llamarse como él) que se mantuviese al frente del poder ejecutivo. La solemne entrada del Libertador en La Paz se produjo el 18 de agosto de 1825 y no estuvo exenta de manifestaciones simbólicas de tinte casi monárquico. La corona de oro y diamantes ofrendada al Libertador fue cedida por éste a Sucre. El detalle, más allá de la anécdota, era un síntoma del contraste existente entre la cultura política dominante entre las élites y el espíritu —ilustrado y republicano— que inspiraba la actividad político-militar de Bolívar desde hacía década y media. Este contraste desembocaría inevitablemente en serios conflictos con motivo de su actividad legislativa concreta, la cual, aun antes de la redacción de la Constitución, no se hizo esperar. Tampoco su firme oposición al mantenimiento de los privilegios del clero le granjeó precisamente simpatías.

Durante su viaje de regreso a Lima, Bolívar tendría ocasión de volver a vivir uno de esos momentos de gran contenido simbólico por los que sentía especial predilección. En Potosí, en el marco de un encuentro informal con comisionados rioplatenses (que buscaban su apoyo para iniciar una campaña contra el vecino Brasil), pronunció el 26 de octubre una memorable arenga al grueso de sus tropas allí reunidas, en la que pasó revista a quince años de lucha por la independencia americana:

«Venimos venciendo desde las costas del Atlántico, y en quince años de lucha de gigantes hemos derrotado el edificio de la tiranía, formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia... En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo»<sup>19</sup>.

Tras este momento emocional, y conforme a su costumbre, Bolívar continuó rápidamente su viaje, vía Chuquisaca, Cochabamba y Arica, donde se embarcó de regreso a Lima el 2 de febrero. Llevaba consigo documentos y borradores en los que había ido recopilando ideas para el proyecto constitucional boliviano. El encargo de los altoperuanos le proporcionaba una gran satisfacción, y él se aprestó a cumplirlo con toda su energía. El 12 de mayo de 1825 daba por con-

cluida la redacción del texto y encomendaba a dos de sus oficiales británicos, William Ferguson y Belford Wilson, que se lo hiciesen llegar personalmente a Sucre en Chuquisaca. El 18 de mayo de 1825, Perú reconocía formalmente la independencia de «Bolivia».

La redacción de la Constitución de Bolivia pasará a la historia como una de las obras políticas más relevantes del Libertador. Los principios inspiradores siguieron siendo los que ya había aplicado en Angostura (1819) y Cúcuta (1821). Se trataba de elaborar un texto basado en la realidad americana y evitar en lo posible la mera emulación de modelos extranjeros. La gran diferencia era que desde entonces Bolívar había conseguido expulsar a las tropas realistas de la práctica totalidad del continente sudamericano y alcanzado para sí, tanto en Perú como en Bolivia, una posición política incontestada, que le permitía albergar al menos la esperanza de poder aplicar sus ideas, maduradas en el curso de dos décadas de lucha, al conjunto de Sudamérica. El marco ideal para ello parecía ser el de una solución confederada.

Desde el punto de vista de los contenidos, el concepto de igualdad se presentaba como la piedra angular del edificio constitucional boliviano. Garantía de su realización era la existencia de un Gobierno fuerte y tendencialmente autoritario, que Bolívar, a la luz de las experiencias acumuladas, consideraba virtualmente imprescindible para la supervivencia de los nuevos regímenes republicanos<sup>20</sup>. La Constitución boliviana recogía alguna de las ideas del Libertador que habían sido rechazadas por los Congresos constituyentes de Angostura y Cúcuta (así, por ejemplo, la del «poder moral», que se recuperaba ahora, subsumido en el legislativo y materializado en una «Cámara de Censores»), y profundizaba en la línea de la política social aplicada ya en algunos casos por Bolívar en Perú: abolición de las *castas*, de la esclavitud y de los diversos privilegios socio-étnicos. La existencia de una presidencia vitalicia se compensaba mediante la creación de un cuarto poder, el «poder electoral», consistente en que los ciudadanos de cada unidad administrativa escogiesen a un elector o colegio de electores, y que éste nombrase a su vez a los miembros del cuerpo legislativo, a los alcaldes y los jueces. El sufragio, formalmente no censitario, sí estaba restringido según el grado de alfabetización del potencial elector, lo cual, obviamente, representaba una grave discriminación *de facto* para el grueso de la población indígena. El poder legislativo se dividía en tres cuerpos: los tribunales, responsables de la dirección política y la hacienda, así como de los asuntos de guerra; los senadores, encargados de la legislación en

sentido estricto, y, finalmente, los censores, fiscalizadores del poder ejecutivo y competentes en materia de instrucción pública. El poder judicial era elegido por el Senado, pero mantenía una completa independencia orgánica respecto a éste. Por último, el poder ejecutivo estaba encarnado en la figura del presidente vitalicio, que tenía además la prerrogativa de nombrar sucesor. La presidencia vitalicia, con una línea sucesoria determinada por el primer titular, equivalente así en la práctica a la adopción de un sistema monárquico, era justificada por Bolívar, paradójicamente, como «la inspiración más sublime en el orden republicano»<sup>21</sup>:

«El Presidente de la República —sostenía el Libertador— viene a ser en nuestra Constitución como el sol que, firme en su centro, da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua, porque en los sistemas sin jerarquías se necesita, más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas... Para que un pueblo sea libre debe tener un gobierno fuerte, que posea medios suficientes para librarlo de la anarquía popular y del abuso de los poderosos. La vastedad salvaje de este continente descarta por sí misma la monarquía; los desiertos conducen a la independencia [de espíritu]»<sup>22</sup>.

Precisamente el carácter vitalicio de la presidencia despertó toda clase de suspicacias entre los contemporáneos. En términos generales, la Constitución era un testimonio de las profundas convicciones liberales del Libertador, en la medida en que tanto los derechos civiles —libertad, igualdad, seguridad, propiedad— como la independencia del poder judicial se inscribían definitivamente en un marco formal del máximo nivel. Sin embargo, la premeditada robustez del poder ejecutivo, que se fundamentaba empíricamente, desde la perspectiva del constituyente, en las «anárquicas» experiencias peruanas, estaba predestinada a causar irritación lo mismo entre los más conservadores que entre los más liberales. Tanto más teniendo en cuenta que Bolívar no disimuló en ningún momento su deseo de exportar el texto a otros países americanos. La Constitución de Bolivia se benefició de una difusión inusual en este tipo de documentos, con no menos de cinco ediciones inmediatamente posteriores a su promulgación. Lejos de percibirlo como un problema, el Libertador estaba orgulloso de su concepto de presidencia vitalicia, que consideraba de lejos superior al de la monarquía hereditaria existente en Europa, dado que el presi-

dente nombraba a su sucesor, que accedía consecuentemente al poder por causa de sus méritos y no de la casualidad biológica.

La autocomplaciente percepción bolivariana (transmitida sobre todo por el fiel O'Leary) era que la Constitución, lejos de comprometer la libertad, blindaba más bien ésta frente al peligro de la anarquía y la revolución<sup>23</sup>. Sus principales referentes históricos eran los del republicanismo clásico, de impronta romana, como queda bien claro en la terminología a la que recurre para denominar varias de las instituciones introducidas en el texto. En lo tocante a su propia actitud respecto al potencial monarquizante del sistema, es cierto que Bolívar se mostró en ocasiones ambiguo, si bien en su correspondencia con amigos europeos puso varias veces a la monarquía constitucional inglesa como ejemplo. La principal diferencia respecto al modelo británico era el énfasis otorgado en el texto al tema de la igualdad social. La importancia que daba Bolívar a este punto queda de manifiesto en el mensaje que dirigía al Congreso de Bolivia: «He conservado intacta la ley de leyes: la igualdad. Sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos»<sup>24</sup>.

Considerada en conjunto, la Constitución era un instrumento político destinado a completar un proceso de construcción estatal modélico que, si bien no podía partir de una verdadera *tabula rasa*, sí permitía al menos a sus principales protagonistas (Bolívar y, en menor medida, Sucre) una mayor influencia que en Venezuela, Colombia, Quito y Perú<sup>25</sup>. El eclecticismo de fondo había de servir a la consecución de un objetivo claro: la combinación de progreso social y estabilidad política, por lo que se esperaba que todos recibieran la Constitución «como el arca de la alianza y como la transacción de la Europa con la América, del ejército como el pueblo, de la democracia con la aristocracia y del imperio con la república»<sup>26</sup>. Se suponía fundidos en ella «todos los encantos de la federación, toda la solidez del gobierno central y toda la estabilidad de los gobiernos monárquicos».

¿Cuáles eran las posibilidades reales de aplicar el proyecto? Las trabas fueron muchas y variadas, empezando por el conservadurismo estructural de la oligarquía criolla, su clericalismo y su hostilidad frente a cualquier tentativa de ampliación de la participación política a los indígenas y las clases populares. El Congreso de Bolivia no tardó en recortar en un sentido antiliberal las disposiciones constitucionales relativas a la separación entre Iglesia y Estado, la abolición de la esclavitud o los derechos de sufragio. Iniciativas legales paralelas, respecto a una mayor equidad fiscal (abolición del tributo indígena en diciem-

bre de 1825) o una redistribución de la propiedad agraria tuvieron una vigencia efímera. Las modalidades tradicionales de trabajo compulsivo (*mita*) y la esclavitud fueron formalmente abolidas pero dejaron su lugar a nuevas formas de explotación personal y trabajo servil. Ni siquiera en el terreno de la instrucción pública, en el que Bolívar había depositado grandes esperanzas, y para el que había recuperado a Simón Rodríguez, su antiguo maestro, fue posible reunir los recursos materiales precisos para financiar los programas educativos proyectados<sup>27</sup>. Por añadidura, las reticencias de los grupos tradicionalmente privilegiados (terratenientes y clero) a ceder mínimamente en el terreno fiscal trajeron consigo una virtual parálisis del aparato estatal, insuficientemente financiado, acuciado por las deudas acumuladas durante la guerra, y abocado irremisiblemente por ello a la dependencia de préstamos y flujos de capital europeos. El panorama acabó de complicarse con el estallido de sentimientos xenófobos que, como ya había ocurrido en Perú, se concentraban en las tropas colombianas al mando de Sucre. Los resentimientos locales eran además azuzados por los rioplatenses y los peruanos, para los que Bolivia seguía siendo parte de la propia «herencia» colonial<sup>28</sup>.

El carácter de «test» político que Bolívar atribuía a «su» Constitución fue contrastado por primera vez en el caso de la vecina Perú. Bolívar pretendía aplicarla primero allí para continuar haciéndolo después en el resto de países que había liberado. Estaba relativamente seguro del apoyo peruano y, sin embargo, el asunto de las tropas colombianas estacionadas en el país desató un conflicto institucional que lo tuvo al borde de la dimisión y el exilio. En realidad, fue una hábil estratagema para desarmar, al menos temporalmente, a la oposición. Perú acabó adoptando la Constitución de Bolivia el 16 de agosto de 1826. A partir de este momento, Bolívar activó todos los resortes para fundar una unión peruano-boliviana que en su opinión debía ser el germen de una federación, o más exactamente confederación andina a la que pudiesen adherirse primero la Gran Colombia y después, eventualmente, otras repúblicas hispanoamericanas. En el proyecto, un Gobierno federal se haría cargo de las relaciones exteriores, la guerra y las finanzas; Bolívar, como presidente, se dedicaría a visitar anualmente los «departamentos» de la Confederación, mientras que un vicepresidente asumiría en la práctica el poder ejecutivo.

En lo tocante al propio Perú, se encontraba ante un dilema difícil de resolver. Por una parte, el Libertador era consciente de la escasa simpatía que su persona suscitaba en una parte de la élite local.

El continuismo de las estructuras sociales y las mentalidades era especialmente evidente en una oligarquía como la peruana, que supo incluso integrar a buena parte de los peninsulares que habían permanecido en el país, y que siguió cultivando durante mucho tiempo valores y prácticas heredados de la colonia. Objetivamente, la presencia de un presidente vitalicio extranjero al mando de un ejército percibido como ocupante no parecía ser exactamente la manifestación más creíble de un proceso de «liberación». A la vez, es bien cierto que la situación personal del Libertador era extraordinariamente plácida. Dotado en la práctica de más poderes que los que había tenido nunca, era visitado por amigos y admiradores en su lujoso domicilio de La Magdalena y seguía disfrutando, con Manuela Sáenz y no sólo con ella, de los placeres de la vida. Afortunadamente para el Libertador, fue de nuevo la presión de los acontecimientos la que facilitó la resolución de sus dudas. Los problemas políticos en Colombia, que se estaban agudizando día a día en su ya larga ausencia, exigían una respuesta rápida sobre el terreno. De modo que Bolívar renunció a asumir la presidencia peruana que constitucionalmente le correspondía y comenzó a preparar su regreso a Bogotá. Dejaba atrás un país sometido a grandes tensiones sociales y políticas, considerablemente dividido respecto a sus perspectivas de futuro, e infectado por el que habría de ser el más peligroso virus de las próximas décadas: el nacionalismo.



## Capítulo VII

### DEL PROYECTO CONTINENTAL AL FRACASO NACIONAL

#### El Congreso de Panamá

Desde el mismo comienzo de su carrera, Bolívar había demostrado, tanto de palabra como de obra, que era consciente de la importancia que podían llegar a tener el sentimiento colectivo de pertenencia, la identidad y el patriotismo como factores de movilización política. Sin haber llegado a formular una teoría sistemática al respecto, Bolívar sostuvo ya antes de 1810 la idea de que el alejamiento progresivo y la alienación política de los criollos respecto al poder colonial español hundían sus raíces al menos en el siglo XVIII, y que la reacción a este proceso había sido —y tenía que seguir siendo— el desarrollo de una mayor autoconciencia identitaria, más allá de las obvias diferencias existentes entre las diversas realidades regionales y locales del continente. Limitado a este solo punto, cabía colegir a la altura de 1826, tras la larga guerra contra los realistas, tras la reducción de su poder a una manifestación más o menos marginal e inofensiva para las nuevas repúblicas (Cuba y Puerto Rico), y sobre todo tras los sucesivos reconocimientos por parte de terceros países, que el nacionalismo hispanoamericano había desempeñado un papel eminentemente positivo como vector de emancipación política. De hecho, Bolívar llegó a subrayar cómo la independencia, en el sentido de la creación de Estados nacionales soberanos, había sido a la postre *el único* resultado tangible de más de quince años de guerra y revolución <sup>1</sup>. La amargura que subyace a este juicio tiene que ver con el hecho de que el concepto de «nación», en opinión de Bolívar, no agotaba su significado en el papel de sujeto de soberanía estatal, sino que

implicaba también un imperativo de inclusión y participación de todos aquellos grupos que supuestamente la componían.

Además, ya desde una fase bastante temprana del proceso independentista, Bolívar se había esforzado en armonizar la innegable fuerza de los vínculos identitarios propios de la «patria chica», es decir el «ser venezolano», «ser neogranadino» o «ser quiteño», con una concepción política de alcance continental. Como se ha podido ver en los capítulos anteriores, las necesidades estratégicas y las contingencias políticas convirtieron la independencia en un proyecto genuinamente supranacional, y sólo la pertinacia del nacionalismo historiográfico en América Latina lleva aún hoy demasiado frecuentemente a obviar las interrelaciones evidentes entre los acontecimientos y procesos de unas y otras regiones. En el caso del Libertador, su «supranacionalismo» no respondía solamente a consideraciones de orden táctico, sino que retomaba motivos básicos del incipiente «americanismo» de su etapa formativa, que también había calado entre distinguidos contemporáneos como Francisco de Miranda o Andrés Bello <sup>2</sup>. Por supuesto, Bolívar era perfectamente consciente de la imposibilidad de aglutinar a todos los hispanoamericanos en una sola nación, pero también pensaba que una suerte de liga o confederación de naciones americanas incrementaría el grado de reconocimiento exterior de las nuevas repúblicas independientes y crearía condiciones más favorables a la profundización de su desarrollo social y económico. Enemigo acérrimo del federalismo dentro de los Estados, el Libertador reconocía las ventajas de su aplicación a escala continental. Ya en la *Carta de Jamaica* había formulado algunas ideas generales al respecto, ideas que se habían ido materializando entre 1822 y 1824 en invitaciones y planes concretos para un Congreso Continental a celebrar en Panamá en 1826 <sup>3</sup>.

El Congreso de Panamá (designado a menudo como «Congreso Anfictiónico de Panamá» en recuerdo de la Liga Anfictiónica en la Grecia clásica) <sup>4</sup> acabó llevándose a cabo en 1826 en el antiguo convento de San Francisco, hoy Palacio Bolívar de la ciudad de Panamá. Bolívar había excluido deliberadamente del círculo de potenciales participantes tanto a Brasil, la única monarquía de la región, como a Haití y los Estados Unidos de América, no sólo por no irritar a los británicos (a los que, por cierto, sí que invitaba), sino sobre todo por mor del carácter presuntamente «extraño y heterogéneo» de estos dos países. En su invitación a los Gobiernos americanos, cursada el 7 de diciembre de 1824, Bolívar había planteado la necesidad de es-

tabilizar políticamente el sistema surgido de la Independencia, mediante la instauración de «una autoridad sublime» que coordinase la actuación de los diversos Estados. En un texto posterior a la celebración del Congreso <sup>5</sup>, Bolívar explicitaría con mayor detalle cuál era la filosofía inspiradora de su panamericanismo. Se trataba no tanto de diluir la identidad propia de las nuevas naciones, que sin duda habían de ser independientes e iguales en derechos, sino más bien de articularlas jurídica y políticamente en torno a una «ley común» y a una estructura institucional permanente («Congreso») que regulasen sus relaciones y contribuyesen a prevenir o, en su caso, a dirimir los conflictos que se fuesen planteando entre ellas. Bolívar seguía teniendo muy en cuenta el contexto internacional, en el que era perentorio asegurarse definitivamente el reconocimiento formal de España y la Santa Alianza, así como garantizarse a largo plazo la colaboración con Gran Bretaña, que no en vano era la única potencia que había apoyado material y diplomáticamente durante años la empresa emancipadora.

Durante los primeros meses de junio de 1826 se reunieron en Panamá los delegados de las repúblicas de Colombia, México, Perú y Centroamérica. Desde el comienzo de la asamblea se produjeron fricciones en torno a la aprobación de las propuestas entregadas por Bolívar. Por un lado, el republicanismo inspirador del proyecto contrastaba con una mentalidad dominante muy poco republicana, o al menos mucho menos de lo que se esperaba, como pudo constatar Edward Dawkins, representante del Gobierno británico, invitado en calidad de observador <sup>6</sup>. Tal contraste se materializó en la gran reticencia de los delegados peruanos a consagrar oficialmente principios igualitarios y democráticos de organización política con los que no acababan de comulgar. Por otro, la República de Colombia inspiraba una cierta desconfianza a sus vecinos, tanto por el poderío militar que seguía teniendo como por constituir indudablemente el elemento motriz de todo el proyecto continentalista.

Con muchas limitaciones se elaboró al fin el «Tratado magnífico titulado de la Unión, de la Liga, y de la Confederación perpetua», el cual, aprobado por todos los concurrentes, fue ratificado en última instancia únicamente por la Gran Colombia en el mismo año de 1826. Los delegados de las repúblicas reunidas sólo pudieron ponerse de acuerdo respecto a la creación de una Liga con jefes militares comunes, la formación de un pacto mutuo de defensa y la constitución de una asamblea parlamentaria conjunta, aunque sin concretar deta-

lles específicos sobre el funcionamiento de ambas ni sobre el reclutamiento y la organización de las tropas de la Liga. Pese a todas las dificultades y a los numerosos países ausentes, se asignaba solemnemente al Tratado la finalidad, al menos teórica, de garantizar la defensa de los fundamentos republicanos y democráticos de los nuevos Estados frente al hipotético peligro de una intervención «restauradora» por parte de los poderes continentales europeos. Por lo demás, el Tratado ignoraba varios aspectos importantes del proyecto original de Bolívar, como la desaparición de barreras arancelarias entre las repúblicas y la solución definitiva de los pleitos territoriales abiertos. Las rencillas existentes entre los miembros de las delegaciones había impedido cerrar acuerdos más ambiciosos, rebajando la importancia general del Congreso. El hecho de que sólo uno de los cuatro Estados participantes ratificara compromisos de suyo muy limitados llevó a que Bolívar quedase extraordinariamente decepcionado, calificando finalmente al Congreso como «sólo una sombra» de lo ideado originalmente <sup>7</sup>.

### **Los inicios de la descomposición grancolombiana: Bolívar contra Páez**

El forzoso regreso del Libertador a Colombia lo enfrentó en los meses finales de 1826 con la realidad de un país profundamente dividido entre los liberales de Santander, los sediciosos federalistas de Páez y los conservadores militaristas que él mismo encabezaba. Las celebraciones habituales a su paso por las ciudades no alcanzaban a encubrir el clima de general descontento con el nuevo sistema, que se manifestaba además en una hostilidad desbocada entre las diversas regiones de la República. El principal argumento que intentó oponer Bolívar a esta situación seguía siendo la Constitución de Bolivia.

Especialmente doloroso tuvo que ser para Bolívar que fuese precisamente su Venezuela natal, desde la que había partido el movimiento libertador en 1810, el lugar del que surgieron los primeros impulsos destructivos respecto al gran proyecto colombiano <sup>8</sup>. El tiempo había ido demostrando que las enormes distancias existentes entre Caracas, Bogotá y Quito, pero sobre todo la evidente heterogeneidad social y étnica del conjunto resultaban ser barreras casi infranqueables para el afán unificador de su proyecto político. Las estructuras económicas de las partes nunca lograron integrarse positivamente, y la atmósfera reinante de inestabilidad institucional y militarización de las relaciones sociales no contribuyó desde luego

a mejorar la situación. Quince años de guerra prácticamente ininterrumpida habían dejado también su huella en las mentalidades de los americanos de unas y otras regiones. Los diversos sentimientos pronacionales de venezolanos, neogranadinos y quiteños mal que bien habían podido armonizarse a partir de un objetivo común como fue la consecución de la independencia. Una vez alcanzada ésta, los elementos de cohesión sobre los que tantas veces había insistido Bolívar pasaron a tener mucho de circunstancial y voluntarista. El ideal bolivariano de la Gran Colombia no implicaba de hecho la negación de su complejidad interna, sino sobre todo la búsqueda de las dimensiones idóneas para un proyecto de construcción nacional viable y reconocible desde el exterior. Con lo que acaso no había contado Bolívar es con que la naturaleza de los procesos de decisión y los conflictos generados en éstos, lejos de allanar las diferencias, propiciaban más bien su cristalización en forma de prejuicios y estereotipos identitarios. Así, los venezolanos eran *pardos* o militares, los neogranadinos mestizos o *curiales* y los quiteños *indios*. Efectivamente, no existía ninguna razón natural por la cual los americanos hubiesen tenido que caerse simpáticos unos a otros<sup>9</sup>, pero el verdadero peligro surgió en el momento en el que líderes populistas como José Antonio Páez consiguieron encontrar motivos concretos para apelar a los prejuicios latentes, movilizarlos y amalgamarlos en una suerte de resentimiento destructivo extremadamente virulento.

El detonante del movimiento sedicioso sería en realidad poco espectacular. Los venezolanos se resistían a ejecutar la orden de alistamiento general decretada por Santander en agosto de 1824 con motivo de la supuesta amenaza de un desembarco realista. Páez demoró el cumplimiento de la orden durante casi un año, y cuando finalmente se decidió a poner en práctica lo dispuesto desde Bogotá, los abusos de los reclutadores, especialmente en Caracas, le trajeron una acusación de la municipalidad y del intendente Juan Escalona y, como consecuencia de ésta, su destitución como comandante general del Departamento de Venezuela. Convocado a Bogotá para responder de los cargos formulados contra él, Páez, después de ciertas dudas, y una vez comprobado que podía contar con el apoyo de otros caudillos regionales descontentos con el régimen santanderista, se negó en redondo a declarar. A partir de abril de 1826, y desde la ciudad de Valencia, se generó un movimiento generalizado de apoyo a Páez y contestación a Santander. También Caracas se desdijo de su posición inicial y pasó a reclamar el mantenimiento

de Páez como comandante general. La revuelta, conocida como *La Cosiata*, estuvo a punto de degenerar en guerra civil y puso claramente de manifiesto el antagonismo existente entre la institucionalidad colombiana y el poder militar, *de facto* completamente autónomo, de los caudillos regionales venezolanos.

Bolívar, que buscó desde el primer momento una solución negociada para el conflicto, se encontraba en una situación especialmente incómoda. Por un lado, era obvio que en el fondo del asunto tenía bastante más simpatía por Páez que por Santander o por los legisladores de Bogotá. Por otro, a lo largo de los años se había cansado de repudiar públicamente los levantamientos armados contra el poder civil. Y a esta contradicción se unía la preocupación, tradicional en el Libertador, de que el enfrentamiento desembocase en una nueva ola de violencia interétnica, como las que tantas veces habían comprometido el éxito del proyecto independentista. La oposición entre federalistas y centralistas tenía también ciertamente dimensiones raciales, en la medida en que la posición preeminente de Bogotá frente a Caracas se venía fundamentando en el mayor peso específico de la población criolla en la capital neogranadina. Pero, por las mismas razones, las élites blancas de las grandes ciudades venezolanas no tenían otra opción que apoyar a Páez frente al Gobierno central, puesto que el caudillo *llanero* parecía ser el único capaz de garantizar una cierta paz social entre los *pardos*. Bolívar se vio obligado a movilizar grandes dosis de persuasión política, y también a ejercer una presión militar directa, hasta llegar a hacerse con el control de la situación. Páez acabó cediendo en enero de 1827, pero tanto el desarrollo como la salida del conflicto pusieron claramente de manifiesto la precariedad del proyecto colombiano. El régimen constitucionalista liberal, implantado en Bogotá por Santander y sus partidarios, había fracasado de plano en la integración de las élites políticas tanto venezolanas como quiteñas. La desconfianza generada había fortalecido la predilección de las oligarquías por las soluciones personalistas. El regreso de Bolívar, en lugar de propiciar una vuelta al equilibrio institucional, el cual, desde su punto de vista, muy bien hubiese podido plasmarse en la adopción de la Constitución de Bolivia, lo colocó más bien en la primera línea de los candidatos a ejercer ese personalismo, encarnado en *dictador*.

La Constitución boliviana encontró muy pocos apoyos fuera de la propia Bolivia. Consiguientemente, el proyecto del Libertador de fundar una Confederación de Países Andinos a partir de la Constitución

se reveló ilusorio. Durante 1827 se sucedieron las malas noticias al respecto. En Perú, los conflictos entre venezolanos y neogranadinos tuvieron como consecuencia el debilitamiento de las fuerzas armadas, fieles a Bolívar, y dejaron el campo libre a la oligarquía limeña para suspender la Constitución de Bolivia y, en última instancia, para desvincularse por completo del proyecto confederal andino. Para complicar aún más las cosas, Guayaquil parecía volver a inclinarse, como en 1822, por una anexión al Perú, y Bolívar se vio de nuevo forzado a asumir personalmente la resolución de los problemas, abandonando Caracas (por última vez), y dispuesto a alcanzar Bogotá, poner orden y enfrentarse abiertamente a Santander, del que sospechaba, no sin motivo, que había estado implicado, al menos de forma indirecta, en los acontecimientos de Lima y Guayaquil <sup>10</sup>. En su calidad de presidente colombiano, Bolívar convocó una Asamblea Nacional a tener lugar en marzo de 1828 en la ciudad de Ocaña. A partir de ese momento, la imposición de un «poder fuerte» sobre Colombia se convirtió en una verdadera obsesión para él. Desde su punto de vista, la constitución vigente no se adaptaba bien a las necesidades del pueblo y a la estructura social realmente existente, y propiciaba que tanto el poder legislativo como el judicial actuaran de modo excesivamente independiente:

«Debo decirlo: nuestro gobierno está esencialmente mal constituido. Sin considerar que acabamos de lanzar la coyunda, nos dejamos deslumbrar por aspiraciones superiores a las que la historia de todas las edades manifiesta incompatibles con la humana naturaleza. Otras veces hemos equivocado los medios y atribuido el mal suceso a no habernos acercado bastante a la engañosa guía que nos extraviaba, desoyendo a los que pretendían seguir el orden de las cosas, y comparar entre sí las diversas partes de nuestra constitución, y toda ella con nuestra educación, costumbres, e inexperiencia para que no nos precipitáramos en un mar proceloso. Nuestros diversos poderes no están distribuidos cual lo requiere la forma social y el bien de los ciudadanos. Hemos hecho del legislativo sólo el cuerpo soberano, en lugar de que no debía ser más que un miembro de este soberano: le hemos sometido el ejecutivo, y dado mucha más parte de la administración general, que la que el interés legítimo permite. Por colmo de desacierto se ha puesto toda la fuerza en la voluntad, y toda la flaqueza en el movimiento y la acción del cuerpo social» <sup>11</sup>.

El catalizador del renovado apoyo a Bolívar no fue tanto el descontento con las maniobras de Santander y los santanderistas, sino

más bien el recrudescimiento de la conflictividad interétnica, puesto de manifiesto en la rebelión del caudillo pardo José Prudencio Padilla (1784-1828) en Cartagena. Padilla se había autoproclamado comandante general e intendente, y se proponía liderar un levantamiento contra la «tiranía» de Bolívar. El caldo de cultivo de estas intenciones, tal y como lo veían fieles bolivarianos como O'Leary o Joaquín Posada Gutiérrez, era el resentimiento social acumulado de negros y *pardos*, y la insatisfacción por no poder traducir la recién adquirida igualdad de derechos políticos y sociales en un mayor bienestar colectivo <sup>12</sup>. Padilla, una vez desactivada la amenaza militar por la acción de Mariano Montilla (1782-1851), buscó la alianza con Santander para perjudicar a Bolívar, una maniobra que sin duda redujo las ya escasas esperanzas del Libertador en que algo razonable saliese de la Convención de Ocaña.

Desde la perspectiva de los santanderistas, Bolívar se estaba moviendo peligrosamente con sus demandas en la dirección de un Gobierno «tiránico». Los apoyos del Libertador se circunscribían al mundo militar (compuesto en buena parte por oficiales de origen europeo), mientras que la clase política que había ido conformándose desde la independencia alimentaba un odio cada vez mayor hacia él. Las elecciones a diputados de la Asamblea Constituyente, cuya celebración se había fijado para el 2 de marzo de 1828, se realizaron en una atmósfera de confrontación extrema. Los colombianos se encontraban divididos al menos en tres partidos. Los más entusiastas partidarios del Libertador se inclinaban por un gobierno sin fisuras, fuerte, centralizado y capaz de preservar el futuro de la Unión. El segundo partido, el de los santanderistas, intentaba imponer un sistema federal, si bien no estaba en absoluto claro cómo había de conformarse la nueva división administrativa. Por último, un tercer grupo, aún minoritario pero sin duda cada vez más numeroso, se mostraba a favor de la total independencia de Venezuela, Nueva Granada y Quito <sup>13</sup>. Ya durante el proceso de elección de delegados se había puesto de manifiesto a qué grado de deterioro estaba llegando la situación política colombiana. Santander no tuvo ningún escrúpulo en desplegar una campaña altamente agresiva frente al Libertador. Éste, si bien se esforzó personalmente en mantenerse al margen de las luchas partidarias, no pudo evitar que sus más directos apoyos militares ejercieran acciones intimidatorias contra los federales. Pero ni siquiera así se pudo evitar el triunfo relativo de Santander, para el cual desempeñó un decisivo papel el respaldo de la prensa afín.

El 9 de abril de 1828 se iniciaron las sesiones en Ocaña. Asistieron a la Convención un total de sesenta y ocho diputados, con una visible polarización entre las posiciones liberales de los partidarios de Santander y las que seguían apoyando el proyecto político bolivariano. El propio Bolívar no tenía depositadas demasiadas esperanzas en la reunión. Con todo, presionó lo que pudo para que los asistentes se hicieran cargo de las urgentes necesidades de la nación, que clamaba por «un gobierno firme, poderoso y justo... en que la ley sea obedecida, el magistrado respetado y el pueblo libre»<sup>14</sup>. Ocaña significaba una última oportunidad para el proyecto político de la Gran Colombia, y Bolívar intentó aprovecharla. Consciente del carisma del Libertador, Santander se esforzó en impedir su presencia en la Convención. Bolívar se instaló en Bucaramanga, a unos 150 kilómetros de allí, y esperó los acontecimientos rodeado de sus íntimos. Entre éstos predominaban cada vez más los europeos. Junto a su secretario personal, el francés Luis Perú de Lacroix (1780-1834)<sup>15</sup>, se encontraban compañeros de armas británicos e irlandeses como John Mac Kintosh (1797-1846), William Owens Ferguson (1800-1828) Daniel Florence O'Leary (1801-1854) y Francis Burdett O'Connor (1791-1871), así como el sueco Fredrik Adelcreutz (1793-1852), el alemán Henri Louis Ducoudray Holstein (Heinrich Ludwig Villaume, 1772-1839) y el francés Charles Eloi Demarquet (1796-1870), también edecán del Libertador. La simple ausencia de Bolívar fue interpretada ya como un triunfo de Santander, el cual, en el curso de las sesiones, hizo todo lo posible no tanto ya por impedir la adopción de la Constitución de Bolivia, claramente inviable a estas alturas, sino sobre todo por imponer una reforma constitucional propia que acabase con todas las prerrogativas presidenciales de la Constitución de Cúcuta, y garantizase el mantenimiento de su propia posición en Nueva Granada. A pesar de las muchas maniobras urdidas por Santander para atraerse al sector bolivariano, los partidarios del Libertador decidieron retirarse de la reunión para forzar una suspensión de la misma por falta de *quorum*.

Paralelamente, y a partir de mediados de junio de 1828, se sucedieron los pronunciamientos de gobiernos municipales que se negaban a obedecer a la Convención y proclamaban en cambio a Bolívar como *supremo dictador*, con todas las facultades. Bogotá, Guayaquil, Quito, Panamá, Caracas y Cartagena, junto a otras muchas poblaciones de menor tamaño, se comprometían a seguir apoyando a quien había liderado el proceso independentista desde 1810. Así, la Convención de Ocaña se saldó con un estrepitoso fracaso de ambas partes, y la quie-

bra de la legalidad implícita en los pronunciamientos ciudadanos, por muy halagüeña que pudiese resultar personalmente para Bolívar, traería también consigo costes políticos muy significativos. Se había abierto la puerta a la anarquía, tan temida por el Libertador, y precisamente él estaba llamado a ser una de sus primeras víctimas <sup>16</sup>.

### **Bolívar, *dictador***

La conversión del poder supremo bolivariano en un poder absoluto o dictatorial se formalizó con el llamado Decreto Orgánico del 27 de agosto de 1828 <sup>17</sup>. Por él, el «Presidente Libertador» pasaba a concentrar la totalidad de los poderes, a la espera de que se convocase una nueva Asamblea Nacional Constituyente. La interpretación histórica de este paso presenta evidentes dificultades, en la medida en que el «poder supremo» bolivariano, ya en vida del Libertador, fue factor de división entre partidarios y detractores. La dicotomía fue transferida en cierto modo a la historiografía, condicionándola hasta el día de hoy. ¿Suponía la aceptación consciente de un modo dictatorial una «traición» a los principios inspiradores del movimiento independentista? ¿O bien simplemente se trataba de un último paso en la deriva personalista que, según los partidarios de Santander, había emprendido Bolívar ya en 1826? Para los enemigos del Libertador, tanto la invocación de poderes extraordinarios en el marco de la propia constitución colombiana como la institución de la presidencia vitalicia prevista en la Constitución de Bolivia resultaban incompatibles con un discurso centrado desde 1810 en valores de libertad e igualdad.

Por otra parte, es obvio que Bolívar no simpatizaba con una opción radical y prístinamente «democrática», y ya desde sus primeros escritos políticos relevantes, por ejemplo la *Carta de Jamaica*, se había manifestado partidario de un poder ejecutivo fuerte y estable, capaz de controlar las tendencias centrífugas y el potencial de conflictividad socio-étnica característicos de la sociedad americana. Antes que «demócrata», Bolívar se consideraba «republicano», y buscaba, por tanto, aquel sistema de gobierno que mejor garantizase la libertad, la estabilidad y, sobre todo, la independencia recién lograda. En su propio ejercicio del poder, es necesario insistir en que Bolívar nunca se apartó, ni siquiera en el período 1828-1830, del camino de la legalidad formal, y tampoco se caracterizó precisa-

mente por el fomento de prácticas clientelares o menos aún corruptas. Por consiguiente, su ocasional catalogación como «caudillo» o «déspota» es más producto de la inquina ideológica que del análisis histórico<sup>18</sup>. Desde la vereda del conservadurismo historiográfico han predominado en todo caso las valoraciones positivas, cristalizadas conceptualmente (sobre todo para la historiografía venezolana) en la caracterización del régimen como «cesarismo democrático», en el sentido de opción autoritaria entendida como «necesidad histórica», y única forma posible de regular y controlar el poder político en sociedades étnicamente heterogéneas y con un nulo o muy deficitario desarrollo cultural<sup>19</sup>.

A partir de su asunción del poder, en junio de 1828, Bolívar se esforzó en ampliar su base de legitimidad, buscando la cercanía de los poderes tradicionales y, muy especialmente, la de la Iglesia. Aun así, por mucho que siguiese manteniendo un férreo control sobre el ejército, la precariedad de su régimen era evidente. Se sustentaba sólo en la fuerza y en la fidelidad de un exiguo círculo de colaboradores venezolanos e irlandeses, sin ningún anclaje en la sociedad bogotana. La dictadura militar de Bolívar no logró restablecer el orden ni pacificar el país. Bloqueada la vía institucional, la oposición eligió el camino del complot y la sedición. En torno al santanderista Luis Vargas Tejada (1802-1829) se había ido tejiendo una red conspirativa que, además de operar políticamente contra el Libertador, acabó viendo en su eliminación física una salida a la situación planteada en Nueva Granada. La idea de asesinar a Bolívar tomó forma en la primera mitad de septiembre de 1828. No cabe excluir por completo la posibilidad de que Santander estuviese al corriente de la intriga. El principal rival político del Libertador se hallaba por aquellos días en Washington como embajador, en una suerte de destierro político iniciado tras la instauración de la dictadura bolivariana. En la noche del 25 de septiembre, los conjurados intentaron ejecutar su plan, y sólo la suerte y la gran presencia de ánimo de Manuela Sáenz permitieron huir a Bolívar de su residencia y librarse de lo que hubiese sido su segura muerte<sup>20</sup>. La ola de represión que se desencadenó a raíz del atentado, debida no tanto a la convicción de la propia víctima como a la presión de sus consejeros más próximos, especialmente de Urdaneta, resultó de nuevo contraproducente, puesto que vino a confirmar a ojos de los opositores el carácter supuestamente tiránico del presidente, del cual venían quejándose desde hacía meses. Una enorme frustración política y personal minaba ya claramente la salud del Libertador, que re-

flexionaría a partir de ese momento en los términos más sombríos sobre su situación y la de Colombia <sup>21</sup>.

A la hora de interpretar el régimen dictatorial instalado a finales de la década de 1820, no son pocos los historiadores de ideología conservadora que ensalzan a Bolívar no sólo como factor de orden y estabilidad política, sino sobre todo en virtud de un supuesto giro de su política respecto a la religión en general y las instituciones de la Iglesia católica, en particular. Ciertamente, tanto el Decreto Orgánico de agosto de 1828 como varias de las medidas que lo desarrollaron con posterioridad supusieron una mejora objetiva de la situación del clero en la Gran Colombia respecto a la fase inicial del período independentista. Bolívar anuló parte de las decisiones que se habían tomado en Cúcuta respecto al clero regular, en especial las referidas a la supresión de los conventos menores, así como disposiciones civiles restringiendo el acceso al sacerdocio de individuos de menos de veinticinco años. Sin embargo, aparte de que el alcance real de estas correcciones fue limitado (no se restituyeron antiguas propiedades eclesiásticas reconvertidas en escuelas u hospitales), su filosofía general tenía mucho más de búsqueda de un *modus vivendi* políticamente viable que de alineamiento confesional sin condiciones por parte del poder civil. El Decreto Orgánico asumía explícitamente la protección de la Iglesia como función propia del Estado. Sin embargo, ello no quiere decir que Bolívar se hubiese «reconvertido» al catolicismo, y menos aún que se hubiese vuelto partidario del clericalismo que tan visiblemente había informado la vida cotidiana en época colonial. El trasfondo de estas decisiones parece haber sido más bien de naturaleza meramente pragmática. Se trataba de ganar aceptación y legitimidad en sectores especialmente relevantes de la población, tanto más en regiones de gran tradición católica, como por ejemplo Popayán o Pasto.

Otras medidas de carácter liberal, como la garantía de libertad de conciencia a los residentes extranjeros, se mantuvieron vigentes, y Bolívar tampoco renunció a ejercer sin limitaciones el derecho de presentación heredado de las autoridades de la colonia. También es cierto que a la altura de 1828 ni la jerarquía ni el común de los clérigos se parecían demasiado a los que Bolívar había tenido que sufrir durante los primeros años del movimiento independentista. De la absoluta intolerancia y plena identificación con el poder colonial español se había pasado, especialmente después de 1820, a una actitud mucho más flexible y cooperativa frente a las nuevas instituciones republicanas. Por ejemplo, Bolívar encontró un importante aliado en la

persona de Rafael Lasso de la Vega (1764-1831), obispo de Mérida, el cual lo apoyó no sólo dentro de Colombia, sino también en los conflictos que fueron surgiendo con la Santa Sede en torno al reconocimiento de la nueva realidad política nacida de la Independencia<sup>22</sup>. Desde Roma, la analogía del movimiento emancipador americano con las revoluciones europeas se había plasmado incluso en encíclicas abiertamente hostiles<sup>23</sup>. Pero Bolívar no se dejó irritar por la persistente intransigencia de la Curia, y buscó, allí donde era necesario, la colaboración con la jerarquía eclesiástica local<sup>24</sup>.

### **El colapso de la República**

Los dos últimos años de vida de Simón Bolívar estuvieron marcados por la concatenación de reveses políticos, tanto dentro de la Gran Colombia como debido a amenazas externas. El Libertador, consciente de las grandes dificultades que atravesaba su proyecto, y mermado progresivamente en sus facultades físicas, afrontó sucesivamente una invasión del territorio colombiano desde Perú, una serie de asonadas locales y regionales y, por si algo faltaba, un principio de desencuentro entre los que habían sido sus más fieles seguidores hasta entonces. Los miembros de la élite militar bolivariana empezaban a mostrarse cada vez más inseguros y disconformes con las frecuentes vacilaciones de su líder respecto a la solución de los problemas centrales del momento. La definitiva desintegración de la Gran Colombia, con las declaraciones de independencia de mayo de 1830, fue un golpe previsible pero extraordinariamente duro para Bolívar, y supondría un cierre más que frustrante a dos décadas de incesante actividad política y militar.

Los ecos de la conspiración bogotana de septiembre de 1828 también habían llegado al sur de la República, concretamente a Popayán, donde un caudillo local, el coronel José María Obando (1795-1861), decidió levantarse contra Bolívar en octubre. Obando era un militar conocido por su falta de escrúpulos, un oportunista que había luchado bajo las más diversas banderas a lo largo del proceso de independencia, y que vio en la debilidad del gobierno republicano una excelente ocasión para afianzar su control personal sobre territorios periféricos y étnicamente heterogéneos, poco integrados por tanto en la institucionalidad colombiana. Se apoyó para ello tanto en negros e indígenas como en los siempre impredecibles

habitantes de Pasto, y en última instancia no dudó en buscar la colaboración del Gobierno peruano del general José Domingo de La Mar (1778-1830), cuya actitud hostil a Bolívar le era sobradamente conocida. Debido a sus propias experiencias siete u ocho años antes, Bolívar sabía perfectamente el peligro que entrañaba una movilización de los pastusos contra el poder central colombiano, que pudiese derivar, en el peor de los casos, en su utilización como «quinta columna» de un potencial invasor exterior. Urgía, por tanto, actuar contra Obando, y hacerlo además de un modo lo suficientemente eficaz y contundente como para asegurar a largo plazo la estabilidad del flanco meridional frente a las tentaciones peruanas. Como reacción inmediata al desafío de Obando, Bolívar envió hacia el sur a José María Córdova, al mando de un ejército de 1.500 soldados. El paso siguiente, una vez regulada la instauración de un Gobierno interino en Bogotá, fue la partida del propio Bolívar en dirección a Popayán. Llegado allí, el Libertador tuvo que afrontar las críticas de Córdova por no haber castigado más severamente al sedicioso Obando y al resto de los participantes en la sublevación. Bolívar era perfectamente consciente de que las verdaderas dificultades —el previsible ataque peruano, entre otras— estaban aún por venir, y optó por una actitud clemente y negociadora. El tiempo le daría la razón, no tanto por la muy discutible lealtad de Obando cuanto por la rápida escalada de la tensión en la frontera <sup>25</sup>.

El disenso con el Gobierno de Lima hundía sus raíces en las peculiaridades del muy tardío proceso independentista peruano, y estaba claramente condicionado por la antipatía de la élite local hacia la persona y los planteamientos políticos de Bolívar. Por si algo faltaba, la oposición liberal-santanderista se había ocupado de alimentar indirectamente el conflicto. Los dirigentes peruanos nunca llegaron a aceptar del todo la «pérdida» de Guayaquil y hostigaron consecuentemente a los colombianos allí donde pudieron. En abril de 1828, por intermedio del general Andrés de Santa Cruz, consiguieron forzar la renuncia de Sucre en Bolivia, así como la retirada del territorio de todas las fuerzas bolivarianas <sup>26</sup>. En el norte del país fue el propio La Mar quien encabezó los movimientos de tropas hasta la frontera. Simultáneamente se dispuso el bloqueo naval de Guayaquil, forzando al general Juan José Flores (1800-1864), un venezolano al mando de las tropas ecuatorianas, a declarar la guerra y pasar al contraataque, mientras O'Leary, comisionado por Bolívar, intentaba ganar tiempo alcanzando algún tipo de acuerdo con los peruanos <sup>27</sup>.

La perspectiva de un nuevo conflicto bélico a gran escala no generaba ningún entusiasmo en Colombia, y ello no sólo por los costes económicos que inevitablemente traería consigo, sino sobre todo por la predecible exacerbación de las tensiones existentes dentro de la propia élite bolivariana. Hombres como Sucre, Flores y O'Leary estaban unidos a estas alturas única y exclusivamente por su vínculo de fidelidad a Bolívar, pero mantenían numerosas discrepancias en su valoración de la situación política y militar, y competían además entre sí en una lucha aún sorda, pero cada vez más real, por la sucesión del Libertador<sup>28</sup>. El conocimiento de estas rencillas hacía tanto más urgente la presencia de Bolívar en el Sur. Y fue durante la jornada a Quito, a su paso por Pasto, cuando éste tuvo noticia de cómo sus generales habían conseguido frenar a los invasores peruanos. El 21 de febrero de 1829, en las llanuras de Tarqui, las tropas colombianas comandadas por Sucre infligieron una clara derrota al ejército de La Mar. El mariscal de Ayacucho se mostró una vez más generoso con los vencidos y propició la firma de un armisticio (Convenio de Girón) con la sola exigencia de la retirada de los peruanos del territorio colombiano. La campaña del ejército del sur había de ser, según su propio deseo, la última de Sucre, y por ello el vencedor de Ayacucho solicitó permiso a Bolívar para renunciar al mando y a cualquier cargo público<sup>29</sup>.

La momentánea solución militar del problema de la amenaza peruana no bastó para disipar las bien fundadas dudas del Libertador acerca del inmediato futuro. En un artículo político que se pretendía balance de los esfuerzos independentistas, Bolívar daba rienda suelta a su pesimismo respecto al futuro americano:

«No hay buena fe en América, ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las Constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía y la vida un tormento... Os enamorasteis de la libertad, deslumbrados por sus poderosos atractivos, pero como la libertad es tan peligrosa como la hermosura de las mujeres, a quienes todos seducen y pretenden, por amor o vanidad, no la habéis conservado inocente y pura como ella descendió del cielo. El poder, enemigo nato de nuestros derechos, ha excitado las ambiciones particulares de todas las clases del Estado»<sup>30</sup>.

Ahora, aunque mostraba comprensión hacia el deseo de Sucre de descansar y concentrarse en el cuidado de su familia, la demanda de su lugarteniente le recordaba el mucho tiempo pasado y la enorme di-

mención de las tareas aún por concluir. No se trataba tan sólo del peligro peruano, que no se había acabado de conjurar y que continuó latente hasta el derrocamiento de José de La Mar por parte de su principal general, Agustín Gamarra (1785-1841), en junio de 1829. La reconquista de Guayaquil para Colombia y la firma de un tratado de paz con Gamarra (el 22 de septiembre de 1829) supusieron un respiro para el Libertador, pero lo seguían persiguiendo los problemas pendientes en Bogotá y, por si fuera poco, también la salud empezaba a abandonarlo. Encontrándose en Guayaquil, Bolívar enfermó gravemente, muy probablemente de tuberculosis. La debilidad física, unida a su precario estado emocional, lo sumió en tribulaciones sobre su propio futuro, y por primera vez se planteó seriamente seguir el ejemplo de Sucre y retirarse de la vida política. Un documento excepcional de este estado de dudas es la extensa carta que dirigió, con fecha del 13 de septiembre, a O'Leary <sup>31</sup>, en la que hacía partícipe al irlandés de sus cuitas, tanto personales como políticas. El Libertador se veía viejo y cansado, carente de la energía que le había permitido sortear todo tipo de dificultades en el pasado. En lo político, los años habían acabado convenciéndolo de lo muy escasas que eran las alternativas para Colombia: o bien una monarquía con la que personalmente no simpatizaba en absoluto, o bien la «anarquía» de un sistema federal que consideraba completamente inviable en el contexto de la sociedad colombiana (y, por extensión, de la sociedad hispanoamericana). Frente a la perspectiva de un «reino» colombiano, el republicanismo de Bolívar se mostraba aquí en su faceta más revolucionaria:

«Yo no concibo que sea posible siquiera establecer un reino en un país que es constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y las más numerosas reclaman esta prerrogativa con derechos incontestables, pues la igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza. Además, ¿quién puede ser rey en Colombia? Nadie, a mi parecer, porque ningún príncipe extranjero admitiría un trono rodeado de peligros y miserias; y los generales tendrían a menos someterse a un compañero y renunciar para siempre la autoridad suprema. El pueblo se espantaría con esta novedad y se juzgaría perdido por la serie de consecuencias que deduciría de la estructura y base de este gobierno. Los agitadores conmovieran al pueblo con armas bien alevosas y su seducción sería invencible, porque todo conspira a odiar ese fantasma de tiranía que aterra con el nombre sólo. La pobreza del país no permite la erección de un gobierno fastuoso y que consagra

todos los abusos del lujo y la disipación. La nueva nobleza, indispensable en una monarquía, saldría de la masa del pueblo, con todos los celos de una parte, y toda la altanería de la otra. Nadie sufriría sin impaciencia esta miserable aristocracia cubierta de pobreza e ignorancia y animada de pretensiones ridículas... No hablemos más, por consiguiente, de esta quimera»<sup>32</sup>.

Por otra parte, y ya desde el traumático fracaso de la Primera República en Venezuela, Bolívar desconfiaba profundamente de la aplicabilidad de la cultura constitucional estadounidense a las condiciones de la sociedad surgida del dominio colonial español:

«Todavía tengo menos inclinación a tratar del gobierno federal; semejante forma social es una anarquía regularizada, o más bien es la ley que prescribe implícitamente la obligación de disociarse y arruinar el estado con todos sus individuos. Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo. Aquí no hay que añadir más nada, sino echar la vista sobre esos pobres países de Buenos Aires, Chile, Méjico y Guatemala. También podemos nosotros recordar nuestros primeros años... Estos ejemplos solos nos dicen más que las bibliotecas. No queda otro partido a Colombia que el de organizar, lo menos mal posible, un sistema central competentemente proporcionado a la extensión del territorio y a la especie de sus habitantes. Un estado civilizado a la europea presenta menos resistencia al gobierno de parte del pueblo y de la naturaleza que una pequeña provincia de América, por las dificultades del terreno y la ignorancia del pueblo; por lo mismo, nos veremos forzados a dar a nuestras instituciones más solidez y energía que las que en otros países se juzgan necesarias. Colombia no sólo tiene la extensión de un estado europeo, sino que puede contener en su recinto muchas de aquellas naciones. ¿Cuáles no serán nuestros embarazos y dificultades para manejar un dilatadísimo imperio con los brazos de un gobierno apenas capaces de gobernar mal una provincia?»<sup>33</sup>.

En la opinión del Libertador, el problema no era el sistema político en sí, sino su aplicación a una sociedad en la que podían ser igualmente peligrosas la deriva tiránica y aristocratizante de una monarquía así como la incertidumbre de unas instituciones republicanas débiles a merced de una población carente de la necesaria cultura cívica. El dilema se planteaba, por tanto, en términos realmente deprimidos, y Bolívar expresaba su propia indecisión con toda crudeza:

«El gobierno constituyente tendrá que elegir una de dos resoluciones únicas que le quedan en la situación de las cosas:

1. La división de la Nueva Granada y Venezuela.
2. La creación de un gobierno vitalicio y fuerte»<sup>34</sup>.

A continuación, el Libertador procedía a sopesar las ventajas e inconvenientes de ambos escenarios, no sin reflexionar sobre su posible papel en cada uno de ellos:

«Es preciso que Colombia se desengañe y que tome su partido, porque no la puedo mandar más. Esto es hecho, y pasemos a los inconvenientes. ¿Qué hará, pues, el Congreso, para nombrarme un sucesor? ¿Será granadino o venezolano? ¿Militar o civil?... ¿Mandarán siempre los militares con su espada? ¿No se quejarán los civiles del despotismo de los soldados? ¿Yo conozco que la actual república no se puede gobernar sin una espada y, al mismo tiempo, no puedo dejar de convenir que es insoportable el espíritu militar en el mando civil. Siempre tendrá el Congreso que volver a la cuestión de dividir el país, porque, hágase lo que se quiera, la elección del presidente ha de ser reprobada»<sup>35</sup>.

Lo que desde el punto de vista de Bolívar no era más que una reflexión teórica, acorde con su forma de operar, valorando las alternativas a fin de alcanzar un objetivo claramente definido, cual era la instauración de un Gobierno central fuerte, se convirtió para partidarios y detractores en piedra de escándalo y factor de división política durante toda la segunda mitad de 1829. En realidad, los únicos que habían efectuado gestiones concretas en pos de una solución monárquica para Colombia eran los ministros del Gobierno de Bogotá, que incluso habían iniciado conversaciones con emisarios gubernamentales de Francia y Gran Bretaña al objeto de sondear las posibilidades existentes, todo ello por cierto sin consultar a Bolívar<sup>36</sup>. Éste, por principio, nunca estuvo convencido de la viabilidad de tales planes pero, al menos en el terreno de la política pragmática, sí otorgaba un gran valor al papel que pudiesen desempeñar las potencias europeas como escudo protector de la República ante hipotéticas amenazas externas. Este trasfondo práctico, y no en absoluto un repentino entusiasmo monárquico, justificó los contactos exploratorios con Patrick Campbell, el encargado de negocios británico. Pero en el fondo del asunto, Bolívar continuaba firme en su criterio de que un rey era incompatible con el carácter constitutivamente democrático del país.

Sin embargo, ni la prudencia de los implicados ni las repetidas protestas del propio Libertador lograron evitar que sus enemigos políticos tomaran estos contactos como pretexto para atacarlo políticamente y acusarlo de intentar subvertir el orden republicano y erigirse él mismo en una suerte de monarca absoluto. Aun careciendo de todo fundamento, tales reproches bastaron para justificar una asonada militar en Antioquía, a cuyo frente se puso el general José María Córdova. En el manifiesto en el que intentaba fundamentar la sublevación, Córdova sostenía que Bolívar había traicionado no sólo la letra de la Constitución, sino también el espíritu de los Derechos del Hombre que se suponía quería propagar. Tanto esta diatriba como la rebelión en sí misma causaron una considerable conmoción en la élite bolivariana, siendo su mayor temor el que el levantamiento pudiese extenderse a otras regiones. En esta ocasión fue O'Leary el encargado de reprimir a los sublevados. El irlandés derrotó a Córdova en Santuario, cerca de Medellín. El militar sedicioso fue asesinado a sangre fría durante los combates, sin que ello, dadas las circunstancias, ocasionase gran preocupación a los implicados<sup>37</sup>.

Consumada la victoria sobre los rebeldes, los ministros colombianos decidieron poner en antecedentes a Bolívar sobre el verdadero alcance de sus planes de restauración monárquica. La respuesta del Libertador fue inequívocamente negativa, tanto más cuanto podía prever que todas las reacciones contrarias acabarían concentrándose en su persona. También en términos institucionales se planteaban serias dudas, puesto que los promotores de las negociaciones habían obviado la imprescindible convocatoria del Congreso Nacional. José Manuel Restrepo (1781-1863), el polígrafo neogranadino que ejercía desde 1821 el cargo de secretario del Interior y Relaciones Exteriores de la Gran Colombia, había desempeñado un papel decisivo en el asunto, y tuvo que asumir las consecuencias políticas del mismo, no sin poner de manifiesto su gran sorpresa ante la actitud del Libertador. Restrepo y sus colegas adujeron que creían haber actuado en todo momento según sus deseos. Sin embargo, lo cierto es que Bolívar jamás había solicitado algo distinto a la búsqueda de protección por parte de una potencia europea. Al final, el Libertador optó por poner fin a la discusión, rompiendo las negociaciones abiertas con franceses e ingleses y sustituyendo a los miembros de su gabinete. Pero en cualquier caso la confusión política que se había creado dejó graves secuelas. Al hastío objetivo, causado por las múltiples querrelas internas y externas, se unía ahora, desde la perspectiva del Liber-

tador, una sensación subjetiva de incompreensión, incluso entre sus más acérrimos seguidores.

A pesar de haber podido ser dominada militarmente sin mayores dificultades, la sublevación de Córdova tuvo consecuencias extraordinariamente negativas para la estabilidad colombiana en su conjunto. Los supuestos devaneos del Libertador con una solución monárquica fueron convenientemente exagerados por sus enemigos políticos, los cuales hallaron, especialmente en Venezuela, un terreno abonado en el descontento general con la Unión y un ejecutor político-militar de sus designios en la persona de José Antonio Páez, enemistado de antiguo con Bolívar. El Libertador les proporcionó una ventaja absolutamente gratuita al ordenar una suerte de consulta popular, a celebrar en noviembre de 1829, en la que los ciudadanos colombianos tuviesen ocasión de pronunciarse sobre la forma de Estado que había de adoptar la Unión en el futuro<sup>38</sup>. Bolívar buscaba dotar de legitimidad adicional a decisiones que en realidad sólo podía tomar el Congreso Nacional. Desde un punto de vista práctico, la celebración de asambleas ciudadanas podía contribuir a la aceptación de cambios institucionales, cualesquiera fuesen éstos. Sin embargo, y en el contexto de la desconfianza general que reinaba en el país, lo que acabó imponiéndose fue la coacción por parte de los caudillos regionales y locales, y con ella las posiciones políticas más radicales.

El resultado fue una victoria incontestable del separatismo. La asamblea popular celebrada en Caracas el 25 de noviembre de 1829 se saldó con un pronunciamiento inequívoco en contra de Bolívar y a favor de la independencia, y la mayoría de las ciudades y distritos de Venezuela siguieron el ejemplo de la capital. Páez había marchado a Caracas y se había puesto al frente de los separatistas, no sin intentar una última maniobra personal frente a Bolívar, al reclamarle su nombramiento como presidente de la República, con el argumento de que un neogranadino, Francisco de Paula Santander, lo había ejercido durante mucho tiempo, y ahora el turno le correspondía a un venezolano. Como Bolívar no se plegó a sus condiciones, Páez organizó una rebelión en toda regla contra el «mal gobierno» bolivariano, que acabaría desembocando en la definitiva secesión.

Si bien el separatismo venezolano afectaba emocionalmente a Bolívar de modo especial —no en vano se trataba de su patria—, el curso de los acontecimientos no podía resultarle sorprendente. Eran personajes como Páez, Mariño y Bermúdez los que volvían a llevar la voz cantante, es decir, genuinos representantes de un caudillismo regio-

nal surgido y fortalecido al socaire del proceso independentista tres lustros antes. La novedad del fenómeno se ubicaba ahora más bien en la centralidad del momento identitario: caudillismo y protonacionalismo iban de la mano, propiciando la confusión entre los intereses particulares de las élites militares venezolanas con el interés general de una población muy escasamente identificada con el proyecto de la Gran Colombia. Bolívar estaba llamado a ser la víctima principal de este peligroso maridaje. La frustración del Libertador fue grande y casi definitiva: «Los Tiranos de mi país me lo han quitado, y yo estoy proscrito, así yo no tengo patria a quien hacer sacrificio»<sup>39</sup>.

### **Exilio y muerte**

Dadas las circunstancias, poco puede extrañar la penosísima impresión que dejó el Libertador entre los testigos de su llegada a Bogotá, el 15 de enero de 1830, para participar en el Congreso Constituyente que él mismo había convocado. Bolívar se sentía viejo, cansado y traicionado, y se preocupó sobre todo de organizar las cosas de un modo que facilitase su pronto retiro de la escena. El 20 de enero se dio inicio al Congreso con el nombramiento de Sucre como presidente y del obispo de Santa Marta, José María Esteves (1780-1834), como vicepresidente. En el marco de este «Congreso Admirable», como se le llamó, se sentaban de este modo las bases para una continuidad del proyecto republicano neogranadino, con Sucre como sucesor *in spe* del Libertador y con la Iglesia como principal, por no decir única, instancia potencialmente integradora de los diversos sectores sociales implicados en él. Bolívar mismo admitía haber llegado al final de su trayectoria política y presentaba su renuncia:

«Obligados, como estáis, a constituir el gobierno de la República, dentro y fuera de vuestro seno, hallaréis ilustres ciudadanos que desempeñen la presidencia del Estado con gloria y ventajas. Todos, todos mis conciudadanos gozan de la fortuna inestimable de parecer inocentes a los ojos de la sospecha, sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía. Libradme, os ruego, del baldón que me espera si continúo ocupando un destino, que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición. Creedme, un nuevo magistrado es ya indispensable para la República. El pueblo quiere saber si dejaré alguna vez de mandarlo. Los estados americanos me consideran con cierta inquietud, que pueden atraer algún día a Colombia males semejantes a los de la guerra

del Perú. En Europa mismo no faltan quienes temen que yo desacredite con mi conducta la hermosa causa de la libertad... Mostraos, conciudadanos, dignos de representar un pueblo libre, alejando toda idea que me suponga necesario para la República... El magistrado que escogáis será sin duda un iris de concordia doméstica, un lazo de fraternidad, un consuelo para los partidos abatidos. Todos los colombianos se acercarán alrededor de este mortal afortunado; él los estrechará en los brazos de la amistad, formará de ellos una familia de ciudadanos. Yo obedeceré con el respeto más cordial a este magistrado legítimo; lo seguiré cual ángel de paz; lo sostendré con mi espada y con todas mis fuerzas... La República será feliz, si al admitir mi renuncia nombráis de presidente a un ciudadano querido de la nación; ella sucumbiría si os obstinaseis en que yo la mandara. Oíd mis súplicas; salvad la República; salvad mí gloria que es de Colombia. Disponed de la presidencia que respetuosamente abduco en vuestras manos. Desde hoy no soy más que un ciudadano armado para defender la patria y obedecer al gobierno; cesaron mis funciones públicas para siempre. Os hago formal y solemne entrega de la autoridad suprema, que los sufragios nacionales me habían conferido»<sup>40</sup>.

El Congreso era reacio a aceptar la renuncia del Libertador, e intentó ganar tiempo aduciendo la necesidad de esperar a que se promulgase una nueva Constitución. Bolívar, a quien le fue denegado el permiso para dirigirse personalmente a Venezuela, sí supervisó los preparativos de una campaña militar contra Páez, a cuyo mando colocó a dos generales europeos: O'Leary y el sueco Adelcreutz. La campaña fracasó, entre otras razones, debido a la deserción masiva de los soldados venezolanos, a los que Páez había amenazado con retirarles sus emolumentos y pensiones si continuaban sirviendo a las órdenes de oficiales bolivarianos. El Congreso se tuvo que hacer cargo del hecho de que la independencia de Venezuela era innegociable y, además, de que cualquier posible acuerdo en el futuro pasaba irremisiblemente por la retirada de Bolívar y su expulsión del país. En estas condiciones, al Congreso no le quedó otra alternativa que aceptar formalmente la renuncia del Libertador y nombrar a Joaquín Mosquera (1787-1878), un político neogranadino de tendencias liberales, como su sucesor<sup>41</sup>.

Bolívar, refugiado desde comienzos de marzo en la casa de campo proporcionada por Domingo Caicedo en Fucha, al oeste de Bogotá, luchaba por recuperar la salud y, a falta de buenas noticias en el presente, se concentraba en la reivindicación consecuente del pasado, en

la defensa ante los calumniadores que pretendían devaluar o desacreditar su obra de dos décadas. Posada Gutiérrez, uno de sus visitantes habituales en estos días de profunda depresión, ofrece una descripción altamente plástica del estado de ánimo del Libertador:

«Una tarde de las que me hizo el honor de invitarme a su mesa, salimos a pasear a pie por las bellas praderas de aquella posesión; su andar era lento y fatigoso, su voz casi apagada le obligaba a hacer esfuerzos para hacerla inteligible; prefería las orillas del riachuelo que serpenteaba silencioso por la pintoresca campiña, y con los brazos cruzados, se detenía a contemplar su corriente, imagen de la vida. “¿Cuánto tiempo (me dijo) tardará esta agua en confundirse con la del inmenso océano, como se confunde el hombre en la podredumbre del sepulcro con la tierra de donde salió? Una gran parte se evapora y se sutiliza, como la gloria humana, como la fama. ¿No es verdad coronel?” “Sí, mi general”, contesté yo, sin saber lo que decía, conmovido con el anonadamiento en que veía caer a aquel hombre eminente, tan mal comprendido. De repente, apretándose las sienes con las manos, exclamó con voz trémula: “¡Mi gloria! ¡mi gloria! ¿Por qué me la arrebatan? ¿Por qué me calumnian?...” En esta conversación la respiración anhelosa de Bolívar, la languidez de su mirar, los hondos suspiros que salían de su pecho oprimido, todo manifestaba la debilidad del cuerpo y el dolor del alma, inspirando compasión y respeto»<sup>42</sup>.

La principal preocupación de Bolívar ya no se centraba en la conquista, el mantenimiento o el fortalecimiento de su poder, sino en la defensa de su buen nombre, tanto dentro como fuera del país. Su celo a este respecto llegaba hasta el punto de dar instrucciones a José Fernández Madrid (1789-1830), el representante del Gobierno de Bogotá en Londres, para que se ocupase de rechazar una por una las acusaciones falsas que se difundían contra su persona<sup>43</sup>. Por lo demás no había ya prácticamente nada que lo retuviese en Colombia. El principal obstáculo a su marcha era la falta de recursos propios para financiarse la salida del país y el exilio en alguna ciudad extranjera aún por determinar. Su patrimonio había sufrido una notable merma durante la guerra y, quitando algunas joyas y caballos que vendió antes de abandonar Bogotá, lo único que le quedaba eran las minas de cobre de Aroa, moderadamente rentables pero en una situación jurídica bastante incierta<sup>44</sup>. La partida de Bolívar, el 8 de mayo de 1830, estuvo acompañada mucho más por desaires y protestas que por muestras de agradecimiento de sus antiguos corre-

ligionarios. Dejando aparte a Sucre, que se apresuró, sin éxito, a alcanzarlo en Bogotá antes de su salida, la atmósfera reinante era de liquidación y cierre de etapa. Las tropas venezolanas estacionadas en Nueva Granada abandonaban el país en un ambiente de creciente xenofobia, y el propio Bolívar, en su camino a Cartagena, se convertía en objeto de ataques y burlas callejeras de los naturales de un país que él mismo había fundado.

A Bolívar aún le quedaba por recibir una pésima noticia política. Al llegar a Honda se le informó del levantamiento del general Juan José Flores en los departamentos del sur: Guayaquil, Quito y la parte meridional de Nueva Granada se proclamaban independientes el 13 de mayo de 1830, bajo la denominación de República del Ecuador. El desenlace ponía al descubierto una vez más las fallas estructurales del proyecto colombiano, en el que coexistían realidades socio-étnicas y políticas absolutamente dispares. Tanto la aristocracia quiteña como la mayoría indígena se habían implicado muy marginalmente en el proceso independentista, y si bien ello les había permitido librarse de las convulsiones que afectaron por ejemplo a Venezuela, el profundo conservadurismo social de las élites no les había permitido digerir lo más mínimo las reformas económicas e institucionales impulsadas desde Bogotá. Si a todo esto se añade el descontento generado por las cargas de la reciente guerra contra el Perú, no es en absoluto casual que la restauración del tributo indígena y el mantenimiento de la esclavitud se convirtiesen en caballos de batalla de los secesionistas ecuatorianos. Con la separación de Ecuador del proyecto de confederación impulsado por Bolívar, Nueva Granada, que adoptaría más tarde con exclusividad el nombre de Colombia, quedó como su único componente <sup>45</sup>.

El 16 de mayo de 1830, Bolívar se embarcó en Honda con el propósito de remontar el Magdalena y pasar a Cartagena, sin tener aún una idea clara de cuál había de ser su destino final: ¿Jamaica? ¿Londres? ¿París? En el curso de su viaje revivió los acontecimientos que, diecisiete años atrás, lo habían convertido en líder del movimiento independentista. Y, curiosamente, al contrario que Bogotá, Cartagena sí lo recibió con muestras de aprecio similares a las de antaño. Allí sufriría el peor de los golpes, probablemente el definitivo, que el destino le tenía reservado para sus últimos días. El 1 de julio le llegaba la noticia del asesinato de Antonio José de Sucre, víctima de una emboscada en las montañas de Berruecos, cerca de Pasto, el 4 de junio, en el camino de regreso de Bogotá a Quito <sup>46</sup>. Bolívar, que consideraba a Su-

cre no sólo su mejor hombre, sino sobre todo su potencial heredero político, quedó sumido en una profunda depresión, que afectó también significativamente a su ya precario estado físico. Los amigos más cercanos le recomendaron su traslado a un lugar de clima más moderado, y por ello abandonó Cartagena en dirección a Turbaco.

Mientras tanto, la situación política de Colombia empeoraba por momentos. Las conspiraciones estaban a la orden del día, y se especulaba con la posibilidad de reactivar políticamente al Libertador. A la vez, los gobernantes venezolanos hacían de su marcha definitiva una *conditio sine qua non* para cualquier entendimiento con el Gobierno de Bogotá. Bolívar mismo se encontraba preso de la indecisión. Por un lado, mantenía una levisima esperanza de poder contribuir al mantenimiento de la Unión. Por otro, esta esperanza pasaba indefectiblemente por alguna forma de sublevación militar y, aun habiendo suficientes bolivarianos dispuestos a encabezarla (Urdaneta era el principal interesado), se trataba de un procedimiento que él mismo había desaprobado en numerosas ocasiones. Las cartas escritas por Bolívar durante los meses de agosto y septiembre de 1830 oscilan entre el optimismo de quien aún confía en el retorno a la vida pública y la resignación de quien, carente de fuerzas y de perspectivas políticas claras, asume a regañadientes la certeza de su derrota <sup>47</sup>. Desde Barranquilla, adonde había llegado a comienzos de noviembre, Bolívar escribió una carta al general Flores, el protagonista de la secesión ecuatoriana, en la que daba rienda suelta a su profunda desilusión:

«Vd. sabe que yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1º) La América es ingobernable para nosotros. 2º) El que sirve una revolución ara en el mar. 3º) La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4º) Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. 5º) Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos. 6º) Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América...» <sup>48</sup>.

Este sombrío diagnóstico de la situación, al que el tiempo acabaría dando carácter de virtual epitafio bolivariano, reflejaba un estado de agonía mental y pronto también física. El Libertador no era capaz de permanecer quieto y tranquilo. Por mucho que le fallasen

las fuerzas, seguía convencido de ser necesario, como militar y como político. Sólo la insistencia de los médicos logró que se embarcase rumbo a Santa Marta, en busca de un clima más benigno y soportable. Un acaudalado español, Joaquín de Mier, le ofreció su quinta de San Pedro Alejandrino, para que permaneciese allí el tiempo necesario para su completo restablecimiento. Pero, aunque pudo experimentar una ligera mejoría los primeros días, su situación pronto empeoró, y comenzó a delirar. El 8 de diciembre sus colaboradores se percataron de que el desenlace fatal era inminente. En los breves momentos de lucidez que le quedaron, Bolívar dictó a su secretario, el 9 de diciembre, una última proclama, que venía a ser una suerte de testamento político:

«Colombianos:

Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aún mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiáis de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro»<sup>49</sup>.

La agonía se prolongaría aún varios días más. Según el testimonio de los presentes, una de sus últimas frases fue «Vámonos, vámonos... esta gente no nos quiere en esta tierra». El 17 de diciembre, el mismo día y casi a la misma hora en que, once años atrás, firmase la Unión de la Gran Colombia en Angostura, el Libertador falleció. Su cuerpo fue embalsamado y sepultado, con modestísimos honores cívicos y militares, en la catedral de Santa Marta<sup>50</sup>. Este primer —y minúsculo— funeral del Libertador reflejó fielmente la situación política del momento: desaparecía un personaje incómodo, desposeído a

esas alturas de cualquier poder efectivo, pero de presencia poco deseable para sus rivales en su condición de símbolo republicano. La «muerte civil» del Libertador, primero en su Venezuela natal, y luego en los restantes departamentos de la Gran Colombia, se asociaba precisamente a esa ausencia de verdaderos republicanos de la que tan a menudo se había lamentado en vida. Mientras el mundo documentaba su admiración hacia los méritos acumulados por el caraqueño en las circunstancias más adversas <sup>51</sup>, sus propios conciudadanos se limitaron a completar un ritual mínimo de conmiseración cristiana por un hombre cuya época parecía definitivamente cerrada.

La noticia del fallecimiento de Bolívar tardó algunas semanas en difundirse entre partidarios y detractores: Manuela Sáenz, quien se enteró por intermedio de Perú de Lacroix, sería a la postre quizás la más directamente afectada. Durante el cuarto de siglo que le quedaba por vivir tuvo que pagar muy cara su fidelidad al Libertador. Primero en Bogotá, de donde fue prácticamente desterrada por los santanderistas; después en Quito, donde tras la sucesión presidencial —Vicente Rocafuerte (1783-1847), en lugar del general Flores— se vio enfrentada a la venganza de los antiguos enemigos de Sucre y Bolívar. Desposeída de la herencia de su marido, acabaría sus días pobre y sola en Paita, una pequeña localidad costera situada en el norte del Perú. En Venezuela, la desaparición del Libertador fue hecha pública a finales de enero de 1831. Una brevísima esquela dio cuenta del deceso, sin mayores comentarios, en la *Gaceta de Venezuela* del 4 de febrero <sup>52</sup>. La credibilidad de la noticia fue diversamente estimada por unos y otros: los familiares, amigos y partidarios del Libertador se negaron por principio a aceptarla, y atribuyeron al Gobierno la voluntad de engañar a la opinión pública, ansiosa según ellos del regreso del Libertador a la arena política. La idea no era tan descabellada, teniendo en cuenta que el general Urdaneta se había levantado en armas en septiembre de 1830 con la intención expresa de restituir la unidad de la Gran Colombia en nombre del ideario bolivariano. El intento no estuvo coronado por el éxito: el 28 de abril de 1831, Urdaneta se vio obligado a renunciar a favor del también general Domingo Caicedo, y se dirigió al exilio en Curaçao. Tentativas análogas de oficiales bolivarianos como el coronel Zamora o el general José Tadeo Monagas fracasarían de igual modo a lo largo del año.



## Capítulo VIII

# BOLÍVAR: LA HISTORIA Y EL MITO

### **Balance biográfico**

La reconstrucción de la biografía de Bolívar entraña los mismos riesgos que la de cualquier otra figura histórica. Para el historiador es difícil resistirse a la tentación de construir linealidad y consistencia allí donde el discurrir vital no ha dejado nada más que una sucesión de contradicciones y cesuras. En el caso de una personalidad tan exhaustivamente tratada como la de Bolívar, el peligro se incrementa exponencialmente por servir la persona del Libertador desde hace más de dos siglos como pantalla sobre la que proyectar toda suerte de anhelos y frustraciones, de estrategias políticas y programas intelectuales, con total independencia de la relación que puedan tener, o no, con la vivencia histórica del biografiado.

De la consideración de las circunstancias externas, del *contexto*, tal y como lo hemos venido desarrollando en los capítulos anteriores de este libro, se infiere la escasa credibilidad de aquellas hagiografías bolivarianas que postulan una evolución coherente desde la rebeldía infantil de «Simoncito» a la autoridad carismática del «estadista» Bolívar en la década de 1820. La vida del Libertador, una vez cerrada una fase de socialización relativamente típica para un joven de su extracción social, presenta sin embargo brechas visibles, coyunturas decisivas en las que queda marcada una tendencia de su evolución tanto privada como política. La muerte de su esposa y su marcha a Europa en 1803; el surgimiento del movimiento juntista en 1810 y su rápido tránsito (al menos desde la óptica del Libertador) al estadio de «revolución» contra el poder colonial; el giro en la estrategia polí-

tico-militar en 1818, con la opción por un independentismo de aspiraciones continentales y base social más amplia. Finalmente, a partir de 1826-1827, el esfuerzo denodado por la consolidación institucional de lo conseguido en el campo de batalla y por la formación de uno o varios Estados americanos viables a medio y largo plazo. Se trata en todos los casos de desafíos biográficos impuestos en buena parte desde fuera, de estímulos a los que Bolívar *reacciona*, aprendiendo en cada una de las ocasiones de los errores cometidos y reformulando cada vez los objetivos perseguidos a partir de una actitud eminentemente pragmática.

En lo que se parecen todas estas situaciones es en la capacidad reflexiva del Libertador, en su predilección por someter a escrutinio, severo en ocasiones, las acciones propias, y en su costumbre de poner sus reflexiones por escrito, entre otras razones para poder recomponer sus propios apoyos o recabar otros nuevos por la vía de la persuasión y el convencimiento, incluso de los más desengañados. Virajes estratégicos tan notables como el aplazamiento de la ofensiva sobre Caracas en beneficio del fortalecimiento de las posiciones patriotas en el interior venezolano o, por poner otro ejemplo, la opción de trascender la base originalmente criolla del movimiento, abriendo las puertas a la participación de las *castas* en el esfuerzo militar patriota, fueron consecuencia de decisiones meditadas, producto de reveses (muy repetidos, en el caso de Caracas) y exigieron un notable esfuerzo de comunicación política, para el que el Libertador se sirvió de su legitimidad carismática y también del fundamento intelectual del que solía dotar a todas sus declaraciones públicas. Un fundamento que, con el correr de los años, tendría cada vez más dosis de empirismo y menos de idealismo doctrinario.

Esta mayor consideración del contexto ayuda a evitar los inconvenientes de tener que pasar de puntillas sobre episodios poco esplendorosos de la biografía bolivariana. Precisamente aquellos aspectos menos «heroicos» de su accionar encuentran una mejor explicación, que no necesariamente justificación, cuando se toma en consideración la gravedad de los desafíos a los que Bolívar se vio enfrentado. Si, por ejemplo, tomamos su deplorable conducta frente a Francisco de Miranda, al facilitar su detención y posterior muerte en cautiverio español, la actitud cobarde e interesada del Libertador parece algo más comprensible si se considera la enorme presión que probablemente sintió ante sus iguales con motivo del fiasco militar de Puerto Cabello y de su incapacidad para poder reconocer el posible sentido

estratégico de la retirada decidida por Miranda. Pasado el tiempo, el propio Bolívar se vería enfrentado en numerosas ocasiones a situaciones muy similares, y jamás se aplicaría a sí mismo el rigor del que hizo objeto al Precursor en 1812.

Esta misma necesidad de contextualización crítica resulta obvia al discutir la influencia del Libertador, ya fuese por acción o por omisión, en la brutalización progresiva del conflicto militar a partir de 1813, en las represalias contra la población civil o en el recurso temporal o permanente a «compañeros de viaje» —Piar, Córdova, Páez— con historiales difícilmente encajables en un relato glorioso del proceso independentista. Dadas las circunstancias, Bolívar no siempre disfrutó de libertad completa en la elección de sus aliados y colaboradores. El condicionante estructural de la disgregación territorial del esfuerzo militar patriota lo obligó a aceptar compromisos con fuerzas ideológicamente indiferentes e incluso poco afines a sus objetivos políticos últimos. La quiebra de estos compromisos se verificó de modo especialmente brusco allí donde la acción autónoma de los actores (Piar, Córdova, en algún momento también Páez) amenazó el proyecto independentista precisamente en su flanco más débil: la conflictividad étnica y el peligro de la *pardocracia*.

Más que en su actividad política, es en el ideario (o al menos en las grandes líneas del mismo) donde pueden hallarse los principales elementos de continuidad en la biografía del Libertador. A partir del desastre de la Primera República y de su análisis crítico por parte de Bolívar (especialmente claro en el *Manifiesto de Cartagena*), cristalizan en su pensamiento una serie de principios básicos que, si bien preexistentes en el plano teórico, nuclearán ahora un programa político práctico. En el manejo de las ideas fundamentales tomadas de la Ilustración se revela el carácter genuinamente reformista (entendiéndolo en oposición a «revolucionario») del Libertador. Las metas de desarrollo social que se derivan del reconocimiento de derechos naturales (Libertad e Igualdad, por este orden) sólo pueden alcanzarse mediante su adecuación y redefinición constante en un contexto sociopolítico muy voluble. Lo que permanece es el marco general: la adhesión a un sistema de valores *republicano*, cuya clave sin duda es la promoción de una ciudadanía *virtuosa*, en el sentido más clásico del término. Sólo la disponibilidad de una masa crítica de ciudadanos garantiza el desarrollo democrático de la República, y sólo la generalización de una educación pública puede contribuir a crear esa masa crítica.

La interpretación bolivariana del concepto de «Libertad» se proyecta del individuo al grupo, y es el verdadero motor, mucho más que un muy moderado *pathos* antiespañol, del enorme y prolongado esfuerzo desplegado frente al poder colonial. «El único objeto digno de sacrificio de la vida de los hombres»: ésta es la consideración que le merece la lucha por la libertad, y con ello se refiere sobre todo a la libertad de América respecto a España, condición imprescindible para el despliegue de todo su potencial económico y cultural. Junto a la «Libertad», la «Igualdad», en el sentido de la igualdad civil, una necesidad tanto más apremiante en el seno de una sociedad conformada tradicionalmente a partir de pautas estamentales y habituada a la juridificación de las diferencias socio-étnicas. Es especialmente en este terreno de la igualdad en el que el Libertador experimenta una mayor evolución, también esta vez por sus propias experiencias políticas. La integración de las masas populares, imprescindible para el triunfo del proyecto independentista, tenía que verificarse en torno al principio de la igualdad ante la ley. Ahora bien, el reconocimiento de los derechos de la mayoría (no criolla) no podía llevar aparejado, a ojos del Libertador, la exigencia del control del poder político por parte de ésta. En ese sentido, Bolívar seguía siendo mucho más liberal que demócrata, y el conocimiento de primera mano tanto de la experiencia revolucionaria francesa como de la situación en Haití no hicieron sino reafirmarlo en una prevención extrema respecto al peligro de la *pardocracia*.

El fundado escepticismo del Libertador respecto a la viabilidad de un modelo republicano en las condiciones específicamente hispanoamericanas de ausencia tradicional de cultura cívica tenía por consecuencia una atracción por aquellos modelos de articulación política que mejor permitían compensar este déficit. Bebiendo de fuentes clásicas, pero recuperando también elementos tanto del absolutismo ilustrado continental como del sistema político inglés, Bolívar se pronunció en todo momento a favor de la existencia de Gobiernos fuertes, capaces de contrarrestar las tendencias centrífugas características de la mayoría de las sociedades americanas y con un potencial de integración lo suficientemente grande como para conjurar el grave peligro de la conflictividad socio-étnica. De ahí que tratase con un indisimulado desdén a aquellos filósofos y legisladores que, desde su punto de vista, incitaban a la «anarquía» defendiendo el federalismo o reclamando regímenes parlamentarios inadecuados a las circunstancias reales de sus países. Precisamente al aplicar criterios de razón y utili-

dad al análisis político, resultaba obvio que la defensa maximalista de principios surgidos en sociedades culturalmente muy diversas, como la europea y la estadounidense, podía finalmente volverse en contra del objetivo principal: la consecución de la mayor felicidad para el mayor número de personas.

En este sentido, las tendencias autoritarias de Bolívar, especialmente del de los últimos años, a menudo han sido objeto de una excesiva psicologización, o bien de una interesada reducción a atributos de carácter personal (la «pasión de mandar»), en detrimento de una imprescindible contextualización histórica. Lo mismo cabe decir de su postrera obsesión por la defensa de la propia «gloria», comportamiento que no deriva necesariamente de un narcisismo individual, sino más bien, como ha explicado convincentemente John Lynch, de la vigencia de prácticas sociales y referentes culturales que hacían de la fama, del honor y del reconocimiento público elementos distintivos de cualquier liderazgo político serio <sup>1</sup>.

En general, el buceo en la «vida interior» del personaje biografiado, por atractivo que parezca desde el punto de vista literario, posee un interés relativamente escaso para el investigador histórico, quien sabe, o debería saber, hasta qué punto las trampas de la memoria y la tendencia a la autoestilización *ex post* son comunes a políticos, literatos y héroes de la milicia. Igualmente problemático es recurrir en clave presentista a las supuestas «contradicciones» existentes entre el Bolívar hombre y el Bolívar personaje, o a su ambigüedad en la gestión de cuestiones tan centrales como la de la esclavitud. ¿Es realmente legítimo y, sobre todo, tiene algún sentido histórico reprochar al Libertador haber traicionado las propias convicciones en beneficio de sus intereses de clase? ¿Cuál hubiese sido la mejor alternativa? Bolívar era perfectamente consciente de la imposibilidad de satisfacer simultáneamente *todos* los intereses de *todos* los grupos implicados en el proceso independentista. Esperar o exigir más significa ignorar las circunstancias en que ese proceso se consuma. Y es por ello muy ilustrativo que tales reproches se formulen sobre todo desde la crítica, no tanto al propio Libertador, sino al icono ideológicamente polivalente inspirado por él.

Algo similar ocurre con referencia al papel de Bolívar como visionario de la integración panamericana, una integración cuya evidente insuficiencia acaba achacándosele paradójicamente también a su persona. Pues bien, desde su mismo inicio, con «Colombia» como germen, las estrategias continentalistas del caraqueño respondieron a

necesidades concretas de defensa y de mejor articulación política. El proyecto continental bolivariano no nació exclusivamente de la ilusión, y menos aún de la ambición del Libertador, sino del intento de afrontar con garantías, tras una larga serie de fracasos, la lucha contra el poder colonial español. Las mismas consideraciones explican el desplazamiento posterior del teatro de operaciones al Perú y al Alto Perú. En realidad, Bolívar no tiene por qué encabezar un proyecto de integración regional *avant la lettre*, porque en buena medida sigue operando en un universo conceptual y recurriendo a un lenguaje político previos al despliegue de construcción nacional y diferenciación identitaria por el que pasaron todas las repúblicas hispanoamericanas a lo largo del siglo XIX. La «americanidad sin adjetivos» de Bolívar <sup>2</sup> sufrió muy especialmente al verse acorralada por la acción destructiva de los nacionalismos emergentes, tanto del colombiano como del venezolano y peruano. La gran paradoja es que serían esos mismos nacionalismos (y en el caso concreto de Bolívar, muy especialmente el venezolano) los que convirtieron los relatos épicos centrados en los Libertadores y en los «padres de la patria» en el dispositivo central de la imaginación política de las nuevas repúblicas <sup>3</sup>.

### El culto bolivariano

En uno de sus reportajes dedicados a Venezuela, el reputado periodista argentino Andrés Oppenheimer se refiere a la perplejidad que experimentó cuando, en el curso de una visita a la Caracas de Hugo Chávez, y buscando señales tangibles del proceso revolucionario «bolivariano», se percató de que el nuevo régimen no había procedido a cambiar el nombre de ninguna plaza o calle principal <sup>4</sup>. La observación resulta especialmente significativa considerando la notable ligereza con la que los medios europeos y norteamericanos, a la par que critican frontal, y a menudo muy poco diferenciadamente, la política del régimen chavista, también tienden a tomarse al pie de la letra sus manifestaciones más puramente retóricas. Tratándose del «Proyecto Nacional Simón Bolívar» y de la «Revolución Bolivariana», el observador foráneo esperaría mutaciones visibles en los paisajes urbanos y modificaciones sustanciales del arsenal simbólico nacional. Sin embargo, lo cierto es que incluso un testigo altamente crítico como Oppenheimer se ve forzado a reconocer su total ausencia. La razón es obvia: Chávez no ha tenido ninguna necesidad de innovar en el con-

texto de una sociedad venezolana absolutamente embebida de culto bolivariano desde el mismo inicio de su historia nacional. Simón Bolívar es para los venezolanos (y la afirmación podría generalizarse, con matices, a colombianos y ecuatorianos) lo mismo que George Washington para los estadounidenses, Napoleón Bonaparte para los franceses o Mustafá Kemal Atatürk para los turcos, es decir, un *héroe*, una figura indiscutible e incontestable en torno a la cual se articulan todo tipo de discursos, relatos y sistemas iconográficos de conocimiento general y aceptación común entre la ciudadanía <sup>5</sup>.

Estatuas de Bolívar se encuentran en cada plaza mayor («Plaza Bolívar») de cada ciudad de Venezuela, retratos del Libertador en todas las escuelas, en los cuarteles y en cualesquiera dependencias de la administración pública <sup>6</sup>. El nombre de Bolívar sirve para denominar casi todo, y ello desde muchísimo antes de aparecer en escena Hugo Chávez. Al Bolívar mítico, simbólico y entretanto también *mediático* se une la tradición oficial del culto bolivariano desde el siglo XIX, una suerte de religión civil compuesta de los más diversos rituales, e impulsada desde el Estado y sus instituciones (escuelas, universidades, fuerzas armadas, deporte federado, etc.) <sup>7</sup>. Lo que encubren el culto y, más genéricamente, el mito bolivariano es un fermento sociocultural mucho más complejo, que alcanza no sólo a las élites urbanas, sino también a amplios sectores del mundo rural en Venezuela y Colombia. La interpretación «popular» de Bolívar lo asocia con motivos de reforma y emancipación social, dotando al mito de una dimensión rupturista muy superior a la del personaje histórico original. Este Bolívar popular y revolucionario se agrega así al «Bolívar conservador», al «Bolívar romántico» (y también al «Bolívar literario» de Gabriel García Márquez) <sup>8</sup> e incluso al «Bolívar marxista», compartiendo todas las variantes del mito un mensaje básico muy claro: la excepcionalidad de un hombre que, con la sola fuerza de su valor y de sus convicciones, consiguió liberar a todo un continente del yugo colonial español. Así, precisamente hoy, y en el contexto de los fastos conmemorativos del Bicentenario, el continentalismo se añade, como legitimación adicional, a la desmesurada exageración del momento social-revolucionario bolivariano.

Con todo, en su omnipresencia y también en su evidente polisemia, el mito bolivariano remite siempre al complejo histórico de la «Independencia», hasta llegar a convertirse en su virtual sinónimo. En la persona de Bolívar se condensa la construcción de al menos dos continuidades espacio-temporales, ambas igualmente ficticias: la de Vene-

zuela como nación y la de la Independencia como proyecto político de alcance continental. Y en la actualidad, el Libertador deviene además encarnación exportable de un nuevo sentimiento emancipador con denominación de origen específicamente latinoamericana y, con ello, llega a convertirse en referente simbólico de la «izquierda» más cosmopolita del cambio de milenio <sup>9</sup>. ¿Pero cuáles son las conexiones del mito con la realidad? A poco que se bucee en la historiografía bolivariana más solvente, se llega fácilmente a la conclusión de que el moderno mito de Bolívar apenas guarda relación con el Bolívar histórico, ni siquiera con las manifestaciones reales y socialmente relevantes del mito bolivariano en su entorno histórico natural <sup>10</sup>. Se trata más bien de una copia o, en palabras de Michael Zeuske, del «mito del mito», de un artefacto político-simbólico cuyas claves de comprensión, a menudo extrañas para la opinión publicada europea o estadounidense, sólo pueden hallarse en la propia historia de la América Latina post-bolivariana. ¿Por qué conecta Bolívar tan patentemente con la sensibilidad popular? ¿Por qué se presta a tan evidente instrumentalización ideológica? El mito de Bolívar, como el propio Bolívar, también tiene su historia, y ésta comienza y continúa con el proceso de construcción nacional en la Venezuela del siglo XIX <sup>11</sup>.

Un primer elemento a tener en cuenta es que en el caso venezolano el nuevo Estado nacional surgido en la década de 1830 no podía recurrir a una larga y brillante «prehistoria», nutrida de referencias heroicas a partir de las que organizar un relato convincente, atractivo y socialmente integrador <sup>12</sup>. Muy al contrario, la historia venezolana en la época colonial había sido la de un territorio tardíamente poblado, relativamente marginal y compuesto de espacios provinciales muy escasamente articulados entre sí. Caracas, en parte debido a su ventajosa situación estratégica, en parte a la acción consciente del poder colonial mediante la concesión de diversos privilegios respecto a otras partes del territorio, fue pasando poco a poco de centro informal a verdadera capital de Venezuela. Sin embargo, como hemos podido ver páginas atrás, la gran ola institucionalizadora emprendida a partir de mediados del siglo XVIII no logró atenuar las contradicciones socioeconómicas y las disonancias culturales entre los componentes de la nueva estructura política creada (la Capitanía General de Venezuela).

La historiografía venezolana viene postulando desde sus inicios la continuidad de un proceso lineal de construcción nacional, que se habría iniciado con las primeras conspiraciones y revueltas antiespa-

ñolas en el siglo XVIII (Gual, España, el Precursor Francisco de Miranda), y habría continuado *naturalmente* con la gran gesta emancipadora del Libertador, hasta culminar con la consolidación del moderno Estado venezolano a comienzos del siglo XX. La historia «real», por el contrario, nos muestra para el mismo período la sucesión de más de un centenar de asonadas, pronunciamientos y golpes de Estado, guerras civiles, dictaduras y revoluciones, todo ello en el contexto de la pervivencia de un altísimo grado de violencia y conflictividad socio-racial<sup>13</sup>. La idealización de la «Independencia» encubre, más allá de la fecha fundacional del Estado nacional (1819 para la Gran Colombia, 1830 para Venezuela), la realidad del mantenimiento, por parte de las élites criollas, de las estructuras socioeconómicas y pautas culturales dominantes durante la colonia.

Más allá de las consideraciones estructurales, la biografía del individuo Simón Bolívar ofrece por sí misma retales suficientes como para poder confeccionar un relato, en este caso quizás en el sentido más estrictamente literario, bien tupido y suficientemente funcional a las necesidades de la historiografía nacional venezolana. La construcción discursiva del Héroe venía facilitada por la disponibilidad, como protagonista principal, de un joven acaudalado que enviuda a tempranísima edad y renuncia «a todo» en beneficio de la causa superior de la liberación de América. Tampoco faltan los peculiares actores secundarios: personajes también heroicos, como Sucre; extraordinariamente capaces, como Bello, y a menudo además bastante pintorescos, como Simón Rodríguez. Y sobre todo destaca el elenco de las virtudes personales desplegadas en vida: el valor, la consecuencia, el desprendimiento, la caballería, sin olvidar por supuesto la legendaria masculinidad del Libertador. Todos estos aspectos desempeñan un papel importante, tanto más cuanto su exaltación ritual se inicia ya antes de la desaparición física del Héroe.

Empezando por la concesión, relativamente temprana, del título de Libertador, y siguiendo por la introducción de elementos teatrales y de verdaderas coreografías políticas, tan gratas al caraqueño, el «culto bolivariano» surge ya en 1813-1814 y se reactiva en todo su esplendor en 1820-1821 mediante la incorporación de motivos clásicos de la exaltación política en las sucesivas entradas triunfales, con sus coronas de laurel, sus vírgenes de honor, etc.<sup>14</sup> Esta modalidad primigenia del culto, de impronta fundamentalmente urbana y reminiscencias republicanas, no pudo cristalizar sin embargo en un catálogo estable de rituales, debido a los vaivenes políticos que sucedieron a

la consecución de la independencia formal de la Gran Colombia (y, con ello, bien tardíamente también de Venezuela). El intento de Bolívar de poner coto, *manu militari*, a los excesos de las oligarquías se saldó con la derrota, el destierro y la proscripción de su memoria, al menos hasta 1840-1842.

No carece ciertamente de ironía, pero tampoco de elemental lógica política, que fuese el propio José Antonio Páez el que recurrió una vez más al Libertador para que éste acudiese, *post mortem*, en auxilio de la unidad y la estabilidad política de su muy ingrata patria venezolana. En 1842, Páez se implicó personalmente en las gestiones conducentes a facilitar la vuelta a Caracas de los restos del Libertador. La voluntad de Bolívar, plasmada en la décima cláusula su testamento, era que sus restos fuesen enterrados en Caracas, pero hubo que esperar doce años para que ese deseo se cumpliera <sup>15</sup>. En 1839 el general Carlos Soublette, a la sazón presidente de la República, inició tímidamente un movimiento para su repatriación. Páez, en su segundo mandato, y debido a la presión popular, solicitó formalmente al Congreso traer a Caracas los restos del Libertador. Al ser aprobada la solicitud, decretó el 30 de abril de 1842 la organización de un traslado con los honores fúnebres correspondientes y la disposición de que el féretro de Bolívar fuese depositado en la catedral de Caracas. El discurso de Páez en el Congreso puso de manifiesto el carácter netamente instrumental de la medida, pero sentó también los cimientos de lo que a partir de entonces devendría culto institucionalizado <sup>16</sup>. La organización pública del traslado por mar desde Santa Marta a La Guaira, y de allí por tierra a Caracas, se apoyó en la idea de aglutinar en torno a la figura del difunto Padre de la Patria a todos los sectores de la sociedad venezolana y proyectar a su vez esta unidad hacia el exterior. En su resolución del 12 de mayo, el Congreso invitaba a los Gobiernos de los tres países que habían formado parte de la República de Colombia (Venezuela, Nueva Granada y Ecuador) a acudir a la exhumación en Santa Marta, y fijaba para el 17 de diciembre la fecha en la que se debía producir el retorno del Libertador.

En la planificación de los fastos quedó patente la intención de la oligarquía caraqueña de seguir en lo posible pautas conmemorativas inequívocamente europeas. Así, por ejemplo, y aunque no habían faltado artistas locales que representasen a Bolívar en vida (por ejemplo en medallas con motivo de sus victorias y entradas triunfales), se encargó a Florencio O'Leary realizar las gestiones necesarias para que el famoso escultor italiano Pietro Tenerani esculpiese un monumento

en la catedral de Caracas <sup>17</sup>. El 13 de noviembre salió de La Guaira la comisión venezolana. Llegó a Santa Marta el día 16. El 20 de noviembre exhumaron los restos que se encontraban en el panteón de la familia Díaz Granados en la catedral samaria. Las calles y casas de la ciudad colombiana estaban enlutadas; la delegación venezolana agradeció el esfuerzo de las autoridades neogranadinas por dar la solemnidad necesaria a los actos. El cuerpo del Libertador fue embarcado el día 21 en la goleta *Constitución*, en el marco de una gran ceremonia cívico-militar. Durante el viaje quince cadetes venezolanos montaron guardia de honor. El 13 de diciembre, el navío se colocó frente a La Guaira, esperando a varias embarcaciones nacionales y extranjeras, las cuales quisieron agregarse, con sus banderas a media asta, al cortejo naval. El día 15, el cuerpo de Bolívar fue desembarcado, a fin de que pasase la noche en la iglesia de La Guaira; el día 16 lo subieron a Caracas en una multitudinaria y pomposa procesión, con significativas aportaciones rituales de la jerarquía eclesiástica, y una parada en la iglesia de la Santísima Trinidad, templo de cierto significado para la familia Bolívar, y solar del futuro Panteón.

En Caracas se organizaron guardias de honor, y el 17 de diciembre, duodécimo aniversario de su muerte, los restos del Libertador fueron trasladados, cumpliendo un estricto protocolo, hacia la iglesia de San Francisco. El carruaje fúnebre había sido construido en París según instrucciones de otro excombatiente independentista, el italiano Agustín Codazzi (1793-1859); todas las calles, casas y ciudadanos mostraban riguroso luto; el gran desfile militar fue comandado por Urdaneta, en uniforme de gala y portando el sable que le había regalado Bolívar. El 23 de diciembre se realizó una ceremonia similar para la última etapa del recorrido hasta la catedral de Caracas. Esta vez lo realizaron a hombros sus antiguos edecanes y oficiales principales; el cuerpo de Bolívar fue enterrado al lado de sus padres y esposa, donde permaneció más de tres décadas. El 28 de octubre de 1876, día de San Simón, sería definitivamente trasladado, junto al monumento de Tenerani, al recién creado Panteón Nacional.

El sentido de todas estas actividades, planificadas en detalle y ejecutadas con participación de lo más granado de la sociedad venezolana, era crear una identificación entre el Libertador y la nación <sup>18</sup>. O, como lo había formulado el propio Páez frente al Congreso, se pretendía convertir simbólicamente el «triumfo» del Libertador en un triunfo del conjunto de la nación venezolana. Es éste el momento fundacional del culto bolivariano en su variante más conservadora y esta-

tista, una especie de religión civil perfeccionada poco a poco por sus más prolíficos sacerdotes: los publicistas e historiadores bolivarianos, prestos a buscar, recopilar y difundir hasta el más insignificante testimonio de su ídolo, generando «archivos» (entendidos éstos no como depósito documental, sino como colección impresa de cartas, discursos y decretos), proyectando monumentos, promoviendo la producción de «pintura histórica» sobre la época, etc. Para ello, y como es normal en todo proceso de construcción cultural, se podía recurrir a una considerable variedad de «materiales»: algunos elementos del culto existente ya en vida del Libertador y otros acumulados poco a poco a partir de mediados del siglo XIX, con la eficiente connivencia de grupos e instituciones de muy dudosa afinidad al ideario original y las prácticas políticas del Libertador.

Mientras que en un principio había sido el mito social-revolucionario y romántico el que había operado más eficazmente como elemento de integración, a lo largo del período 1870-1900/1908 se irá observando un basculamiento hacia interpretaciones mucho más retrógradas, llegándose a estabilizar, con el inestimable concurso de la Iglesia católica, el mito bolivariano militar-conservador como verdadero canon histórico nacional de la República de Venezuela. El proyecto político al servicio del cual se invocaba ahora la memoria del Libertador permanecía esencialmente oligárquico. Al promover un consenso en torno a los valores patrios, Bolívar se convertía, sobre cualquier otra cosa, en garante del orden establecido. Enemigo de las facciones, era, por lo tanto, enemigo de la subversión y la anarquía. Por ello, serían precisamente los gobernantes menos inclinados a concesiones en el plano social, es decir, dictadores positivistas como Antonio Guzmán Blanco (1829-1899, protagonista del llamado «Guzmanato» entre 1870-1888), caudillos de nuevo cuño como Juan Vicente Gómez (1857-1935, en el poder entre 1908 y 1933) o militares golpistas como Eleazar López Contreras (1883-1973, presidente de 1935 a 1941), los más fervientes partidarios de profundizar en esta línea de idolatría nacional-bolivariana. Sin el menor atisbo de crítica o espíritu de contradicción, y distanciándose cada vez más de su sustrato original, que incluía también aspectos populares de gran dinamismo, la figura de Bolívar experimentó en esta época su reducción al estatus de mero objeto devocional<sup>19</sup>. El Libertador podía ser presentado simultáneamente, en el marco de publicaciones de formato explícitamente catequético<sup>20</sup>, como héroe nacional, demócrata, revolucionario, católico ejemplar y referente ético-moral sin tacha.

Coyunturas conmemorativas como el cincuentenario de su muerte en 1880 o el primer centenario de su nacimiento en 1883 contribuyeron a acelerar este proceso de cosificación del Héroe, aportando más y más rituales y lugares de culto. Así, a la erección de una estatua ecuestre en la Plaza Bolívar de Caracas, en 1874, siguió, dos años más tarde, el traslado de los restos del Libertador desde la catedral al recién inaugurado Panteón Nacional. En 1879 se decidió por decreto la publicación de las *Memorias* de O'Leary <sup>21</sup>. Ese mismo año el bolívar se convirtió en divisa nacional. Paralelamente, personajes como Arístides Rojas (1826-1894) procedieron a «codificar» la memoria bolivariana, la cual acabaría encontrando acomodo físico en la Casa Natal del Libertador, reconstruida y redecorada como museo, e inaugurada solemnemente en julio de 1921 con motivo del centenario de la batalla de Carabobo. El edificio pasó a desempeñar la función de santuario central del culto bolivariano, y muy pronto surgió la organización —la Sociedad Bolivariana de Venezuela— a cuyos miembros se pudo encomendar la custodia de las *reliquias* materiales contenidas en la Casa y también, con el paso del tiempo, la tarea de fijar, sistematizar y divulgar, cual sumos sacerdotes del culto oficial, la riqueza inmaterial del referente político bolivariano <sup>22</sup>.

La codificación de la memoria bolivariana llevada a cabo por Rojas y otros eruditos y publicistas decimonónicos trajo como consecuencia que algunas de las «recreaciones» debidas a su pluma alcanzasen el nivel de «fuente» y cumpliesen con creces su papel, conscientemente atribuido por unos y otros, de elemento fundacional de la nacionalidad venezolana. Lo verdaderamente específico de esta memoria codificada es que incluía, pasados obviamente por el cedazo del nacionalismo emergente, tanto piezas legitimadoras de marchamo oligárquico e intención europeizante <sup>23</sup>, como fragmentos del mito popular, con todas sus dimensiones emancipadoras y transculturales, y que éstos eran en cualquier caso reinterpretados a la luz de las necesidades políticas del momento. Para una segunda fase ligeramente posterior, Vicente Lecuna Salboch (1870-1954) <sup>24</sup> y Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936) <sup>25</sup> representan la opción por un mito bolivariano de naturaleza funcional, altamente operativo respecto a las necesidades de estabilización de un país inmerso en profundas transformaciones socioeconómicas.

En el contexto crítico de la modernización venezolana del primer tercio del siglo XX, el concepto de «gendarme necesario» acuñado por Vallenilla Lanz aportó a la dictadura de Juan Vicente Gómez una

fuerza de legitimación histórico-sociológica de primer orden, al insistir en las dimensiones más positivas de los regímenes caudillistas en tanto que contrapeso *ordenado* al potencial caos de la conflictividad socio-étnica. Así, su caracterización del Gobierno bolivariano, recogida por más de un biógrafo del Libertador, como «cesarismo democrático» facilitaba la justificación histórica del nacional-clientelismo realmente existente bajo Gómez, y ayudaba a conjurar los peligros de una interpretación consecuentemente emancipadora de la figura del Libertador. La progresiva canonización del mito conservador incluía por supuesto la exaltación de Bolívar en su faceta de jefe militar, un aspecto especialmente relevante teniendo en cuenta que el ejército profesional venezolano no sólo era la principal base de poder de Juan Vicente Gómez, sino también prácticamente la única institución verdaderamente nacional con la que contaba el país a comienzos del siglo xx<sup>26</sup>. Este proceso de asimilación o directamente de apropiación de Bolívar por los representantes del discurso nacionalista venezolano es ciertamente comparable a lo ocurrido con una larga lista de próceres de las independencias hispanoamericanas. Y, sin embargo, resulta imprescindible señalar cómo en su caso contribuyó a invisibilizar precisamente aquellos aspectos de su pensamiento original más genuinamente republicanos<sup>27</sup>.

El mito de Bolívar se mostró lo suficientemente maleable como para servir de legitimación a la dictadura de Juan Vicente Gómez, pero acompañó también todas las tentativas de modernización política y democrática emprendidas en Venezuela a lo largo del siglo xx. Desde el punto de vista de la «política de la historia» bolivariana, no existen diferencias sustanciales entre gobiernos autoritarios en manos de los militares o gobiernos civiles dotados de legitimidad democrática. Es precisamente con éstos, especialmente durante la primera presidencia de Rafael Caldera (1916-2009) y en la coyuntura conmemorativa de 1980-1983 (bicentenario del nacimiento, sesquicentenario de la muerte del Libertador), cuando se llevan a sus últimas consecuencias los esquemas establecidos durante el siglo xix<sup>28</sup>.

La definitiva cristalización del culto bolivariano en su versión oficial coincidió en el tiempo con el apogeo de la llamada «Democracia de Punto Fijo», una época de relativo bienestar económico, basado en la redistribución de subsidios estatales a cuenta de la inmensa riqueza petrolífera del país<sup>29</sup>. Curiosamente, y de forma análoga a lo ocurrido en el siglo xix, la apoteosis conmemorativa implicaba también una funcionalización de la figura del Libertador en el sentido de

contribuir a la estabilización política y la «pacificación nacional» tras la eclosión de un movimiento guerrillero en los años sesenta, acompañado de las revueltas estudiantiles de 1968. La izquierda siempre había tenido sus dificultades con el «Bolívar conservador» promovido desde las instancias gubernamentales. Si bien perduraba una variante no-canónica y genuinamente democrática de transmisión oral en torno a la vida y obra del Libertador, muy focalizada en aspectos sociales como la cuestión agraria o la denuncia del racismo imperante en la sociedad venezolana, lo cierto es que resultaba extraordinariamente trabajoso acomodar la veneración del héroe Bolívar en un esquema ideológico de impronta predominantemente marxista. Y ello por varias razones: en primer lugar, el anquilosamiento academicista del bolivarianismo oficial, refractario casi por naturaleza a la influencia de los nuevos enfoques de la «historia social» surgida en el marxismo y sus aledaños; en segundo lugar, la marcada impregnación militarista del culto bolivariano, desde sus mismos orígenes. Y en tercer lugar, y ello no es en absoluto anecdótico, la literalidad del juicio de Karl Marx acerca del Libertador.

Como es sabido, uno de los muy diversos trabajos alimenticios del filósofo de Tréveris había sido la redacción esporádica de artículos de actualidad para la prensa estadounidense. Así, y más como producto del azar que de un genuino interés por su figura histórica, Marx tuvo que redactar en 1857, por encargo del *New York Daily Tribune*, una semblanza política del caraqueño, destinada al tercer volumen de la *New American Cyclopaedia*<sup>30</sup>. El trabajo de documentación, realizado a partir de la publicística contemporánea, acabó plasmándose en una indisimulada animadversión por el personaje, retratado como individuo ambicioso, egoísta, autoritario e implícitamente racista. El opúsculo de Marx pasó prácticamente desapercibido hasta su publicación en Argentina, en 1936, y se convirtió a partir de entonces en una verdadera piedra de toque para la intelectualidad de izquierdas, tanto en Venezuela como en el resto de América Latina<sup>31</sup>.

Desde la perspectiva de los intelectuales, se trataba no sólo de desconectar al héroe Bolívar de la matriz autocrática denunciada por Marx (o al menos de contextualizarlo históricamente desde parámetros algo menos etnocéntricos), sino también de retomar y reinterpretar algunos de sus elementos en la coyuntura sociopolítica de mediados del siglo XX, y más concretamente del proceso descolonizador iniciado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. El paradigma historiográfico marxista, internacionalista por definición, podía par-

tir de la crítica al propio Marx para construir un «Bolívar de izquierdas», creíble en lo sustancial y aceptable incluso como lugar de memoria transnacional en el nombre de la emancipación y el progreso social. Desde una historiografía nominalmente ortodoxa, pero metodológicamente solvente y atenta a la discusión internacional, como la representada por la llamada «Escuela de Leipzig» en la República Democrática Alemana, la obra política del Libertador adquirió significación en el contexto de un ciclo revolucionario burgués de alcance transatlántico <sup>32</sup>. Y desde el punto de vista de la cultura histórica en su dimensión más material, los monumentos y las avenidas con el nombre del Libertador pasaron a extenderse por esta misma época no sólo a Buenos Aires, La Habana y Santiago de Chile, sino también a Praga, Berlín Oriental, Varsovia o Moscú.

Los materiales disponibles para la construcción de la esta variante transnacional del mito bolivariano son también tan antiguos como dispares. Por una parte, Bolívar ha sido presentado como el padre fundador del nacionalismo continental que surge en las postrimerías del siglo XIX, crece en la coyuntura crítica de 1898 y desemboca en la lucha revolucionaria y antiimperialista de las guerrillas de mediados y finales del siglo XX. Pero, al mismo tiempo, el Libertador también puede aparecer como inspirador de un panamericanismo de hegemonía estadounidense gestionado desde el propio Washington, como ocurre de hecho a finales del siglo XIX, mediante la personalidad de James G. Blaine, con su proyecto de Confederación Panamericana <sup>33</sup>. La polivalencia de Bolívar alcanza para ser exaltado sucesivamente como precursor de las estrategias interamericanas del *New Deal* o como guía espiritual de la izquierda marxista en su lucha contra el imperialismo yanqui <sup>34</sup>.

En realidad, como pudo verse páginas atrás, el proyecto de integración política americana promovido por Bolívar en el marco del Congreso de Panamá de 1826 se fundamentaba en la necesidad de plantar cara a enemigos europeos (Fernando VII y la Santa Alianza), buscando el apoyo de Gran Bretaña y los Estados Unidos. La oposición de estos aliados potenciales explica en buena parte el fracaso del proyecto, pero también lo hace la dificultad extrema de hacer brotar un sentimiento común de pertenencia en el contexto de la competencia exacerbada entre caudillos y entre poderes políticos locales y regionales. Se trataba ante todo de opciones de integración con una fuerte componente pragmática, por mucho que las hagiografías bolivarianas sigan cargando las tintas sobre el ideal clásico que las inspi-

raba (insistiendo por ejemplo en la analogía entre la importancia del istmo de Corinto para el panhelenismo y la del istmo de Panamá para la integración americana).

Es muy significativo que las iniciativas de integración regional impulsadas desde Venezuela, y muy especialmente las inspiradas en tiempos recientes por Hugo Chávez, no recurran en su conformación concreta al mito bolivariano, o lo hagan sólo de forma marginal. Es el caso del ALBA-TCP (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América, Tratado de Comercio de los Pueblos), una mixtura de pacto defensivo y alianza económica, pero también sobre todo de proyectos sectoriales en el ámbito de las finanzas (Banco del Sur) o de las telecomunicaciones (Telesur), en los que el referente unificador se ubica mucho más fuertemente en la pertenencia común al «Sur» —entendido éste como alternativa a los Estados Unidos en el «Norte»— que en la figura histórica concreta del Libertador.

Junto a las idas y venidas de este «Bolívar internacional», el desarrollo del mito bolivariano dentro de Venezuela ha acabado por reflejar la descomposición y crisis terminal del régimen de «Punto Fijo», esa suerte de pseudodemocracia pactada<sup>35</sup>, basada desde finales de la década de 1950 en el turno, no siempre del todo «pacífico», entre las dos principales fuerzas políticas del país, los democristianos del COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente) y los socialdemócratas de la Acción Democrática. Este sistema era absolutamente dependiente en su estabilidad de la riqueza generada por la industria petrolífera, que otorgaba a la élite gobernante la posibilidad de contener las tensiones sociales mediante subsidios y sin necesidad de reformas sustanciales en la estructura económica. Venezuela, acomodada nominalmente hasta la década de 1980 entre los regímenes más prósperos, estables y (en el contexto de la proliferación golpista en la región) excepcionalmente democráticos de América Latina, experimentaría abruptamente el despertar de su sueño de bonanza y relativa armonía social. La bancarrota del Estado, visible ya en 1983, desembocó en febrero de 1989 en la imposición de un durísimo paquete de reformas neoliberales, con la consecuencia de un estallido social de grandes proporciones, el llamado «Caracazo». La brutal ola de represión desencadenada por el Gobierno de Carlos Andrés Pérez (1922-2010) no consiguió aplacar una auténtica marea de protesta, que terminaría liquidando el régimen político vigente y abriendo las puertas a un nuevo protagonista: Hugo Chávez Frías.

## Omnipresencia y manipulación: Chávez y Bolívar

El decidido recurso al mito bolivariano por parte de Hugo Chávez y su utilización masiva como factor de legitimación de su régimen encuentran una explicación lógica en las peculiares características del proceso de construcción nacional en Venezuela. Chávez, representante prototípico de las clases populares, socializado en las Fuerzas Armadas e imbuido desde su infancia del bolivarianismo conservador más al uso, se beneficia hoy en día de las consecuencias de casi dos siglos de culto oficial<sup>36</sup>. Al colocar una larga serie de proyectos políticos bajo la etiqueta «Bolívar», pretende (y en buena medida consigue) conectar con el sentir de una inmensa mayoría de la población, cuyas señas de identidad son inequívocamente nacionalistas y bolivarianas. El mito conservador, oportunamente modificado, acaba prestando sus servicios a un régimen populista, por supuesto sin que las mutaciones operadas se acompañen de un mínimo esfuerzo de historización crítica del objeto original. Esta extraña simbiosis entre los contenidos catequéticos codificados en el siglo XIX y un proceso político actual entendido como transformación social-revolucionaria se patentiza ejemplarmente en la nomenclatura de las «Misiones» chavistas, en la que no falta ni una sola pieza del *dramatis personae* bolivariano más tradicional<sup>37</sup>.

La elección del Libertador como núcleo de su estrategia de representación por parte de Chávez es absolutamente consciente<sup>38</sup>. Para empezar, «el Comandante» se beneficia del nefasto recuerdo de la cleptocracia reinante en los años setenta y ochenta, que le reporta un apoyo aún muy significativo en los estratos más desfavorecidos de la población venezolana. Buen conocedor de las claves de la mentalidad popular, Chávez opera en el contexto de una cultura política ambivalente, en la que sigue habiendo lugar para la reclamación consecuente de derechos fundamentales y pluralismo partidario, pero en la que la oposición se encuentra de hecho gravemente limitada en sus posibilidades de acción. Ello se debe en parte a sus propios errores (liderazgos inconsistentes, renuncia voluntaria a la política parlamentaria en 2005) y en parte a la pervivencia casi secular de un clima de intimidación y violencia estructural. Más allá de su atrabiliaria retórica antiliberal, en el chavismo *real* hay muy poco de socialismo y casi nada de revolución: ni cambios estructurales en lo socioeconómico ni tampoco, por lo que parece, una seria puesta en

cuestión de un metarrelato tan nacionalista y militarista en el fondo como el propio régimen. Buena parte de su éxito seguramente tenga que ver con la habilidad de Chávez para aprovechar rápida y eficientemente las posibilidades que le ofrecen los nuevos medios en la difusión de la mitología bolivariana.

Pero la explicación más plausible para el permanente atractivo propagandístico del Libertador o, por ser exactos, para su uso y abuso desde 1999, probablemente radique más en la actualidad del mensaje que en la forma en que éste se transmite. La pervivencia de los problemas históricos concretos sobre los que el mito se proyecta —la ausencia de una reforma agraria, la exclusión social, la inseguridad y, a nivel continental, la falta de integración política y económica— resulta por sí misma un caldo de cultivo ideal para las variopintas propuestas de Hugo Chávez. Al margen de cualquier consideración crítica sobre la veracidad de su discurso, Chávez se limita a amplificar y exagerar los motivos tradicionales del culto bolivariano, incorporando, con su llamada sistemática al alineamiento del «pueblo» contra la «oligarquía», una suerte de «Libertador para pobres»<sup>39</sup>. En su dimensión exterior, la variante «continental» del mito no ha llegado a plasmarse en mucho más que cooperaciones coyunturales a golpe de petrodólar<sup>40</sup>. Pero es muy significativo que la mera invocación retórica de un programa «revolucionario» alternativo al neoliberalismo dominante concite tantas y tan grandes reservas.

El perfil «populista» del chavismo puede ser perfectamente nítido a ojos de intelectuales, periodistas y políticos europeos o estadounidenses, pero carece de cualquier significación para los habitantes de los *barrios*, ignorados sistemáticamente por las autoridades hasta la llegada de Chávez al poder<sup>41</sup>. Éste, y así lo reconocen incluso sus mayores críticos, ha conseguido hacer de la pobreza el tema central del debate político. Sus programas sociales, ambiciosos sobre el papel, pero a menudo decepcionantes en su ejecución, le garantizan la lealtad de la mayoría de las masas populares. La falta de institucionalización y de dotación presupuestaria de esos mismos programas, con una planificación que queda prácticamente al albur de la evolución de los precios del petróleo, pone de manifiesto, por otro lado, cuáles son las aporías de su concepto de «democracia participativa y protagónica», incapaz hasta la fecha de generar unos consensos mínimos que puedan garantizar a medio y largo plazo el bienestar y la seguridad demandados por la sociedad venezolana. Además, los excesos autoritarios plasmados en expropiaciones *ad hoc* o en la constante

búsqueda del conflicto abierto con empresas multinacionales acaban revelándose contraproducentes para la consecución de los propios objetivos «bolivarianos».

Tras más de una década de Gobierno chavista, la situación actual resulta ser consecuencia lógica del oportunismo con el cual se ha utilizado desde hace más de ciento cincuenta años la figura histórica del Libertador. Efecto secundario del exagerado *revival* bolivariano es la creciente tendencia de políticos y publicistas (también historiadores) opositores a Chávez a desacreditar los diversos mitos bolivarianos y, por extensión, a Bolívar mismo, en el marco de una estrategia de deslegitimación del chavismo. En su variante más moderada y racional, el posicionamiento antichavista se sustancia en una crítica frontal a la ya mencionada reinención social-revolucionaria del Libertador y a su degeneración desde hace una década en auténtico folclore político carente de cualquier apoyatura histórica real <sup>42</sup>. Los más radicales, sin embargo, pueden optar por prescindir consecuentemente del odiado referente bolivariano, relegándolo finalmente al «basurero de la historia».

Si bien las circunstancias venezolanas todavía no permiten una generalización del revisionismo antibolivariano (que sigue siendo interpretado como sacrilegio por una amplísima mayoría de la población), allí donde este antidiscurso puede nutrirse de motivos nacionalistas preexistentes, como en Colombia y en Perú, no faltan ejemplos del mismo: Bolívar se convierte en encarnación histórica de todos los males que, desde la óptica de una determinada élite neoconservadora, atentan a América Latina <sup>43</sup>. Publicaciones de este tenor encuentran una cierta receptividad tanto en círculos «liberales» críticos con el chavismo como en ámbitos más tradicionales del hispanismo conservador y nacional-católico, a ambos lados del Atlántico, en los cuales evidentemente causa cierto placer atacar a Chávez por personaje histórico interpuesto. Pero incluso esta última pirueta del mito del Libertador, por desazonadora que parezca, confirma su vigencia. En la medida en que sea posible sustraerse a los fastos conmemorativos del Bicentenario de la Independencia, que se anuncian ya interminables (al menos hasta 2025), sería muy deseable que creciese el número de historiadores interesados más en la historización del mito que en su uso político, en una u otra dirección.

## NOTAS

### Capítulo I

<sup>1</sup> Vid. Gerhard MASUR, *Simón Bolívar*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1948, p. 29, y Michael ZEUSKE, «Simón Bolívar in Geschichte, Mythos und Kult», en Berthold MOLDEN y David MAYER (eds.), *Vielstimmige Vergangenheiten - Geschichtspolitik in Lateinamerika*, Münster, LIT Verlag, 2009 (=Jahrbuch des Österreichischen Lateinamerika-Instituts, vol. 12), pp. 241-265, esp. p. 247, que se refiere a las implicaciones de este hecho para la construcción ulterior de una variante mulata del mito bolivariano (el «Bolívar pardo») en las capas populares de la población venezolana.

<sup>2</sup> Inés QUINTERO MONTIEL, *La criolla principal. María Antonia Bolívar, la hermana del Libertador*, Bogotá, Editora Aguilar, 2008, pp. 25-30.

<sup>3</sup> Germán CARRERA DAMAS, *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1969, p. 87.

<sup>4</sup> Vid. ZEUSKE, «Simón Bolívar in Geschichte, Mythos und Kult», pp. 244-247, e íd., *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas. Geschichte und Mythos*, Berlín, Rotbuch, 2011, pp. 70-86.

<sup>5</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, p. 30, y John LYNCH, *Simón Bolívar: A Life*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2006, pp. 7-8. Así, la narrativa maestra de la historiografía nacional venezolana no duda en recurrir también a la categorización de Bolívar padre como temprano promotor del proyecto independentista. Se basa para ello en la supuesta participación de Bolívar y Ponte, el año 1782, en una protesta antiespañola. En compañía del marqués de Mijares y de Martín Tovar, Bolívar habría escrito a Francisco de Miranda, solicitándole apoyo para una asonada contra el poder colonial. Sin embargo, existen serias dudas sobre la veracidad del episodio.

<sup>6</sup> «Mantuano» es el nombre que se dio desde el siglo XVII en Caracas a los miembros de los estratos sociales más altos, de raza blanca y supuestamente descendientes de los conquistadores españoles. La denominación se extendió con posterioridad a otras regiones del país. Entre los linajes mantuano más reputados se encontraban los Palacios, los Blanco, los Bolívar, los Herrera, los Tovar, los Madriz, los Ribas, los Salías y los Ustáriz. El nombre procede de la mantilla usada por las mujeres de clase

alta para ir a misa y, según otras fuentes, también de las capas que usaban a veces los hombres en época colonial.

<sup>7</sup> Vid. Juan M. MORALES ÁLVAREZ, *El Mayorazgo del padre Aristeguieta. Primera herencia del Libertador (1784-1830)*, Caracas, Academia Nacional de Historia, 1999.

<sup>8</sup> ZEUSKE, «Simón Bolívar in Geschichte, Mythos und Kult», pp. 247-251, e íd., *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, pp. 72-86.

<sup>9</sup> QUINTERO MONTIEL, *La criolla principal*, estudia en detalle tanto la situación patrimonial de los Bolívar como las implicaciones de la misma para la evolución de las relaciones familiares antes y después de la independencia. Vid. esp. pp. 41-80 y *passim*.

<sup>10</sup> Incluso entre especialistas particularmente conscientes de las dimensiones míticas de esta exageración: vid. Germán CARRERA DAMAS, *Simón Rodríguez, hombre de tres siglos*, Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal, 1971.

<sup>11</sup> QUINTERO MONTIEL, *La criolla principal*, pp. 55-62.

<sup>12</sup> Antonio CUSSEN, *Bello y Bolívar*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 16 y 3, e Iván JAKSIC, *Andrés Bello: La pasión por el orden*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2001, pp. 35-36.

<sup>13</sup> Antonio EGEA LÓPEZ, «El caraqueño marqués de Ustáriz: intendente de Córdoba y asistente de Sevilla», separata sin fecha de Bibiano TORRES RAMÍREZ y José J. HERNÁNDEZ PALOMO (coords.), *Andalucía y América en el siglo XVI: Actas de las II Jornadas de Andalucía y América (Universidad de Santa María de la Rábida, marzo, 1984)*, vol. II, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1985.

<sup>14</sup> Así se lo planteó abiertamente a su tío Pedro Palacios, que se encontraba en ese momento en Cádiz, en una carta del 30 de septiembre de 1800, en la que le anunciaba sus planes de matrimonio: Germán CARRERA DAMAS (ed.), *Simón Bolívar fundamental*, vol. I, Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, 1993, p. 54.

<sup>15</sup> Michael ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez. Die Geschichte Venezuelas*, Zürich, Rotpunktverlag, 2008, pp. 109-125.

<sup>16</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 57-69; LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 9-12, y, con mayor detalle estadístico, John V. LOMBARDI, *People and Places in Colonial Venezuela*, Bloomington, Indiana University Press, 1977, p. 132.

<sup>17</sup> Miquel IZARD, *El Miedo a la Revolución. La Lucha por la Libertad en Venezuela (1777-1830)*, Madrid, Tecnos, 1979, pp. 50-52.

<sup>18</sup> John V. LOMBARDI, «The Social Order of Venezuela: Property, Society, and Authority in Times of Bolívar 1750-1850», en Wilhelm STEGMANN (ed.), *Simón Bolívar. Persönlichkeit und Wirkung*, Berlín, Dietrich Reimer Verlag, 1984, pp. 167-184.

<sup>19</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 122-125.

<sup>20</sup> En una confesión muy posterior referida en Luis PERÚ DE LACROIX, *Diario de Bucaramanga*, Caracas, Ediciones Centauro, 1976, pp. 62-66.

<sup>21</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 45-56, y LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 22-24.

<sup>22</sup> Vid., por ejemplo, Günter KAHLE, *Simón Bolívar y los alemanes (1830-1980)*, La Paz-Cochabamba, Editorial Los Amigos del Libro, 1980, pp. 39-48. En un trabajo recién publicado, Michael Zeuske ha podido demostrar convincentemente que la relación personal entre Bolívar y Humboldt, canónicamente recogida en la práctica totalidad de las biografías del caraqueño y también en muchas del alemán, no es sino el producto de una construcción historiográfica *ex post*. Ya en la década de 1820 se intentó por parte de la oligarquía criolla de Caracas fijar un nexo ideal (pero históricamente muy dudoso) entre el posicionamiento anticolonial del prusiano a comienzos de siglo y el resultado final de una revolución emancipadora supuestamente

protagonizada, en torno al *héroe* Bolívar, por esa misma oligarquía. Quedaban así obviadas la intensa colaboración de los criollos con el poder colonial entre 1812 y 1821, su temporal repudio del «revolucionario» e «ímpio» Libertador y, sobre todo, su nula disposición a asumir las consecuencias de la crítica humboldtiana respecto a aspectos muy centrales de la realidad venezolana (esclavitud, inequidad social, discriminación racial). La reproducción continuada de esta construcción mítica acabó convirtiéndola en una suerte de verdad revelada de la historia nacional, que daba lustre moderno, y sobre todo  *europeo*, a un grupo históricamente caracterizado por sus actitudes ultraconservadoras en lo político y retardatarias en lo social. Vid. ZEUSKE, *Simón Bolívar. Befreier Südamerikas*, pp. 107-121. El presunto episodio del encuentro Humboldt-Bolívar queda significativamente fuera de foco para la investigación humboldtiana más solvente: OTTMAR ETTE, *Alexander von Humboldt und die Globalisierung. Das Mobile des Wissens*, Francfort del Meno, Insel Verlag, 2009.

<sup>23</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 56-63, y LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 24-27.

<sup>24</sup> El texto del juramento, de modo análogo a lo ocurrido con otras vivencias bolivarianas de esta época, fue objeto de una reconstrucción *ex post*, debida sobre todo a la pluma de Simón Rodríguez. Vid. SIMÓN BOLÍVAR, *Escritos del Libertador*, vol. IV, Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1968, pp. 14-16.

<sup>25</sup> Manuel Rafael RIVERO, *Tras las gracias del Rey. Un criollo en la corte de Carlos IV*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericanos, 1996, pp. 19-37.

<sup>26</sup> Daniel Florencio O'LEARY, *Memorias del general Daniel Florencio O'Leary: Narración*, Caracas, Imprenta Nacional, 1952, vol. I, pp. 63-64, y vol. II, p. 34. Vid. también Manuel PÉREZ VILA, *La formación intelectual del Libertador*, Caracas, Ministerio de Educación, 1971, pp. 189-216, con información detallada de los diversos inventarios bibliográficos.

<sup>27</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 29.

<sup>28</sup> Resumen de los principales aspectos en Antonio SÁEZ ARANCE, «Kritik, Krise und politische Impotenz: die transatlantische Dimension der Iberischen Aufklärung», en Alexander KRAUS y Andreas RENNER (eds.), *Orte eigener Vernunft. Europäische Aufklärung jenseits der Zentren*, Francfort del Meno, Campus, 2008, pp. 29-46.

<sup>29</sup> David A. BRADING, *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 422-464, y *passim*; sobre la relación entre el programa reformista de los Borbones y la evolución de las percepciones políticas mutuas entre españoles y americanos *vid.* Federica MORELLI, «La redefinición de las relaciones imperiales: en torno a la relación reformas dieciochescas/independencia en América», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (en línea), 8 (2008), pp. 1-12 (<http://nuevomundo.revues.org/document19413.html>, consultado el 20 de julio de 2010).

<sup>30</sup> O. Carlos STOETZER, *El pensamiento político en la América Española durante el período de la emancipación*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966, e *id.*, *Las raíces escolásticas de la emancipación de la América española*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982.

<sup>31</sup> *Vid.*, sobre todo, Jaime URUEÑA CERVERA, *Bolívar republicano. Fundamentos ideológicos e históricos de su pensamiento político*, Bogotá, Ediciones Aurora, 2004, que demuestra convincentemente cómo Bolívar se identificaba con los ideales de la tradición republicana clásica y cómo poseía, además, buenos conocimientos acerca de las controversias doctrinales de su propio tiempo; una aproximación general al desarrollo hispanoamericano en la recopilación de José Antonio AGUILAR y RAFAEL

ROJAS (eds.), *El Republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de Historia Intelectual y Política*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

<sup>32</sup> Sobre la formación y el trasfondo intelectual de Bolívar, *vid.*, en general, Luis CASTRO LEIVA, *La Gran Colombia: una ilusión ilustrada*, Caracas, Monte Ávila, 1984, y Manuel PÉREZ VILA, *Para acercarnos a Bolívar*, Caracas, Equinoccio, 1984.

<sup>33</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 34-36, y Alexander VON HUMBOLDT, *Lateinamerika am Vorabend der Unabhängigkeitsrevolution. Eine Anthologie von Impressionen und Urteilen aus den Reisetagebüchern. Zusammengestellt und erläutert durch Margot Faak. Mit einer einleitenden Studie von Manfred Kossok*, Berlín, Akademie-Verlag Berlin, 1982-2003 (Beiträge zur Alexander-von-Humboldt-Forschung, vol. 5).

<sup>34</sup> A la larga, el filósofo británico vendría a recomendar a los liberales españoles que se deshicieran definitivamente de las colonias, y ello no tanto por razones de índole moral, sino mucho más por la constatación empírica de que sus estructuras sociales eran incompatibles con un diseño constitucional como el de Cádiz. Los textos de Bentham los reúne Philip SCHOFIELD (ed.), *Colonies, Commerce and Constitutional Law: Rid Yourselves of Ultramarina and Other Writings on Spain and Spanish America*, Oxford, Clarendon Press, 1995 [extractos en castellano en *id.*], «Extracto de *Libraos de Ultramarina*», *Télos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, 1/3 (1992), pp. 11-43]. Análisis exhaustivo en Bartolomé CLAVERO, «¡Libraos de Ultramarina! El fruto podrido de Cádiz», en José María INURRITIGUI y José María PORTILLO (eds.), *Constitución en España: orígenes y destinos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, pp. 109-177.

<sup>35</sup> Edición crítica accesible de los principales escritos de Paine en Thomas PAINÉ, *Writings*, editado por Eric FONER, Nueva York, Library of America, 1993.

<sup>36</sup> Juan Pablo VISCARDO Y GUZMÁN, *Carta dirigida a los Españoles Americanos del Abate*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

<sup>37</sup> Carmen L. MICHELENA, *Luces revolucionarias: De la rebelión de Madrid (1795) a la rebelión de La Guaira (1797)*, Caracas, Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 2010.

<sup>38</sup> Michael ZEUSKE, *Francisco de Miranda und die Entdeckung Europas. Eine Biographie*, Hamburgo-Münster, Lit-Verlag, 1995, y Karen RACINE, *Francisco de Miranda: A Transatlantic Life in the Age of Revolution*, Wilmington, Scholarly Resources, 2003.

<sup>39</sup> Michael ZEUSKE, *Francisco de Miranda y la modernidad en América*, Madrid-Aranjuez, Fundación Mapfre Tavera-Ediciones Doce Calles, 2004, pp. 33-38, y Michael ZEUSKE, «Francisco de Miranda (1750-1816): América, Europa und die Globalisierung der ersten Entkolonialisierung», en Bernd HAUSBERGER (ed.), *Globale Lebensläufe: Menschen als Akteure im weltgeschichtlichen Geschehen*, Viena, Mandelbaum, 2006, pp. 117-142.

<sup>40</sup> ZEUSKE, *Francisco de Miranda und die Entdeckung Europas*, pp. 200-202.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 207-217.

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 227-233.

<sup>43</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 39.

## Capítulo II

<sup>1</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, p. 34.

<sup>2</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, p. 84. Briceño, otro caraqueño lejanamente emparentado con Bolívar, reaccionó violentamente a las protestas del Libertador. El altercado

entre ambos estuvo a punto de acabar en tragedia y puso de manifiesto tanto la tesarudez de uno como el carácter agresivo y violento del otro, prefigurando ulteriores conflictos entre ambos durante las guerras de independencia.

<sup>3</sup> Iván JAKSIC, *Andrés Bello: La pasión por el orden*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2001, pp. 35-38.

<sup>4</sup> David P. GEGGUS (ed.), *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*, Columbia, University of South Carolina Press, 2001; *id.*, «Slavery, War and Revolution in the Greater Caribbean, 1789-1815», en David Barry GASPARG y David P. GEGGUS (eds.), *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean*, Bloomington-Indianápolis, Indiana University Press, 1996, pp. 1-50; Alejandro E. GÓMEZ, «La Revolución Haitiana y la Tierra Firme hispana», *Nuevo Mundo/Mundos Nuevos*, 5 (2005), accesible en la red como <http://nuevomundo.revues.org/document211.html>; *id.*, «Haïti entre la peur et le besoin. Royalistes et républicains vénézuéliens: relations et repères avec Saint-Domingue et les “Îles du Vent”, 1790-1830», en Giulia BONACCI (ed.), *La Révolution haïtienne au-delà de ses frontières*, París, Karthala, 2006, pp. 141-163, y Clément THIBAUD, «“Coupé têtes, brûlé cazes”: Peurs et désirs d’Haïti dans l’Amérique de Bolívar», *Annales. Histoire, Sciences sociales*, 58/2 (2003), pp. 305-331.

<sup>5</sup> Sobre los precedentes *vid.* Reinaldo ROJAS, «Rebeliones de esclavos negros en Venezuela antes y después de 1789», *Estudios de historia social y económica de América*, 10 (1993), pp. 151-164.

<sup>6</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 111-125.

<sup>7</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 44.

<sup>8</sup> *Vid.* muy especialmente la contribución de Michael ZEUSKE en Manuel CHUST (ed.), *Las independencias iberoamericanas en su laberinto. Controversias, cuestiones, interpretaciones*, Valencia, Universidad de Valencia, 2010, pp. 375-390.

<sup>9</sup> Emilio LA PARRA LÓPEZ, *Manuel Godoy: La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002, y Miguel ARTOLA GALLEGO, *La España de Fernando VII*, vol. XVIII de Ramón MENÉNDEZ PIDAL (ed.), *Historia de España*, Madrid, Espasa, 1968. Sobre la constelación internacional y sus implicaciones para América Latina *vid.* Günter KAHLE, *Lateinamerika in der Politik der europäischen Mächte. 1492-1810*, Colonia-Weimar-Viena, Böhlau, 1993, pp. 66-82.

<sup>10</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 45-46.

<sup>11</sup> CUSSEN, *Bello y Bolívar*, pp. 30-21, y JAKSIC, *Bello. La pasión por el orden*, pp. 41-45. Sobre el papel de la prensa en general Rebecca A. EARLE, «The Role of Print in the Spanish-American Wars of Independence», en Ivan JAKSIC (ed.), *The Political Power of the Word. Press and Oratory in Nineteenth-Century Latin America*, Londres, University of London-Institute of Latin American Studies, 2002, pp. 9-33.

<sup>12</sup> Inés QUINTERO MONTIEL, *La Conjura de los Mantuanos: Último acto de fidelidad a la Monarquía Española (Caracas, 1808)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2002.

<sup>13</sup> Las prácticas culturales de éstas seguían documentando, a la altura de diciembre de 1808, una fuerte adhesión a la Monarquía, como demuestra la exitosa representación de una obra de teatro vindicativa de la causa fernandina contra Napoleón, compuesta por el propio Andrés Bello, y titulada *España Restaurada*. *Vid.* Manuel LUCENA GIRALDO, *Naciones de Rebeldes*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 71-72.

<sup>14</sup> Un excelente análisis del problema de fondo, con consecuencias extraordinariamente graves a largo plazo, en Josep M. FRADERA, «El factor racial en la delimita-

ción de los derechos políticos de los americanos», en Josep M. FRADERA, *Gobernar colonias*, Barcelona, Península, 1999, pp. 51-69.

<sup>15</sup> LUCENA, *Naciones de Rebeldes*, pp. 91-96, y José María PORTILLO VALDÉS, *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la Monarquía Hispánica*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 66, que insiste en la permanencia del discurso juntista en el marco de la constitución tradicional. Sobre la filiación escolástica del mismo *vid.* los clásicos trabajos citados de STOETZER, *El pensamiento político en la América Española* y *Las raíces escolásticas de la emancipación*, *passim*, así como el de Jaime EYZAGUIRRE, *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1957-2002, pp. 93-110 y *passim*.

<sup>16</sup> Así la interpretación de José Antonio PIQUERAS, *Bicentenarios de libertad. La fragua de la política en España y las Américas*, Barcelona, Península, 2010.

<sup>17</sup> Sobre el proceso juntista en Caracas *vid.* Inés QUINTERO MONTIEL, «La Junta de Caracas», en Manuel CHUST (ed.), *1808. La eclosión juntera en el mundo hispano*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica-Colmex, 2007, pp. 334-355; PORTILLO VALDÉS, *Crisis Atlántica*, pp. 89-90, y PIQUERAS, *Bicentenarios de libertad*, pp. 315-324.

<sup>18</sup> Pedro Pablo BARNOLA, *Textos oficiales de la Primera República de Venezuela*, vol. I, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1959, pp. 99-103.

<sup>19</sup> PORTILLO VALDÉS, *Crisis Atlántica*, pp. 90-91.

<sup>20</sup> IZARD, *El Miedo a la Revolución*, *passim*.

<sup>21</sup> La narrativa tradicional del proceso en Caracciolo PARRA-PÉREZ, *Historia de la Primera República de Venezuela*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992, pp. 195-233.

<sup>22</sup> Sobre el envío de la delegación a Londres y los primeros pasos de una política exterior de la Junta de Caracas *vid.*, en general, PARRA-PÉREZ, *Historia de la Primera República*, pp. 234-254, y MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 101-114.

<sup>23</sup> James MILL, «Emancipation of Spanish America», *Edinburgh Review*, 26 (1809), pp. 277-311. Sobre el particular detalles en CUSSEN, *Bello y Bolívar*, pp. 42-43.

<sup>24</sup> Especialmente en sus artículos en los números 5 y 6 de *El Español*, extractados ahora en Juan GOYTISOLO, *Blanco White, El Español y la independencia de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 114-118 y 119-122.

<sup>25</sup> En general, sobre las conversaciones *vid.* David A. G. WADDELL, *Gran Bretaña y la independencia de Venezuela y Colombia*, Caracas, Ministerio de Educación, 1983, pp. 63-72, y LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 49-54.

<sup>26</sup> Sobre el conservadurismo de Bello y su trasfondo intelectual *vid.* Iván JAKSIC, «La República del Orden: Simón Bolívar, Andrés Bello y las transformaciones del pensamiento político de la independencia», *Historia (Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile)*, 36 (2003), pp. 191-218.

<sup>27</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 53.

<sup>28</sup> François-Xavier GUERRA, «El escrito de la revolución y la revolución del escrito. Información, propaganda y opinión pública en el mundo hispánico (1808-1914)», en Marta TERÁN y José Antonio SERRANO ORTEGA (eds.), *Las guerras de independencia en la América Española*, Zamora, El Colegio de Michoacán-Instituto Nacional de Antropología e Historia-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2001, pp. 125-147.

<sup>29</sup> PARRA-PÉREZ, *Historia de la Primera República*, pp. 278-280; CUSSEN, *Bello y Bolívar*, p. 49, y MICHAEL ZEUSKE, *Francisco de Miranda und die Entdeckung Europas*, pp. 250-252. Optamos aquí por las comillas porque «William Burke» muy probablemente se trate de un pseudónimo colectivo, acaso con participación de James Mill y el propio Miranda. Propone tal interpretación Mario RODRIGUEZ, «Wi-

lliam Burke» and Francisco de Miranda. *The Word and the Deed in Spanish American Emancipation*, Lanham-Londres, University Press of America, 1994.

<sup>30</sup> Discurso del 4 de julio, publicado en Vicente LICUNA SALBOCH (ed.), *Simón Bolívar. Proclamas y Discursos del Libertador*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1939, p. 3. *Vid.* también PORTILLO VALDÉS, *Crisis Atlántica*, p. 156.

<sup>31</sup> Dora DÁVILA, «De pequeña Venecia a República Bolivariana de Venezuela. Historia, ideología y política o el nombre bajo sospecha», en José Carlos CHIARAMONTE, Carlos MARICHAL y Aimer GRANADOS (eds.), *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008, pp. 213-237, esp. pp. 222-224.

<sup>32</sup> Arlene Q. URDANETA y Germán CARDOZO GALUÉ, «El federalismo durante la independencia de Venezuela: Rivalidades regionales y negociación política», en Arlene Q. URDANETA y Germán CARDOZO GALUÉ, *Colectivos sociales y participación popular en la independencia hispanoamericana*, Maracaibo, Universidad del Zulia, Nacional de Antropología e Historia-El Colegio de Michoacán, 2005, pp. 127-146.

<sup>33</sup> Pablo RODRÍGUEZ, «1812: El terremoto que interrumpió una revolución», en Pilar GONZALBO AIZPURU, Anne STAPLES y Valentina TORRES SEPTIÉN (eds.), *Una historia de los usos del miedo*, Ciudad de México, El Colegio de México-Universidad Iberoamericana, 2009, pp. 247-271.

<sup>34</sup> PARRA-PÉREZ, *Historia de la Primera República*, p. 427, a partir del testimonio *a posteriori* y bastante sesgado del prorrealista José Domingo Díaz. Díaz calificaría las palabras de Bolívar de «impías y blasfemas», a fin de poder acusarlo de herejía y ateísmo en su prolongada lucha publicística contra los independentistas desde la *Gazeta de Caracas* reconquistada por los españoles.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 487-492.

<sup>36</sup> Bolívar a Miranda, 12-14 de julio de 1812, en Daniel Florencio O'LEARY, *Memorias del General O'Leary, publicadas por su hijo Simón B. O'Leary, por orden del gobierno de Venezuela y bajo los auspicios de su presidente General Guzmán Blanco, Ilustre Americano, Regenerador de la República*, Caracas, Imprenta de El Monitor, 1882 ss. (reimpreso como *Memorias del General O'Leary, edición facsimilar del original de la primera edición, con motivo de la celebración del Sesquicentenario de la Muerte de Simón Bolívar, Padre de la Patria*, vol. XXIX, Caracas, Ministerio de la Defensa, 1981), pp. 11-13.

<sup>37</sup> PARRA-PÉREZ, *Historia de la Primera República*, pp. 531-553; MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 148-151, y LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 61-63.

<sup>38</sup> Veronique HEBRARD, «Ciudadanía y participación política en Venezuela, 1810-1830», en Anthony McFARLANE y Eduardo POSADA-CARBÓ (eds.), *Independence and Revolution in Spanish America: Perspectives and Problems*, Londres, University of London, Institute of Latin American Studies, 1999, pp. 122-153.

<sup>39</sup> CUSSEN, *Bello y Bolívar*, pp. 63-64, acerca del procesamiento intelectual del fracaso de la Primera República.

<sup>40</sup> La cita original de Marx en *La Sagrada Familia [Marx-Engels-Werke (MEW)]*, vol. 2, Berlín Oriental, Dietz Verlag, 1972, pp. 85-86]. Al respecto de la aplicabilidad histórica del concepto *vid.* Michael ZEUSKE y Kurt HOLZAPFEL, «“L'illusion héroïque”. Karl Marx et les révolutions de 1789 et 1830», *La Pensée*, 249 (1986), pp. 18-30, y Michael ZEUSKE, «“Heroische Illusion” und Antiillusion bei Simón Bolívar. Überlegungen zum Ideologiekomplex in der Independencia 1810-1830», en Manfred KOSSOK y Editha KROSS (eds.), *1789 - Weltwirkung einer grossen Revolution*, vol. II, Berlín Oriental, Akademie Verlag, 1989, pp. 577-596. Una buena intro-

ducción en castellano la ofrecen los textos reunidos en Lluís ROURA y Manuel CHUST (eds), *La ilusión heroica: colonialismo, revolución, independencia en la obra de Manfred Kossok*, Castellón, Publicaciones de la Universitat Jaume I, 2010.

### Capítulo III

<sup>1</sup> Sobre el desarrollo del movimiento independentista en Nueva Granada *vid.* John LYNCH, *The Spanish American Revolutions*, Nueva York, Norton, 1986, pp. 228-236; Hans-Joachim KÖNIG, *Auf dem Wege zur Nation. Nationalismus im Prozess der Staats- und Nationbildung Neu-Granadas 1750-1856*, Wiesbaden, Franz Steiner, 1988, esp. pp. 112-196, y Rebecca A. EARLE, *Spain and the Independence of Colombia, 1810-1825*, Exeter, University of Exeter Press, 2000.

<sup>2</sup> PARRA-PÉREZ, *Historia de la Primera República*, pp. 566-568.

<sup>3</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 67-68.

<sup>4</sup> Simón BOLÍVAR, «Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño», Cartagena, 15 de diciembre de 1812, en Simón BOLÍVAR, *Escritos del Libertador*, vol. IV, Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1968, pp. 116-127.

<sup>5</sup> «Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes; filantropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se resintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada». A partir de la concreta reflexión bolivariana, consideraciones generales sobre las limitaciones del proceso independentistas en Rafael ROJAS, *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009. Según Rojas, el mérito del Libertador había sido prever el carácter demasiado perfecto de las constituciones americanas y su consiguiente nula idoneidad a la hora de regir a una ciudadanía escasamente virtuosa en lo político, altísimamente heterogénea en lo étnico y social y propensa a la búsqueda y ulterior aceptación de gobiernos de corte caudillista.

<sup>6</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 68-72.

<sup>7</sup> Simón BOLÍVAR, «Decreto de Guerra a Muerte» (Trujillo, 15 de junio de 1813), en COMITÉ REGIONAL BICENTENARIO DEL NATALICIO DEL LIBERTADOR (ESTADO MIRANDA), *Decretos del Libertador*, vol. I, Los Teques, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1983, pp. 5-9; también en *Escritos*, vol. IV, pp. 305-307. Sobre el decreto *vid.* MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 175-178; LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 72-75, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 50-51.

<sup>8</sup> Sobre los discursos identitarios en la Venezuela del proceso independentista es central el trabajo de Véronique HÉBRARD, *Le Venezuela indépendant. Une nation par le discours - 1808-1830*, París-Montreal, L'Harmattan, 1996. *Vid.* también Clément THIBAUD, «De la ficción al mito: los llaneros de la Independencia en Venezuela», *Tiempos de América*, 10 (2003), pp. 109-119. Respecto a la distinción entre «guerra civil» y «guerra social», *vid.* Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, *Simón Bolívar: una pasión política*, Barcelona, Ariel, 2004, p. 111, n. 3, que recoge las sugerencias del maurrasiano Marius André, sin reparar aparentemente en sus muy problemáticas implicaciones ideológicas.

<sup>9</sup> Sobre la relación entre las diversas modalidades de organización militar y los respectivos conceptos de ciudadanía y representación *vid.* Clément THIBAUD, «Formas de guerra y mutación del ejército durante la guerra de independencia en Colombia y Venezuela», en Jaime E. RODRÍGUEZ O. (ed.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Mapfre, 2005, pp. 339-364; *íd.*, «Ejércitos, guerra y la construcción de una soberanía: el caso grancolombiano», en Carmen McEVOY y Ana María STUVEN, (eds.), *La república peregrina: hombres de armas y de letras en América andina, 1810-1884*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos-Institut Français d'Etudes Andines-Sewanee University, 2007, pp. 171-197, e *íd.*, «Definiendo el sujeto de la soberanía. Repúblicas y guerra en la Nueva Granada y Venezuela», en Manuel CHUST y Juan MARCHENA (eds.), *Las armas de la nación. Independencia y ciudadanía en en Hispanoamérica (1750-1850)*, Francfort del Meno, Vervuert, 2007, pp. 185-222. Una buena descripción general ofrece todavía Marie-Danielle DEMÉLAS y Yves SAINT-GEOURS, *La vie quotidienne en Amérique du Sud au temps de Bolívar, 1809-1830*, París, Hachette, 1987, pp. 105-142.

<sup>10</sup> Unos conocimientos que condicionarían en lo sucesivo el diseño de sus estrategias político-militares. Al respecto Michael ZEUSKE, «Regiones, espacios e hinterland en la independencia de Venezuela. Lo espacial en la política de Simón Bolívar», *Revista de las Américas. Historia y presente*, 1 (2003), pp. 39-58.

<sup>11</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 190-193; LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 75-76, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 53-54.

<sup>12</sup> Existen biografías bastante recientes del personaje, escritas especialmente para el público español con desigual calidad y énfasis en los aspectos más puramente militares: José SEMPRÚN, *La división infernal: Boves, vencedor de Bolívar*, Madrid, Falcata Ibérica, 2002, y Jesús Ignacio FERNÁNDEZ DOMINGO, *Boves, primer caudillo de América*, Oviedo, Idea, 2008.

<sup>13</sup> En el tratamiento de la «guerra a muerte» y concretamente de la figura histórica de Boves, hay que destacar el esfuerzo de la investigación histórica más reciente por introducir matices a un relato tradicionalmente salpicado de estereotipos («barbarie» llanera *versus* «civilización» bolivariana). En realidad, Boves se benefició a corto y medio plazo de la insuficiencia movilizadora de los elementos de identidad patriota (el discurso republicano, la referencia a «América»), los cuales muy difícilmente podían reflejar la situación de extrema tensión socio-étnica existente en los Llanos y, por extensión, en toda Venezuela. Muy esclarecedor, también a este respecto, Clément THIBAUD, *Républiques en armes: les armées de Bolívar dans les guerres d'indépendance du Venezuela et de la Colombie*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2006, pp. 125-169, esp. pp. 159-160.

<sup>14</sup> Germán CARRERA DAMAS, *Boves: aspectos socioeconómicos de su acción histórica*, Caracas, Ministerio de Educación, 1968, pp. 170-182.

<sup>15</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 214-230; LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 84-87, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 57-62.

<sup>16</sup> «Manifiesto de Carúpano» (7 de septiembre de 1814), en *Escritos*, vol. IV, pp. 390-395.

<sup>17</sup> Fue éste el sentido de la intervención del brigadier Joaquín París Ricaurte, militar neogranadino que se había destacado en los combates contra Boves, que se dirigió al Congreso criticando el fondo del proyecto y reclamando, desde el más puro pragmatismo, una regularización de las hostilidades con el poder colonial: «El bárbaro e impolítico proyecto de la Guerra a Muerte, que nos iba convirtiendo los pueblos y las provincias enteras en enemigos, no sólo hacía odioso el ejército, sino el

sistema que éste sostenía. Y así es que los mismos pueblos que por su opinión nos recibían con la oliva en la mano y unían sus esfuerzos a los nuestros para lanzar a los españoles de su territorio, luego que observaban nuestra conducta sanguinaria, se convertían en enemigos nuestros, mucho mayores que antes lo habían sido de los otros... La necesaria consecuencia de los errores militares, que fueron tantos cuantos pasos se dieron, la opresión de los pueblos; la ferocidad que se les enseñó; su ruina consiguiente a los robos; la falta de un gobierno y el espantoso despotismo y disolución de los jefes, fue la pérdida del país, pero una pérdida tal que jamás podrá repararse, mientras no se haga la guerra en regla, por quien sepa hacerla; mientras la política no borre las profundas impresiones que la impolítica ha hecho en aquellos pueblos, dispuestos antes a entregarse a los otomanos que a sus paisanos, y mientras al frente del ejército que emprenda nuevamente la reconquista, no se ponga un jefe que no sea de los que han mandado en la anterior desgraciada campaña». Vid. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, *Simón Bolívar*, p. 136.

<sup>18</sup> Estudio clásico, con gran acopio documental en varios volúmenes, en Antonio RODRÍGUEZ VILLA, *El teniente general don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de La Puerta (1778-1837)*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1908; tratamiento más moderno en Gonzalo M. QUINTERO SARAVIA, *Pablo Morillo. General de dos mundos*, Bogotá, Planeta, 2005.

<sup>19</sup> El americanista español Demetrio Ramos postuló en su día la existencia de tal cesura en la biografía bolivariana, que estaría específicamente relacionada con sus experiencias antillanas. Vid. DEMETRIO RAMOS, *Bolívar en la Antillas: una etapa decisiva para su línea política. Discurso leído el día 19 de enero de 1986 en la Real Academia de la Historia*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1986. Según Ramos, el impulso antillano no debe limitarse a los proyectos que pudo tener Bolívar respecto a las islas dominadas aún por España, sino que abarca también, sobre todo, las consecuencias ideológicas que extrajo de la experiencia caribeña en relación con el planteamiento de la guerra, y la forma en la que procesó sus recientes fracasos político-militares desde la realidad socio-étnica de la región. La interpretación contraria la defiende HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, *Simón Bolívar*, pp. 140-141.

<sup>20</sup> «Carta de Jamaica» (6 de septiembre de 1815), en *Escritos*, vol. VIII, pp. 222-248, entre la multitud de ediciones disponibles (también digitales, entre tanto). Sobre las dificultades de fijación de una edición canónica del texto, condicionadas por el lapso transcurrido entre su redacción y su recepción efectiva, y con implicaciones conceptuales no menores, vid. PORTILLO VALDÉS, *Crisis Atlántica*, pp. 184 y 281, nn. 66-69.

<sup>21</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 146-148.

<sup>22</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 92.

<sup>23</sup> Sobre el contexto y el carácter de las reformas borbónicas Horst PIETSCHMANN, *Die staatliche Organisation des kolonialen Iberoamerika*, Stuttgart, Klett-Cotta Verlag, 1980, pp. 66-94; LYNCH, *Spanish American Revolutions*, pp. 1-37, e íd., «The Institutional Framework of Colonial Spanish America», *Journal of Latin American Studies*, 24 (1992), pp. 69-81, esp. pp. 78-81.

<sup>24</sup> PORTILLO VALDÉS, *Crisis Atlántica*, p. 183.

<sup>25</sup> Tratan el punto con mayor detalle Anthony PAGDEN, *Spanish Imperialism and the Political Imagination. Studies in European and Spanish-American Social and Political Theory 1513-1830*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1990, cap. 6, y David A. BRADING, *The First America*, pp. 611-614.

<sup>26</sup> En una argumentación en parte reactiva a los prejuicios popularizados en la Europa del siglo XVIII. Vid. SÁEZ ARANCE, «Kritik, Krise und politische Impoz», pp. 44-46.

<sup>27</sup> Bolívar se mostraba más bien pesimista respecto al ámbito rioplatense, donde, a la altura de 1815, el fenómeno de la rivalidad entre caudillos se encontraba todavía más pujante que lo que Bolívar había experimentado en su propia patria hasta entonces. En cuanto a Chile, y sembrando argumentos para posteriores discursos excepcionalistas, Bolívar le adjudicaba el máximo potencial de éxito: «El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre...». El virreinato del Perú, por su situación de mayor identificación con el poder colonial y dependencia de sus estructuras, tenía para Bolívar las peores cartas: «El Perú, por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas».

<sup>28</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 95.

## Capítulo IV

<sup>1</sup> John LYNCH, «Bolívar and the Caudillos», *Hispanic American Historical Review*, 63/1 (1983), pp. 3-35.

<sup>2</sup> Peter WALDMANN, «Caudillismo als Konstante der Politischen Kultur Lateinamerikas», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft, Gesellschaft Lateinamerikas*, 15 (1978), pp. 191-207; John LYNCH, *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*, Oxford, Clarendon Press, 1992; Michael RIEKENBERG, «Kriegerische Gewaltakteure in Lateinamerika im frühen 19. Jahrhundert», en Rolf Peter SIEFERLE y Helga BREUNINGER, (eds.), *Kulturen der Gewalt. Ritualisierung und Symbolisierung von Gewalt in der Geschichte*, Francfort del Meno, Campus, 1998, pp. 195-214, e íd., *Caudillismus. Eine kurze Abhandlung anhand des La Plata-Raumes*, Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2010.

<sup>3</sup> Peer SCHMIDT, «Der Guerrillero. Die Entstehung des Partisanen in der Satelzeit der Moderne - eine atlantische Perspektive 1776-1848», *Geschichte und Gesellschaft*, 29 (2003), pp. 161-190.

<sup>4</sup> Retomamos la idea de Clément THIBAUD, «Ejércitos, guerra y la construcción de una soberanía», p. 182 y *passim*.

<sup>5</sup> Para lo que sigue *vid.* LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 100-104, y MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 276-289.

<sup>6</sup> O'LEARY, *Narración*, vol. I, p. 385, llamó ya la atención sobre la tendencia de Bolívar a cometer este error estratégico una y otra vez.

<sup>7</sup> Ésa era la fórmula elegida por el Libertador en la carta enviada a Manuel Piar: Bolívar a Piar, 10 de enero de 1817, en *Escritos*, vol. X, p. 46.

<sup>8</sup> Bolívar a O'Leary, Guayaquil, 13 de septiembre de 1829, en Germán CARRERA DAMAS (ed.), *Simón Bolívar fundamental*, vol. I, Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, 1993, pp. 588-594.

<sup>9</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 108, y THIBAUD, «Ejércitos, guerra y la construcción de una soberanía», pp. 182-186.

<sup>10</sup> Bolívar al general Marion, gobernador del Departamento de los Cayos, Carúpano, 27 de junio de 1816, citado en LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 109.

<sup>11</sup> Sobre Piar Johan HARTOG, *Manuel Carel Piar, de jongen van Otrobanda*, Aruba, Eilandsbestuur van Curaçao-De Wit, 1967, esp. pp. 1-28 sobre los orígenes de Piar; una aproximación desde la historia militar venezolana más nacionalista en Héctor BENCOMO BARRIOS, *Manuel Piar: estancias de una existencia provechosa*, Caracas, Bancaribe, 2006. Una interesantísima reconstrucción de la recepción de Piar en la cultura popular y su importancia para la identidad regional guayanesa a partir de la historia oral en Yolanda SALAS DE LECUNA y Norma GONZÁLEZ (eds.), *Manuel Piar, el héroe de múltiples rostros. Una aproximación a la historia desde la perspectiva de la memoria colectiva*, Caracas, FUNDEF, 2004.

<sup>12</sup> ZEUSKE, «Regiones, espacios e *hinterland* en la independencia de Venezuela», *passim*.

<sup>13</sup> Bolívar a Páez, Angostura, 15 de septiembre de 1817, en O'LEARY, *Memorias*, vol. XV, pp. 295-297.

<sup>14</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 104-106, y MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 290-305.

<sup>15</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 152-153; BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 84-85, y MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 305-310.

<sup>16</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, p. 153.

<sup>17</sup> «Proclama y Decreto de Ocumare» (6 de julio de 1816), en Vicente LECUNA (ed.), *Proclamas y discursos del Libertador, 1811-1830*, Los Teques, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1983, pp. 188-189.

<sup>18</sup> Sobre la relación entre la organización militar y las diversas modalidades de articulación política ciudadana *vid.* THIBAUD, «Ejércitos, guerra y la construcción de una soberanía», *passim*.

<sup>19</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 113-118, y MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 312-320.

<sup>20</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, p. 154.

<sup>21</sup> «Declaración de Angostura» (20 de noviembre de 1818), en CARRERA DAMAS, *Bolívar Fundamental*, vol. II, pp. 68-71.

<sup>22</sup> Detalles sobre las operaciones militares en MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 327-334.

<sup>23</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 116-117.

<sup>24</sup> «Discurso del jefe supremo en la sesión del Consejo de Estado, del 1 de octubre de 1818», en O'LEARY, *Memorias*, vol. XVI, p. 103.

<sup>25</sup> «Discurso pronunciado por el Libertador ante el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819, día de su instalación», publicado en el *Correo del Orinoco*, números 19, 20, 21 y 22, del 20 de febrero al 13 de marzo de 1819. Al igual que en el caso de la Carta de Jamaica, hay multitud de ediciones, la primera de ellas, por cierto, encargada y revisada por el propio Libertador (Bogotá, 1820). Citamos aquí por la incluida en el vol. III de las *Obras Completas*, pp. 674-697.

<sup>26</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, p. 351.

<sup>27</sup> «Discurso», p. 679.

<sup>28</sup> «De ningún modo sería una violación de la igualdad política la creación de un Senado hereditario; no es una nobleza la que pretendo establecer porque, como

ha dicho un célebre republicano, sería destruir a la vez la igualdad y la libertad. Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber, y los medios proporcionados para adquirir su instrucción. Todo no se debe dejar al acaso y a la ventura de las elecciones: el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte; y aunque es verdad que estos senadores no saldrían del seno de las virtudes, también es verdad que saldrían del seno de una educación ilustrada. Por otra parte, los libertadores de Venezuela son acreedores a ocupar siempre un alto rango en la República que les debe su existencia. Creo que la posteridad vería con sentimiento anonadado los nombres ilustres de sus primeros bienhechores: digo más, es del interés público, es de la gratitud de Venezuela, es del honor nacional, conservar con gloria, hasta la última posteridad, una raza de hombres virtuosos, prudentes y esforzados que superando todos los obstáculos, han fundado la República a costa de los más heroicos sacrificios. Y si el pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus bienhechores, es indigno de ser libre y no lo será jamás... Un Senado hereditario, repito, será la base fundamental del Poder Legislativo, y por consiguiente será la base de todo gobierno. Igualmente servirá de contrapeso para el gobierno y para el pueblo: será una potestad intermedia que embote los tiros que recíprocamente se lanzan estos eternos rivales. En todas las luchas la calma de un tercero viene a ser el órgano de la reconciliación, así el Senado de Venezuela será la traba de este edificio delicado y harto susceptible de impresiones violentas; será el iris que calmará las tempestades y mantendrá la armonía entre los miembros y la cabeza de este cuerpo político». *Vid.* MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 354-355, que atribuye a esta idea bolivariana influencias tanto clásicas (Platón) como católicas.

<sup>29</sup> *Ibid.* Sobre las raíces intelectuales del concepto *vid.* O. Carlos STOETZER, «Bolívar y el Poder Moral», *Revista de Historia de América*, 95 (1983), pp. 139-158.

<sup>30</sup> Transcripción comentada del texto en Pedro GRASES, *El Libertador y la Constitución de Angostura de 1819*, Caracas, Banco Hipotecario de Crédito Urbano, 1970.

<sup>31</sup> Santander a Bolívar, 29 de abril y 5 de mayo de 1819, en *Cartas Santander-Bolívar*, vol. I, Bogotá, Fundación Francisco de Paula Santander-Biblioteca de la Presidencia de la República, 1990, pp. 83-89.

<sup>32</sup> Es la idea central de THIBAUD, «Ejércitos, guerra y la construcción de una soberanía», esp. pp. 183-186, también *id.*, *Républiques en armes*, esp. caps. V-VII y *passim*.

<sup>33</sup> Matthew BROWN, *Adventuring through Spanish Colonies: Simón Bolívar, Foreign Mercenaries, and the Birth of New Nations*, Liverpool, University of Liverpool Press, 2006.

<sup>34</sup> ERIC LAMBERT, *Voluntarios británicos e irlandeses en la gesta bolivariana*, Caracas, Ministerio de Defensa, 1981-1993, y BROWN, *Adventuring through Spanish Colonies*.

<sup>35</sup> KAHLE, *Simón Bolívar y los alemanes*, pp. 58 y ss.

<sup>36</sup> Sobre el reclutamiento de voluntarios en Inglaterra y los Estados Unidos *vid.* Carlos PI SUNYER, *Patriotas americanos en Londres (Miranda, Bello, y otras figuras)*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1978, con el comentario de Bolívar en p. 242, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, p. 93.

<sup>37</sup> Sobre el papel fundamental de las mujeres en el esfuerzo bélico del bando patriota *vid.* Barbara POTTHAST, *Von Müttern und Machos. Eine Geschichte der Frauen in Lateinamerika*, Wuppertal, Peter Hammer, 2003, pp. 185-191.

<sup>38</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 382-385; BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 107-110; EARLE, *Spain and the Independence of Colombia*, pp. 136-137, y LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 129-132.

<sup>39</sup> RODRÍGUEZ VILLA, *Pablo Morillo*, vol. I, pp. 70-71. Desde Valencia, el 12 de septiembre, Morillo daba rienda suelta a su frustración en la correspondencia que enviaba a Madrid: «Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú queda a la merced del que domina Santa Fe, a quien, al mismo tiempo, se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el rey nuestro señor en el virreinato. Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates».

## Capítulo V

<sup>1</sup> «Proclamación del 26 de agosto de 1819 en Santa Fe de Bogotá», en O'LEARY, *Memorias*, vol. XVI, p. 431.

<sup>2</sup> Para lo que sigue, en general, *vid.* LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 131-135; MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 386-396, y ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 161 y 164-165.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 161-162.

<sup>4</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 133.

<sup>5</sup> BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 118-120.

<sup>6</sup> FRADERA, «El factor racial», y Manuel CHUST CALERO, *La cuestión nacional americana en las Cortes de Cádiz (1810-1814)*, Valencia-Alzira, Centro Francisco Tomás y Valiente UNED-Fundación Instituto Historia Social-Instituto de Investigaciones Históricas UNAM, 1999, esp. pp. 102-114 y 163-168, con un detallado tratamiento de las discrepancias centrales (y también «transversales», considerando las disidencias individuales en ambos campos) en lo relacionado con la igualdad, los derechos, la representación, la distribución de los bienes y las formas prácticas de gobierno. Buen resumen, integrando los resultados de la investigación más reciente, en Juan Sisínio PÉREZ GARZÓN, *Las Cortes de Cádiz: El nacimiento de una nación liberal (1808-1814)*, Madrid, Síntesis, 2007.

<sup>7</sup> Rafael María ROSALES, *Reyes Vargas, paladín del procerato mestizo*, Tachira, Centro de Historia del Tachira, 1950.

<sup>8</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 137-139, y MASUR, *Bolívar*, pp. 407-424.

<sup>9</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 140-142, y MASUR, *Bolívar*, pp. 425-443.

<sup>10</sup> La proclama estaba firmada en el Cuartel General Libertador en Caracas, el 30 de junio de 1821, y se publicó en el *Correo del Orinoco*, 111 (28 de julio de 1821).

<sup>11</sup> John LYNCH, *San Martín: Argentine Soldier, American Hero*, New Haven, Yale University Press, 2009.

<sup>12</sup> LYNCH, *Spanish American Revolutions*, pp. 247-249; *íd.*, *Simón Bolívar*, pp. 167-171; MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 444-464, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 125-133.

<sup>13</sup> Además, la región había sido ya décadas atrás escenario de levantamientos indígenas de inusitada violencia. *Vid.* Rebecca A. EARLE, «Indian Rebellion and Bourbon Reform in New Granada: Riots in Pasto, 1780-1800», *Hispanic American Historical Review*, 73/1 (1993), pp. 99-124.

<sup>14</sup> Jaime RODRÍGUEZ ORDÓÑEZ, *La revolución política durante la época de la Independencia. El reino de Quito 1808-1822*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar-Corporación Editora Nacional, 2006, pp. 179-185.

<sup>15</sup> Pamela S. MURRAY, «Loca or Libertadora? Manuela Sáenz in the Eyes of History and Historians, 1900-c. 1990», *Journal of Latin American Studies*, 33 (2001),

pp. 291-310, y Sarah CHAMBERS, «Republican Friendship. Manuela Saenz Writes Women into the Nation, 1835-1856», *Hispanic American Historical Review*, 81/2 (2001), pp. 225-257.

<sup>16</sup> Vid. el análisis de Inés QUINTERO MONTIEL, «Las mujeres de la Independencia: ¿heroínas o transgresoras? El caso de Manuela Sáenz», en Barbara POTTHAST y Eugenia SCARZANELLA (eds.), *Mujeres y naciones en América Latina, Problemas de inclusión y exclusión*, Francfort del Meno, Vervuert-Iberoamericana, 2001, pp. 57-76; contextualización en POTTHAST, *Von Müttern und Machos*, pp. 192-198.

<sup>17</sup> Así, por ejemplo, su supuesto lesbianismo o, cómo no, su hiperactividad sexual. Vid. LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 179.

<sup>18</sup> El 25 de julio de 1822, desde Guayaquil, Bolívar le escribió a San Martín: «Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor, que doy a Ud. por la primera vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado... Tan sensible me será ello que Ud. no venga hasta esta ciudad como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, Ud. no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria». Vid. O'LEARY, *Memoorias*, vol. XIX, p. 338.

<sup>19</sup> Se trata de una comunicación oficial sobre la entrevista de Guayaquil dirigida, con carácter de «reservada», a la Secretaría de Relaciones Exteriores de la República de Colombia. Está fechada en el cuartel general de Guayaquil el 29 de julio de 1822 y suscrita por José Gabriel Pérez, secretario de Bolívar, encargado de redactarla y remitirla por orden del Libertador. Vid. Vicente LECUNA, *La Entrevista de Guayaquil. Restablecimiento de la verdad histórica*, Caracas, Publicaciones de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, 1948, pp. 105-109.

<sup>20</sup> Bolívar a San Martín, 26 de septiembre de 1822, en *Cartas*, vol. III, pp. 97-98.

<sup>21</sup> La reconstrucción más completa del encuentro (y también la interpretación canónica durante mucho tiempo) en Gerhard MASUR, «The Conference of Guayaquil», *Hispanic American Historical Review*, 31 (1951), pp. 189-229, y LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 171-175.

<sup>22</sup> Luego del «desencuentro» de Guayaquil y vuelto al Perú, San Martín le escribió a Simón Bolívar: «Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra; desgraciadamente yo estoy firmemente convencido, o que Ud. no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa... En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado: para el 20 del mes entrante he convocado al Primer Congreso del Perú y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que sólo mi presencia es el sólo obstáculo que le impide a Ud. venir al Perú con el ejército de su mando: para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un General a quien la América del Sud debe su libertad: el destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse... Nada diré a Ud. sobre la reunión de Guayaquil a la República de Colombia; permítame Ud. General, le diga que creo que no era a nosotros a quienes pertenecía decidir este importante asunto: concluida la guerra los gobiernos respectivos lo hubieran tranzado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos Estados de Sudamérica. He hablado a Ud. con franqueza, General, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si se trasluciere, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos, para soplar la discordia». Con todo, hay que recordar que la autenticidad de esta carta, fechada

el 29 de agosto de 1822, sigue siendo objeto de discusión historiográfica. *Vid.* Antonio Jorge PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *Ideología y acción de San Martín*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966, pp. 55-57.

<sup>23</sup> LYNCH, *Spanish American Revolutions*, pp. 267-273.

<sup>24</sup> Así, una carta enviada desde Pallasca el 8 de diciembre de 1823 señalaba: «Estos peruanos no sirven para soldados y huyen como gamos. El 21 de diciembre de ese mismo año, ya desde Trujillo escribí: Ya no hay que contar con los chilenos y argentinos, y estos peruanos son los hombres más miserables para la guerra. Desde luego, debemos resolvernos a sostener solos esta lucha». Bolívar a Santander, Pallasca, 8 de diciembre de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, vol. IV, p. 174.

<sup>25</sup> Peter DIXON, *Canning, Politician and Statesman*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1976.

<sup>26</sup> Llegados a este punto, Mario Hernández Sánchez-Barba no puede dejar de hacer constar en su biografía los efectos negativos para la salud de la —a su juicio «suicida»— actividad sexual del Libertador: HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, *Simón Bolívar*, p. 193.

<sup>27</sup> Bolívar a Santander, Pativilca, 23 de enero de 1824, en *Cartas Santander-Bolívar*, vol. IV, pp. 202-205: «Hasta ahora he combatido por la libertad, en adelante quiero combatir por mi gloria, a costa de todo el mundo. Y mi gloria consiste en no mandar más».

<sup>28</sup> Ésa era en todo caso la interpretación de O'Leary (*Narración*, vol. II, p. 240) que comparaba con cierta amargura (y quizás también con algo de exageración) el contraste entre el apoyo dado a uno y otro de los «libertadores» peruanos. *Vid.* al respecto LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 189.

<sup>29</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 192-193, y MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 506-533.

<sup>30</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 194-196; MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 533-539, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 147-150.

<sup>31</sup> Bolívar a Santander, Valencia, 25 de junio de 1821, en *Cartas Santander-Bolívar*, vol. III, pp. 115-117.

<sup>32</sup> Bolívar a Gual, Guanare, 24 de mayo de 1821, en O'LEARY, *Memorias*, vol. XXIX, p. 207.

## Capítulo VI

<sup>1</sup> Para lo que sigue *vid.* LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 143-146; MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 435-443, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 117-122.

<sup>2</sup> Thomas BLOSSOM, *Nariño: Hero of Colombian Independence*, Tucson, University of Arizona Press, 1967.

<sup>3</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 143-146.

<sup>4</sup> *Vid.*, especialmente para Venezuela, José Marcial RAMOS GUÉDEZ, «Simón Bolívar y la abolición de la esclavitud en Venezuela 1810-1830. Problemas y frustración de una causa», *Revista de Historia de América*, 125 (1999), pp. 7-20.

<sup>5</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 146-151.

<sup>6</sup> Sobre Bolívar y la cuestión indígena, en clave crítica frente a las tradiciones del culto bolivariano, *vid.* ahora Miguel Ángel PERERA, *La patria indígena de El Libertador. Bolívar, Bolívarianismo e Indignidad*, Caracas, Random House Mondadori, 2009.

<sup>7</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 151.

<sup>8</sup> Bolívar a Santander, 18 de abril de 1820, en *Cartas Santander-Bolívar*, vol. II, pp. 85-86.

<sup>9</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 152-153, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, p. 159.

<sup>10</sup> Christian BÜSCHGES, «Von Staatsbürgern und "Bürgern eigenen Sinnes". Liberale Republiken, indigene Gemeinden und Nationalstaat im südamerikanischen Andenraum während des 19. Jahrhunderts», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 59/12 (2008), pp. 697-710; Nils JACOBSEN, «Liberalism and Indian Communities in Peru, 1821-1920», en Robert JACKSON (ed.), *Liberals, the Church and Indian Peasants. Corporate Lands and the Challenge of Reform in Nineteenth-Century Spanish America*, Albuquerque, USA, University of New Mexico Press, 1997, pp. 123-170, y Erick D. LANGER y Robert H. JACKSON, «Liberalism and the Land Question in Bolivia (1825-1920)», en Robert JACKSON (ed.), *Liberals*, pp. 151-192.

<sup>11</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 153-155.

<sup>12</sup> Robert H. JACKSON, *Race, Caste, and Status: Indians in Colonial Spanish America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1999; Christian BÜSCHGES y Barbara POTTHAST, «Vom Kolonialstaat zum Vielvölkerstaat. Ethnisches Bewusstsein, soziale Identität und politischer Wandel in der Geschichte Lateinamerikas», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 52/10 (2001), pp. 602-620, y Mark THURNER, «Los indios y las republicas entre 1830-1880», en Juan MAIGUASHCA (ed.), *Historia de América Andina*, vol. 5, *Creación de las repúblicas y formación de nación*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2003, pp. 173-209.

<sup>13</sup> Para una precisa caracterización de este proceso de recomposición de las élites coloniales ulterior a la Independencia *vid.* ZEUSKE, *De Bolívar a Chávez*, pp. 189-193, así como la contribución de Tomás STRAKA a la recopilación de CHUST, *Las independencias iberoamericanas en su laberinto*, pp. 357-364, esp. p. 360, señalando «la evidencia de[] reacomodo de la sociedad colonial en crisis por factores fundamentalmente endógenos».

<sup>14</sup> Sobre los orígenes y primeros pasos del movimiento independentista en el Alto Perú-Bolivia *vid.* Estanislao JUST LLEÓ, *Comienzo de la independencia en el alto Perú: los sucesos de Chuquisaca: 1809*, Sucre, Editorial Judicial, 1994, y Herbert S. KLEIN, *Bolivia. The Evolution of a Multi-Ethnic Society*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1982-1992, pp. 87-92.

<sup>15</sup> Thimoty ANNA, *The Fall of the Royal Government in Peru*, Lincoln-Londres, University of Nebraska Press, 1980, pp. 62-63.

<sup>16</sup> LYNCH, *Spanish American Revolutions*, p. 278.

<sup>17</sup> Ley de reconocimiento de la autodeterminación del Alto Perú 1825, dada el 9 de mayo de 1825 por el Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

<sup>18</sup> De hecho, el Congreso determinaba que se felicitase «al benemérito libertador Simón Bolívar, Presidente de la República de Colombia y encargado del mando supremo de la del Perú, por los altos y distinguidos servicios que ha prestado a la causa del nuevo mundo, cuya libertad e independencia acaba de afianzar irrevocablemente: transmitiéndole al mismo tiempo los sentimiento más sinceros de gratitud y reconocimiento, de que están animadas las Provincias de la Unión por los heroicos y generosos esfuerzos del ejército libertador, que después de haber dado la libertad a las del Alto Perú, ha tomado sobre sí el noble empeño de sostener en ellas el orden, libertarlas de los horrores de la anarquía y facilitarles los medios de organizarse por sí mismas». Sobre el desarrollo de la discusión en el propio Alto Perú *vid.* KLEIN, *Bolivia*, pp. 98-101.

<sup>19</sup> «Palabras en Potosí» (26 de octubre de 1825), en *Itinerario documental de Simón Bolívar. Escritos Selectos*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1970, pp. 280-281.

<sup>20</sup> Simón BOLÍVAR, *Proyecto de Constitución para la República Boliviana*, Lima, 1826, con adiciones manuscritas de Antonio José de Sucre, Caracas, Academia Nacional de la Historia-Lagoven, 1978.

<sup>21</sup> «Discurso al Congreso Constituyente de Bolivia» (Lima, 25 de mayo de 1826), en Simón BOLÍVAR, *Tres mensajes*, Caracas, Ministerio de Comunicación e Información, 2005, p. 10.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 9-10.

<sup>23</sup> O'LEARY, *Narración*, vol. II, p. 431.

<sup>24</sup> «Mensaje a la Convención de Ocaña» (Santafé de Bogotá, Colombia, 29 de febrero de 1828), en BOLÍVAR, *Tres mensajes*, p. 17.

<sup>25</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 204.

<sup>26</sup> Bolívar a Sucre, Magdalena, 12 de mayo de 1826, en *Cartas del Libertador*, vol. V, p. 291.

<sup>27</sup> Guadalupe SOESTI TOSCANO, «Simón Rodríguez y la educación republicana», en McEVOY y STUVEN, *La República Peregrina*, pp. 151-168.

<sup>28</sup> Resumen y valoración del fracaso de las medidas de reforma impulsadas por Bolívar y Sucre en KLEIN, *Bolívia*, pp. 106-111.

## Capítulo VII

<sup>1</sup> Esta valoración extraordinariamente escéptica de los resultados de la Independencia en términos de estabilidad política y bienestar se intensifica en la correspondencia bolivariana del período 1825-1830 y culmina inequívocamente en el contenido de su *Mensaje al Congreso Constituyente de Colombia*, el 24 de enero de 1830, en el que recapitulaba: «Ardua y grande es la obra de construir un pueblo que sale de la opresión por medio de la anarquía y de la guerra civil, sin estar preparado previamente para recibir la saludable reforma a que aspiraba... ¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás». *Vid.* Simón BOLÍVAR, *Obras Completas*, vol. III, Caracas, Requema Mira, 1968, pp. 812-817.

<sup>2</sup> Recogemos la idea del «supranacionalismo» de Simon COLLIER, «Nationality, Nationalism, and Supranationalism in the Writings of Simon Bolivar», *Hispanic American Historical Review*, 63/1 (1983), pp. 37-64, y ROJAS, *Las Repúblicas del Aire*, pp. 47-54; introducción general en la cuestión nacional hispanoamericana, desde una perspectiva transatlántica, en Christian BÜSCHGES, «Nationalismus ohne Nation? Spanien und das spanische Amerika im Zeitalter der Französischen Revolution», *Comparativ*, 12/4 (2002), pp. 67-90, y Silke HENSEL, «Staats- und Nationsbildung in Lateinamerika 1750-1850», en Friedrich EDELMAYER *et alii* (eds.), *Lateinamerika 1492-1850/70*, Viena, 2005, pp. 225-243.

<sup>3</sup> Narrativa y recopilación de las principales fuentes en Germán A. DE LA REZA, *El Congreso de Panamá de 1826 y otros ensayos de integración en el siglo XIX. Estudio y fuentes documentales anotadas*, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Eon, 2006.

<sup>4</sup> Se trataba de una liga religiosa que agrupaba doce pueblos (no ciudades), casi todos de la Grecia central, que se reunían regularmente en el istmo de Corinto. La analogía entre el istmo de Corinto y el de Panamá era una de las referencias clásicas más típicas del Libertador, y ya había sido incluida en la *Carta de Jamaica*.

<sup>5</sup> «Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá», en CARRERA DAMAS, *Simón Bolívar Fundamental*, vol. II, pp. 111-112; también en DE LA REZA, *El Congreso de Panamá de 1826*, pp. 84-86.

<sup>6</sup> La cita en LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 214, y en general sobre el Congreso de Panamá *ibid.*, pp. 212-217; MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 579-594, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 150-153.

<sup>7</sup> La valoración del Congreso de Panamá a menudo sigue estando condicionada por retroproyecciones presentistas de los déficits actuales de integración regional en América Latina. Para un tratamiento más diferenciado desde el propio contexto histórico de la reunión *vid.* Germán A. DE LA REZA, «El Congreso Anfictiónico de Panamá. Una hipótesis complementaria sobre el fracaso del primer ensayo de integración Latinoamericana», *Araucaria, Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 10/2 (2004), Universidad de Sevilla (accesible en la red como [http://www-en.us.es/araucaria/nro10/monogr10\\_4.htm](http://www-en.us.es/araucaria/nro10/monogr10_4.htm), consultado el 10 de junio de 2011). Según De la Reza, el objetivo confederal habría estado lejos del alcance de las estructuras estatales participantes, y ello no sólo por la limitada disponibilidad de medios económico-administrativos, sino sobre todo por la concentración de las élites hispanoamericanas en la tarea de conformar Estados nacionales, una tarea para la cual resultaba precisamente funcional no tanto una dinámica de integración, sino más bien de contrapunto y rivalidad con el vecino.

<sup>8</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 193-197.

<sup>9</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, p. 220.

<sup>10</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 597-623; LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 217-225, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 163-177.

<sup>11</sup> «Mensaje a la Convención de Ocaña» (Santafé de Bogotá, Colombia, 29 de febrero de 1828), en BOLÍVAR, *Obras Completas*, vol. III, pp. 789-796.

<sup>12</sup> Aline HELG, «Simón Bolívar and the Spectre of Pardocracia: José Padilla in Post-Independencia Cartagena», *Journal of Latin American Studies*, 35/3 (2003), pp. 447-471.

<sup>13</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 620-623; LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 232-233; BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 178-182, y ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 193-197.

<sup>14</sup> «Mensaje a la Convención de Ocaña», en BOLÍVAR, *Obras Completas*, vol. III, pp. 789-796, aquí pp. 795-796.

<sup>15</sup> Perú de Lacroix se había formado militarmente en la Francia napoleónica y combatido a las órdenes de Murat y del propio emperador en Centroeuropa y Rusia. Su papel en el paso de Cartagena de Indias al bando patriota le abrió el acceso a la confianza del Libertador, del que llegó a ser confidente político y mano derecha en cuestiones de organización militar. De ahí el interés de sus testimonios sobre los años finales de la vida del Libertador. *Vid.* Louis Pérú de LACROIX, *Diario de Bucaramanga: vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, Medellín, Editorial Bedout, 1964.

<sup>16</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 238-240, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 183-185.

<sup>17</sup> En *Decretos del Libertador*, edición de Vicente LECUNA, vol. III, Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1961, pp. 137-144.

<sup>18</sup> Aproximación equilibrada al problema en David BUSHNELL, «The Last Dictatorship: Betrayal or Consummation?», *Hispanic American Historical Review*, 63/1 (1983), pp. 65-105.

<sup>19</sup> La fórmula original de Laureano VALLENILLA LANZ en su *Cesarismo democrático: estudios sobre las bases sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela*, Caracas, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Santa María, 1983 (original de 1919).

<sup>20</sup> Acerca de las circunstancias del complot y del atentado contra Bolívar *vid.* MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 643-659; LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 240-243, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 190-193.

<sup>21</sup> Así lo pone de manifiesto el posterior testimonio de Bolívar al embajador francés en Bogotá: «No son las leyes de la naturaleza las que me han puesto en este estado, sino las penas que me roen el corazón. Mis conciudadanos, que no pudieron matarme a puñaladas, tratan ahora de asesinarme moralmente con sus ingratitudes y calumnias. Cuando yo deje de existir, estos demagogos se devorarán entre sí, como hacen los lobos, y el edificio que construí con esfuerzos sobrehumanos se desmoronará en el fango de las revoluciones». Citado en HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, *Simón Bolívar*, p. 233.

<sup>22</sup> Juan de Dios NAVAS E., «Después de un siglo. El Ilmo. Y Rdmo. Sr. Dr. Dn. Rafael Lasso de la Vega, Obispo de Mérida y de Quito. 1764-1831», *Boletín de la Academia Nacional de Historia* [del Ecuador], 12/33-35 (1931), pp. 185-221, y Ernesto J. CASTILLERO, *Dr. Rafael Lasso de la Vega. Prelado, Legislador y Prócer (1764-1831)*, Maracaibo, Tipografía Occidente, 1952.

<sup>23</sup> Pedro DE LETURIA, *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica. 1493-1835* (= *Analecta Gregoriana*, vol. 102), vol. II, *Época de Bolívar 1800-1835*, Roma-Caracas, Universidad Gregoriana-Publicaciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1959, pp. 95-323.

<sup>24</sup> En resumidas cuentas, y siguiendo la interpretación de John LYNCH (*Simón Bolívar*, p. 295), ni el Libertador había sido tan anticlerical antes, ni se convirtió necesariamente en proclerical ahora; el cambio de actitud respecto a las relaciones Iglesia-Estado es fundamentalmente un síntoma de normalización institucional derivado de la propia dinámica del proceso independentista.

<sup>25</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 653-659, y LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 252-255.

<sup>26</sup> KLEIN, *Bolivia*, pp. 110-113, y MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 651-653.

<sup>27</sup> Jorge Salvador LARA, *La República del Ecuador y el general Juan José Flores*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1980, e *id.*, *Breve Historia Contemporánea del Ecuador*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1994-2002, pp. 344-365.

<sup>28</sup> Detalles en LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 256-257. O'Leary dio también testimonio de estos conflictos, obviamente desde una perspectiva interesada, en su *Detached Recollection* (*The «Detached Recollections» of General D.F. O'Leary*), editadas por R. A. HUMPHREY, Londres, Athlone Press-Institute of Latin American Studies, 1969, pp. 17-19).

<sup>29</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 258-259.

<sup>30</sup> «Una mirada sobre la América Española», en Simón BOLÍVAR, *Doctrina del Libertador*, editado por Manuel PÉREZ VILA, Caracas, Ayacucho, 1979, pp. 286-287.

<sup>31</sup> Publicada en CARRERA DAMAS, *Simón Bolívar Fundamental*, vol. I, pp. 588-594.

<sup>32</sup> Bolívar a O'Leary, Guayaquil, 13 de septiembre de 1829, en BOLÍVAR, *Doctrina del Libertador*, p. 256.

<sup>33</sup> *Ibid.* Resulta llamativo que Bolívar hubiese cambiado su opinión originalmente positiva sobre el desarrollo del proceso independentista en Chile, al que había augurado un gran futuro ya en la *Carta de Jamaica*. La razón bien podría haber sido el breve episodio federalista de la joven república entre 1826 y 1828 [el *Ensayo Federal* de 1826, inspirado por José Miguel Infante (1778-1844)].

<sup>34</sup> Bolívar a O'Leary, Guayaquil, 13 de septiembre de 1829, en BOLÍVAR, *Doctrina del Libertador*, p. 257.

- <sup>35</sup> *Ibid.*, p. 258.
- <sup>36</sup> Joaquín POSADA GUTIÉRREZ, *Memorias histórico-políticas*, vol. I, Medellín, Be-dout, 1971 pp. 263-282.
- <sup>37</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 658-668; LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 262-266, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 196-199.
- <sup>38</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 203-206; MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 669-671, y LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 266-269.
- <sup>39</sup> Bolívar a Vergara, 25 de septiembre de 1830, en *Obras Completas*, vol. III, p. 465, y también en CARRERA DAMAS, *Simón Bolívar Fundamental*, vol. I, p. 627.
- <sup>40</sup> «Mensaje al Congreso Constituyente de la República de Colombia» (Bogotá, 20 de enero de 1830), en *Obras Completas*, vol. III, pp. 812-817.
- <sup>41</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 674-680; LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 270-273, y BUSHNELL, *Simón Bolívar*, pp. 201-202.
- <sup>42</sup> POSADA GUTIÉRREZ, *Memorias histórico-políticas*, vol. I, pp. 369-370.
- <sup>43</sup> Bolívar a Fernández Madrid, Bogotá, 13 de febrero y 6 de marzo de 1830, en CARRERA DAMAS, *Simón Bolívar Fundamental*, vol. I, pp. 609-610 y 611-613.
- <sup>44</sup> Sobre los diversos pleitos abiertos en torno a la misma *vid.* QUINTERO MONTIEL, *La criolla principal*, pp. 89-98.
- <sup>45</sup> MASUR, *Simón Bolívar*, pp. 681-683, y LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 273-276.
- <sup>46</sup> Sobre el asesinato de Sucre *vid.* LARA, *Historia Contemporánea*, pp. 361-365.
- <sup>47</sup> Bolívar a Santa Cruz, 14 de septiembre de 1830, en *Obras Completas*, vol. III, p. 452; Bolívar a Urdaneta, Cartagena, 18 de septiembre de 1830, *ibid.*, pp. 457-459, y Bolívar a Vergara, Cartagena, 25 de septiembre de 1830, *ibid.*, pp. 463-466.
- <sup>48</sup> Mensaje al general Juan José Flores, Barranquilla, 9 de diciembre de 1830, *ibid.*, pp. 501-502. *Vid.* también BOLÍVAR, *Doctrina del Libertador*, pp. 321-326.
- <sup>49</sup> BOLÍVAR, *Doctrina del Libertador*, pp. 276-277.
- <sup>50</sup> *Vid.* el testimonio del médico francés que atendió al Libertador en su lecho de muerte: Alejandro Próspero RÉVÉREND, *La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar, libertador de Colombia y del Perú*, Caracas, Ministerio de Relaciones Exteriores, Dirección de Relaciones Culturales, 1983; análisis más completo, comparando con las exequias posteriores, en Carolina GUERRERO, «Los funerales de Simón Bolívar: Fundación de un mito en la construcción del patriotismo republicano, 1830-1842 y 1876», en Carmen McEVOY (ed.), *Funerales republicanos en América del Sur: tradición, ritual y nación, 1832-1896*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2006, pp. 3-30, aquí pp. 5-10.
- <sup>51</sup> Era ése el sentido del obituario publicado en el *The Times* londinense el 19 de febrero de 1831, en el que se ensalzaba su contribución personal a la construcción institucional venezolana y neogranadina, máxime dada la escasa calidad de los mimbres políticos disponibles (citado en LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 279 y 331, n. 89).
- <sup>52</sup> QUINTERO MONTIEL, *La criolla principal*, pp. 143-148, aquí p. 143.

## Capítulo VIII

- <sup>1</sup> LYNCH, *Simón Bolívar*, pp. 292-295.
- <sup>2</sup> ROJAS, *Las Repúblicas de aire*, p. 15.
- <sup>3</sup> Resulta sintomático que haya sido uno de los más brillantes biógrafos de Bolívar, Gerhard Masur, el primero en aludir a esta paradoja en el contexto más amplio de la discusión sobre el nacionalismo en América Latina: Gerhard MASUR, *Nationalism in Latin America. Diversity and Unity*, Nueva York-Londres, MacMillan, 1966, pp. 22-31.

<sup>4</sup> Andrés OPPENHEIMER, *Cuentos chinos. El engaño de Washington, la mentira populista y la esperanza de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005, pp. 226-230.

<sup>5</sup> ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, pp. 9-19, y Nikita HARWICH VALLENILLA, «Un héroe para todas las causas: Bolívar en la historiografía», *Iberoamericana*, 3/10 (2003), pp. 7-22.

<sup>6</sup> Por un decreto del 18 de noviembre de 1872, emitido por el entonces presidente, el general Antonio Guzmán Blanco, las plazas principales de todos los municipios venezolanos deben llevar obligatoriamente el nombre de «Plaza Bolívar». De igual modo, un retrato del Libertador tiene que figurar obligatoriamente en la pared de toda oficina o dependencia pública.

<sup>7</sup> Fundamental CARRERA DAMAS, *El culto a Bolívar*, con la importante salvedad de tratarse más bien de un análisis del «mito» bolivariano y sus implicaciones políticas en la historia venezolana de los siglos XIX y XX, que una reconstrucción del «culto» propiamente dicho. La diferenciación en ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, pp. 10-11. *Vid.* también Germán CARRERA DAMAS, «Simón Bolívar, el Culto Heroico y la Nación», *Hispanic American Historical Review*, 63/1 (1983), pp. 107-145.

<sup>8</sup> Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *El General en su laberinto*, con múltiples ediciones a partir de la primera en Madrid, Mondadori España, 1989.

<sup>9</sup> En la versión más descarnadamente ideológica Carlos AZNÁREZ, *Los Sueños de Bolívar en la Venezuela de hoy*, Tafalla, Txalaparta, 2000. Algo más diferenciado lo presenta Tariq ALI, *Pirates of the Caribbean: Axis of Hope*, Londres-Nueva York, Verso, 2006; *id.*, «The Life and Times of Simón B», *New Left Review*, 40 (2006), pp. 149-160, y Marc SAINT-UPÉRY, *Le rêve de Bolívar. Le défi des gauches sud-américaines*, París, La Découverte, 2007.

<sup>10</sup> ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, pp. 11-12.

<sup>11</sup> DÁVILA, «De pequeña Venecia a República Bolivariana de Venezuela», y ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas, passim*.

<sup>12</sup> El carácter de la historiografía colonial también viene condicionado por este hecho, abundando una aproximación teleológica al período, con la suposición de su desembocadura prácticamente automática en el movimiento independentista y la construcción del Estado nacional. Resumen de los principales problemas en Ramón AIZPURÚA, «L'historiographie coloniale vénézuélienne contemporaine: les limites d'un renouvellement historiographique», en Michel BERTRAND y Richard MARIN (eds.), *Écrire l'histoire de l'Amérique latine, XIX-XX siècles*, París, CNRS Éditions, 2001, pp. 83-96.

<sup>13</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 283-364.

<sup>14</sup> ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, pp. 87-89.

<sup>15</sup> «Testamento de Bolívar» (Santa Marta, 10 de diciembre de 1830): «Es mi voluntad: que después de mi fallecimiento, mis restos sean depositados en la ciudad de Caracas, mi país natal»; Carolina GUERRERO, «Los funerales de Simón Bolívar», pp. 11-15 y *passim*.

<sup>16</sup> CARRERA DAMAS, *El culto a Bolívar*, pp. 56-60; con carácter más general sobre las implicaciones del mismo *vid.* Elías PINO ITURRIETA, *El divino Bolívar: ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Catarata, 2003; Nikita HARWICH VALLENILLA, «Introducción», en Nikita HARWICH VALLENILLA, *Simón Bolívar, Estado ilustrado, nación inconclusa: la contradicción bolivariana/Simón Bolívar, Estado ilustrado, nação inacabada: a contradição bolivariana. Estudio/ Estudo de Harwich Ballenilla*, Madrid, Fundación Mapfre Tavera-Ediciones Doce Calles, 2004, pp. 1-61, y Tomás STRAKA,

*La épica del desencanto. Bolivarianismo, historiografía y política en Venezuela*, Caracas, Alfa, 2009.

<sup>17</sup> El trasfondo de esta preferencia bien podría haber radicado en la pertenencia étnica de buena parte del artesanado local: *vid.* ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, p. 92.

<sup>18</sup> Sobre la heroificación de Bolívar como fundamento de la construcción nacional *vid.* John CHASTEEN, «Simón Bolívar: Man and Myth», en Samuel BRUNK y Ben FALLAW (eds.), *Heroes & Hero Cults in Latin America*, Austin, University of Texas Press, 2006, pp. 21-39, y John V. LOMBARDI, «Epilogue: History and Our Heroes -The Bolívar Legend» y «Beginning to Read about Bolívar», en David BUSHNELL y Lester D. LANGLEY (eds.), *Simón Bolívar: Essays on the Life and Legacy of the Liberator*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2008, pp. 159-191. Se trata, obviamente de la manifestación acaso extrema de un fenómeno de alcance continental: Rebecca A. EARLE, «Padres de la Patria and the Ancestral Past; Commemorations of Independence in Nineteenth Century Spanish America», *Journal of Latin American Studies*, 34/4 (2002), pp. 775-806, e *id.*, «Sobre Héroes y Tumbas; National Symbols in Nineteenth Century Spanish America», *Hispanic American Historical Review*, 85/2 (2005), pp. 375-416.

<sup>19</sup> ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, pp. 87-103.

<sup>20</sup> Por ejemplo Rafael María BARALT, *Catecismo de la historia de Venezuela desde el descubrimiento de su territorio en 1498 hasta la emancipación política de la monarquía española en 1811*, edición póstuma de Manuel María URBANEJA, Caracas, Imprenta de G. Corser, 1865, un texto explícitamente concebido como herramienta para la enseñanza escolar de la Historia de Venezuela, y Antonia ESTELLER, *Catecismo de Historia de Venezuela*, Caracas, Dirección de Instrucción Pública, 1886. *Vid.* también Nikita HARWICH VALLENILLA, «La génesis de un imaginario colectivo: la enseñanza de la historia de Venezuela en el siglo XIX», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 71/282 (1988), pp. 349-388, y Germán CARRERA DAMAS, «Historiografía; siglos XIX-XX», en *Diccionario de Historia de Venezuela*, vol. II, Caracas, Fundación Polar, 1997, pp. 706-711.

<sup>21</sup> Michael ZEUSKE, «Las Memorias del General O'Leary y el culto a Bolívar. Anotaciones sobre la relación entre política e historia en las fuentes bolivarianas», *Hispanorama*, 58 (1991), pp. 26-29.

<sup>22</sup> Una primera sociedad, con la denominación oficial de «Gran Sociedad Boliviana de Caracas», fue creada en 1842, precisamente con motivo de la repatriación de los restos del Libertador y a fin de «contribuir a la perpetuidad del nombre y de la fama de Simón Bolívar por todos los medios a su alcance». Sin embargo, este primer intento no llegó a prosperar, cesando las actividades de la sociedad a fines de la década de 1840. En 1932, a iniciativa de un militar, el coronel Carlos Sánchez, se refundó con el nombre de «Sociedad Bolivariana». La nueva Sociedad «Bolivariana» se hacía eco de la validación del adjetivo, en 1927, por parte de la Real Academia Española de la Lengua. Su principal tarea ha hasta hoy sido la edición regular de los *Escritos del Libertador*, además de otras muchas publicaciones dedicadas a la vida y obra del caraqueño. Su sede se halla en un anexo de la Casa Natal del Libertador en Caracas. *Vid.* Mario BRICEÑO PEROZO, «Sociedad Bolivariana de Venezuela», en *Diccionario de Historia de Venezuela*, vol. III, Caracas, Fundación Polar, pp. 1160-1161.

<sup>23</sup> Especialmente significativo es el caso, ya citado, del «submito» de la amistad entre Bolívar y Humboldt: ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, pp. 95-96 y 107-121.

<sup>24</sup> Lecuna Salboch destacó como restaurador, organizador y conservador del Archivo de Simón Bolívar, se implicó en la reconstrucción de su Casa Natal y también recopiló y editó documentación del Libertador (*Decretos del Libertador, Proclamas y discursos del Libertador*, etc.).

<sup>25</sup> Vallenilla Lanz está considerado como ideólogo principal del régimen gomecista, y el impacto de alguna de sus aportaciones conceptuales, aún más allá de las fronteras venezolanas, fue considerable. La consecuente defensa, tanto desde la academia como desde la actividad publicística, de la «necesidad histórica» de los regímenes autoritarios y caudillistas en América Latina, influyó, e indirectamente influye hasta hoy, en la aproximación historiográfica al proceso de construcción del Estado nacional iberoamericano de los siglos XIX y XX. En paradójica concordancia con los planteamientos contemporáneos del hispanismo más conservador (Cánovas del Castillo, por ejemplo), Vallenilla postuló para Venezuela el carácter de guerra civil implícito en el proceso independentista, e insistió al mismo tiempo en la importancia que tuvieron para el mismo tanto del momento socio-racial como los precedentes tardocoloniales de sublevación antiespañola. Tratamiento sistemático de estas aportaciones en Elena PLAZA, *La Tragedia de una amarga convicción. Historia y Política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936)*, Caracas, Ediciones Universidad Central de Venezuela, 1996.

<sup>26</sup> Este fenómeno de codificación icónica y visual, paralelo a la canonización historiográfica es importante, pues bien puede decirse que la práctica totalidad de las imágenes que suelen utilizarse en publicaciones sobre la Independencia recurre a motivos surgidos entre cincuenta y cien años después de la muerte del Libertador (así por ejemplo los cuadros de Tito Salas (1887-1974): *La Lección de Andrés Bello, El Juramento en Roma y La muerte Solitaria en Santa Marta*). Vid. ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, p. 64.

<sup>27</sup> ROJAS, *Las repúblicas de aire*, pp. 27-29.

<sup>28</sup> Producto, y a la vez documento de esta política de la Historia: Alberto FILIPPI (ed.). *Bolívar y Europa, en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*, 3 vols., Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, 1986-1992.

<sup>29</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 404-431.

<sup>30</sup> Karl MARX, «Bolívar y Ponte», en Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Marx-Engels-Werke (MEW)*, vol. 14, Berlín Oriental, Dietz Verlag, 1961, pp. 217-231; Karl MARX, *Simón Bolívar*, con una «Introducción» de J. ARICÓ, M. R. ROSENMANN y S. MARTÍNEZ CUADRADO, Madrid, Ediciones Sequitur, 2009, y, al respecto, Max ZEUSKE, «Simón Bolívar und Karl Marx», *Die Weltbühne*, Berlín Oriental, 1983, pp. 995-998.

<sup>31</sup> Tomás STRAKA, «Venezuela: bolivarianismo, socialismo y democracia. La historia como debate político (1939-1999)», *Tiempos de América. Revista de Historia, Cultura y Territorio*, 16 (1999), pp. 63-83; Inés QUINTERO MONTIEL, «Bolívar de izquierda, Bolívar de derecha. Nación y construcción discursiva», en [www.simon-bolivar.org/Principal/bolivar/bolizbolder.html](http://www.simon-bolivar.org/Principal/bolivar/bolizbolder.html) (20 de agosto de 2010), e Inés QUINTERO MONTIEL y Vladimir ACOSTA, *El Bolívar de Marx. Estudios críticos*, Caracas, Editorial Alfa, 2007.

<sup>32</sup> Manfred KOSSOK, «Simón Bolívar und das historische Schicksal Spanisch-Amerikas», en Manfred KOSSOK, *Ausgewählte Schriften*, vol. II, Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2000, pp. 251-272.

<sup>33</sup> David HEALY, *James G. Blaine and Latin America*, Columbia, University of Missouri Press, 2001.

<sup>34</sup> ROJAS, *Las repúblicas de aire*, pp. 15-17.

<sup>35</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 405-407, habla de un «sistema populista de conciliación de élites».

<sup>36</sup> ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, pp. 126-127.

<sup>37</sup> La referencia es especialmente obvia en el caso de las misiones educativas: la «Misión Robinson» (en alusión al pseudónimo de Simón Rodríguez), centrada en la alfabetización; la «Misión Ribas», especializada en completar los déficits de la educación primaria en los barrios; y la «Misión Sucre», destinada a facilitar el acceso e estudios universitarios. Pero tampoco falta la «Misión Negra Hipólita» (el ama del infante Simón) que acoge un programa gubernamental de reinserción de vagabundos y expresidarios, ni una «Misión Piar» para promocionar el trabajo artesano en el ámbito rural, ni tampoco una «Misión Miranda» y una «Misión Uvelvan Caras» (en alusión a la orden de batalla de los lanceros de Páez), estas dos últimas combinando aspectos de defensa territorial y de desarrollo económico regional. Sobre la política social y el modelo de las misiones *vid.* Darío AZZELLINI, *Venezuela Bolivariana. Revolution des 21. Jahrhunderts?*, Karlsruhe, Neuer ISP Verlag, 2007.

<sup>38</sup> ZEUSKE, *Von Bolívar zu Chávez*, pp. 477-478; Sobre la inmensa variedad de manifestaciones del culto bolivariano en el régimen chavista, *vid.* Karin GABBERT, «“Ein Held für alle Zwecke”. Hugo Chávez und andere Wiedergänger von Simón Bolívar», *Jahrbuch Lateinamerika. Analysen und Berichte*, 32 (2008), pp. 156-165 (Anne HUFFSCHMID *et alii* (eds.), *Erinnerung macht Gegenwart*, Münster, Westfälisches Dampfboot, 2008).

<sup>39</sup> ZEUSKE, *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas*, pp. 128-129.

<sup>40</sup> Günther MAIHOLD, *Aussenpolitik als Provokation. Rhetorik und Realität in der Aussenpolitik unter Präsident Hugo Chávez*, Berlín, SPW, 2008 (=SPW-Studie, 22 de julio de 2008).

<sup>41</sup> Sobre los llamados nuevos populismos latinoamericanos, una panorámica bastante diferenciada ofrece Carlos MALAMUD, *Populismos latinoamericanos. Los tópicos de ayer, de hoy y de siempre*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2010. *Vid.* también José NATANSON, *La nueva izquierda. Triunfos y derrotas de los gobiernos de Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, Chile, Uruguay y Ecuador*, Buenos Aires, Debate, 2008.

<sup>42</sup> PINO ITURRIETA, *El divino Bolívar, passim*, y STRAKA, *La épica del desencanto, passim*.

<sup>43</sup> Dos ejemplos recientes, con desigual sustancia historiográfica, pero ambos con una cierta difusión en la patria de sus autores: Herbert MOROTE, *Bolívar, Libertador y enemigo nº 1 del Perú*, Lima, Jaime Campodónico Editor, 2007, y Pablo VICTORIA WILCHES, *Al oído del Rey. La historia jamás contada sobre la rebelión americana y el genocidio bolivariano*, Barcelona, Áltera, 2008. Mientras que Morote pretende escribir historia (y así se le reconoce, incluso en círculos académicos), en el caso de Victoria Wilches se trata de una recreación parcialmente ficcional, que documenta sobre todo el virulento antibolivarianismo de un sector de la actual derecha colombiana, llegando al extremo de acusar a Bolívar de genocida [en la discusión del Decreto de Guerra a Muerte se llega a hablar de «holocausto» (*sic*)]. Lo verdaderamente llamativo es que una publicación de ese carácter aparezca en España, y en un contexto editorial de reivindicación neoconservadora del imperio en todas sus facetas. Sobre el trasfondo historiográfico de esta situación *vid.* Antonio SÁEZ ARANCE, «Ignorancia, retórica y revisión: las independencias en el discurso del nacionalismo historiográfico español», *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 94 (2010), pp. 141-156.



## NOTA BIBLIOGRÁFICA

El paisaje bibliográfico bolivariano se ha caracterizado hasta fechas muy recientes por el contraste entre el interés permanente de las culturas historiográficas nacionales (especialmente la venezolana, pero no sólo ésta) con una literatura biográfica internacional muy dominada aún por «clásicos» como Emil LUDWIG (*Bolívar. The Life of an Idealist*, Nueva York, Alliance Book Corporation, 1942) y sobre todo Gerhard MASUR (*Simón Bolívar*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1948-1969). Mientras en el caso de estos dos autores (ambos alemanes huidos del nacionalsocialismo) se ponía el acento en lo individual-psicológico o en el ideario político del Libertador (Ludwig fue lector de Sigmund Freud; Masur, discípulo de Friedrich Meinecke), desde la historiografía española, y dejando aparte el caso excepcional de Salvador de MADARIAGA, autor de una muy documentada pero extraordinariamente sesgada biografía (*Bolívar*, Ciudad de México, Hermes, 1951), ha predominado hasta ahora un enfoque marcadamente tradicional, centrado en la «gran política» y teñido en ocasiones de cierto espíritu apologético respecto a las prácticas del poder colonial hispano (botón de muestra: Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, *Simón Bolívar: una pasión política*, Barcelona, Ariel, 2004).

Este panorama ha experimentado un cambio sustancial en los últimos años con la publicación de *Simón Bolívar: A Life*, de John LYNCH (New Haven-Londres, Yale University Press, 2006; hay traducción castellana de Alejandra Chaparro, *Simón Bolívar*, Barcelona, Crítica, 2006). Con una prosa brillante, el veterano hispanista asume y aprovecha para sus propios fines la épica característica de la *vita bo-*

livariana, relativamente breve pero plena de avatares. Victorias y derrotas, traiciones y venganzas, amores y desengaños varios componen el humus histórico sobre el que se asientan en Hispanoamérica hasta hoy la veneración de unos y la crítica, cuando no el menosprecio, de otros. Lynch, fiel a la tradición académica de la que proviene, prioriza en su obra la fluidez narrativa sobre el análisis detallado. Con todo, se esfuerza por integrar la figura individual de Bolívar en un contexto historiográfico altamente diferenciado, enriquecido desde hace dos o tres décadas por las aportaciones de la Historia Social, el estudio de las mentalidades, la incorporación de categorías como *gender* y *ethnicity* y, también, la recepción de enfoques constructivistas respecto a los procesos de *nation-building* paralelos e inmediatamente posteriores a la Independencia. El *Bolívar* de Lynch se presenta forzosamente, por tanto, como referencia obligada para el lector interesado en profundizar en la temática bolivariana.

Una alternativa algo más breve, proveniente de la misma tradición historiográfica, es la biografía de David BUSHNELL (*Simon Bolivar: Liberation and Disappointment*, Nueva York, Longman, 2004). Dos buenos complementos a efectos de contextualización política y social-cultural proporcionan, respectivamente, la síntesis de John Charles CHASTEEN (*Americanos, Latin America's Struggle for Independence*, Oxford, University Press, 2008) y la recopilación de Marie-Danielle DEMÉLAS e Yves SAINT-GEOURS (*La vie quotidienne en Amérique du Sud au temps de Bolivar, 1809-1830*, París, Hachette, 1987). Finalmente, dos publicaciones recientes en castellano altamente recomendables son el ensayo de Rafael ROJAS sobre la historia intelectual de la Independencia (*Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009) y la recopilación de entrevistas acerca de su interpretación historiográfica, a cargo de Manuel CHUST CALERO (*Las independencias iberoamericanas en su laberinto. Controversias, cuestiones, interpretaciones*, Valencia, Universidad de Valencia, 2010).

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, José Antonio, y ROJAS, Rafael (eds.), *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- AIZPURÚA, Ramón, «L'historiographie coloniale vénézuélienne contemporaine: les limites d'un renouvellement historiographique», en Michel BERTRAND y Richard MARIN (eds.), *Écrire l'histoire de l'Amérique latine, XIX-XX siècles*, París, CNRS Éditions, 2001, pp. 83-96.
- ALI, Tariq, «The Life and Times of Simón B», *New Left Review*, 40 (2006), pp. 149-160.
- *Pirates of the Caribbean: Axis of Hope*, Londres-Nueva York, Verso, 2006.
- ANNA, Thimoty, *The Fall of the Royal Government in Peru*, Lincoln-Londres, University of Nebraska Press, 1980.
- ARTOLA GALLEGO, Miguel, *La España de Fernando VII*, en Ramón MENÉNDEZ PIDAL (ed.), *Historia de España*, vol. XXVI, Madrid, Espasa, 1968.
- AZZELLINI, Darío, *Venezuela Bolivariana. Revolution des 21. Jahrhunderts?*, Karsruhe, Neuer ISP Verlag, 2007.
- BARALT, Rafael María, *Catecismo de la historia de Venezuela desde el descubrimiento de su territorio en 1498 hasta la emancipación política de la monarquía española en 1811*, edición póstuma de Manuel María Urbaneja, Caracas, Imprenta de G. Corser, 1865.
- BARNOLA, Pedro Pablo, *Textos oficiales de la Primera República de Venezuela*, vol. I, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1959.
- BENCOMO BARRIOS, Héctor, *Manuel Piar: estancias de una existencia provechosa*, Caracas, Bancaribe, 2006.
- BLOSSOM, Thomas, *Nariño: Hero of Colombian Independence*, Tucson, University of Arizona Press, 1967.
- BOLÍVAR, Simón, *Obras Completas*, vol. III, Caracas, E. Requema Mira, 1968.
- *Escritos del Libertador*, IV, Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1968.

- *Itinerario documental de Simón Bolívar. Escritos selectos*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1970.
- *Proyecto de Constitución para la República Boliviana. Lima, 1826, con adiciones manuscritas de Antonio José de Sucre*, Caracas, Academia Nacional de la Historia/Lagoven, 1978.
- «“Decreto de Guerra a Muerte”. Trujillo, 15 de junio de 1813, Comité Regional Bicentenario del Natalicio del Libertador (Estado Miranda)», *Decretos del Libertador*, Los Teques, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, vol. I, 1983, pp. 5-9.
- *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1994.
- *Tres mensajes*, Caracas, Ministerio de Comunicación e Información, 2005.
- BRADING, David A., *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
- BROWN, Matthew, *Adventuring through Spanish Colonies: Simón Bolívar, Foreign Mercenaries, and the Birth of New Nations*, Liverpool, University of Liverpool Press, 2006.
- BÜSCHGES, Christian, «Nationalismus ohne Nation? Spanien und das spanische Amerika im Zeitalter der Französischen Revolution», *Comparativ*, 12/4 (2002), pp. 67-90.
- «Von Staatsbürgern und “Bürgern eigenen Sinnes”. Liberale Republiken, indigene Gemeinden und Nationalstaat im südamerikanischen Andenraum während des 19. Jahrhunderts», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 59/12 (2008), pp. 697-710.
- BÜSCHGES, Christian, y POTTHAST, Barbara, «Vom Kolonialstaat zum Vielvölkerstaat. Ethnisches Bewusstsein, soziale Identität und politischer Wandel in der Geschichte Lateinamerikas», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 52/10 (2001), pp. 602-620.
- BUSHNELL, David, «The Last Dictatorship: Betrayal or Consummation?», *Hispanic American Historical Review*, 63/1 (1983), pp. 65-105.
- *Simón Bolívar: Liberation and Disappointment*, Nueva York, Longman, 2004.
- CARRERA DAMAS, Germán, *Boves: aspectos socioeconómicos de su acción histórica*, Caracas, Ministerio de Educación, 1968.
- *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1969.
- *Simón Rodríguez. Hombre de tres siglos*, Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal, 1971.
- «Simón Bolívar, el culto heroico y la nación», *Hispanic American Historical Review*, 63/1 (1983), pp. 107-145.
- (ed.), *Simón Bolívar fundamental*, vol. I/II, Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, 1993.
- CASTILLERO, Ernesto J., *Dr. Rafael Lasso de la Vega. Prelado, legislador y prócer (1764-1831)*, Maracaibo, Tipografía Occidente, 1952.

- CHAMBERS, Sarah, «Republican Friendship. Manuela Saenz Writes Women into the Nation, 1835-1856», *Hispanic American Historical Review*, 81/2 (2001), pp. 225-257.
- CHASTEEN, John, «Simón Bolívar: Man and Myth», en Samuel BRUNK y Ben FALLAW (eds.), *Heroes & Hero Cults in Latin America*, Austin, University of Texas Press, 2006, pp. 21-39.
- CHUST, Manuel, *La cuestión nacional americana en las Cortes de Cádiz (1810-1814)*, Valencia, Centro Francisco Tomas y Valiente UNED Alzira-Valencia/Fundación Instituto Historia Social/Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1999.
- (ed.), *1808. La eclosión juntera en el mundo hispano*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica/Comex, 2007.
- *Las independencias iberoamericanas en su laberinto. Controversias, cuestiones, interpretaciones*, Valencia, Universidad de Valencia, 2010.
- CLAVERO, Bartolomé, «¡Libraos de Ultramar! El fruto podrido de Cádiz», en José María INURRITIGUI y José María PORTILLO (eds.), *Constitución en España: orígenes y destinos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, pp. 109-177.
- COLLIER, Simon, «Nationality, Nationalism, and Supranationalism in the Writings of Simón Bolívar», *Hispanic American Historical Review*, 63/1 (1983), pp. 37-64.
- CUSSEN, Antonio, *Bello y Bolívar*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- DÁVILA, Dora, «De pequeña Venecia a República Bolivariana de Venezuela. Historia, ideología y política o el nombre bajo sospecha», en José Carlos CHIARAMONTE, Carlos MARICHAL y Aimer GRANADOS (eds.), *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008, pp. 213-237.
- DE LA REZA, Germán A., *El Congreso de Panamá de 1826 y otros ensayos de integración en el siglo XIX. Estudio y fuentes documentales anotadas*, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana/Eon, 2006.
- DEMÉLAS, Marie-Danielle, y SAINT-GEOURS, Yves, *La vie quotidienne en Amérique du Sud au temps de Bolívar, 1809-1830*, París, Hachette, 1987.
- EARLE, Rebecca A., «Indian Rebellion and Bourbon Reform in New Granada: Riots in Pasto, 1780-1800», *Hispanic American Historical Review*, 73/1 (1993), pp. 99-124.
- *Spain and the Independence of Colombia, 1810-1825*, Exeter, University of Exeter Press, 2000.
- «Padres de la Patria and the Ancestral Past; Commemorations of Independence in Nineteenth Century Spanish America», *Journal of Latin American Studies*, 34/4 (2002), pp. 775-806.
- «The Role of Print in the Spanish-American Wars of Independence», en Ivan JAKSIC (ed.), *The Political Power of the Word. Press and Oratory in Nineteenth-Century Latin America*, Londres, University of London/Institute of Latin American Studies, 2002, pp. 9-33.

- «*Sobre Heroes y Tumbas. National Symbols in Nineteenth Century Spanish America*», *Hispanic American Historical Review*, 85/2 (2005), pp. 375-416.
- EGEA LÓPEZ, Antonio, «El caraqueño marqués de Ustáriz: intendente de Córdoba y asistente de Sevilla», en Bibiano TORRES RAMÍREZ y José J. HERNÁNDEZ PALOMO (eds.), *Andalucía y América en el siglo XVI. Actas de las II Jornadas de Andalucía y América (Universidad de Santa María de la Rábida, marzo de 1984)*, vol. II, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1985, pp. 203-232.
- ETTE, Ottmar, *Alexander von Humboldt und die Globalisierung. Das Mobile des Wissens*, Francfort del Meno, Insel Verlag, 2009.
- EYZAGUIRRE, Jaime, *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1957-2002<sup>27</sup>.
- FERNÁNDEZ DOMINGO, Jesús Ignacio, *Boves, primer caudillo de América*, Oviedo, Idea, 2008.
- FILIPPI, Alberto (ed.). *Bolívar y Europa, en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*, 3 vols., Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, 1986-1992.
- FRADERA, Josep M., «El factor racial en la delimitación de los derechos políticos de los americanos», en *Gobernar colonias*, Barcelona, Península, 1999, pp. 51-69.
- GABBERT, Karin, «“Ein Held für alle Zwecke”. Hugo Chávez und andere Wiedergänger von Simón Bolívar», *Jahrbuch Lateinamerika. Analysen und Berichte*, 32 (2008), pp. 156-165 [= Anne HUFFSCHMID *et al.* (eds.), *Erinnerung macht Gegenwart*, Münster, Westfälisches Dampfboot, 2008].
- GARCÍA ORTIZ, Laureano (ed.), *Bolívar a Santander. Correspondencia, 1819-1820*, Colombia, Publicaciones del Archivo Histórico Nacional, 1940.
- GEGGUS, David P., «Slavery, War and Revolution in the Greater Caribbean, 1789-1815», en David Barry GASPAS y David P. GEGGUS (eds.), *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean*, Bloomington-Indianápolis, Indiana University Press, 1996, pp. 1-50.
- (ed.), *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*, Columbia, University of South Carolina Press, 2001.
- GÓMEZ, Alejandro E., «La Revolución Haitiana y la Tierra Firme hispana», *Nuevo Mundo/Mundos Nuevos*, 5 (2005), accesible en la red como <http://nuevomundo.revues.org/document211.html>.
- «Haïti entre la peur et le besoin. Royalistes et républicains vénézuéliens: relations et repères avec Saint-Domingue et les “Îles du Vent”, 1790-1830», en Giulia BONACCI (ed.), *La Révolution haïtienne au-delà de ses frontières*, París, Karthala, 2006, pp. 141-163.
- GOYTISOLO, Juan, *Blanco White. El español y la independencia de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2010.
- GRASES, Pedro, *El Libertador y la Constitución de Angostura de 1819*, Caracas, Banco Hipotecario de Crédito Urbano, 1970.

- GUERRA, François-Xavier, «El escrito de la revolución y la revolución del escrito. Información, propaganda y opinión pública en el mundo hispánico (1808-1914)», en Marta TERÁN y José Antonio SERRANO ORTEGA (eds.), *Las guerras de independencia en la América Española*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2001, pp. 125-147.
- GUERRERO, Carolina, «Los funerales de Simón Bolívar. Fundación de un mito en la construcción del patriotismo republicano, 1830-1842 y 1876», en Carmen McEVOY (ed.), *Funerales republicanos en América del Sur: tradición, ritual y nación, 1832-1896*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2006, pp. 3-30.
- HARTOG, Johan, *Manuel Carel Piar, de jongen van Otrobanda: bij gelegenheid van de 150-jarige herdenking van de dood van Generaal Piar uitgegeven voor het Eilandsbestuur van Curaçao*, Aruba, De Wit, 1967.
- HARWICH VALLENILLA, Nikita, «Introducción», en *Simón Bolívar, Estado ilustrado, nación inconclusa: la contradicción bolivariana/Simón Bolívar, Estado ilustrado, nação inacabada: a contradição bolivariana. Estudio/Estudo de Harwich Vallenilla*, Madrid, Fundación Mapfre Tavera/Ediciones Doce Calles, 2004, pp. 1-61.
- HEALY, David, *James G. Blaine and Latin America*, Columbia, University of Missouri Press, 2001.
- HÉBRARD, Véronique, *Le Venezuela indépendant. Une nation par le discours, 1808-1830*, Paris-Montréal, L'Harmattan, 1996.
- HEBRARD, Veronique, «Ciudadanía y participación política en Venezuela, 1810-1830», en Anthony McFARLANE y Eduardo POSADA-CARBÓ (eds.), *Independence and Revolution in Spanish America: Perspectives and Problems*, Londres, University of London, Institute of Latin American Studies, 1999, pp. 122-153.
- HELG, Aline, «Simón Bolívar and the Spectre of Pardocracia: José Padilla in Post-Independencia Cartagena», *Journal of Latin American Studies*, 35/3 (2003), pp. 447-471.
- HENSEL, Silke, «Staats- und Nationsbildung in Lateinamerika, 1750-1850», en Friedrich EDELMAYER *et al.* (eds.), *Lateinamerika, 1492-1850/70*, Viena, 2005, pp. 225-243.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario, *Simón Bolívar: una pasión política*, Barcelona, Ariel, 2004.
- HUMBOLDT, Alexander von, *Lateinamerika am Vorabend der Unabhängigkeitsrevolution. Eine Anthologie von Impressionen und Urteilen aus den Reisetagebüchern. Zusammengestellt und erläutert durch Margot Faak. Mit einer einleitenden Studie von Manfred Kossok*, Berlín, Akademie-Verlag Berlin, 1982/2003<sup>2</sup> (Beiträge zur Alexander-von-Humboldt-Forschung, vol. 5).
- IZARD, Miquel, *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*, Madrid, Tecnos, 1979.

- JACKSON, Robert H., *Race, Caste, and Status: Indians in Colonial Spanish America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1999.
- JACOBSEN, Nils, «Liberalism and Indian Communities in Peru, 1821-1920», en Robert JACKSON (ed.), *Liberals, the Church and Indian Peasants. Corporate Lands and the Challenge of Reform in Nineteenth-Century Spanish America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1997, pp. 123-170.
- JAKSIC, Iván, *Andrés Bello: la pasión por el orden*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2001.
- «La república del orden: Simón Bolívar, Andrés Bello y las transformaciones del pensamiento político de la independencia», *Historia (Instituto de Historia Pontificia de la Universidad Católica de Chile)*, 36 (2003), pp. 191-218.
- JUST LLEÓ, Estanislao, *Comienzo de la independencia en el alto Perú: los sucesos de Chuquisaca: 1809*, Sucre, Editorial Judicial, 1994.
- KAHLE, Günter, *Simón Bolívar y los alemanes (1830-1980)*, La Paz-Cochabamba, Editorial Los Amigos del Libro, 1980.
- *Lateinamerika in der Politik der europäischen Mächte, 1492-1810*, Colonia-Weimar-Viena, Böhlau, 1993.
- KLEIN, Herbert S., *Bolivia. The Evolution of a Multi-Ethnic Society*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1982-1992<sup>2</sup>.
- KOSSOK, Manfred, «Simón Bolívar und das historische Schicksal Spanisch-Amerikas», en *Ausgewählte Schriften*, vol. II, Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2000.
- KÖNIG, Hans-Joachim, *Auf dem Wege zur Nation. Nationalismus im Prozess der Staats- und Nationbildung Neu-Granadas, 1750-1856*, Wiesbaden, Franz Steiner, 1988.
- LACROIX, Louis Perú de, *Diario de Bucaramanga: vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, Medellín, Editorial Bedout, 1964.
- LARA, Jorge Salvador, *La República del Ecuador y el general Juan José Flores*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1980.
- *Breve Historia Contemporánea del Ecuador*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1994-2000<sup>2</sup>, pp. 344-365.
- LAMBERT, Eric, *Voluntarios británicos e irlandeses en la gesta bolivariana*, Caracas, Ministerio de Defensa, 1981-1993.
- LANGER, Erick D., y JACKSON, Robert H., «Liberalism and the Land Question in Bolivia (1825-1920)», en Robert J. JACKSON (ed.), *Liberals, the Church and Indian Peasants. Corporate Lands and the Challenge of Reform in Nineteenth-Century Spanish America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1997, pp. 151-192.
- LA PARRA LÓPEZ, Emilio, *Manuel Godoy: la aventura del poder*, Prólogo de Carlos SECO SERRANO, Barcelona, Tusquets, 2002.
- LECUNA SALBOCH, Vicente (ed.), *Simón Bolívar. Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1939.

- *La entrevista de Guayaquil. Restablecimiento de la verdad histórica*, Caracas, Publicaciones de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, 1948.
- (ed.), *Proclamas y discursos del Libertador, 1811-1830*, Los Teques, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1983.
- LETURIA, Pedro de, *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica (1493-1835)*, Roma-Caracas, Pontificia Universidad Gregoriana/Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1958-1960.
- LOMBARDI, John V., *People and Places in Colonial Venezuela*, Bloomington, Indiana University Press, 1977.
- «The Social Order of Venezuela: Property, Society, and Authority in Times of Bolívar 1750-1850», en Wilhelm STEGMANN (ed.), *Simón Bolívar. Persönlichkeit und Wirkung*, Berlín, Dietrich Reimer Verlag, 1984, pp. 167-184.
- «Epilogue: History and Our Heroes - The Bolívar Legend» and «Beginning to Read about Bolívar», en David BUSHNELL y Lester D. LANGLEY (eds.), *Simón Bolívar: Essays on the Life and Legacy of the Liberator*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2008, pp. 159-191.
- LUCENA GIRALDO, Manuel, *Naciones de Rebeldes*, Madrid, Taurus, 2010.
- LUDWIG, Emil, *Bolívar. The Life of an Idealist*, Nueva York, Alliance Book Corporation, 1942.
- LYNCH, John, «Bolívar and the caudillos», *Hispanic American Historical Review*, 63/1 (1983), pp. 3-35.
- *The Spanish American Revolutions*, Nueva York, Norton, 1986.
- *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*, Oxford, Clarendon Press, 1992.
- «The Institutional Framework of Colonial Spanish America», *Journal of Latin American Studies*, 24 (1992), pp. 69-81.
- *Latin America between Colony and Nation: Selected Essays*, Nueva York, St. Martin's Press, 2001.
- *Simón Bolívar: A Life*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2006 (hay traducción castellana de Alejandra Chaparro, Barcelona, Crítica, 2006).
- *San Martín: Argentine Soldier, American Hero*, New Haven, Yale University Press, 2009.
- MADARIAGA, Salvador de, *Bolívar*, Ciudad de México, Hermes, 1951.
- MAIHOLD, Günther, *Aussenpolitik als Provokation. Rhetorik und Realität in der Außenpolitik unter Präsident Hugo Chávez*, Berlín, SPW, 2008 (= SPW-Studie, 22, julio de 2008).
- MALAMUD, Carlos, *Populismos latinoamericanos. Los tópicos de ayer, de hoy y de siempre*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2010.
- MARX, Karl, «Bolívar y Ponte», en Karl MARX y Friedrig ENGELS, *Marx-Engels-Werke (MEW)*, vol. 14, Berlín Oriental, Dietz Verlag, 1961, pp. 217-231.
- *Simón Bolívar*, con una «Introducción» de José ARICÓ, Marcos Roitman ROSENMAN y Sara MARTÍNEZ CUADRADO, Madrid, Ediciones Sequitur, 2009.

- MASUR, Gerhard, *Simón Bolívar*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1948-1969<sup>2</sup>.
- «The Conference of Guayaquil», *Hispanic American Historical Review*, 31 (1951), pp. 189-229.
- *Nationalism in Latin America. Diversity and Unity*, Nueva York-Londres, MacMillan, 1966.
- MILL, James, «Emancipation of Spanish America», *Edinburgh Review*, 26 (1809), pp. 277-311.
- MORALES ÁLVAREZ, Juan M., *El Mayorazgo del padre Aristiguieta. Primera herencia del Libertador (1784-1830)*, Caracas, Academia Nacional de Historia, 1999.
- MORELLI, Federica, «La redefinición de las relaciones imperiales: en torno a la relación reformas dieciochescas/independencia en América», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (en línea), 8 (2008), pp. 1-12 [<http://nuevomundo.revues.org/document19413.html> (consulta: 20-7-2010)].
- MURRAY, Pamela S., «Loca or Libertadora? Manuela Sáenz in the Eyes of History and Historians, 1900-c. 1990», *Journal of Latin American Studies*, 33 (2001), pp. 291-310.
- NATANSON, José, *La nueva izquierda. Triunfos y derrotas de los gobiernos de Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, Chile, Uruguay y Ecuador*, Buenos Aires, Debate, 2008.
- NAVAS E., Juan de Dios, «Después de un siglo. El Ilmo. Y Rdm. Sr. Dr. Dn. Rafael Lasso de la Vega, Obispo de Mérida y de Quito, 1764-1831», *Boletín de la Academia Nacional de Historia [del Ecuador]*, 12/33-35 (1931), pp. 185-221.
- O'LEARY, Daniel Florencio, *Memorias del General O'Leary, publicadas por su hijo Simon B. O'Leary, por orden del gobierno de Venezuela y bajo los auspicios de su presidente General Guzman Blanco, Ilustre Americano, Regenerador de la República*, Caracas, Imprenta de El Monitor, 1882 ss. (reimpreso como *Memorias del General O'Leary, edición facsimilar del original de la primera edición, con motivo de la celebración del Sesquicentenario de la Muerte de Simón Bolívar, Padre de la Patria*, vol. XXIX, Caracas, Ministerio de la Defensa, 1981).
- OPPENHEIMER, Andrés, *Cuentos chinos. El engaño de Washington, la mentira populista y la esperanza de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005.
- PAGDEN, Anthony, *Spanish Imperialism and the Political Imagination. Studies in European and Spanish-American Social and Political Theory, 1513-1830*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1990.
- PAINE, Thomas, *Writings*, editado por Eric FONER, Nueva York, Library of America, 1993.
- PERERA, Miguel Ángel, *La patria indígena de El Libertador. Bolívar, Bolivarianismo e Indianidad*, Caracas, Random House Mondadori, 2009.
- PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, Antonio Jorge, *Ideología y acción de San Martín*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966.

- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, *Las Cortes de Cádiz: el nacimiento de una nación liberal (1808-1814)*, Madrid, Síntesis, 2007.
- PARRA-PÉREZ, Caracciolo, *Historia de la Primera República de Venezuela*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992.
- PÉREZ VILA, Manuel, *La formación intelectual del Libertador*, Caracas, Ministerio de Educación, 1971.
- *Doctrina del Libertador*, Caracas, Ayacucho, 1979.
- PI SUNYER, Carlos, *Patriotas americanos en Londres (Miranda, Bello y otras figuras)*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1978.
- PIETSCHMANN, Horst, *Die staatliche Organisation des kolonialen Iberoamerika*, Stuttgart, Klett-Cotta Verlag, 1980.
- PINO ITURRIETA, Elías, *El divino Bolívar: ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Catarata, 2003.
- PIQUERAS, José Antonio, *Bicentenarios de libertad. La fragua de la política en España y las Américas*, Barcelona, Península, 2010.
- PLAZA, Elena, *La tragedia de una amarga convicción. Historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936)*, Caracas, Ediciones Universidad Central de Venezuela, 1996.
- PORTILLO VALDÉS, José María, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la Monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons, 2006.
- POSADA GUTIÉRREZ, Joaquín, *Memorias histórico-políticas*, vol. I, Medellín, Bedout, 1971.
- POTTHAST, Barbara, *Von Müttern und Machos. Eine Geschichte der Frauen in Lateinamerika*, Wuppertal, Peter Hammer, 2003-2010<sup>2</sup>.
- QUINTERO MONTIEL, Inés, «Las mujeres de la Independencia: ¿heroínas o transgresoras? El caso de Manuela Sáenz», en Barbara POTTHAST y Eugenia SCARZANELLA (eds.), *Mujeres y naciones en América Latina. Problemas de inclusión y exclusión*, Fracfort del Meno, Vervuert-Iberoamericana, 2001, pp. 57-76.
- *La Conjura de los Mantuanos. Último acto de fidelidad a la Monarquía española (Caracas, 1808)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2002.
- «La juntas de Caracas», en Manuel CHUST CALERO (ed.), *1808. La eclosión juntera en el mundo hispano*, México DF, Fondo de Cultura Económica/Comex, 2007, pp. 334-355.
- *La criolla principal. María Antonia Bolívar, la hermana del Libertador*, Bogotá, Editora Aguilar, 2008.
- «Bolívar de izquierda, Bolívar de derecha. Nación y construcción discursiva», en [www.simon-bolivar.org/Principal/bolivar/bolizbolder.html](http://www.simon-bolivar.org/Principal/bolivar/bolizbolder.html) (20 de agosto de 2010).
- QUINTERO MONTIEL, Inés, y ACOSTA, Vladimir, *El Bolívar de Marx. Estudios críticos*, Caracas, Editorial Alfa, 2007.
- QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M., *Pablo Morillo. General de dos mundos*, Bogotá, Planeta, 2005.

- RACINE, Karen, *Francisco de Miranda: A Transatlantic Life in the Age of Revolution*, Wilmington, Scholarly Resources, 2003.
- RAMOS, Demetrio, «Bolívar en la Antillas: una etapa decisiva para su línea política», discurso leído el día 19 de enero de 1986 en la Real Academia de la Historia, Madrid, Real Academia de la Historia, 1986.
- RAMOS GUÉDEZ, José Marcial, «Simón Bolívar y la abolición de la esclavitud en Venezuela, 1810-1830. Problemas y frustración de una causa», *Revista de Historia de América*, 125 (1999), pp. 7-20.
- RÉVÉREND, Alejandro Próspero, *La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú*, Caracas, Ministerio de Relaciones Exteriores, Dirección de Relaciones Culturales, 1983.
- RIEKENBERG, Michael, «Kriegerische Gewaltakteure in Lateinamerika im frühen 19. Jahrhundert», en Rolf Peter SIEFERLE y Helga BREUNINGER (eds.), *Kulturen der Gewalt. Ritualisierung und Symbolisierung von Gewalt in der Geschichte*, Francfort del Meno, Campus, 1998, pp. 195-214.
- *Caudillismus. Eine kurze Abhandlung anhand des La Plata-Raumes*, Leipzig, Leipziger Universitätsverlages, 2010.
- RIVERO, Manuel Rafael, *Tras las gracias del Rey. Un criollo en la corte de Carlos IV*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericanos, 1996.
- RODRÍGUEZ, Pablo, «1812: el terremoto que interrumpió una revolución», en Pilar GONZALBO AIZPURU, Anne STAPLES y Valentina TORRES SEPTIÉN (eds.), *Una historia de los usos del miedo*, México DF, El Colegio de México-Universidad Iberoamericana, 2009, pp. 247-271.
- RODRÍGUEZ ORDÓÑEZ, Jaime, *La revolución política durante la época de la Independencia. El reino de Quito, 1808-1822*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 2006.
- RODRÍGUEZ VILLA, Antonio, *El teniente general don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de La Puerta (1778-1837)*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1908.
- ROJAS, Rafael, *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009.
- ROJAS, Reinaldo, «Rebeliones de esclavos negros en Venezuela antes y después de 1789», *Estudios de Historia Social y Económica de América*, 10 (1993), pp. 151-164.
- ROSALES, Rafael María, *Reyes Vargas, paladín del procerato mestizo*, Tachira, Centro de Historia del Tachira, 1950.
- ROURA, Lluís, y CHUST, Manuel (eds.), *La ilusión heroica: colonialismo, revolución, independencia en la obra de Manfred Kossook*, Castellón, Publicaciones de la Universitat Jaume I, 2010.
- SÁEZ ARANCE, Antonio, «Kritik, Krise und politische Impotenz: die transatlantische Dimension der Iberischen Aufklärung», en Alexander KRAUS y Andreas RENNER (eds.), *Orte eigener Vernunft. Europäische Aufklärung jenseits der Zentren*, Francfort del Meno, Campus, 2008, pp. 29-46.

- «Ignorancia, retórica y revisión: las independencias en el discurso del nacionalismo historiográfico español», *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 94 (2010), pp. 141-156.
- SAINT-UPÉRY, Marc, *Le rêve de Bolívar. Le défi des gauches sud-américaines*, París, La Découverte, 2007.
- SALAS DE LECUNA, Yolanda, y GONZÁLEZ, Norma (eds.), *Manuel Piar, el héroe de múltiples rostros. Una aproximación a la historia desde la perspectiva de la memoria colectiva*, Caracas, FUNDEF, 2004.
- SCHMIDT, Peer, «Der Guerrillero. Die Entstehung des Partisanen in der Satelzeit der Moderne - eine atlantische Perspektive, 1776-1848», *Geschichte und Gesellschaft*, 29 (2003), pp. 161-190.
- SCHOFIELD, Philip (ed.), «Extracto de *Libraos de Ultramaría*», *Télos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, 1/3 (1992), pp. 11-43.
- SEMPRÚN, José, *La división infernal: Boves, vencedor de Bolívar*, Madrid, Falcatá Ibérica, 2002.
- SOESTI TOSCANO, Guadalupe, «Simón Rodríguez y la educación republicana», en Carmen McÉVOY y Ana María STUVEN (eds.), *La república peregrina: hombres de armas y de letras en América andina, 1810-1884*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos/Institut Français d'Etudes Andines, Sewanee University, 2007, pp. 151-168.
- STOETZER, O. Carlos, *El pensamiento político en la América española durante el período de la emancipación*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966.
- *Las raíces escolásticas de la emancipación de la América española*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982.
- «Bolívar y el poder moral», *Revista de Historia de América*, 95 (1983), pp. 139-158.
- STRAKA, Tomás, «Venezuela: bolivarianismo, socialismo y democracia. La historia como debate político (1939-1999)», *Tiempos de América. Revista de Historia, Cultura y Territorio*, 16 (1999), pp. 63-83.
- *La épica del desencanto. Bolivarianismo, historiografía y política en Venezuela*, Caracas, Alfa, 2009.
- THIBAUD, Clément ««Coupé têtes, brûlé cazes»: Peurs et désirs d'Haïti dans l'Amérique de Bolívar», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 58/2 (2003), pp. 305-331.
- «De la ficción al mito: los llaneros de la Independencia en Venezuela», *Tiempos de América*, 10 (2003), pp. 109-119.
- «Formas de guerra y mutación del ejército durante la guerra de independencia en Colombia y Venezuela», en Jaime E. RODRÍGUEZ O. (ed.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, MAPFRE, 2005, pp. 339-364.
- *Républiques en armes: les armées de Bolívar dans les guerres d'indépendance du Venezuela et de la Colombie*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2006.

- «Ejércitos, guerra y la construcción de una soberanía: el caso grancolombiano», en Carmen McEVOY y Ana María STUVEN (eds.), *La república peregrina: hombres de armas y de letras en América andina, 1810-1884*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos/Institut Français d'Etudes Andines, Sewanee University, 2007, pp. 171-197.
- «Definiendo el sujeto de la soberanía. Repúblicas y guerra en la Nueva Granada y Venezuela», en Manuel CHUST y Juan MARCHENA (eds.), *Las armas de la nación. Independencia y ciudadanía en Hispanoamérica (1750-1850)*, Francfort del Meno, Vervuert, 2007, pp. 185-222.
- THURNER, Mark, «Los indios y las repúblicas entre 1830-1880», en Juan MAIGUASHCA (ed.), *Historia de América Andina*, vol. 5, *Creación de las repúblicas y formación de nación*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2003, pp. 173-209.
- URDANETA, Arlene Q., y CARDOZO GALUÉ, Germán, «El federalismo durante la independencia de Venezuela: rivalidades regionales y negociación política», en *Colectivos sociales y participación popular en la independencia hispanoamericana*, Maracaibo, Universidad del Zulia, Nacional de Antropología e Historia y El Colegio de Michoacán, 2005, pp. 127-146.
- URUEÑA CERVERA, Jaime, *Bolívar republicano. Fundamentos ideológicos e históricos de su pensamiento político*, Bogotá, Ediciones Aurora, 2004.
- VISCARDO Y GUZMÁN, Juan Pablo, *Carta dirigida a los españoles americanos del Abate*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- WADDELL, David A. G., *Gran Bretaña y la independencia de Venezuela y Colombia*, Caracas, Ministerio de Educación, 1983.
- WALDMANN, Peter, «Caudillismo als Konstante der Politischen Kultur Lateinamerikas», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft, Gesellschaft Lateinamerikas*, 15 (1978), pp. 191-207.
- ZEUSKE, Max, «Simón Bolívar und Karl Marx», *Die Weltbühne*, Berlín Oriental, 1983, pp. 995-998.
- ZEUSKE, Michael, «“Heroische Illusion” und Antiillusion bei Simón Bolívar. Überlegungen zum Ideologiekomplex in der Independencia, 1810-1830», en Manfred KOSSOK y Editha KROSS (eds.), *1789 - Weltwirkung einer großen Revolution*, vol. II, Berlín Oriental, Akademie Verlag, 1989, pp. 577-596.
- «Las Memorias del general O'Leary y el culto a Bolívar. Anotaciones sobre la relación entre política e historia en las fuentes bolivarianas», *Hispanorama*, 58 (1991), pp. 26-29.
- *Francisco de Miranda und die Entdeckung Europas. Eine Biographie*, Hamburgo-Münster, Lit-Verlag, 1995.
- «Regiones, espacios e hinterland en la independencia de Venezuela. Lo espacial en la política de Simón Bolívar», *Revista de las Américas. Historia y presente*, 1 (2003), pp. 39-58.
- *Francisco de Miranda y la modernidad en América*, Madrid, Fundación Mapfre Tavera/Aranjuez, Ediciones Doce Calles, 2004.

- «Francisco de Miranda (1750-1816): América, Europa und die Globalisierung der ersten Entkolonialisierung», en Bernd HAUSBERGER (ed.), *Globale Lebensläufe: Menschen als Akteure im weltgeschichtlichen Geschehen*, Viena, Mandelbaum, 2006, pp. 117-142.
  - *Von Bolívar zu Chávez. Die Geschichte Venezuelas*, Zürich, Rotpunktverlag, 2008.
  - «Simón Bolívar in Geschichte, Mythos und Kult», en Berthold MOLDEN y David MAYER (eds.), *Vielstimmige Vergangenheiten - Geschichtspolitik in Lateinamerika*, Münster, LIT Verlag, 2009 (= *Jahrbuch des Österreichischen Lateinamerika-Instituts*, vol. 12, pp. 241-265).
  - «Michael Zeuske», en Manuel CHUST (ed.), *Las independencias iberoamericanas en su laberinto. Controversias, cuestiones, interpretaciones*, Valencia, Universidad de Valencia, 2010, pp. 375-390.
  - *Simón Bolívar, Befreier Südamerikas. Geschichte und Mythos*, Berlín, Rotbuch, 2011.
- ZEUSKE, Michael, y HOLZAPFEL, Kurt, «“L’Illusion héroïque”. Karl Marx et les révolutions de 1789 et 1830», *La Pensée*, 249 (1986), pp. 18-30.



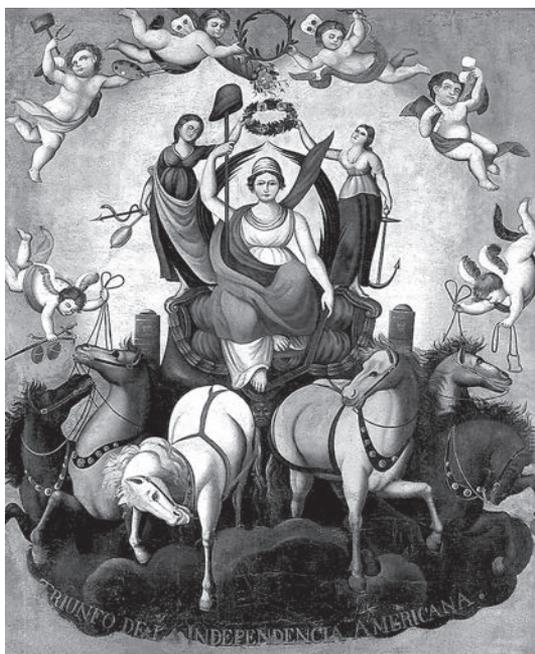
## ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abascal, José Fernando de, 135  
Adelcreutz, Fredrik, 151, 164  
Agualongo, Agustín, 118  
Aizpuru, María Joaquina de, 112, 197n, 212n, 228  
Aristmendi, Juan Bautista, 80-81, 83, 104-105  
Aristeguieta y Bolívar, Juan Félix de, 18, 21, 192n  
Atatürk, Mustafá Kemal, 10, 177  
Aymerich, Melchor de, 111
- Barreiro Manjón, José María, 104  
Beaver, Philip, 43  
Bello, Andrés, 20, 40, 43, 45, 49, 51-52, 144, 179, 192n, 195n-197n, 203n, 214n, 221, 224, 227  
Bentham, Jeremy, 33, 50, 194n  
Bermúdez, José Francisco, 82, 86, 108, 122, 125, 133, 162  
Bianchi, Giuseppe, 67  
Blaine, James G., 186  
Blanco White, José María, 50, 56, 196n, 222  
Bolívar, Simón («el viejo», antepasado de Simón Bolívar), 15  
Bolívar, Simón («el mozo», antepasado de Simón Bolívar), 15  
Bolívar y Martínez de Villegas, Juan de, 17  
Bolívar Palacios, Juan Vicente, 16  
Bolívar Palacios, Juana, 16  
Bolívar Palacios, María Antonia Juana Bolívar Palacios, 16  
Bolívar y Ponte, Juan Vicente, 15-16, 191n, 214n, 225  
Bonaparte, José, 42-43  
Bonaparte, Napoleón, 28, 54, 177  
Boves, Benito, 118  
Boves, José Tomás, 65-67, 70, 82, 84-85, 90, 199n, 220, 222, 229  
Briceno, Antonio Nicolás, 40, 49, 62  
Brion, Felipe Luis, 76, 106  
Burke, William, 53, 196n-197n
- Cagigal y Niño, Manuel, 66  
Caicedo, Domingo, 164, 169  
Caldera, Rafael, 184  
Campuzano, Rosa, 113  
Canning, George, 119, 206n  
Canterac, José de, 119-220  
Carabaño, Fernando, 62  
Carlos III de España, 21  
Carlos IV de España, 21-22, 42, 193n, 228  
Casas y Barrera, Juan de, 43-46  
Cedeño, Manuel, 80, 108  
Chávez Frías, Hugo, 9-11, 176-177, 187-190, 192n, 194n-195n, 200n,

- 202n, 204n, 207n, 209n, 211n-212n, 214n-215n, 222, 225, 231  
 Codazzi, Agustín, 181  
 Córdova, José María, 156, 161-162, 173
- Del Campo y Larraondo, Juana, 112  
 D'Elhuyar, Fausto, 113  
 Demarquet, Charles Eloi, 151  
 Díaz, José Domingo, 92, 197n  
 Ducoudray Holstein, Henri Louis (también llamado Villaume, Heinrich Ludwig), 151  
 Dudamel, Gustavo, 10
- Emparan y Orbe, Vicente de, 46-47  
 España, José María, 34  
 Esteves, José María, 163
- Ferguson, William Owens, 84, 137, 151
- Fernández de León, Antonio, marqués de Casa León, 48  
 Fernández Madrid, José, 165, 211  
 Fernando VII de España, 42-44, 46, 48-49, 51, 59, 70, 106, 186, 195n, 219  
 Flores, Juan José, 156-157, 166-167, 169, 210n-211n, 224
- Gamarra, Agustín, 158  
 García Márquez, Gabriel, 177, 212n  
 Godoy, Manuel, 21, 42, 195n, 224  
 Gómez, Juan Vicente, 182-184, 195n  
 Gual, Manuel, 34  
 Guzmán Blanco, Antonio, 182, 197, 212n, 226
- Hippisley, Gustav, 84  
 Hobbes, Thomas, 32  
 Humboldt, Alexander von, 27, 33, 37, 192n-194n, 213, 222-223
- Ibáñez Arias, Bernardina, 112  
 Isnardi, Francisco, 55  
 Izard Llorens, Miquel, 25, 192n
- Jovellanos, Gaspar Melchor de, 47
- Labatut, Pierre, 62  
 Lamanon, Paul de, 43  
 La Mar, José Domingo de, 156-158  
 Lasso de la Vega, Rafael, 155, 210n, 220, 226  
 Lecuna Salboch, Vicente, 183, 202n, 205n, 209n, 214n, 229  
 León, Juan Francisco de, 23, 48  
 Locke, John, 32  
 López Contreras, Eleazar, 182  
 López Méndez, Luis, 49, 99-100  
 Lynch, John, 30, 52, 92, 175, 191n-193n, 196n-206n, 209n-211n, 217-218
- MacGregor, Gregor, 83  
 Machado, Josefina, 82, 112  
 MacKintosh, John, 151  
 Mariño, Santiago, 64, 67, 81-83, 85-87, 90, 104-105, 122, 125, 162  
 Martí, José, 10  
 Marx, Karl, 58, 185-186, 197n, 214n, 225, 227, 230-231  
 Mier, Joaquín de, 168  
 Mill, James, 50, 196n, 226  
 Miranda, Francisco de, 30, 34-36, 38, 40, 50, 52-58, 60, 71, 91, 144, 172-173, 179, 191n, 194n, 196n-198n, 203n, 215n, 220, 227-228, 230-231  
 Monagas, José Tadeo, 80, 169  
 Montalvo y Ambulodi, Francisco José, 100  
 Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, Baron de La Brède et de Montesquieu, 32  
 Monteverde y Ribas, Domingo de, 55-57, 64, 66

- Montilla, Mariano, 150  
 Morillo, Pablo, 66, 69, 79-80, 83, 86, 88-89, 91-92, 98, 100, 103-108, 200n, 204n, 227-228  
 Mosquera, Joaquín, 164  
 Moxó, Salvador de, 80
- Nariño, Antonio, 126, 206n, 219
- Obando, José María, 155-156  
 O'Connor, Francis Burdett, 84, 151  
 Olañeta, Pedro Antonio, 119, 122, 134  
 O'Leary, Daniel Florence, 30, 84, 139, 150-151, 156-158, 161, 164, 180, 183, 193n, 197n, 201n-202n, 204n-209n, 208n, 210n, 213n, 226, 230  
 Oppenheimer, Andrés, 176, 212n
- Padilla, José Prudencio, 150, 209n, 223  
 Páez, José Antonio, 80-81, 83-84, 90-92, 98, 100, 104-105, 107-108, 122, 125, 133, 146-148, 162, 164, 173, 180-181, 202n, 215  
 Paine, Thomas (Tom), 33-34, 194n  
 Palacios, Feliciano, 18  
 Palacios y Blanco, Carlos, 19-20, 22  
 Palacios y Blanco, Esteban, 19  
 Palacios y Blanco, María de la Concepción, 15-16  
 Peñalver, Fernando, 104  
 Pérez, Carlos Andrés, 187  
 Pérez, José Gabriel, 116, 205n  
 Perú de Lacroix, Luis, 151, 169, 192n, 209n  
 Pétion, Alexandre, 77, 81-84  
 Piar, Manuel, 67, 81, 83, 85-87, 89, 91, 173, 201n-202n, 215n, 219, 223, 229  
 Pío VII, papa, nacido Chiaramonti, Barnaba Niccolò Maria Luigi, 29  
 Pitt, William, 36
- Ponte, María Petronila de, 16  
 Posada Gutiérrez, Joaquín, 150, 165, 197, 211n
- Restrepo, José Manuel, 161  
 Ribas, José Félix, 62, 81  
 Ricaurte, Joaquín París, 199n  
 Riego, Rafael de, 106  
 Riva Agüero, José de la, 118-119  
 Rocafuerte, Vicente, 169  
 Rodríguez, Simón, 19-20, 28, 140, 179, 192n-193n, 208n, 215n, 220, 229  
 Rodríguez del Toro, Fernando, 28, 46  
 Rodríguez del Toro e Ibarra, Francisco, marqués del Toro, 28, 172, 179, 191n, 194n, 196n-197n, 228, 230-231  
 Rodríguez del Toro y Alayza, María Teresa, 21  
 Rojas, Aristides, 183  
 Rooke, James, 84, 101  
 Roscio, Juan Germán, 47, 55, 92  
 Rousseau, Jean-Jacques, 32-34, 94
- Sáenz, Manuela, 112-114, 141, 153, 169, 204n-205n, 221n, 226-227  
 Sáenz, Simón, 112  
 San Martín, José de, 109-111, 113, 115-118, 120, 134, 204n-206n, 225-226  
 Santa Cruz, Andrés de, 111, 156, 211n  
 Santander, Francisco de Paula, 98, 100-101, 103-104, 121, 146-153, 162, 203n, 206, 222  
 Serna Martínez de Hinojosa, José de la, 116, 118-121  
 Soubllette, Carlos, 108, 133, 180  
 Spinoza, Baruch, 32  
 Suárez, Francisco, 32  
 Sucre, Antonio José de, 86, 103, 110-111, 113, 118, 120-121, 133-137, 139-140, 156-158, 163,

- 166, 169, 179, 207n-208n, 211n, 215n, 220, 224
- Tagle, José Bernardo, marqués de Torre Tagle, 118-119, 121
- Thorne, James, 113-114
- Torre y Pando, Miguel de la, conde de Torrependo, 107-119, 121
- Tupac Amaru, José Gabriel Condorcanqui Noguera, conocido como, 117
- Urdaneta, Rafael, 81, 86, 108, 133, 153, 167, 169, 181, 197n, 211n
- Ustáriz y Tovar, Jerónimo de, 21-22, 28, 191n-192n, 222
- Valdés, Manuel, 86
- Vallenilla Lanz, Laureano, 183, 209n, 212n, 214n, 223n, 227
- Vargas, Juan de los Reyes, 107, 204n, 228
- Vargas Tejada, Luis, 153
- Villars, Louise Jeanne Denis de Kerredern de Trobriand, condesa Dervieu du Villars, conocida como «Fanny» de, 27
- Villaume, Heinrich Ludwig (también llamado Ducoudray Holstein, Henri Louis), 151
- Viscardo y Guzmán, Juan Pablo, 34, 194n
- Voltaire, François Marie Arouet, conocido como, 32
- Washington, George, 96, 177, 186, 212n, 226
- Wellesley, Richard, marqués de Wellesley, 51-52
- Wilson, Belford Hinton, 84, 137
- Zaraza, Pedro, 80
- Zea, Francisco Antonio, 92, 98, 105
- Zeuske, Michael, 12, 178, 191n-197n, 199n-200n, 202n, 204n, 207n, 209n, 211n-215n, 230-231
- Zuazola, Antonio, 62



«Estamos comenzando a mirar  
lo que el padre Libertador imaginaba:  
una gran región donde debe reinar  
la justicia, la igualdad y la libertad.  
Fórmula mágica para la vida de las naciones  
y la paz entre los pueblos»  
(Hugo Chávez, 31 de marzo de 2006,  
en la inauguración de la Central Hidroeléctrica Caruachi)